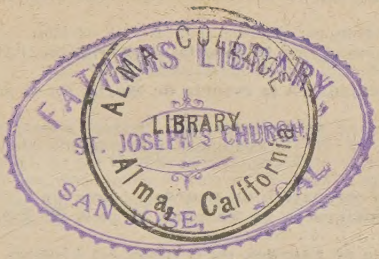
Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/unknown0000vari_g8e0



CATECISMO

EN EJEMPLOS

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA LIBRERIA DE A. ROGER Y F. CHERNOVIZ

La Mujer piadosa, por Mnr Landriot, arzobispo de Reims, I t. 12°. Tela con lam.

La Mujer fuerte, por el mismo. I t. 12. Tela con lam.

La Mujer formada en la escuela de Maria, por el Abate Larfeuil, vicario general de Sens. I t. en 12° Tela con lam.

La Joven formada en la escuela de Maria, por el mismo. 1 t. en 12°. Tela.

Nuestra Senora de Lourdes, por Enrique Lasserre. Obra honrada con un breve de S.S Pio IX. Traduccion hecha con autorizacion y bajo la direccion del autor, 9ª edicion española, aumentada con un *Apéndice* o relacion de los principales milagros que se obraron ultimamente, sacado de los *Anales de Lourdes* y la **coronacion de Lourdes.** 1 tomo con 4 laminas finas. Pasta.

Episodios milagrosos de Lourdes, 2ª parte de N.-S. de Lourdes, del mismo autor. 1 t. 12°. Tela cortes rojos.

Mes de Maria de Lourdes, por el mismo, con 4 laminas. 1 t. 32°.

Novena de Nuestra Senora de Lourdes, 1 t. 16° de 120.

Devocionario para uso de las socias del sagrado corazon de Jesus, por el Dr Tomayo, canonigo de la catedral de Bogota. 2° edition. 1 t. 32°. Tela cortes encarnados.

La Revolucion y el orden cristiano, por Augusta Nicolas, obra complemental del *Estado sin Dios.* 1 t. 8°, con pasta.

El Estado sin Dios, por el mismo. 1 t. 12° Pasta.

Los Francmasones, lo que son, — lo que hacen, — lo que quieren, por Monseñor de Ségur. 1 t. 18° Rustica.

La Revolucion, por el mismo. 1 t. 18°. Rustica.

Mana del Alma. Nuevo devocionario, por un Padre Lazarista. 3ª edicion. 1 t. en 18° con lam. pasta Cortes dorados.

El alma delante de la sagrada Eucaristia, por Pagani, director espiritual del seminario de Novara. Trad. por don Juan Antonio Maroquin. 1 t. 12°, con pasta.

Nuevo Catecismo en ejemplos, por C. Ortuzar Montt Presbitero, 2 t. en 12.

Manual de la Primera Comunion, por el mismo, 1 t. en 18.

Manual de las hijas de Maria, 1 t° 32.

Catecismo de perseverancia, por Mnr Gaume, 4 t. 8°. pasta.

Compendio del Catecismo. 1 t. 18°.

Ejercicio de perfeccion de Rodriguez, 6 t. 18°, pasta.

Imitacion de Jesucristo meditada, por Herbet, 2 t. 8°, pasta.

Meditaciones de Lapuente, 6 t. 18°, pasta.

Perfeccion en los estados, por el P. Lapuente, 8 t. 8°, pasta.

Manual de piedad para uso de los educandos. 1 t. 18°.

Manual de piedad de san Sulpicio para usos de los seminaristas.

Nicolas (Augusto), **Obras,** 10 t. 8°, pasta.

Obras de Santa Teresa de Jesus, 5 t. 18°, pasta.

Vida de Santa Chantal, por el abate Bougaud.

Vida de Santa Monica, por el mismo.

Nueva biblioteca de la juventud, que consta hasta el dia de 16 tomos que se venden sueltos.

En prensa :

Abate Larfeuil. — **El cuarto de hora para Dios.** 2 t. 12°.

Mme Bourdon. — **Dia cristiano de las jovenes.** 2 t. 18°, con approbaciones episcopales. 2 t. 18°.

Bezanson. — Imp. Outhenin-Chalandre hijos y Cia.

CATECISMO

EN EJEMPLOS

POR EL PRESBÍTERO

CAMILO ORTÚZAR

LA MORAL CRISTIANA

Y LOS SACRAMENTOS

SEGUNDA EDICIÓN

ALMA COLLEGE
254
LIBRARY
Or. 8
Alma, California

FATHERS' LIBRARY,
ALMA COLLEGE
ST. JOSEPH'S CHURCH,
LIBRARY
SANTA CLARA COLL.
JOSE, CAL.

Property of
CLgA
Please return to
Graduate Theological
Union Library

PARIS

A. ROGER Y F. CHERNOVIZ

EDITORES

7, calle des Grands-Augustins

1888

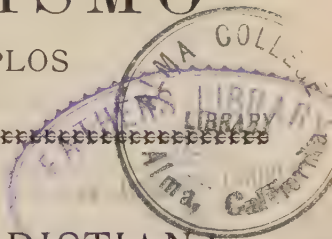
Derechos reservados

0376

Property of
CUA
Please return to
Graduate Theological
Union Library

CATECISMO

EN EJEMPLOS



LA MORAL CRISTIANA

DE LO QUE EL CRISTIANO DEBE SABER

MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS

PRIMER MANDAMIENTO

Amar á Dios sobre todas las cosas.

— ¿Para ser buen cristiano basta creer todo lo que la la Iglesia nos enseña?

— No, es además necesario cumplir los mandamientos de Dios, de la Iglesia y practicar la virtud.

— ¿Cuál es el primer mandamiento de la ley de Dios?

— Amar á Dios sobre todas las cosas.

— ¿A qué nos obliga este mandamiento?

— *A creer en Dios, á esparar en Dios, á amarle y adorarle.*

— *¿Por qué debemos creer en Dios?*

— *Porque Dios no puede engañarse ni engañarnos.*

— *¿Por qué debemos esperar en Dios?*

— *Por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo y porque Dios es omnipotente, misericordioso y fiel á sus promesas.*

— *¿Por qué debemos amar á Dios?*

— *Porque Dios nos ama con infinito amor y es digno de ser infinitamente amado.*

— *¿Por qué debemos adorar á Dios?*

— *Porque es soberano dueño y señor de todo lo creado.*

Promulgación de la ley de Dios. — Los Israelitas, á las órdenes de Moisés y por disposición de Dios, marchaban por el desierto á la tierra prometida. Llegados al pie del monte Sinaí, el Señor mandó que se detuviesen, lavasen sus vestidos, se purificasen y ataviaran como en las mayores solemnidades, porque á los tres días iba á descender sobre el monte para enseñarles su ley.

En efecto, al amanecer del tercer día, oyéronse grandes truenos acompañados de relámpagos. Una densa nube cubría el monte en cuya cima vibraba el sonido de las trompetas que convocaban al pueblo. Llenos de terror los Israelitas, no se atrevían á salir de sus tiendas; pero luego tranquilizados por Moisés fueron á colocarse al pie del monte. El monte ardía y de sus faldas se escapaban torbellinos de humo. Dios entonces llamó á Moisés y publicó los Diez Mandamientos de su ley escritos en dos tablas de piedra y es lo que se llama el *Decálogo*. — (*Gridel.*)

*
* *

Promesas. — Si escuchas la voz de Dios, dijo Moisés

al pueblo de Israel y observas sus mandamientos, el Señor, tu Dios, te hará superior á todas las naciones que habitan la tierra. Todas las bendiciones se derramarán sobre tí. Bendito serás en la ciudad bendito en los campos; benditos serán el fruto de tus entrañas y el fruto de la tierra, tus bestias de carga y tus rebaños de bueyes y de ovejas con sus productos. Benditos serán tus graneros y los frutos que acopies en ellos. Al entrar en tu casa y al salir de ella serás bendito. El Señor hará que los enemigos que se levanten contra tí caigan en tu presencia... Y derramará su bendición en todas las obras de tus manos. Hará de tí un pueblo santo... te colocará al frente de todos los pueblos y sobre todos ellos... — (*Deuter.*)

*
* *

Amenazas. — Si no quieres escuchar la voz del Señor, Dios tuyo, para guardar y cumplir sus mandamientos, dijo Moisés al pueblo, vendrán sobre tí y te abrumarán todas las maldiciones de la ley. Maldito serás en la ciudad, maldito en el campo; malditos tus graneros y malditas tus haciendas, maldito el fruto de tu vientre, y el fruto de la tierra, tus manadas de vacas, y tus rebaños de ovejas. Serás maldito cuando entres en tu casa y cuando salgas de ella. El Señor enviará sobre tí necesidad y hambre hasta que te desmenuces y te pierdas; te enviará peste hasta que te consuma; te herirá con suma pobreza, con calentura y frío, con ardor y bochorno y aire corrompido, y te perseguirá hasta la muerte. Se volverá de bronce el cielo que está sobre tí y de hierro la tierra que pisas... Y te hará caer delante de tus enemigos... El Señor te herirá con locura, ceguedad y frenesí... Y en todo tiempo tendrás que sufrir calumnias y serás oprimido con la violencia sin que nadie te auxilie... Plantarás viñas y las cavarás,

pero no probarás su vino porque nada te producirán... — (*Deuter.*)

Esas magníficas promesas y esas terribles amenazas las estamos viendo cumplirse, y las bendiciones como los castigos del Señor bajan sobre los pueblos y los hombres según guardan ó dejan de observar la ley divina.

*
* *

Felicidad de los que practican la palabra de Dios. — Un día salió Jesús de la casa que habitaba en Cafarnaúm, porque no podía contener la multitud de gente que se apiñaba para oírle.

Y se sentó á orillas del mar, y allí se puso de nuevo á enseñar al pueblo; pero tan grande fué la muchedumbre agrupada á su al rededor, que, para que no le fatigasen, se vió obligado á entrar en una barca; y mientras Jesús hablaba, una mujer, alzando la voz en medio del pueblo, exclamó:

« Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron. »

Jesús respondió:

« Más felices son los que oyen la palabra de Dios y la guardan. »

Estaba exhortando al pueblo, cuando su madre y sus parientes pidieron hablarle. Mas, no pudiendo llegar á Jesús á causa de la mucha gente, le enviaron á llamar.

Uno de los que estaban sentados cerca de él y le escuchaban, le advirtió que su madre y sus parientes deseaban verle.

Pero Jesús respondió: « ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? »

Y mirando á los que le rodeaban y extendiendo la mano sobre sus discípulos: « Hé aquí á mi madre, dijo, y hé aquí á mis hermanos. »

« El que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.

« Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la practican. »

LA FE

— ¿Debemos creer lo que la Iglesia nos enseña?

— Sí, porque Dios lo manda.

— ¿La Iglesia no puede engañarse ó engañarnos?

— No, porque Dios así lo ha dispuesto y ha prometido asistirla.

— ¿Es un gran pecado no creer á Dios ó á su Iglesia?

— Sí, es un gran pecado no creer ó dudar de lo que enseñan Dios ó su Iglesia.

— ¿Cómo se llama la creencia en lo que Dios ó su Iglesia nós enseñan?

— Se llama FE.

— ¿Hay cristianos que se avergüenzan de manifestar su fe?

— Sí, los hay, y son muy culpados.

— ¿Por qué se avergüenzan esos cristianos?

— Porque son cobardes y temen más á los hombres malos que á Dios.

— ¿Hay personas que no creen en las enseñanzas de Dios ó de su Iglesia?

— Sí, hay personas que no creen en las enseñanzas de Dios ó de su Iglesia, porque son ingratos.

« Sin la fe, dice San Pablo, es imposible agradar á Dios. La fe sin las obras es muerta. » Es tener la fe de los demonios, añade el apóstol Santiago, porque los demonios también creen y tiemblan.

El no comprender ¿es acaso un motivo para no creer?

Entonces sería preciso dudar casi de todo, hasta de nuestra propia existencia. En efecto, ¡cuántos misterios vemos alrededor nuestro que no comprendemos! ¿Comprendemos por qué tiene este perfume la violeta y aquel la rosa? ¿Comprendemos la metamórfosis de los insectos? ¿Comprendemos por qué la hormiga cobra alas cuando envejece? ¿Comprendemos por qué el hombre crece sólo hasta llegado á cierta edad? ¿Comprendemos lo que es un grano de arena, un átomo, etc.? « Si pudiésemos comprender todo lo que Dios ha hecho, Dios dejaría de ser Dios, ó nosotros seríamos dioses. » — (*S. Augustín.*)

Zacarías, padre de San Juan Bautista, dudó de la promesa de Dios, y quedó mudo; creyó é instantáneamente recobró el habla.

Observad ¡cuántos monumentos ha levantado la fe!

¿Qué es lo que movió á los martires á sufrir las cadenas, las cárceles, el destierro, el hambre y á morir en el fuego y entre las fieras? La fe.

¿Qué es lo que pobló los desiertos, las montañas y los claustros con tantos ángeles de la tierra? La fe.

¿Qué es lo que envía á los hospicios millares de santas jóvenes que renuncian los halagos del mundo para consagrar su vida á aliviar y compartir las desgracias del prójimo? La fe.

¿Qué es lo que mueve á doscientos millones de católicos? La fe.

¿Qué es lo que engendra las herejías, los cismas y las sangrientas revoluciones? La pérdida de la fe.

¿Qué es lo que multiplica el número de los libertinos, escandalosos, impíos, ladrones, asesinos? La pérdida de la fe. — (*A Lápide.*)

Vuestro adversario, el demonio, dice San Pedro, dá vueltas al rededor vuestro como león rugiente que

busca la presa que ha de devorar; resistidle fuertes en la fe.

Porque me habéis visto, Tomás, habéis creído. Dichosos los que no me vieron y creyeron, le dijo Jesús.

*
* *

El paralítico. — Aconteció una vez en Cafarnaúm, que mientras Jesús predicaba la palabra de Dios, unos fariseos y doctores de la ley que habían venido de todos los pueblos vecinos, tomaron sitio cerca de él y le escuchaban; y la virtud del Señor sanaba á todos los enfermos.

En aquel momento le trajeron entre cuatro hombres á un paralítico en su lecho. Y como no pudiesen presentárselo á causa del tropel de gente, subieron sobre el tejado y haciendo un agujero, por allí descolgaron la camilla en que estaba postrado el paralítico, y lo pusieron en medio delante de Jesús.

Y cuando Jesús vió *la fe* de ellos, dijo al paralítico : « Hijo, perdonados te son tus pecados, *ten confianza.* »

Y los escribas y fariseos comenzaron á pensar y decir : « ¿Quién es este que habla blasfemias? ¿Qué quiere decir? ¿Quién, sino Dios, puede perdonar los pecados? »

Y Jesús, conociendo tales pensamientos, les respondió : « ¿Por qué dais entrada en vuestros corazones á malos pensamientos? ¿Por qué los guardáis? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico : Perdonados te son tus pecados, ó decirle : Levántate, toma tu lecho y anda?

Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados — dice al paralitico. — A tí digo : Levántate, toma tu lecho y vete á tu casa.

Y en aquel mismo instante, el paralítico se levantó, y tomando el lecho en que yacía, á vista de todos, se fué á su casa dando gloria á Dios.

La hija de Jairo. — La Hemorroísa. — Hallándose un día Jesús á orillas del mar, vino á él un príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo, y luego que vió al Salvador se postró á sus pies, y adorándole, le suplicaba que fuese á su casa, porque tenía una hija única, de edad de doce años, que se estaba muriendo.

Jairo rogaba al Señor con las más vivas instancias y le decía : « Señor, mi hija está en las últimas ; tal vez ahora haya muerto : pero ven, pon la mano sobre ella, y vivirá y quedará sana.

Jesús se fué con él; pero como sus discípulos y mucha gente del pueblo le seguían, iba andando con gran dificultad, oprimido por la muchedumbre.

En aquel momento encontro una mujer que padecía flujo de sangre hacía doce años, y que había pasado grandes trabajos en manos de muchos médicos, gastando lo que tenía, sin haber adelantado nada; por el contrario día por día se encontraba peor.

Como ésta oyese hablar de Jesús, atravesó la muchedumbre, y acercándose á él por detrás, le tocó el ruedo del vestido;... porque decía : « Tan sólo con tocar su vestidura seré sana. »

Y en aquel mismo instante le cesó el flujo de sangre, y sintió en su cuerpo que estaba sana de aquella dolencia.

Mas, Jesús, conociendo la virtud que de él había salido, se volvió hacia la gente y dijo : ¿Quién ha tocado mi vestidura? ¿Quién me ha tocado?

Como nadie respondiera, Pedro y los discípulos que le acompañaban, le dijeron : « Maestro, ves las gentes que te aprietan y oprimen, y dices : « ¿Quién me ha tocado? »

Y dijo Jesús : Alguno me ha tocado; porque yo he conocido que ha salido virtud de mí. » Y miraba alrededor para ver quien le había tocado.

Entonces la mujer que se vió así descubierta, sabiendo lo que había pasado en ella, llena de miedo, se le postró á los pies y declaró delante de todo el pueblo la causa por qué le había tocado, y cómo en aquel instante había quedado curada.

Y Jesús, dijo : Hija mía, *ten confianza, tu fe* te ha salvado. Vete en paz y libre de tu mal. Y desde aquella hora, aquella mujer quedó sana.

Aún estaba hablando Jesús, cuando llegó gente de la casa del príncipe de la Sinagoga y dijeron á éste : « Tu hija ha muerto; ¿para qué fatigas más al Maestro? no le molestes con que vaya más lejos.

Mas Jesús, cuando esto oyó, dijo al padre de la muchacha : « No temas, *ten fe* solamente y será sana. » Y sólo permitió que le siguieran Pedro, Santiago y Juan hermano de Santiago.

Cuando llegó á la casa del príncipe de la Sinagoga, vió unos tañedores de flautas y multitud de gente que hacía ruido, dando grandes alaridos y llorando á la difunta. Jesús les dijo : « ¿Por qué hacéis este ruido y estáis llorando? » Y entrando, agregó : « Retiraos, la muchacha no está muerta : duerme. »

Burláronse éstos de lo que les decía, pues sabían que estaba muerta.

Pero él, echándolos á todos fuera, tomó consigo á sus tres discípulos y al padre y á la madre de la muchacha, y entró en la habitación donde ésta yacía. Y tomándola de la mano, en voz alta le dijo : « ¡Hija mía, yo te lo mando; levántate! » Y ella al punto se levantó y pidió que le diesen de comer.

Los padres se quedaron asombrados, sobrecogidos de espanto y admiración. Jesús les encargó que no dijesen á nadie lo que allí había sucedido. Mas á pesar de eso, la fama del milagro corrió por toda aquella tierra.

Pedro de Verona. — Pedro de Verona había nacido en la herejía; pero, convertido al cristianismo, se hizo ferviente defensor de la fe, y consiguió que muchos siguiesen su ejemplo. Los más exaltados herejes, furiosos con el éxito de tantas conquistas, se armaron contra Pedro de Verona y sin conseguir que negase la fe católica le hundieron un puñal en el pecho. El mártir ya expirante y sin aliento para alzar la voz, escribió en la arena con los dedos teñidos en sangre : *Creo* y descansó en el Señor.

*
* *

Fe de San Alfonso de Ligorio. — Una mañana en que San Alfonso de Ligorio se encontraba retirado en su celda vino el padre procurador de la casa cuya dirección tenía el Santo á decirle que estaba próxima la hora de la comida y qué sólo había tres panes para toda la comunidad. San Alfonso, sin inmutarse, le contestó sencillamentê : « No os inquietéis, padre, Dios, que sustenta á las aves del cielo, nos alimentará. » El procurador, que no poseía el don de la fe en grado tan eminente, no quedó muy satisfecho de la respuesta del superior. Retirábase, pues, desconsolado, cuando oyó golpear á la portería. Al presentarse vió un mendigo que pedía limosna. San Alfonso, que también oyó la solicitud del mendigo, dijo al procurador : « Padre, dadle dos de los tres panes que tenéis. » Obedeció el procurador sin replicar; pero aumentóse su confusión al ver que así se agotaba casi por completo su provisión y que nada quedaría para la comunidad. A poco San Alfonso se dirigió á la sacristía, vistióse sobrepelliz y estola y entrando en la iglesia se acercó al tabernáculo. Se postró reverente delante del altar, y después de una corta y ferviente oración, se puso de pie y dió dos ó tres golpecitos á la puerta del tabernáculo, como para

llamar la atención de Aquel que allí mora, y con el candor y la inocencia de un niño, dijo : « Jesús mío, la comunidad no tiene hoy que comer. » Dado este paso, se retira lleno de confianza en que no demoraría Dios en socorrerle. ¡Cosa admirable! no había trascurrido media hora, cuando sintió llamar á la puerta : ocurre el Santo y encuentra un caballero que le presenta una cuantiosa limosna, que sirvió para alimentar á la comunidad durante muchas semanas. — (*Mensajero del pueblo. — T. VII.*)

*
* *

Antes perder la vida que renegar de la fe. — La madre de San Sinforiano de Autún al saber que su hijo había sido condenado á muerte por la fe y que ya los gendarmes le conducían al martirio, temblando, temerosa de que cuando contaba apenas diez y seis años, se acobardara un instante y renegase de Jesucristo, corrió á su encuentro y le dijo : « Hijo mío, no te quitan la vida, sino que te la cambian por otra mejor. »

*
* *

Los mártires de Sebaste. — En Sebaste, ciudad de Armenia, cuarenta soldados de la legión romana fueron conducidos al tribunal donde se les exigió que renunciasen su fe y adorasen los ídolos. Se resistieron tenazmente sin que los sedujesen las promesas ni les intimidasen las amenazas. El gobernador mandó entonces que durante una noche entera se les arrojase en un estanque helado, y se preparase al mismo tiempo, para tentarles, un baño tibio junto al estanque, con orden de que se transportase á él á todo el que, sucumbiendo al rigor del frío, abandonase á Jesucristo. Los generosos atletas se alentaban mutuamente diciendo que una noche de suplicio les valdría una eternidad de gozo.

Encendidos en igual fervor clamaban : « Señor, somos cuarenta sentenciados, haced que todos recibamos la corona del martirio. » Mas, uno de ellos, á quien faltó el valor, fué á echarse al baño tibio, donde murió en el acto. Un momento más de perseverancia le habría valido el cielo. Dios no quiso, sin embargo, que quedase sin efecto la oración de los mártires.

Uno de los guardias vió que los ángeles descendían del cielo y tenían una corona suspendida sobre la cabeza de los generosos soldados de Jesucristo, exceptuando á aquel que salía del baño y renegaba de su fe. Alumbrado por esta visión, el guardia se declaró cristiano y fué á ocupar el lugar que abandonaba el infortunado desertor, recibiendo así bien pronto la corona de gloria. — (*Vida de los Santos.*)

*
* *

Los siete hermanos Macabeos. — Para forzar á estos valientes cristianos á violar la ley del Señor les cortaron los pies y las manos, les arrancaron la piel y les quebraron los huesos; pero nada debilitó su constancia. « Perdemos la vida sin pesar, decían á sus verdugos, porque la hemos recibido de Dios que nos la volverá gloriosa y eterna. » Inmolados en presencia de su madre, esta mujer admirable los vió perecer uno á uno en el mismo día, y llena de fe y de coraje los exhortaba á ganar el cielo. « Cuando tocó su turno al séptimo, niño de trece años, su Benjamín, temiendo ella que le faltase el coraje para imitar á sus hermanos, se le echa á los pies y mostrándole el pecho le dice : « Hijo mío, acuérdate que te he llevado nueve meses en mis entrañas y que te he alimentado tres años con mi leche. Por piedad, no temas á los verdugos. Mira el cielo y los tesoros que encierra. Tuyos serán si como tus hermanos sufres la muerte por Dios. » Y todos perecieron heroi-

camente antes que abandonar su fe. — (*Trésor des Prédicateurs.*)

* * *

La fe es preferible a un reino. — Napoleón decía un día á Madame de Montesquiou : « Bernardotte es rey, ¡qué grande su gloria! — Sí, señor, respondió ella, pero para subir al trono ha renegado de su fe. — Es verdad, replicó el Emperodor; y yo siendo tan ambicioso, como dicen, no negaría jamás mi religión por todas las coronas del mundo. » — *(Id.)*

Federico II, rey de Prusia, filósofo impío é incrédulo, viendo salir á los católicos de la iglesia, exclamaba : « Felices ellos, que tienen fe. » — *(Sibillat.)*

* * *

Un mártir de la fe. — Durante la revolución francesa de 1793 miróse el catecismo como un emblema ó símbolo de la fe. Juan Chantebel, vecino de la aldea de Chène, provincia de Bretaña, puede ser considerado *mártir del catecismo.*

« Juan Chantebel conocía los deberes de su religión; durante las persecuciones y apotasías gustaba repasarlos en un pequeño catecismo. Visto por los volterianos este libro en su casa fué suficiente á que lo llevaran preso.

Reúnese una junta, y esta dispone que el mismo Chantebel queme el catecismo. Se levanta con infernal algazara una hoguera y Chantebel es conducido allí. Le leyeron la sentencia en la cual lo condenaban á tomar una tea que le presentaron y á prender públicamente fuego al catecismo. Él contestó :

— Este libro contiene los principios de mi fe. No conseguiréis que yo renuncie á ella.

Le amenazaron, y permaneció inquebrantable. Uno

de aquellos malvados, cogiendo la tea encendida, quemó la mano del generoso confesor.

— ¡Ah! dijo Chantebel, no sólo mi mano, mi cuerpo todo podéis quemar ántes que verme cometer un acto indigno de mi religión. »

Desconcertados y confusos, los ímpios decidieron que le condujeran por las calles montado en un caballo, cuya cola debía llevar en la mano. No demostró la menor repugnancia; su frente serena, en medio de los silbidos del populacho que le seguía indicaba la gran paz de su conciencia. Entre las personas atraídas por este espectáculo, estaba la misma esposa de Chantebel. Ésta se va á él como un nuevo Macabeo y le grita con lenguaje lleno de sencillez :

— ¡Mantente firme! esto lo sufres por Dios, y Él te recompensará. — *(Barruel.)*

*
* *

Aproximaos á Dios y tendréis fe. — En 1840 llegó á Ars un joven que había recibido educación cristiana; pero que enviado muy temprano á cierto colegio del Estado, se puso en contacto, igualmente que otros muchos jóvenes de su edad, con toda clase de incrédulos. Allí, por espacio de ocho años, se le enseñó el error, en sus variadas y más imponentes formas, y las buenas costumbres adquiridas en el hogar doméstico, bien pronto desaparecieron... Principió por avergonzarse de sus creencias y terminó por ser materialista y escéptico. Había acabado los estudios y se hallaba dispuesto á comenzar sus ensayos cuando oyó hablar de la santa peregrinación á Ars, en donde el venerable párroco Juan Bautista Vianney atraía millares de personas con su virtud y ciencia sobrenaturales.

De todas partes, de todas las provincias de Francia, de todos los puntos de Saboya, de Bélgica, Inglaterra y

Alemania, un gentío inmenso, de diferentes clases y condiciones, llegaba á implorar la curación de los dolores del cuerpo y del alma.

Tomó parte en la peregrinación, como otros muchos, no para conocer la verdad de lo que allí ocurría, ni con esperanza de hallarla, sino dispuesto más bien á reírse como curioso y contradictor.

Dos curaciones se efectuaron el día de su llegada; quiso negarlas, pero cuanto más examinó los hechos y multiplicó las preguntas, menos posible le fué dudar de que dos extranjeros como él llegaron á Ars enfermos, y volvieron á su casa completamente sanos. Este suceso le decidió á tener con el Santo Párroco una conferencia, y admitido en su presencia, le dijo : « Señor Cura, comienzo por declarar que no tengo fe; pero, sin embargo, me veo embarazado para explicarme dos curaciones de que he sido testigo. Nada deseo tanto como creer, y me haría Ud. un señalado obsequio en decirme lo que debo practicar para conseguirlo. » — « Amigó mío, le respondió el Santo Párroco, *aproxímese Ud. á Dios, y Dios se aproximará á Ud...* La gracia le iluminará y entonces creerá. Mas para esto es preciso que Ud. se confiese. »

Estas palabras, robustecidas sin duda por la oración interior del siervo de Dios, penetraron en el alma del joven incrédulo. Turbóse, balbuceó algunos vocablos y después de cortos momentos de vacilación, se arrodilló é hizo su confesión. Salió del santo tribunal con los ojos bañados en lágrimas y con un rosario en la mano. Para acabar de instruirse y afirmarse en la práctica del bien permaneció en Ars no menos de un mes, y cuando volvió á su casa, Jesucristo estaba ya formado en él. Era *creyente* y observante. — (Monnin. — *Vida del Cura de Ars.*)

EL QUE PRACTICA LA VERDAD, VIENE Á LA LUZ. — Cierto día el Párroco de Ars vió entrar en su sacristía un personaje, en quien era fácil reconocer, por su lenguaje y finos modales, al hombre de mundo. Aproximósele el desconocido con respeto, y el buen Párroco, creyendo adivinarle el pensamiento, le señaló el reclinatorio donde tenía costumbre de confesar á sus penitentes. — ¡Sólo Dios sabe si otro mueble semejante ha sido bañado con tantas lágrimas de dulce consuelo y sincero arrepentimiento!

El fino caballero, que comprendió lo que de él exigía, le dijo : « Señor Párroco, no vengo á confesarme, sino á razonar con Ud. »

— ¡Oh! amigo mío, viene Ud. equivocado; yo no sé razonar... mas si Ud. tiene necesidad de algún consuelo, arrodíllese ahí (señalando el reclinatorio), y créame, que otros muchos se han arrodillado antes que Ud. y de ello no se han arrepentido. — Pero, señor Párroco, ya he tenido el honor de decirle que no venía á confesarme, y esto por una razón decisiva; y es que yo *no tengo fe.*

— ¡Oh, amigo mío! ¿con que Ud. no tiene fe? ¡Cuán digno es de compasión! Vive, pues, en la oscuridad; un niño de ocho años, que aprende el Catecismo, sabe más que Ud. Yo me creía muy ignorante; pero Ud. lo es todavía más que yo, pues ignora las primeras cosas que hay que saber... ¿Dice Ud. que no tiene fe? Pues bien, póngase ahí; voy á oír su confesión, y cuando se haya confesado, ya la tendrá. — Pero, señor Párroco, lo que Ud. me aconseja es una verdadera comedia; y yo no gusto de eso, pues no soy comediante.

— « *Tenga á bien arrodillarse ahí.* »

La persuasión, la dulzura y el tono de autoridad, suavizado por la gracia con que el siervo de Dios repi-

tió esas palabras, causaron tal impresión en este caballero que, sin advertirlo y casi á pesar suyo, se halló de rodillas. Hizo la señal de la cruz, práctica que había olvidado hacía mucho tiempo, y confesadas sus culpas, salió del santo tribunal no sólo gozoso y consolado, sino *perfectamente creyente*. Conoció así, por experiencia propia, lo que debe hacerse para llegar á la fe, según la palabra eterna del Divino Maestro : « *El que practica la verdad viene á la luz* (1). »

Al salir de la pequeña sacristía, donde había hallado la paz, que había buscado vanamente en otra parte, el recién convertido, no podía contener su alegría. « ¡Qué hombre decía... Si se me hubiese tratado de ese modo, me habría ya confesado hace mucho tiempo. » — *(Id.)*

Respeto humano.

Preferir Dios á la criatura es el deber del hombre, y el respeto humano hace preferir la criatura al Creador.

Muchos de los mismos príncipes de los judíos creyeron en Jesucristo, dice el Evangelio; pero á causa de los fariseos, no lo confesaban por miedo de ser arrojados de la Sinagoga; pues preferían la gloria de los hombres á la gloria de Dios. ¡Cuántos imitan su ejemplo!

En la Pasión, la sirvienta que estaba á la puerta de la casa de Caifás, dijo á Pedro : Eres también uno de los discípulos de este hombre? Y él contestó : « No lo soy. » Tal es la flaqueza y cobardía del respeto humano.

¿Qué acto tan grande hizo el buen ladrón, dice San Juan Crisóstomo, para ir inmediatamente de la cruz al cielo? ¿Queréis que os explique su virtud en dos palabras? Mientras Pedro negaba á Jesucristo, no lejos de

(1) Joan., x, 10.

la cruz, el buen ladrón le confesaba públicamente en la cruz.

Si la Magdalena, el publicano, el pródigo y el buen ladrón hubiesen oído la voz del respeto humano, no habrían abandonado el camino de perdición. — (*A Lápide.*)

*
* *

Declaración de Jesús. — Hé aquí las palabras del Señor : « No temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma... Temed al que después de quitaros la vida puede precipitaros el alma y el cuerpo en el infierno. »

« A todo el que me confesare delante de los hombres yo lo confesaré delante de mi Padre que está en el cielo. Y al que me negare delante de los hombres, yo lo negaré también delante de mi Padre que está en los cielos. »

*
* *

Nadie debe avergonzarse de parecer cristiano. — Un joven coronel, aprovechando una licencia, se propuso viajar. En la visita de un país cuyas relaciones no eran cordiales con su patria, se encontró cierto día en una situación delicada. Se hallaba en una casa donde se había reunido una brillante y numerosa concurrencia. Se habló de política y se apreció la de los soberanos de diversas naciones. Al calificar la del jefe supremo de la nación de que el joven coronel era originario, obedeciendo á una antigua antipatía no mereció más que censuras : su gobierno, sus planes, su carácter, sus cualidades personales, sus costumbres, sus gustos, todo fué objeto de aguda sátira i de amarga crítica.

El coronel, entretanto, decía para sí : Si tomo la defensa de mi soberano, si me doy por ofendido, si trato de desvanecer los cargos que se le hacen, se reirán de

mí, se redoblarán los chistes y sarcasmos, se burlarán de mi celo y la discusión podría tener un desagradable resultado. Prefirió disimular y nada contestó á las sátiras mordaces y á las calumnias que proferían contra su príncipe. Tranquilo y sereno sonreía y de cuando en cuando agregaba alguna palabra para que su silencio no se interpretase como una desaprobación. Terminada su visita, se retiró contento de haber salido con felicidad de aquel paso.

Mas, esto llegó al conocimiento de su soberano, quien indignado, recibió más tarde al coronel con profundo desprecio y presentado en palacio le despidió ignominiosamente.

Nuestro Señor Jesucristo tratará del mismo modo á muchos cristianos. Él es nuestro Rey y nosotros somos sus vasallos. Debemos, por lo tanto, oponèrnos á cuanto le pueda ofender, debemos declararnos por Él en toda ocasión y no consentir jamás que se ultraje su gloria. ¡Desgraciados los cristianos cobardes que oculten su fe!

Nuestro Señor Jesucristo se avergonzará delante de su Padre de cuantos se avergonzaren de Él delante de los hombres. — *(Giraudeau.)*

*
* *

El mundo mismo desprecia á los esclavos del respeto humano. — Constancio, padre del Gran Constantino, pagano todavía, quiso saber quiénes eran los cristianos que servían en su corte y en sus ejércitos y les ordenó que se manifestasen. Se creyó que hacía esto para despojarlos de toda dignidad, y hubo algunos que por cobardía prefirieron negar su fe á exponerse á perder sus puestos. Pero se engañaron. Aquel monarca no conservó en su servicio sino á los que tuvieron la entereza de declarar que eran cristianos, y despidió á los demás

diciéndoles que no podía tener confianza alguna en hombres que eran infieles á su Dios, y que todo podía temerse de aquellos cuya conciencia y cuyo deber eran dirigidos por el interés ó por consideraciones humanas. — (*Sibillat.*)

*
* *

El General Bedeau. — Este ilustre General francés, que tanta gloria se conquistó en la guerra de África, marchaba con sus tropas al encuentro del enemigo. De repente se detiene, baja del caballo y se arrodilla al pie de un árbol para orar. En seguida, dirigiéndose al capellán, le dice : « Señor capellán, tened la bondad de escucharme. » Se confiesa é inclina su frente cubierta de laureles para recibír la absolución. Después, volviéndose á su Estado Mayor, exclama : « Amigos míos, el que necesite purificar su alma, imite mi ejemplo; dentro de una hora habrá comenzado el combate y sin duda muchos no volverán. — (*Id.*)

*
* *

Un General vencedor del respeto humano. — El general Ziethen, gracias á su valor y talento, llegó á ser uno de los consejeros íntimos de Federico, Rey de Prusia. Un día en que el Rey le mandó una invitación á comer, contestó al emisario de Su Majestad :

— « Decid al Rey que se digne excusarme, pues, hoy he comulgado y los días en que tengo esta satisfacción procuro no distraerme. » Días después, estando Ziethen en el castillo de Sans-Souci, el Rey le dijo : « ¡Hola, General! ¿cómo lo habéis pasado con vuestra comunión. »

Á estas palabras, todos los cortesanos se echaron á reir.

— « Príncipe, dijo entonces el guerrero cristiano, Vuestra Majestad debe saber que jamás he retrocedido

delante del peligro. He combatido siempre con valor por vos y la patria. Mi espada está todavía á vuestro servicio; pero no puedo olvidar que sobre nosotros está Aquel que es más poderoso que vos y que yo, Jesucristo Nuestro Redentor. Y yo no permitiré jamás que se le insulte en mi presencia con cobardes sonrisas. Si mi lenguaje os desagrada, servíos disculparme. »

— Dichoso vos, General, replicó el rey, protestante como era. Yo respeto vuestra religión. Conservadla y estad persuadido de que lo que acaba de ocurrir no volverá á repetirse en mi presencia. — (*Sibillat.*)

*
* *

Un rosario encontrado. — Hace algunos años, uno de los estudiantes más distinguidos de la escuela pirotécnica de París perdió su rosario. Un compañero suyo que lo halló, reunió en la hora de recreo á todos los alumnos, y colgando dicho objeto religioso en uno de los árboles del patio, con tono provocador exclamó : « Aquel á quien pertenezca este rosario que venga, si quiere, á reclamarle. — Es mío, que lo he perdido, dijo tranquilamente el estudiante, yendo hacia él : este rosario es un recuerdo de mi madre, lo quiero mucho y lo rezo todos los días. — *¡Bravo!* exclamó una voz grave. Todos volvieron el rostro; era el jefe de la escuela. ¡Bravo, mi amigo! dijo apretando la mano del joven cristiano; sois hombre de corazón y de energía. Cuándo así se saben defender las convicciones y la fe, se sabe defender al país y morir por la patria. — (*Segur. — Lefort.*)

*
* *

Bella respuesta. — El mariscal Villars, herido en la batalla de Malplaquet, pidió que le administraran los últimos sacramentos. Le propusieron hacer la ceremonia en secreto. « No, dijo él; pues que el ejército ha

visto á Villars batirse como valiente conviene le vea morir como cristiano. » — (*Lefort.*)

Incredulidad.

SUS CAUSAS.

Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, dijo Jesucristo.

Noé, durante los cien años que empleó en construír el arca, no cesó de anunciar el castigo que amenazaba; los hombres se burlaron de él, fueron incrédulos, y el castigo de su incredulidad fué el diluvio universal.

¿Quién hizo perecer á aquellos á quienes Loth quería librar del fuego de Sodoma? La incredulidad. Se burlaban de él, dice la Santa Escritura.

Y ¿quién provocó las diez plagas de Egipto? — La incredulidad. — ¿Por qué Faraón y seiscientos mil egipcios fueron sepultados en los abismos del mar? Porque fueron incrédulos.

Los judíos no creyeron á Jesús y le trataron de loco; por eso fueron exterminados y maldecidos.

¿Cuál es el fin de los incrédulos de todos los siglos? Su muerte es semejante á su vida : viven sin fe y mueren en la desesperación. — (*A Lapide.*)

Si se evita el pecado se cree sin dificultad. — (*Id.*)

La incredulidad tiene su origen en el deseo de no reconocer freno en las pasiones, en la vanidad de no pensar como los demás; cuando las pasiones y la vanidad se callan, vuelve la fe. — (*D'Alembert.*)

Poca ciencia aparta de la religión, mucha ciencia conduce á la religión. — (*Bacón.*)

*
* *

La corrupción del corazón, madre de la incredulidad. — Bouguer era uno de los hombres más eminentes de

su tiempo. Á su muerte, en 1758, d'Alembert exclamó : hemos perdido la mejor cabeza de la Academia de Francia. Y bien, el sabio Bouguer, al convertirse, hizo la siguiente declaración : « Yo he sido incrédulo sólo porque he sido corrompido. Mi corazón y no mi inteligencia es el que necesita curación. » —(*De la Berthonie.*)

*
* *

Reflexión del principe Schouvaloff. — La fe es tanta más viva cuanto más se avanza en el camino del bien.

Uno de sus amigos decía un día á Pascal : « ¡Ah! si yo tuviese fe ¡qué ejemplar sería mi conducta! » — Pascal le respondió : « Comenzad por conduciros bien y tendréis fé. » Respuesta de sublime verdad.

*
* *

Mezerai. — Este historiador de Francia había afectado toda la vida gran impiedad. Durante su última enfermedad llamó á sus amigos, para manifestarles cuánto deploraba haberse burlado de la religión y agregó : « Creed más bien en la sensatez de Mezerai moribundo que en la irreligiosidad de Mezerai en salud. »

*
* *

La incredulidad á nadie hace feliz. — Viennet, miembro de la Academia Francesa, decía un día á su colega Benjamín Constant : « Grande es mi desgracia al no creer en nada : ¡ah! si yo tuviera hijos los preservaría de esta calamidad haciéndolos educar cristianamente en un colegio de Jesuítas. — Pienso como tú, le respondió Benjamín Constant : yo también desearía tener fe : es para mí un gran suplicio no creer en nada. » — Así confirmaban las palabras de Montesquieu : « Cosa admirable, la religión cristiana, que parece no tener por objeto más que nuestra felicidad eterna, nos hace también felices en esta vida. »

SIN LA FE LA TIERRA SERÍA UNA CAVERNA DE LADRONES. — Un día que d'Alembert y Condorcet se sentaban á la mesa de Voltaire, quisieron hablar de su ateísmo ; pero Voltaire se los impidió diciéndoles : « Esperad que se alejen mis criados, porque no quiero que me asesinen esta noche. »

*
* *

EL PADRE DE AUGUSTO. — Un padre de familia había educado á su hijo con esmero. Grande era el cariño que le tenía y no pudo disimular su sentimiento cuando le vió ausentarse de su hogar para prestar servicios en la milicia.

Pasados algunos años, el militar volvió á ver á su familia, la cual se afligió vivamente al notar gran cambio en los principios religiosos de éste.

Al regresar á su batallón recibió la siguiente carta de su padre : « Hasta ahora te he ocultado, querido hijo mío, el profundo pesar que me causaron los irreligiosos sentimientos que mostraste durante tu corta permanencia en casa. Y aunque entonces no quise acibarar la dicha de que gozabas en el seno de la familia, con todo, el amor paternal me obliga á hacerte hoy algunas reflexiones sobre ese cambio de opiniones, cuyas consecuencias son tan graves. Pocos años hace que saliste de casa con sentimientos de piedad que me llenaban de consuelo; mas, por desgracia, te veo hecho un incrédulo é impío. ¿Qué razones han podido determinarte á semejante cambio? No puedo persuadirme de que hayas negado tus antiguos principios por debilidad ni corrupción. — ¿Por qué, pues, los desdeñas? ¿Será por convicción? No, pues de dos años á esta parte no has podido hacer estudios serios, ni te han rodeado hombres sabios. ¿Cómo, pues, hallas ahora falso y desdeñable lo que antes estimabas verdadero y venerando?

¿Cómo, apenas salido de la adolescencia, miras á tus padres y abuelos como ilusos é insensatos? Porque esta es la conclusión que necesariamente se saca de tu conducta y opinión.

Hijo mío, he servido treinta años al rey con alguna gloria; he visto, leído y oído mucho más que tú; y no obstante, lejos de entibiarse, con la experiencia y la reflexión, se han acrecentado en mí la fe y el amor á la religión; y tú, en pocos meses, has decidido que mis principios no son más que preocupaciones y absurdos! Y si alguna nueva luz te dió á conocer que yo me engañaba, y qué debías tú rechazar mis principios, ¿por qué no has hecho participante de ese descubrimiento al que tantas pruebas de amor te ha dado? ¿Qué ingratitud! ¡Qué egoísmo! Mas dudo de que hayas abrazado por convicción esas nuevas opiniones. ¿Será por flaqueza, por temor á las burlas y sarcasmos de los que te rodean? ¡Qué ruin motivo sería éste! No te alusines, hijo mío; hay un heroísmo mayor que el de arrostrar los peligros y sacrificar la vida en el combate: el saber hollar el respeto humano y sacrificar el amor propio á la voz de la conciencia. El valor militar no es á veces más que una ceguedad pasajera, producida por el entusiasmo de la gloria, mientras que este heroísmo cristiano se funda en la energía del alma y en el sentimiento de la virtud.

Si no es convicción de espíritu, ni debilidad de carácter lo que ha determinado tu apostasía, ¿qué podrá ser sino la corrupción del corazón? No me detengo en esta cuestión. Júzgalo tú mismo. ¿Son puras tus costumbres, como cuando fuiste al ejército? ¡Ah! triste cosa es pensar que quizá no habrías cambiado de principios, si te hubiese enviado á una academia de sofistas y no has sabido resistir al ejemplo de unos jóvenes

compañeros de armas que probablemente no se distinguen en la ciencia, ni en la lógica. »

Esta carta produjo grande impresión en el corazón del hijo y desde entonces venció el respeto humano y fué ejemplar su conducta. — (*Villefroy.*)

LA ESPERANZA

— *¿Qué es la esperanza?*

— *Es una virtud sobrenatural por la cual confiamos en que Dios nos dé su gracia en este mundo y la gloria eterna en el otro.*

— *¿Dios ha prometido su gracia y la gloria eterna?*

— *Sí, Dios ha prometido su gracia y la gloria eterna á todos los que cumplan sus mandamientos.*

— *¿Cuáles son los pecados contrarios á la esperanza?*

— *La presunción y la desesperación.*

Sin esperanza no hay felicidad en la tierra, como no hay cielo sin amor.

¿Por qué es tan terrible el infierno? Porque allí no hay esperanza.

La esperanza es la que hace hombres laboriosos, colonos emprendedores, negociantes activos é intrépidos soldados.

Ved al atleta y al soldado, ¿qué los sostiene y hace tan fuertes y heróicos? La esperanza de ganar un premio y de merecer la distinción prometida.

La esperanza hace sufrir con paciencia todos los trabajos, todas las empresas, todos los sacrificios. La esperanza es la que ha hecho apóstoles, mártires confesores, vírgenes, celosos misioneros y á todos los Santos.

La esperanza hace que el hombre sea piadoso por-

que confía en la recompensa de sus trabajos. La desesperación, por el contrario, le hace impío. — (*A Lápide.*)

* * *

El Santo Job. — Sufriendo Job una enfermedad horrible, y cuando había perdido sus hijos, su hacienda y era despreciado de sus amigos, exclamaba : « Aun cuando el Señor me quite la vida yo no dejaré de esperar en Él. »

* * *

José. — José, arrojado á una cisterna seca, vendido por sus hermanos y más tarde preso en la cárcel, no dejó de esperar en Dios; y Dios dispuso que llegase á ser el primer ministro del rey Faraón.

* * *

Confianza de un niño. — Un misionero se embarcó para ir á predicar el Evangelio en las Indias Orientales. Durante el viaje sobrevino una deshecha tespestad. Los relámpagos brillaban en el espacio, el trueno rugía en medio del Océano, las olas se elevaban como montañas que paracían querer sepultar al navío. Los pasageros jemían y lloraban y hasta los más audaces marineros temblaban de espanto.

Sólo el hijo del comandante, niño de pocos años, estaba sereno sin manifestar la menor inquietud. Sorprendido el misionero le preguntó : « Cómo puedes, hijo mío, permanecer tranquilo en tan gran peligro? — ¿Por qué he de temer, contestó el niño, cuando mi padre es quien gobierna el barco? Bien sabrá él manejarlo para que ningún daño pueda hacernos la tempestad...

En efecto, gracias á su pericia, intrepidez y presencia de espíritu, consiguió el comandante triunfar de las olas.

Aquel niño, sin duda, confiaba demasiado en la habilidad de su padre; pero sus palabras encierran una gran lección. Si tan profunda confianza inspiraban al

niño las fuerzas bien limitadas de su padre ¡cuánto más en los sufrimientos y peligros debemos nosotros confiar en la bondad y omnipotencia infinita de Dios? — (*Lefort.*)

*
* *

Un socio de Dios. — A fines del siglo XVI, vivía en París un poderoso y acreditado joyero. Llámabase Juán Duhalde. Tenía dos hijos, el uno sacerdote y el otro comerciante. Éste á la muerte de su padre, tomó la dirección de la casa; llamábase Pablo Duhalde, y su original historia prueba que jamás es vana la confianza en Dios.

Pablo Duhalde, habiendo continuado en el negocio de su padre, tenía como principal clientela varios monarcas extranjeros. Las valiosas obras encomendadas por éstos contribuían al renombre y sorprendente prosperidad de la casa. No obstante, ocurrióle un contratiempo de donde quizás menos era de esperarlo.

A causa de los disturbios que en aquel entonces agitaron á España, la corte dejó de pagar cuantiosas deudas al joyero. Duhalde no pudo continuar solo en sus negocios y buscó como compañero á un lapidario alemán. Mas, como las condiciones impuestas por éste parecían llevarle á una ruina completa, se asoció sucesivamente con un inglés demasiado ladino y con un inconsiderado italiano quienes lo lanzaron en tales operaciones que al cabo de seis meses le pusieron á las puertas de una bancarrota.

Reducido el crédito, con escasas mercancías, tiembla ante la miseria y la deshonra. Así desolado Pablo Duhalde, cayó enfermo. Su hermano sacerdote fué á verle, y después de oírle referir las dificultades ocurridas con sus diversos asociados, le dijo : Sólo te queda una cosa que hacer. — ¿Cuál? contestó el comerciante. — Es necesario buscar otro socio. — ¡Cómo! ¿después de todo

lo sucedido? — ¿Qué importa? — Y ¿con quién podría yo asociarme? — Con Aquel que jamás traiciona. — ¿Cuál es ése? — El buen Dios. — El joyero se incorporó enfadado. ¡Quieres reírte! exclamó. — No, respondió el piadoso sacerdote, no es broma. Yo creo en el éxito de las empresas que se colocan bajo la protección del cielo. Por otra parte, ¿qué aventuras con esto? He ahí un socio que no te dilapidará los bienes, que no te será molesto y que se entregará á tí para la gerencia de los asuntos. — ¡Vaya! no seas iluso; es necesario plata para levantar de nuevo el establecimiento. — Y bien, ¿hay acaso algo difícil para la Providencia? La experiencia de cada día lo confirma; que cuando Dios quiere una cosa todo concurre á ello, que los socorros llegan de donde menos se piensa, que hasta los enemigos contribuyen á ser verdaderos auxiliares. — ¿Crees entonces que deudas enormes pueden pagarse con oraciones? — Hombre de poca fe, replicó dulcemente el sacerdote, ¿á qué riesgo te expones con seguir la indicación que te propongo? A ninguno. — Y ¿por qué no la ensayas?...

Pablo Duhalde sonrió y al fin consintió en hacer este pacto, que aun cuando tenía por móvil el interés, la fe era su base. Extendió un acta de sociedad con Dios en la cual le aseguraba la mitad de los beneficios.

La historia que referimos es enteramente verídica, por extraordinario que parezca su desenlace.

Á la mañana siguiente de haberse firmado la escritura, el joyero Duhalde recibía una gruesa suma. Era la restitución que, en artículo de muerte, le hacía uno de sus antiguos socios. Un mes después, el regente de la corona de Francia le confiaba la ejecución de un espléndido aderezo. Fabricada esta obra con delicado gusto fué suficiente á atraerle el favor de la corte y ga-

narse en pocos años un gran caudal. Y ¡cosa asombrosa! apenas reecha su hacienda, la corte de España le pagó en escudos sonantes casi la totalidad de la antigua deuda. El socio de Dios, como se vé, había colocado bien su confianza; murió millonario.

Duhalde dejó testamento; la parte de Dios aparecía en él, debiendo ser pagada á los pobres y casas de beneficencia. Los herederos siguieron un juicio para anular esas disposiciones. Se exhibió entonces el acta de sociedad y Dios ganó su causa. — (*Lefort.*)

*
* *

ESPERANZA Y CONSUELO DEL JUSTO EN EL LECHO DE MUERTE. — Un anciano atacado de una grave enfermedad, deseó recibir la bendición de su obispo, San Francisco de Sales. El Santo obedeció al punto á semejante deseo.

— Illmo. Sr., le dijo el enfermo, ¿me moriré?

— He visto á algunos que más próximos á la muerte han curado, le contestó San Francisco; confiad en Dios que es el dueño de la vida y de la muerte.

— Pero, en fin, ¿á vos os parece que moriré?

— Un médicó podrá contestar á eso mejor que yo. Lo mejor que podéis hacer es no inquietaros; entregaros á la Providencia de Dios, que hará lo que más os convenga.

— ¡Ah, Illmo Sr., contestó el aldeano, no es por el temor de morir que os pregunto esto, es por miedo de no morir. Me cuesta trabajo resignarme á recobrar la salud.

— ¿Tenéis algunas penas en vuestra posición para que tan pesada se os haga la vida?

— No, Illmo Sr., tengo todas las satisfacciones que se pueden desear en este mundo; pero en los sermones os he oído encarecer tanto la otra vida y los goces del paraíso, que la tierra me parece una prisión. » Y como

continuase el buen aldeano hablando de la abundancia de su corazón, dijo del cielo cosas tan hermosas y de la vanidad del mundo cosas tan severas, que el santo obispo derramando lágrimas de gozo admiró el espíritu de Dios que había instruído tan bien á este hombre, sin letras y sin cultura.

El virtuoso enfermo hizo en seguida actos de resignación para vivir y de indiferencia para morir, según el beneplácito divino, y poco después, fortalecido con los últimos sacramentos, expiró dulcemente en el Señor. — *(Espíritu de San Francisco de Sales.)*

*
* *

Una respuesta de Alejandro el Grande. — Alejandro el Grande, disponiéndose para partir á la célebre expedición de Asia, distribuyó casi todas sus riquezas entre sus capitanes y soldados.

— ¿Qué os queda? le dijo Pérdicas, entonces.

— La esperanza, respondió Alejandro.

Si sólo la perspectiva de la gloria de este mundo tanto animaba á aquel guerrero ¿qué no debemos hacer nosotros para conquistar el reino inmortal?

*
* *

Resignación. — Jacobo, uno de los más ilustres reyes de Inglaterra, destronado y proscrito escribió las memorias de su vida. La religión fué su consuelo.

Lo pasado se le presentaba lleno de tristes recuerdos y la fe católica le hacía desear lo porvenir.

Al fin de sus memorias escribió esta corta oración : « Gracias os doy, ¡oh, Dios mío! por haberme despojado de tres reinos, si ha sido para hacerme mejor y para concederme el cielo. » — *(Sibillat.)*

*
* *

Conformidad sublime. — Dios se dignó conceder á una ilustre princesa los bienes de la tierra y los tesoros

del cielo. En los días de prosperidad, esta mujer hacía consistir su mayor satisfacción en abrir su corazón y sus manos para derramar sobre el infortunio de los pobres el bálsamo del amor y cuantiosas limosnas. A menudo se la veía descender la colina en que estaba situado su castillo para dirigirse á la ciudad vecina. Allí con sus reales manos servía en los hospitales construídos por ella y prodigaba sus cuidados á los pobres á quines llamaba sus hermanitos.

Un día le llegó también á ella el tiempo de prueba. Salió de su palacio sin séquito y sin bienes. Golpeando de puerta en puerta recorría las casas mil veces favorecidas por sus larguezas; mas, todas le fueron cerradas sin piedad. Sólo un triste asilo le dió albergue. Y cuando ella, Isabel de Hungría, se vió reducida á tan lastimosa suerte, se le ofreció el recuerdo de Belén é inundósele de gozo el corazón.

Tocaban un día las campanas de un monasterio. Isabel se levantó presurosa y fué á decir á los religiosos : « Cantad el *Te Deum* para bendecir á Dios por mi supremo abandono. »

Y mientras los monjes lo cantaban, ella decía en su corazón : « Dios mío, ayer era yo una gran reina; hoy día no soy sino una pobre mendiga : hágase, Señor, tu voluntad. »

Si alguno cae de la riqueza y los honores en el desprecio y necesidad, cante como Isabel el *Te Deum* de la resignación. — (*Id.*)

Presunción.

— *¿Qué es presunción?*

— *Es ofender á Dios confiando en salvarse por las propias fuerzas ó por ser Dios tan bueno, sin querer enmendarse.*

La presunción, la falsa confianza, cometiendo pecados porque Dios es bueno, perdió á los contemporáneos de Noé y á los habitantes de la Pentápolis.

*
* *

Arquías. — Plutarco y otros historiadores refieren que Arquías, rico personaje de Atenas, se apoderó del gobierno de su patria á viva fuerza; mas se tramó un complot contra él á fin de quitarle la vida.

Descubierta la conjuración por un amigo de Arquías escribióle á éste en el acto anunciándole el criminal proyecto. La carta fué enviada con la advertencia de que era urjente su lectura.

— Dad las gracias á vuestro amo, dijo el nuevo rey de Atenas; la leeré más tarde.

— Señor, respondió el emisario, se trata de un asunto de la mayor importancia.

— ¡Oh! replicó Arquías, este es el momento del reposo y de los placeres; las cosas serias quedan para mañana... Y bien pronto los conspiradores se arrrojaron sobre él y lo mataron.

¿Quién podrá excusar la locura y ceguera de este tirano? Sin duda que fué bastante insensato. Pero lo son más todavía aquellos que con sus propios pecados procuran perderse para siempre. — *(Sibillat.)*

*
* *

No se puede demorar la conversión. — Se celebraba en un pueblo del valle de Cáqueza una función religiosa; oficiaba en el altar un sacerdote y otro se disponía á predicar el sermón; debajo del púlpito había un hombre que empezó á estremecerse y cayó al suelo.

— ¡Qué se muere! gritaron los que se hallaban cerca de él.

El sacerdote que decía la misa corrió á socorrerle, y

el que estaba en el púlpito bajó aceleradamente. Del altar al púlpito habría doce pasos, del púlpito al suelo, ocho escalones.

Cuando los dos sacerdotes llegaron adonde estaba el hombre, ya éste era alma de la otra vida. — (*Mensajero del pueblo.*)

*
* *

Los presuntuosos corren gran peligro de perder su alma. — Un hombre de mala vida repetía á menudo : « Tiempo tengo para convertirme; al fin de mi vida tres palabras me bastarán. »

Un día que paseaba á caballo quiso pasar un puente medio roto : Como se resistiera el caballo, le picó espuelas, y encabritado entonces aquél cayó al agua donde se ahogó el jinete, sin decir otra cosa que estas palabras de cólera y desesperación : *Vaya todo al diablo.* — (Gaume, *Cat.*)

*
* *

Por negligencia. — Un piadoso sacedote exhortaba frecuentemente á la penitencia á un pecador de quien recibía siempre esta misma respuesta : « ¡Tengo tiempo! »

El desgraciado cayó enfermo de gravedad. Acudió el sacerdote y reiteró sus instancias.

El moribundo se revuelca en la cama y exclama : ¡Oh! arrepentimiento ¿dónde estás?... Ya no puedo convertirme porque no lo he querido cuando podía... y expiró. — (*Lefort.*)

*
* *

Demasiado tarde. — Un joven entregado á todos los vicios quiso, según su expresión, libertarse de la tiranía paternal. Lejos de la familia, dió renda suelta á sus pasiones y malos instintos.

Uno de sus amigos, para hacerle entrar en razón á

menudo le repetía : « El crimen termina siempre en castigo. Si escapas de la justicia humana en la tierra, no podrás escapar de la divina, y la expiación será terrible. »

— ¡Bah! respondía él. Dios no se ocupa en mirar lo que hacen los hombres en la tierra. Que peleen y se maten, poco le importa. Y, por si acaso, cuando se acerque la muerte tendré cuidado de decir un buen *peccavi;* haré un acto de contrición y quedaré perdonado.

Cierto día, que el joven estaba de paseo, se desencadenó una furiosa tormenta; un rayo estalló junto á él y cayó como muerto. Un vecino acudió en su socorro. Vivía todavía.

— ¡Estoy perdido! exclamó.

— Aun os quedan momentos de vida; tratad de aprovecharlos; pensad en Dios delante de quien vais á comparecer; aquí no hay confesor; pero suplid con el arrepentimiento.

— Hace cinco minutos que me empeño en ello sin poder conseguirlo; mi corazón está frío, mi alma seca.

— ¡Cómo! ¿será posible? ¡pensad en la eternidad, en el juicio, en el infierno!

— « Yo pienso en todo eso : sé qué sólo la contrición puede salvarme; pero no puedo obtenerla. ¡Qué desgraciado soy! he esperado la hora de la muerte y ya es demasiado tarde. ¡Qué será de mí!... »

Un instante después expiró. — (*Nouveau pensez y bien*).

Desesperación.

— *¿Qué es la desesperación?*

— *Es pensar que uno no se ha de salvar ni obtener misericordia de Dios.*

La desesperación fué el pecado que perdió á Caín á Judas y á muchos israelitas.

La fiebre destruye las fuerzas del cuerpo; la desesperación arrebata al alma todo su vigor.

El fuego consume la madera; la desesperación consume al alma. — (*Á Lápide.*)

Cometer un pecado mortal es matar al alma, pero desesperarse es bajar al infierno. — (*S. Agustín.*)

Puestos al lado de una gota de la sangre de Jesucristo todos los crímenes cometidos desde el principio del mundo hasta el fin de los tiempos, son menos que una gota de agua comparada con el Océano; y aunque uno solo de nosotros estuviese cargado con todas las iniquidades de los pecadores no debería desesperar, porque la misericordia de Dios es infinita.

*
* *

Tentación rechazada. — Estando San Bernardo gravemente enfermo fué tentado con un pensamiento de desesperación. « Nada he hecho, dijo él, para merecer el cielo. » Pero luego se volvió á Dios y exclamó: ¡Oh Dios mío! bien sé que no merezco el cielo en recompenza de mis obras, bien sé que soy indigno de él por mis pecados; pero dos motivos tengo para esperar en que no me desecharéis: primero, que soy vuestro hijo; y segundo, que Jesucristo, Vuestro Hijo, ha muerto por mí. — (*John.*)

*
* *

San Francisco de Sales es libertado por la Santísima Virgen de una tentación de desesperación. — Estaba San Francisco de Sales, en París, concluyendo sus estudios, á la edad de diez y siete años, cuando el infernal enemigo le puso en la imaginación que era del número de los réprobos. Esta tentación le hizo tal impresión que, perdido el reposo, no podía beber ni comer.

Se volvió macilento y languidecía de un modo visible.

Viéndolo su preceptor tan pálido, y que no hallaba gusto ni placer en cosa alguna, le preguntaba á menudo, cuál era el motivo de semejante melancolía; mas, el demonio que atormentaba al Santo, era de aquellos que se llaman mudos, á causa del silencio que hacen guardar á los que afligen.

Para mayor desgracia se vió Francisco privado de todo consuelo y suavidad divina: y así, recordando la calma y dulzura de que gozaba antes, se le redoblaba la pena.

Pasó un mes en estas ansiedades y torturas que con razón comparaba él á las angustías de la muerte y á los suplicios del infierno.

Por fin, entró un día por inspiración divina en la iglesia de San Esteban, y arrodillándose ante una imagen de la Santísima Virgen, rogó á esta Madre de Misericordia que fuera su abogada delante de Dios y le alcanzara de su bondad que, *si tan desgraciado era que estuviese destinado á aborrecerle durante la eternidad, supiera á lo menos amarle de todo corazón durante la vida.*

Una oración tan ajena do los sentimientos de un réprobo, no podía menos de ser oída: disipáronse las tinieblas que le ofuscaban el espíritu y quedó lleno de consuelo y gozo espiritual.

Desde entonces estuvo animado de una esperanza tan viva y tan firme, que, viéndose horriblemente calumniado, jamás perdió la paz del alma.

En reconocimiento de este insigne favor, confirmó por un voto la promesa que allí mismo había hecho de guardar su virginidad, y se obligó á recitar diariamente el santo rosario.

Aun se ve, en París, en la capilla de las Hermanas de Santo Tomás de Villanueva, en la calle de Sevres, la

estatua milagrosa delante de la cual el santo obispo de Ginebra consiguió libertarse de aquella tentación. — (*Vida del Santo.*)

*
* *

Un revolucionario. — Un hombre que en Francia durante el reinado del Terror, se había abandonado á los excesos de su feroz carácter, se encontró un día, por providencia de Dios, en una iglesia donde se predicaba sobre la confianza en la misericordia infinita del Señor. Se quedó taciturno y triste, obteniendo un resultado enteramente opuesto al que podía esperar el predicador.

Vuelto á su casa, llamó á un médico, y antes que le diesen remedio alguno tuvo un furioso delirio. ¡Estoy condenado! exclamaba. La pobre mujer corrió en busca de un sacerdote; pero ausentada apenas, el desgraciado, devorado por la sed, se bebió de una vez una botella entera de un fuerte licor. Cuando su esposa regresó, acompañada del sacerdote, el enfermo, semejante á un energúmeno, los recibió con los más groseros insultos, y luego con asombrosa rapidez tomó un puñal y le hundió en su corazón. Su última palabra al exhalar el postrer suspiro fué : *¡Condenación!* — (*Lefort.*)

LA CARIDAD

Amor á Dios.

— ¿Cómo debemos amar á Dios?

— Debemos amar á Dios con todo nuestro corazón y sobre todas las cosas.

— ¿Qué es amar á Dios sobre todas las cosas?

— Es estar dispuesto á perder todas las cosas y hasta la misma vida antes que ofender á Dios.

El ave nace para volar, el buey para surcar la tierra, el fuego es para calentar, el agua para apagar la sed, el sol para alumbrar, etc.; el hombre nace para amar á Dios : éste es su único fin.

El amor de Dios es tan grande, dice San Agustín, que aquel que no lo tiene, en vano posee todos los demás; y al contrario aquel que lo tiene todo lo posee.

Hé aquí estas sublimes palabras de San Pablo : « Aun cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el idioma de los ángeles, aun cuando tuviese el don de profecía y conociera todos los misterios y todas las ciencias, aun cuando tuviera una fe capaz de trasportar los montes, aun cuando distribuyera todos mis bienes á los pobres y entregara mi cuerpo á las llamas, si no tuviera caridad, de nada me serviría todo esto; vendría á ser como metal que suena ó campana que retiñe. »

La castidad sin la caridad, dice San Bernardo, es una lámpara sin aceite; quitad el aceite y la lámpara ya no alumbra; quitad el amor de Dios y la castidad deja de ser agradable.

Así como el oro sobrepuja en valor á los demás metales, el sol sobrepuja en brillo á las estrellas, y los serafines á los ángeles, así también la caridad es superior á todas las demás virtudes. No hay virtudes sin caridad; en donde se halla ésta, todas las demás se encuentran : la caridad es una reina, y las demás virtudes forman su corte. Ella es el oro precioso y puro con el cual se compra el cielo; es un fuego celestial que abrasa los corazones; es un sol que todo lo ilumina, lo fecundiza y lo vivifica. Es una virtud angélica que transforma á los hombres en serafines. — (*A Lápide.*)

Mucho hace el que mucho ama. Mucho hace el que hace bien lo que hace. Por humilde que sea la condi-

ción en que estemos, tenemos en nuestras manos el medio más seguro de salvación; el cumplimento de nuestros propios deberes. En esto consiste únicamente la perfección. Dios mira el corazón y no las obras; no lo que hacemos, sino cómo y por qué lo hacemos. Una grande acción hecha sin amor de Dios tiene poquísimo peso; pero con caridad una acción, por pequeña que sea, aunque no fuera más que un vaso de agua fría dado á un pobre, tiene gran valor á los ojos de Dios. — (*Monnin.*)

El amor de Dios ahuyenta á los demonios. De la misma manera que las moscas huyen del agua hirviendo y se dejan caer en las aguas tibias, así los demonios huyen de un alma abrasada con el fuego del amor divino y se burlan de las almas tibias. — (*A Lápide.*)

« El que permanece en la caridad en Dios permanece. »

« La plenitud de toda ley es el amor. »

Ama, y haz lo que quieras, dice San Agustín.

Si me amáis, guardad mis mandamientos, dice Jesucristo; y agrega : El que me ama observará mi doctrina, y mi padre le amará : y vendremos á Él; y haremos mansión dentro de Él.

*
* *

El gran mandamiento. — Habiendo sabido los fariseos que Jesús había confundido á los saduceos acerca de la resurrección de los muertos, tuvieron consejo; y uno de ellos, que era doctor de la ley y que había sido testigo de las sabias respuestas de Jesús, se le acercó para tentarle, haciéndole esta pregunta :

— Maestro ¿cuál es el gran mandamiento de la Ley, cuál es el primero de todos los mandamientos?

Jesús le respondió :

— El primero y el mayor de los mandamientos es

éste : « *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas.* »

Éste es el primero y principal de los mandamientos.

Y hé aquí el segundo que es semejante al primero ;

« *Amarás á tu prójimo como á tí mismo.* »

No hay mandamientos superiores á éstos.

Porque toda la Ley y los preceptos están contenidos en ellos.

*
* *

Amor por gratitud. — Una leona en el desierto presentó á San Macario un leoncito, hijo suyo enfermo, y el Santo le curó. En reconocimiento del beneficio la leona se le aficionó tanto, que le hacía frecuentes obsequios y entre otros le trajo una finísima piel de un gran animal, que San Macario dió á San Anastasio, y éste á Santa Melania; y á todos estos santos servía aquella piel de memorable ejemplo, para excitar su agradecimiento á Dios. Aprendamos también nosotros de las fieras la correspondencia de amor á Dios á quien todo lo debemos. — (*Verdales Eternas.*)

*
* *

Como obliga el beneficio. — Seleuco, rey de Siria, dictó una ley á cuyo cumplimiento obligaba bajo pena de la pérdida de los ojos. Quebrantóla su mismo hijo. ¿Qué haría el padre? ¿Perdonarle? No lo permitía la justicia. ¿Castigarle? No lo consentía el amor paterno. ¿Qué hizo pues el rey? Dividió la pena : hizo que le sacasen á él un ojo, y otro á su hijo, el cual quedó tan obligado y reconocido á su padre que no se saciaba de mirarle el rostro, para ver en aquella cicatriz vacía del ojo una señal y prenda vivísima de amor.

¿Qué debemos hacer nosotros al mirar á Nuestro Dios crucificado que no dividió el castigo que debía-

mos padecer nosotros, sino que escogió para sí todo entero el suplicio que merecíamos? — *(Id.)*

*
* *

Reconocimiento. — Alejandro Mensikow, ministro de Pedro el Grande, había expuesto la vida en los combates y recibido varias heridas por defender la de su señor.

Á sus brillantes cualidades unía grandes defectos : su ambición y codicia eran insaciables y había derrochado á su antojo ingentes caudales del Estado.

El Emperador, acompañado de su ministro y de numeroso ejército, se dirigió un día á Astracán con el fin de tomarla por asalto. Alejandro comprendió en el camino que sus crímenes habían sido denunciados y que el monarca estaba perfectamente instruído de todos los robos y tropelías cometidos. El mudo silencio, el aspecto sombrío del príncipe, cuya severidad era bien conocida, le anuciaban su desgracia. Creyó llegado el momento en que de la cumbre de los honores debía descender al oprobio y la miseria. Los desiertos de la Siberia, la soledad del destierro, la guadaña suspendida sobre su cabeza le atormentaban contínuamente la imaginación ; se le enciende entonces la sangre y se apodera de él una fiebre maligna. En tal estado se detiene en una miserable cabaña y allí permanece tres semanas en espantoso delirio. Al fin despierta ; su mirada inquieta se vuelve al rededor de la cabaña : todo parece haberle abandonado, sólo un hombre se encuentra á su lado, le atiende y le habla palabras de consuelo : es la voz de su príncipe Pedro el Grande.

Esta vista inesperada le vuelve la vida y la fuerza : lágrimas de ternura ruedan por sus mejillas y se arroja á los piés del monarca. ¡Gran Dios! exclama, ¡sois vos, señor! — Sí, responde el príncipe levantándole, hace

tres semanas que estoy junto á tu lecho. — ¡Cómo! ¿me amáis todavía? ¿me habéis acaso perdonado? ¿no habéis pronunciado sentencia de muerte contra mí? — Desgraciado, le dice el Emperador abrazándole, ¿crees que yo pudiera olvidar que tu me has salvado la vida?

¡Ah! nosotros hemos ofendido á Dios y en vez de salvar su vida le hemos dado la muerte; pero Él nos dice: ¿habéis acaso olvidado que yo he padecido y muerto por salvaros?... ¡Cuán grade debe ser entonces nuestro amor y reconocimiento! — (*Lefort.*)

Amor al prójimo.

— *¿Se puede amar á Dios sin amar al prójimo?*

— *No, debemos también amar al prójimo por amor de Dios.*

— *¿Quiénes son nuestros prójimos?*

— *Todos los hombres.*

— *¿Cómo debemos amar al prójimo?*

— *Como ó nosotros mismos; esto es, haciendo por ellos lo que deseamos hagan ellos por nosotros.*

— *¿Cómo se llaman las buenas obras que debemos practicar con el prójimo?*

— *Obras de misericordia.*

Amor al prójimo. — « Dios mío, dijo un día al Señor Santa Catalina de Génova, Vos queréis que yo ame al prójimo y yo no puedo amar más que á Vos.

Respondióle el Señor: Hija mía, aquel que me ama, ama todo cuanto yo amo, y amando al prójimo por mí, me prueba también su amor. » — (*Vida de la Santa.*)

*
* *

La caridad es ingeniosa. — El Emperador Conrado había puesto sitio á una fortaleza de Alemania. Los

habitantes rehusaban rendirse. Furioso el Emperador, juró exterminarlos á todos. — Al fin la plaza fué tomada y Conrado iba á cumplir su designio. Sin embargo, quiso usar de cortesía y caridad con las mujeres, y antes de ordenar la matanza general, les permitió salir de la ciudad sacando lo más precioso que tuvieran.

Grande fué su asombro cuando las vió pasar junto á él, llevando unas á sus esposos ó á sus padres y otras á sus hermanos é hijos. Estos son nuestros tesoros, dijeron ellas, esto es lo más precioso que poseemos.

Es así como una hija, una esposa, una madre verdaderamente cristianas deben empeñarse en salir de este mundo para comparecer delante de Dios, conduciendo en alas de la caridad las almas cuyo valor es inestimable. — (*Sibillat.*)

*
* *

Elocuencia de la caridad. — Un joven incrédulo, que había escrito contra el catolicismo, cayó enfermo. Sus padres le hicieron atender por una hermana de la caridad, quien le prodigaba sus cuidados con la solicitud é interés de una madre. — El incrédulo le preguntó : Hermana, ¿acaso creéis vos en Jesucristo? — ¡Oh! sí : yo creo en Él con toda mi alma : Él es mi fuerza, mi gloria, mi felicidad. — El joven, más agitado con tan viva respuesta, le propuso varias dificultades. La religiosa le respondió con admirable sabiduría y agregó : Yo no tengo bastante ciencia para contestar vuestras objeciones; si me lo permitís os buscaré un sacerdote. — No, no, yo sólo quisiera penetra en vuestro corazón para saber si realmente creéis en lo que me decís. — Bien manifiesta es mi fe, pues que me hecho vuestra sirvienta. — ¡Es verdad!... una religión que inspira tanta paciencia y virtud, es una religión divina. Y ahora, hermana mía, yo también creo. — *(Id.)*

Modo de hacer limosna. — Estas son las palabras de Dios : « Dad y se os dará. » « Los que siembran con lágrimas recogen con alegría. » Sembrad abundantemente para recoger el fruto en el cielo. Y agrega : « Mirad, que no hagáis vuestras buenas obras para ser vistos de los hombres, pues entonces no obtendréis galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Y así, cuando déis limosna, no mandéis tocar la trompeta delante de vosotros, como lo hacen los hipócritas en las Sinagogas, y en las calles para ser honrados de los hombres. En verdad os digo que esos ya recibieron su recompensa. Mas, cuando déis limosna, que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace la derecha; que vuestra limosna permanezca secreta, y vuestro Padre celestial, que vé en lo oculto, os premiará. »

« Hijo mío, no apartes tus ojos del pobre. No desprecies al que tiene hambre ni exasperes al indigente en su necesidad. No aflijas el corazón del desvalido ni tardes en dar al angustiado. No deseches el ruego del mendigo ni vuelvas la cara al necesitado. No apartes de ellos tus ojos y no des lugar á que te maldigan, porque oída será la plegaria del que te maldijere en la amargura de su alma. Inclina al pobre tu oído sin desdén y respóndele cosas apacibles con mansedumbre. No esté tu mano extendida para recibir y encogida para dar. » (*Eccles.*, IV.)

« Mas felicidad hay en dar que en recibir. »

« Parte tu pan con el que tiene hambre y da albergue á los pobres peregrinos, cubre al desnudo y no desprecies la carne con que has sido formado. Si esto haces brillarás como la luz de la mañana y tu justicia irá delante de tu casa y te colmará de gloria el Señor. Entonces lo invocarás y te oirá : clamaras y te dirá : Aquí estoy (*Isaías,* LVIII).

« Dichoso el que atiende al pobre; en el día malo le librará el Señor. — (*Ps.* XL, 1.)

« El que es misericordioso con el pobre presta al Señor con interés y el Señor le pagará con creces. — (*Prov.*, XIX.)

« Rescatad vuestros pecados por la limosna. — (*Dan.*, IV, 24.)

« Y todo el que diere á beber un vaso de agua fría al último de los míos, en consideración de que es uno de mis discípulos, en verdad os digo que no perderá su recompensa. — (*Matth.*, X.)

*
* *

Limosnas de San Serapión. — Un día San Serapión encontró á dos pobres cubiertos de harapos y yertos de frío. Compadecido en extremo, les dió sus vestidos quedando en mangas de camisa. De vuelta á su casa le preguntaron si algunos malhechores lo habían despojado. — No, respondió él, acabo de cumplir con el precepto que dice : « El que tenga dos túnicas dé una al que no tiene. »

En otra ocasión, hallandose en Egipto donde los habitantes se encontraban reducidos á la más extrema escasez, llegó á vender lo que más estimaba, su libro de los Evangelios, para comprar pan con el producto de la venta y distribuírlo entre los pobres. Como se lo reprocharan sus hermanos, exclamó : escrito está : « Id, vended lo que poseéis y dadlo á los pobres. »

Sabiendo un día que un acreedor implacable se disponía á vender como esclavo á su deudor, enternecido á la vista de la desolación en que se encontraban la esposa é hijos de éste, se ofreció en lugar suyo para ser reducido á la condición de esclavo.

El acreedor aceptó la propuesta. Pero bien pronto la dulzura, paciencia y caridad sin límites del Santo

hicieron honda impresión en el ánimo de su dueño, quien no sólo le dió la libertad sino que también se convertió al cristianismo con toda su familia. — (*Vie des Pères.*)

*
* *

Caridad de San Luis, rey de Francia. — Todos los días del año, el rey San Luis, servía personalmente á su mesa á trece pobres elegidos entre los más desvalidos. Los sábados, de rodillas y con sus propias manos, les lavaba los pies. Después de la comida les hacía dar una limosna y los pobres con lágrimas en los ojos bendecían á Dios y no cesaban de admirar la virtud del rey. Consideremos que tras la mano del pobre está la de Nuestro Señor Jesucristo, que recibe nuestras limosnas y nos da el ciento por uno. — (*Vida íntima de San Luis.*)

*
* *

Comida en palacio. — En la católica España se conserva una preciosa tradición que consiste en invitar á la mesa real á doce menesterosos en ciertas solemnidades de la Iglesia.

Hé aquí lo que dice un periódico de Madrid en 26 de Diciembre de 1883 : « El día de Navidad ha sido señalado por un suceso que merece consignarse en las crónicas del bien. Á nombre de la princecita de Asturias fueron convidados á comer seis niños y seis niñas del colegio de párvulos de San Ildefonso.

Todas las reales personas asistieron al acto. Su Alteza María Teresa presidió la comida. Los niños pertenecen á familias pobres de Madrid y fueron perfectamente obsequiados. Al terminar el festín los pequeños comensales dieron las gracias con inefable contento. Sus padres fueron á recogerlos al palacio de donde los llevaron á sus casas con abundantes provisiones y un vestido que les dió Su Majestad la Reina.

¡Imagínese el lector lo que sería aquella noche cada una de las casas de los tiernos convidados! ¡Qué de preguntas de madre, hermanos, parientes y vecinos! ¡Cuánto regocijo y emoción en tales familias!

La caridad es como la luz; cuanta de más alto ilumina, más se esparce. »

*
* *

El óbolo de la viuda. — El valor de la limosna se estima no por el dinero que se dá sino por la generosa voluntad con que se ofrece.

Un día Nuestro Señor Jesucristo conversaba con sus apóstoles, sentado frente al tesoro del templo, y miraba las ofrendas que hacía el pueblo.

Muchos ricos depositaron considerables limosnas. Pasó á su vez una pobre viuda que echó dos pequeñas monedas. Entonces, Jesús, volviéndose á sus discípulos les dijo : « En verdad que esta pobre viuda ha dado más que todos. Los ricos, han obsequiado de lo que les sobra, pero ella ha dado todo el sustento que tenía. »

*
* *

Caridad infantil. — Un niño de cortos años se dirigía cada día á la escuela llevando en la mano un cesto con su desayuno. En el camino encontró á un pobre que pedía un pan por amor de Dios y le dió la mitad de su provisión. A la mañana siguiente sucedió igual cosa y así continuó por muchos días. Supo esto su madre y le dijo : Hijo mío, es necesario no des limosna de tu desayuno; es preciso lo tomes todo entero para que puedas crecer. — El niño, con inocente sonrisa, le contestó : Mamacita, déjeme dividirlo así; yo le aseguro que cuando le he dado al pobre la mitad encuentro más agradable la otra mitad y de esta suerte voy á crecer más pronto.

La dichosa madre orgullosa de tal hijo, tuvo tanto

placer con esta respuesta que, sin poder contener las lágrimas, lo abrazó y le aumentó en adelante la ración de desayuno.

*
* *

Caridad de San Vicente de Paul. — Este Santo, infatigable en remediar las miserias de París y sus alrededores, era el padre de los pobres. Un día, faltándole todo recurso, se dirigió al palacio real. Los guardias no pueden resistir al poder de la caridad del Santo. Le abren paso y entra en la suntuosa sala de audiencia de Ana de Austria. Pronto aparece la reina rodeada de brillante corte. Vicente de Paul quiere hablarle y la muchedumbre respetuosa contempla su semblante venerable. Señora, dice Vicente á la Reina, mis pobres tienen hambre y no tienen pan; tienen frío y no tienen vestidos. Á semejanza de Nuestro Señor Jesucristo, sufren sin hallar donde reclinar la cabeza. — Hombre de Dios, le respondió Ana de Austria, ¡qué queréis que haga! el tesoro está vacío, os he dado hasta mis economías, no es posible hacer más. — ¿Y vuestros diamantes? ¿hay necesidad de ellos al ser Reina, y Reina virtuosa de Francia? — Y la piadosa reina puso su corona en manos del Santo. « Nunca es mayor la rabia del demonio que cuando ve que ese mismo dinero de que él se sirve para corromper y condenar tantas almas el cristiano lo aprovecha para salvarlas. » — (*Vida del San Vicente.*)

*
* *

La Cartuja de San Bernardo. — En los Alpes, en la cima del Monte Blanco, hay un convento de fama universal. Es el punto más elevado del viejo mundo donde haya fijado el hombre su vivienda.

Inmensas sábanas de nieve lo circundan, y á menudo se oye el rugir de temporales y borrascas cuyo estruendo

se une al de las aguas que caen en hondos barrancos y quebradas.

Ni una planta, ni un pajarillo viven en la severa region del frío, la soledad y las sombras.

Sólo, cuando las nubes se despejan, se divisa algún águila que gira en las alturas.

En aquel convento habitan unos monjes incomparables. Grande es la austeridad de su vida y su virtud llega al heroísmo. Gustosos abandonan la paz del hogar y familia para ir á aventurar su existencia entre los precipicios de nieve y el furor de las tormentas. Yertos de frío, pero abrasado el corazón en el fuego de la caridad, se dejan guiar por fieles y diestros perros en busca de algún desgraciado que socorrer, de algún moribundo que amparar.

Esos conobitas con su habitación cerca del cielo, parecen ángeles tutelares aliviando las miserias de la tierra.

Día y noche están como alertas centinelas, con el oído atento, prontos á arrostrar los peligros para ir á prodigar solícitos cuidados y dar gratuito y paternal asilo á cerca de veinte mil peregrinos y pobres viajeros que cada año transitan por aquellos parajes; son éstos, gente labriega que pasan de Italia á cultivar tierras en Suiza y vuelven á su patria después de la cosecha.

Los monjes á todos acogen con cariño; son los servidores de todos, sin que nunca se inmute su natural humilde y afable, su bondad insinuante y comunicativa que nada tiene de común con el trato del mundo.

Entre sus atenciones y las del siglo hay la misma distancia que entre la caridad y la política.

Á menudo, por desgracia, los viajeros son sorprendidos en aquella comarca por lluvias y tormentas, y su existencia corre inmenso riesgo si, faldeando una montaña, cae algún alud. En tales casos la oscuridad, que

se produce por un diluvio de nieve, dificulta sobremanera todo auxilio. Los senderos y caminos desaparecen. Los perros sirven entonces como la brújula al marino: sin su ayuda sería imposible orientarse y cualquiera se expondría á pisar en falso; pero ellos, con tino admirable, señalan la ruta y en afanoso movimiento, encuentran al peregrino á quien aún no ha sepultado la nieve y lo advierten ahullando y con ladridos.

El año de 1876, hospedado en la bendita mansión de aquellos monjes, uno de ellos me refirió conmovido el siguiente suceso:

Pocos años hace que ocurrió una de las más horribles catástrofes. Era un día de invierno. Al rayar la aurora, una caravana compuesta de veintitres labradores italianos dejaba la aldea de San Pedro y se dirigía á su país. Se había cerrado el cielo y llovía sin cesar. Llenos de ardor y de coraje, unos á otros se alentaban con la esperanza de que el tiempo mejorase.

Al llegar á la encrucijada del *Monte de la Piedra*, á medio camino entre el punto de partida y el hospicio de San Bernardo, se presentan cuatro religiosos que en previsión de cualquier accidente salían ahora como á encontrarles. Un perro les acompañaba.

En ese momento redoblábase la intensidad de la tormenta. Sólo se veía un cielo y un océano de nieve.

De repente se forma en el aire una tromba helada, que los montañeses llaman *veura;* rueda sobre el monte y arrastrando un torrente de nieve cae sobre los viajeros.

La muerte parecía haber llegado sobre todos; todos habían quedado sepultados por la *veura.*

Poco á poco principian algunos á moverse; logran desembarazarse del sudario que los cubre y consiguen salvar á otros de sus compañeros. Pero cuantos esfuer-

zos hicieron fueron inútiles para salvar á seis de ellos y á dos religiosos cuya agonía debía ser terrible! Consternados, llenos de contusiones y temblando de frío vuelven al punto de partida.

Entretanto uno de los enterrados en vida, llega por fuerza del instinto y con energía de suprema angustia, á destrozar la nieve que lo oprime. Era uno de los religiosos, el R. Padre Contat. Se arrastra jedeante y avanza una media legua. Agotadas sus fuerzas, casi exámine, se asila bajo las grandes escarpas del Monte Velán.

El perro, el fiel *Turco,* consigue á su vez romper la nieve que pesa sobre él y va á unirse al P. Contat en aquella roca hospitalaria. Á la vista del valiente animal, estropeado y afligido, el buen monje se estremeció, no dudando ya de que la desgracia había sido general. Mártir de la caridad ofrecía á Dios su vida y se entristecía y aterraba por la muerte de sus compañeros.

Á la mañana siguiente allí le encontraron sus hermanos, después de veinte y siete horas pasadas sin alimento ni socorro, transido de frío. Trataron de reanimarle, pero sin duda Dios le llamaba á sí. Una hora después le conducían cadáver al convento.

Pasados muchos días, fueron descubiertos, entre profunda nieve, los seis obreros y el otro religioso muerto por la *veura.*

Esa es la vida y muerte de aquellos monjes consagrados al sacerdocio de sublime caridad.

*
* *

El primer sermón de Fenelón. — Hé aquí la historia del primer sermón del sabio y piadoso arzobispo de Cambrai.

En tiempo de Fenelón era costumbre que los jóvenes que aspiraban al estado eclesiástico se ensayaran á hablar en público por medio de ciertos ejercicios ora-

torios. Al efecto se abrían frecuentemente los salones de los más grandes palacios de París, en los que se reunía una brillante concurrencia de caballeros y señoras cristianas delante de la cual debían hablar los jóvenes aspirantes.

Fenelón tenía quince años y vestía ya el traje talar. Era devoto como un ángel, lleno de gracia y modestia, laborioso, ilustrado, no obstante su tierna edad, y sobre todo muy caritativo con los pobres. Su padre, el marqués de Fenelón, escogió el palacio de Boufflers para el estreno de su joven seminarista, tan seguro estaba de que obtendría un éxito brillante. En consecuencia señaló el día, á pesar de la resistencia del modesto Fenelón, y las más ilustres casas de la nobleza fueron invitadas á oírle.

Ya estaban reunidos en el gran salón preparado al efecto todos los señores y grandes damas de la corte de Luis XIV; ya cada cual había ocupado asiento, y el joven predicador no parecía. Sorprendíanse todos de ello, y su padre, muy desazonado por aquel retardo que no comprendía, se esforzaba en excusar esa falta delante de la señora de Boufflers y de los principales personajes de la reunión.

Entra, por fin en la sala el joven Fenelón, y con la frente cubierta del rubor de la modestia, se coloca delante de una mesa preparada al objeto. Cesan las conversaciones y el más profundo silencio reina en todos los ámbitos del salón.

« Señores y señoras, dice, os pido perdón por haber hecho esperar á un auditorio tan ilustre; pero aun cuando hubiéseis tenido que esperar una hora más, y aun cuando hubiese estado aquí presente el mismo rey, no hubiera cambiado de proceder. Al llegar al palacio de Boufflers, he visto en la esquina de una casa á un

pobre niño saboyano, tendido sobre el suelo y medio cubierto por los espesos copos de nieve que está cayendo en abundancia. Dolorosamente afectado por semejante espectáculo, me he detenido y acercándome al desgraciado niño, le he dicho: ¿Qué haces aquí, amiguito mío? — Echóse á llorar amargamente, y sin responder á mi pregunta murmuró estas palabras de desesperación: Quiero morir. — ¡Morir, pobrecito! Eres, pues, muy desgraciado? ¿no tienes ninguna persona que te quiera? — ¡Oh! sí, soy muy desgraciado, exclamó el niño. ¡Estoy perdido! No puedo volver ya al lado de mi madre; no me queda más recurso que morir. — Entonces le he preguntado su nombre, su edad y las causas de su dolor; y hé aquí cómo me ha referido su historia: Me llamo Pedro; tengo doce años. Soy saboyano, y luego hará cinco años que salí de mi tierra y de la casa de mi madre. He trabajado tanto como he podido en limpiar chimeneas; y con el fin de regresar cuanto antes á mi patria y de llevar á mi querida madre mis pequeños ahorros, ponía aparte todo lo que ganaba. Centavo á centavo, había llegado á reunir trescientas quince libras, las cuales había ocultado bajo un ladrillo de la miserable alcoba donde me retiraba durante la noche. Con el corazón lleno de contento, me disponía á partir con dos parientes que vuelven á Saboya, cuando hé aquí que esta mañana al levantar el ladrillo para tomar mi tesoro me he encontrado con que no había nada... Todo me lo han robado. No me atrevo á volver más á mi tierra. Dirían que he sido un calavera, y que me he olvidado de mis padres. ¡Ah! soy tan desgraciado que no tengo más recurso que morir.

Señores y señoras, continuó Fenelón, tal es en compendio, lo que me ha referido el pobre Pedro, que casi

no podía hablar á causa del intenso frío que sentía y de los sollozos que ahogaban su voz. Le he tomado en mis brazos y le he traido á la habitación del portero de este palacio, al cual le he confiado. Puesto que la Providencia me deparaba tan bella ocasión de hacer una buena obra, no he querido dejarla escapar; y ya que el pobrecito de Jesucristo ha encontrado un asilo momentáneo en el mismo palacio en que os habéis reunido para oírme, he creído de mi deber pediros que cooperéis á esta caritativa acción, y he preferido hablaros del infortunado saboyano á dirigiros el discurso que de mí esperabais. En nombre, pues, de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de los pobres y consuelo de los afligidos, os pido que reunáis ahora mismo vuestras limosnas en favor de mi protegido, cuya suerte tenéis en vuestras manos. Una moneda de plata ú oro es poco para vosotros; pero para ese pobre niño es mucho : es la alegría, la vida y la felicidad. Dad, señoras, que Dios os lo pagará. »

Este improvisado sermón, tanto más conmovedor cuanto más sencillo era, arrancó de los ojos de muchos lágrimas que no hubiera hecho derramar cualquier otro discurso. El joven Fenelón, que estaba también muy conmovido, y, preciso es decirlo, algo turbado por el temor de haber sido temerario, se disponía á hacer la colecta en favor del pobre Pedro, cuando la marquesa de Boufflers, que había mandado un criado con orden de hacerlo venir, apareció en medio del noble y brillante concurso, teniendo de la mano al saboyanito. La vista del pobre niño, en cuyo rostro gracioso y cándido se veían retratados á un mismo tiempo el dolor y el aturdimiento, acabó de confirmar los buenos sentimientos que la relación de Fenelón había despertado en todo el auditorio. Hiciéronse muchas preguntas al

niño, que en su jerga original contó de nuevo los detalles que acabamos de referir. La señora de Boufflers se esmeró en protegerle con tanta inteligencia como caridad, y declaró que quería hacer por sí misma la cuestación en el gorro de Pedro.

« Solamente os advierto, dijo antes de empezar, que no admito sino oro. »

Y como diese la casualidad de que ella no tuviese ninguna moneda de oro, se quitó un pendiente y lo dió. Los luises y los dobles luises cayeron como espeso granizo dentro del viejo gorro que jamás había asistido á una fiesta semejante.

El buen Fenelón lloraba de alegría en un aposento inmediato, adonde había ido á ocultar su emoción.

La colecta produjo más de dos mil libras. El niño creía estar soñando y no sabía persuadirse de que todo aquel oro fuese para él. Cuando estuvo bien convencido de ello, olvidándose de todas las personas que le rodeaban, y no pensando sino en su madre, se puso á saltar, llorando y riendo al mismo tiempo. La marquesa de Boufflers, después de haber dado afectuosas gracias á Fenelón, en nombre de toda la reunión, por la velada verdaderamente excelente que acababa de hacerles pasar, retuvo por algunos días en su palacio al saboyanito. Le prodigó toda clase de cuidados, le vistió de pies á cabeza, le dió hermosos regalos para su padre, madre, hermanos y hermanas, le pagó el viaje y completando la suma de tres mil libras, se encargó de hacerla llegar por conducto seguro á la madre del niño.

Tal fué el primer sermón de Fenelón. Posible es que en lo sucesivo, cuando era sacerdote y arzobispo de Cambrai, hiciera otros tan buenos; pero á buen seguro que jamás hizo otro mejor. — (Segur. — *Veladas.*)

Recompensa de la limosna. — Entre los israelitas que fueron conducidos cautivos á Asiria después de la toma de Samaria por el rei Salmanasar, se hallaba Tobías, quien, sin embargo de haber quedado huérfano y ser el más joven de todos los de la Tribu de Neptalí á que pertenecía, no por eso abandonó el camino de la verdad.

Luego que llegó á la edad varonil tomó por mujer á Ana, de su misma tribu, y tuvo de ella un hijo á quien puso su nombre, y á quien enseñó desde la infancia á temer á Dios y á guardarse de todo pecado.

Establecido en Nínive con su familia, y habiéndose conquistado el aprecio del rey Salmanasar, obtuvo de él grandes mercedes y licencia para que fuese donde quisiera y obrase con completa libertad. La ocupación principal de Tobías consistía en visitar á los cautivos y darles los avisos más saludables.

Pasado algún tiempo murió Salmanasar y le sucedió en el trono su hijo Senaquerib, quien empezó á tratar cruelmente á los israelitas. En esta persecución Tobías redobló su caridad. Empleó sus riquezas en sustentar á los pobres y vestir á los menesterosos, consolándolos á todos y cuidando de dar sepultura á los que fallecían ó eran sacrificados. Esto dió lugar á que Senaquerib se irritase contra él y le despojase de toda su hacienda, teniendo que ocultarse con su mujer y su hijo para evitar la muerte.

Restituída que le fué su hacienda, después que Senaquerib fué muerto por sus propios hijos, siguió Tobías empleando sus bienes, como antes, en socorrer á los necesitados y dando sepultura por sí mismo á los muchos que morían á causa de los horrores de la cautividad. Acaeció en esto que volvió á su casa un día fatigado de enterrar cadáveres y habiéndose recostado juntó á una

pared se quedó dormido. Le cayó entonces estiércol sobre los ojos y se puso ciego. Le vino en seguida la pobreza y quedó reducido á tal indigencia, que su mujer le ganaba el indispensable sustento con el trabajo de sus manos.

No se quejó Tobías, ni le faltó resignación, porque había temido á Dios desde la infancia y guardado sus mandamientos. El Señor había permitido que le viniese esta prueba para que quedase á los venideros un ejemplo de paciencia. Aunque sus amigos se burlaban de él, y hasta su misma mujer le echaba en cara el poco fruto que había sacado de sus limosnas, Tobías no cesaba de reprenderles diciéndoles : « Hijos de santos somos, y esperamos aquella vida que ha de dar Díos á los que ponen en él su fe. »

En esto mandó Tobías á su hijo, después de darle los más prudentes y edificantes consejos, que fuese á una ciudad lejana, en la tierra de los Medos, á cobrar de un pariente suyo, llamado Gabelo, una considerable cantidad de dinero que le había prestado hacía ya muchos años.

Luego que partió el hijo comenzó su madre á llorar, temiendo que llegase á perecer en un viaje tan largo y les faltase el único amparo que tenían. En su dolor hubiera deseado que no hubiese existido tal dinero, causa de la ausencia y del peligro que sentía. Y como se retardara la venida, también el padre empezó á estar en cuidado y ámbos entristecidos no podían recordarle sin llorar. La madre sobre todo, con lágrimas irremediables, decía : « ¡ Ay, ay de mí, hijo mío ! ¿ Para qué te hemos enviado á lejanas tierras, lumbrera de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad? Teniendo juntas en tí solo todas las cosas nunca debimos dejarte

alejar de nosotros. » Mas, Tobías, repuesto de su aflicción se compeñaba en consolar á su mujer diciéndole: « Calla y no te acongojes; sano está nuestro hijo; harto fiel es el guía con quien le enviamos. » Pero ella no se podía consolar de ninguna manera y se afanaba y daba vuelta por todos los caminos esperando divisar de regreso á su hijo.

Entretanto, sabiendo el joven Tobías que sus padres llevarían los días bien contados y comprendiendo cuál sería la angustia que sintieran, se adelantaba en el camino con el compañero que tenía. Lo vé su madre desde lejos; avisa á su esposo, y levantándose el pobre ciego, comenzó á correr tropezando á cada paso; mas dando la mano á un muchacho, salió á recibir á su hijo. Tobías y Ana lo abrazaron y besaron llorando de gozo.

Luego que todos adoraron á Dios y le dieron gracias, el joven Tobías ungió los ojos de su padre con la hiel de un pez que para este fin le había mandado guardar su guía. Cayóle entonces una nube de los ojos y al punto recobró la vista. Todos alabaron á Dios, y el anciano Tobías exclamaba : « Bendígote, Señor Dios de Israel, porque tú me castigaste y tú me has salvado; y hé aquí que yo veo á Tobías, mi hijo. » — Contó éste después á sus padres todo lo que le había pasado y los muchos beneficios que Dios le había hecho por medio del hombre que le había conducido. A los siete días llegó su mujer, Sara, con la crecida suma de dinero que llevaba, y los ganados, y camellos y lo pagado por su pariente Gabelo.

Pensaron entonces padre é hijo en la recompensa que podían dar á aquel hombre que tantos beneficios les había hecho, y le llamáron aparte para rogarle que se dignara aceptar la mitad de lo que habían traído mas éste les dijo en secreto que bendijesen á Dios y le ala-

basen delante de todos los hombres, y después de otras cosas añadió :

« Cuando orabais con lágrimas y dabais sepultura á los muertos, y os privabais de vuestra comida y ocultabais los cadáveres durante el día para enterrarlos por la noche, yo ofrecía vuestra oración al Señor. Y porque erais aceptos á Dios fué necesario que la tentación os probase. Y ahora (dijo, dirigiéndose al anciano Tobías), me ha enviado el Señor para curarte y para librar del demonio á Sara, mujer de tu hijo. Porque yo soy el Ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor. »

Y luego que el ángel desapareció, padre e hijo bendijeron á Dios, postrados sus rostros en tierra por espacio de tres horas; y levantándose cantaron sus maravillas.

*
* *

Obra buena nunca perdida. — El célebre doctor Dupuytrén, uno de los más famosos quirúrgicos que han honrado la ciencia, ocultaba un buen corazón bajo unas maneras sumamente bruscas. Importa notar á qué buena obra debió sin duda alguna la mayor gracia que Dios le hizo, la mayor que á todo hombre puede hacer, la de morir cristianamente.

Cierto día el gran quirúrgico vió entrar en la sala de consultas á un sacerdote de aspecto tímido, de dulce y sencilla mirada, pobremente vestido, con el calzado cubierto de polvo. A primera vista dedujo era un cura de aldea. Con el áspero acento que le era habitual, le preguntó qué quería, y el buen sacerdote explicó en pocas palabras que era auxiliar de una pequeña parroquia de la diócesis de Versalles, que tenía en la cabeza un lobanillo que le hacía sufrir atrozmente y que, cediendo á las instancias de sus bondadosos parroquianos, había

venido á suplicarle que examinase su mal y le indicase el remedio que necesitaba.

Dupuytrén dió una ojeada al sitio donde estaba el mal, tentóle con la mano y dijo al pobre eclesiástico:

— Es inútil que volváis; vuestro mal no tiene remedio y por lo tanto no puedo curaros.

El enfermo se levantó, pidió al doctor que le dispensase la molestia que le había causado y se retiró tranquilamente diciendo tan solo á media voz:

— Mucho pesar van á tener mis pobres parroquianos.

Dupuytrén, afectado ante la calma y sencilla reflexión del sacerdote, le llamó, le examinó de nuevo con más atención que antes, y le dijo:

— Si queréis volver el jueves al hospital, probaré una operación dudosa; pero que si se acerta puede salvaros.

— Bien, señor, estaré á veros el jueves, por la mañana, en el hospital, respondió el sacerdote.

Y se despidió del doctor.

El jueves á la hora citada, llegó Dupuytrén al hospital, y el primer rostro que vió fué el del consabido sacerdote de aldea.

Se fué directamente á él, le preguntó si estaba dispuesto á sufrir la dolorosa operación que quizas podía salvarle, y obtenida contestación afirmativa, hizo los preparativos necesarios en tales circunstancias. Algunos discípulos, que le rodeaban, observaron que su rostro, habitualmente impasible, estaba muy afectado, y que un ligero temblor le agitaba la mano mientras escogía el instrumento más propio para la operación.

En el momento de empezar, el doctor dijo á dos de los asistentes que sostuvieran al paciente; pero el piadoso sacerdote le miró dulcemente, y con acento á la vez firme y tranquilo, le dijo:

— Es inútil, señor doctor, no me moveré.

Y en efecto, no se movió. Durante toda la operación, en tanto que la sangre manaba en abundancia bajo el acero del cirujano, permaneció inmóvil, fijos los ojos en la imagen del Salvador crucificado.

Terminada la operación, el doctor Dupuytrén estrechó la mano del anciano eclesiástico con una emoción que no trató de disimular, y se alejó tan pálido como el mismo paciente.

Al día siguiente volvió, levantó por sí mismo el vendaje, pareció satisfecho y dijo al sacerdote :

— Eso va bien : estáis salvado.

El enfermo miró al cielo, cogió entre las suyas las manos del doctor y exclamó :

— Os doy las gracias, señor, en nombre de mis pobres parroquianos; ellos serán muy dichosos y rogarán á Dios por vos.

Algunos días después, completamente restablecido, dejaba el hospital y volvía á su querida parroquia.

Al verano siguiente Dupuytrén le vió entrar de nuevo en su gabinete, con un cesto en la mano.

Esta vez salió al encuentro del buen cura y le acogió con visible satifacción. El digno sacerdote traía á su salvador un regalo de parte de sus parroquianos : las primicias de los frutos de sus humildes arboledas. El doctor recibió conmovido aquel testimonio de gratitud, y el eclesiástico se volvió contento á su hogar.

Pasaron algunos años, y parecía que Dupuytrén debiera ya de haber olvidado al sacerdote de aldea; pero aquél rostro tan dulce, tan sencillo y tan firme á la vez, se le había grabado profundamente en el corazón, y en él lo encontró, á Dios gracias, cuando se aproximó la solemne hora de la muerte.

Cuando con aquella penetración que rara vez le en-

gañaba vió con certeza que se acercaba su fin, Dupuytrén se acordó de Dios á quien iba á dar cuenta de sus obras, y se acordó también de que Dios tenía un ministro humilde y santo á quien él había hecho en otro tiempo un favor y que le había prometido no olvidarle. Sin vacilar, pues, mandó llamar al pobre ecónomo de aldea.

Algunas horas después el buen sacerdote estaba á la cabecera del enfermo, asistiendo á su vez á aquel que le había asistido, y en cambio de la vida del cuerpo que el gran quirúrgico le había conservado, le traía la vida del alma con sus eternas esperanzas.

Dupuytrén se confesó humildemente, recibió con fe y amor los últimos sacramentos de la Iglesia y expiró en los brazos y con la bendición del venerable eclesiástico.

Así fué como Dios recompensó su buena obra, y así fué como una vez más se realizaron estas celestiales palabras del Dios de misericordia y de bondad infinitas : « En verdad os digo, que aquel que diere siquiera un vaso de agua fría en mi nombre á uno de mis hermanos, no perderá su recompensa. » — (Segur, *Veladas.*)

* * *

La viuda de Sarepta. — Durante el reino del impío Acab sobrevino en Israel una grande escasez que duró tres años y medio. Al enviar Dios este castigo dijo al profeta Elías : Levántate y vete á Sarepta, ciudad de los Sidonios y permanece allí; porque he ordenado á una mujer viuda que te alimente. Elías obedeció á la voz del Señor y luego que llegó a la puerta de la ciudad se dejó ver una mujer que estaba recogiendo leña. El profeta la llamó y le dijo : Dame en un vaso un poco de agua para beber, y yendo ella á buscársela agregó : Tráeme tambien, te ruego, un bocado de pan. Ella res-

pondió : Vive el Señor Dios tuyo, que no tengo pan, sino un poco de harina que puede caber en la mano y un poco de aceite en la alcuza : aquí me tienes recogiendo dos palos para hacer una última comida para mí y mi hijo y después morir. Elías replicó : No temas, anda y haz como lo has dicho; pero primero prepara para mí de ese poco de harina un panecillo cocido debajo del rescoldo y tráemelo. Porque esto dice el Dios de Israel : No faltará la harina de la vasija ni disminuirá el aceite de la alcuza hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra.

Ella fué é hizo lo que Elías le había dicho y comieron él y ella y su casa, y desde aquel día no faltó la harina de la vasija ni disminuyó el aceite de la alcuza, conforme á la palabra del Señor que había hablado por boca de Elías.

*
* *

Un Dios se lo pague. — Cierto aldeano, con la esperanza de una buena gratificación ofreció un canasto de frutas á San Antonino, arzobispo de Florencia, cuya caridad con los pobres era bien conocida. El Santo nada le dió, y solamente le dijo : ¡ Qué hermosas frutas ! *Dios te las pague.*

Mucho sintió el aldeano haber hecho al arzobispo este obsequio, dando por perdidas sus frutas. El Santo lo advirtió y tomando un papel escribió estas palabras : *Dios te las pague.* Puso en seguida el papel en el platillo de una balanza y en el otro el canasto de frutas. Levantando después la balanza, el platillo en que estaba el papel se inclinó hasta el suelo y el canasto quedó suspendido en el aire. — Mira, le dijo entonces al aldeano, ya ves que no puedes quejarte pues yo te he dado mucho más que lo que de tí he recibido. — (*Vida del Santo.*)

Un angel del Señor. — La caridad fué la virtud que mejor caracterizó á San Felipe Neri. Dios le premió, en cierta ocasión, con un favor singular. Marchaba el Santo por un camino apartado cuando se le presentó un ángel en figura de pordiosero que le tendió la mano suplicante. Felipe se apresuró á darle todo el dinero que llevaba. « Muy bien, le dijo el mendigo; yo quería probar tu caridad. » Y desapareció. — *(Vida del Santo*, Bolandistas.)

*
* *

Es á Nuestro Señor Jesucristo á quien socorremos en la persona de los pobres. — Cierto día se presentó un pobre al palacio del Papa San Gregorio el Grande. « Esperad, le dijo el Padre Santo, voy primero á daros agua para que os lavéis las manos. » Pero mientras se volvía con este objeto el pobre había desaparecido. Á la noche siguiente se le apareció Nuestro Señor y le dijo : « Tú me has recibido otras veces en mis pobres; pero ayer me recibiste á mí mismo. » — *(Lefort.)*

*
* *

Santa Zita. — Esta Santa era una humilde sirvienta de la ciudad de Luca en Italia. Sin embargo, su caridad para con los pobres no tenía límites. Una víspera de Navidad se dirigió á la iglesia para asistir á los divinos oficios. Llevaba sobre los hombros un pañuelo de abrigo que le había dado su señora, la dueña de casa, con la condición de devolvérselo; pues sabía que de todo se deshacía por cuidar á los pobres. Entrando Zita en la iglesia de San Frediano encontró á las puertas un pobre anciano que temblaba de frío y daba lastimeros gemidos. « ¿Qué tenéis, hermano mío? » le preguntó la Santa. — El anciano no respondió; pero con inquieta mirada parecía fijarse en el manto. No se necesitaba de gran perspicacia para comprender el len-

guaje de un mendigo en harapos. — Yo estaré en la iglesia mientras duren los oficios, le dijo ella; entretanto, podéis cubriros con mi manto. Me lo devolveréis cuando salga. — La piadosa sirvienta quería sufrir algo por Dios en la noche en que el Verbo se hizo carne en el portal de Belén. Se arrodilló á los pies del Niño Jesús y entró su alma en un verdadero éxtasis que se prolongó hasta rayar la aurora. Cuando salió del templo ya el pobre se había retirado. — Yo tengo la culpa, dijo ella para sí, pues he fatigado su paciencia. Sin duda después me devolverá el manto. — Mas su patrona la regañó y reprendió con acritud por semejante desobediencia. Se acusaba la Santa humildemente de su falta; pero nada podía calmar la irritación de aquella. Tocan á la puerta. Es un extranjero que viene á entregar el manto. Al retirarse le cubre una luz celeste y desaparece: comprende la señora que es un mensajero de Dios que no abandona á los suyos. — (Rivad, *Vie de Saints.*)

*
* *

Santa Isabel. — ¿Quién no conoce la caridad inmensa de esta Santa? Cuando encontraba un pobre parecía sentir inefable satisfacción en servirle con sus propias manos. — Un día se le presentó un miserable leproso. Movida á compasión, le introdujo en su palacio, y siendo necesario recostarle para curarlo, le hizo colocar en el mismo lecho real. Llega entonces su esposo y sin poder contenerse de indignación quiere arrojar al pobre; se acerca y encuentra á Jesucristo recostado sobre la cruz. — *(Sibillat.)*

En otra ocasión — un día de invierno — llevaba en su manto los panes destinados á sus pobres de Eisenach. El príncipe Luis, su esposo, acompañado de gran comitiva la encuentra ¿qué es lo que llevas, amiga mía? le pregunta, y desplegado el manto aparece una canti-

dad de perfumadas rosas. Quedan todos estupefactos. No temais; seguid vuestro camino dice Luis á su esposa; y luego vuelto á los que le rodeaban exclamó : « Hagamos levantar aquí una columna y sobre ella una cruz para perpetuar el milagro que acabamos de ver. » (*En la vida de la Santa.*)

* * *

San Martín. — Cierto día, durante un invierno cuyo rigor causó la muerte á muchas personas, Martín halló á la puerta de Amiens un hombre casi desnudo que pedía limosna. Su vista le excitó á compasión y sin tener otra cosa que sus armas y traje militar, sacó la espada, dividió su capa y dió la mitad al pobre para que se cubriese. Tan bella acción no quedó sin recompensa. Durante la noche siguiente Martín vió á Nuestro Señor revestido con aquella media capa y oyó que decía á los ángeles que le rodeaban : « Martín, catecúmeno aún, es quien me ha dado esta capa. » — (Sulpicio Severo, *Vida de San Martín.*)

* * *

San Juan de Dios. — Un día San Juan de Dios halló en una encrucijada un pobre desvalido, cubierto de llagas, y cuyo semblante demacrado parecía ser el de la agonía. Juan se apresuró á tomarlo en brazos y á llevarlo al hospital. Allí, lavándole los pies, quedó pasmado de admiración al reparar extrañas y penetrantes cicatrices. Levanta los ojos y reconoce en la serena y divinamente apacible majestad del mendigo el semblante de Jesús. — « Juan, mi fiel servidor, le dijo entonces Nuestro Señor, he querido manifestarte cuanto estimo tu humildad y el cuidado con que atiendes á los que yo he rescatado con mi sangre; cada vez que haces una buena obra á los afligidos, ó socorres á los enfermos, ó te encaminas en busca de los necesitados, ó les

alientas con palabras de consuelo, ó los excitas á compadecerse de sus miserias, tanto me complaces como si cada uno de estos servicios los hicieras á mi propia persona. Continúa y trabaja siempre con el mismo celo, fervor y caridad... »

Jesús desapareció, y el hospital quedó inundado de tan intensa luz, que los pobres enfermos llegaron á creer que la enfermería estaba ardiendo. Los que se sintieron con fuerzas bastantes abandonaron la cama para salvarse; y los más postrados, temblaban y lloraban de miedo, gritando todos á una voz: ¡Fuego! ¡Fuego! ¡se incendia el hospital!... lo cual obligó al siervo de Dios á decirles: « Mis queridos hijos, no temáis, este fuego no es para consumir vuestros cuerpos ni para abrasar el hospital, sino para inflamar vuestras almas en el amor de Dios: Nuestro Señor Jesucristo ha venido hoy mismo á visitar este lugar en figura de un pobre. » — *(El Vizconde de Falloux.)*

*
* *

Martirio. — Refiere San Gregorio el Grande que en Licaonia había un Santo monje, llamado Martirio, que á veces salía de su convento para ir á visitar otro cuya dirección estaba á cargo de un religioso muy ejercitado en la vida espiritual. En el camino encontró una vez un pobre cubierto de asquerosa lepra y sin fuerzas siquiera para retirarse á su albergue. Martirio se movió á compasión y sabiendo que aquel desgraciado era del mismo lugar en que él iba á parar, extendió en la tierra el manto que le cubría, envolvió al leproso y cargándole sobre las espaldas continuó su marcha. Cuando se aproximaba á la puerta del monasterio, el superior llamó en alta voz á sus hermanos: « Venid, abrid pronto las puertas; porque el hermano Martirio nos trae á Nuestro Señor Jesucristo sobre sus espaldas. » Martirio,

al llegar allí, vió que el que parecía un leproso desprendiéndose de su cuello, subía radiante á los cielos y le decía: « Martirio, tú no te has avergonzado de mí en la tierra; yo tampoco me avergonzaré de tí en los más alto de los cielos... » — *(San Gregorio el Grande.)*

* *
*

Agila. — Agila, superior del convento de San Columbano, practicaba la virtud de la caridad en grado heroico. En una tarde de invierno, visitando la sala destinada en el convento para hospedar á los pobres, oyó una voz débil y doliente, como de un hombre que llorase fuera de aquel lugar. Por el ventanillo de la puerta y á la escasa luz del crepúsculo divisó á un pobre cubierto de úlceras que, tendido en tierra, imploraba hospitalidad. Volviéndose hacia un monje, Agila mandó preparar algo que comer. En seguida abrió la puerta y dijo al pobre : « Entra, hermano, aquí hallarás cuanto necesitas. » Pero el leproso, agobiado por su mal, no podía dar un paso, así fué que el abad, sin vacilar, le tomó en hombros, y entrando con él en el monasterio, le sentó en una silla junto al fuego; corrió en seguida por agua y paño con que lavarle las manos, mas al volver, el pobre había desaparecido, dejando en pos de sí deliciosa fragancia que llenó la casa como si en ella hubieran destilado su aroma todos los perfumes de Oriente ó las flores de la primavera. — (Montalembert, *Los Monjes de Occidente.*)

Amor á nuestros enemigos.

Palabras de Jesús. — Habéis oído que fué dicho : ojo por ojo y diente por diente; amarás á vuestro prójimo y odiarás á vuestro enemigo. Mas yo os digo : Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, ha-

ced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian. Y vuestra recompensa será grande, y seréis los hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre los buenos y los malos, y envía su lluvia sobre justos y pecadores. Y lo que queréis que hagan á vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros á ellos. Si hiciereis bien á los que os hacen bien, ¿qué mérito tendréis? Los pecadores también hacen eso. Si prestareis á aquellos de quienes esperáis recibir, ¿cuál es vuestra virtud? También los pecadores se prestan unos á otros para recibir otro tanto. Y si saludareis tan sólo á vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles?

Amad, pues, á vuestros enemigos : haced bien, y prestad sin esperar nada por eso; y vuestro galardón será grande y seréis hijos del Altísimo; porque Él es bueno aun con los ingratos y malos. Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto

*
* *

Perdón generoso. — El populacho pagano de Alejandría maltrataba á un santo anciano y le decía : ¿qué milagros ha hecho el Cristo que tú adoras? Y el anciano contestó : en este momento hace uno, porque me da bastantes fuerzas para perdonaros y amaros. — (*Sibillat.*)

*
* *

Pisístrato. — Encontrándose un día á la mesa, este magistrado recibió varias injurias de uno de sus amigos ofuscado por el vino. Como los convidados le aconsejaran que le castigase, Pisístrato les respondió : Si pasando yo por la calle un ciego se estrellase conmigo ¿me aconsejaríais castigarle? — (*Sibillat.*)

Reflexión de un sabio. — Cuando se me hace una injuria, decía el filósofo Descartes, procuro elevar mi alma á tanta altura que la ofensa no me alcance. — (*Id.*)

*
* *

Un corazón noble. — La señal más inequívoca de un generoso y gran corazón es la de tener fuerza para perdonar una injuria. César, emperador romano, perdonó á Pompeyo, su enemigo irreconciliable, en los momentos en que habría podido hacerlo víctima de horrible venganza. Cicerón, uno de los hombres más eminentes de su siglo, dijo entonces : « César, habéis ganado muchas batallas, habéis obtenido el laurel de espléndidas victorias; pero todos vuestros triunfos no son comparables al que habéis obtenido de vos mismo, perdonando generosamente á vuestro mayor enemigo. — (*Id.*)

*
* *

Plegaria de una esposa. — Durante la revolución francesa de 1798 un buen cristiano fué acusado de traidor á la patria. Condenado á muerte, lo llevan al cadalso : el redoble de tambores anuncia su martirio y mientras le cortan la cabeza, allí está su esposa con un niño en brazos. Esta cristiana madre, con heroica resignación, toma en sus manos al tierno niño y presentándolo al Señor le dice : Dios mío, os ruego que este niño pueda algún día hacer bien al verdugo de su padre. Aquella creatura creció con la protección del cielo. A los veinticinco años de edad era ya sacerdote. La oración de su madre fué oída, pues aquel hijo tuvo el consuelo de convertir y salvar al asesino de su padre. — (*Id.*)

*
* *

Una espada gloriosa. — Junto á las pirámides de Egipto donde, según el dicho del general Napoleón, cuarenta siglos contemplaban el pabellón de la Francia, un oficial salvó la vida á Bonaparte en el campo de batalla.

« Toma esta espada, le dijo Napoleón, yo prometo concederte la primera gracia que pidieres al presentármela. » Seis años después, el general Bonaparte era emperador y el oficial, coronel de guardia. Un día la policía descubrió la trama de una conspiración contra la vida del emperador. Arrestados los cabecillas se les condenó á muerte en el término de veinticuatro horas. El regimiento del coronel recibió órden de conducir á los malhechores al cadalso. El coronel hace abrir la prisión y al entrar en ella se estremece de espanto. Entre los condenados á muerte se le presenta á la vista el asesino de toda su familia. ¡Gran Dios! exclama, ha llegado el día de vuestra justicia; y entregáis en mis propias manos al asesino de mi padre y de mi madre. ¡Al fin se vengará su muerte! Gracias, Dios mío, gracias.

Pero de improviso, el coronel se siente movido por otro sentimiento. Dios le inspira que perdone á su enemigo. Se dirige sin demora á la presencia del emperador, que á la sazón deliberaba sobre asuntos de suma importancia... — ¿Quién está ahí? pregunta el emperador. — El coronel de vuestra guardia, Majestad; dignaos escucharme un momento. — Retiraos de aquí, temerario. — Una palabra, Majestad. — ¿Qué queréis? — Vuestra gracia para un hombre... — ¿Cómo, gracia para un conspirador que ha querido asesinarme? — Majestad, ¡él ha dado muerte á mi padre, á mi madre, y á toda mi familia! — ¡No, no! es necesario un severo escarmiento. — Majestad, replicó el coronel, presentándole la espada recibida en las Pirámides, vos habéis empeñado vuestra palabra. Cuando me disteis esta espada prometisteis concederme la primera gracia que os pidiese al presentárosla. Esto me dijisteis un día de espléndida victoria! — Napoleón escribió al punto esta palabra : *Gracia...* — (*Id.*)

HISTORIA DE UN MENDIGO. — Desde muchos años iba diariamente á sentarse y á pedir limosna en los escalones de una de las iglesias de París, un anciano mendigo de aspecto triste y sombrío, conocido con el nombre de Jaime. Casi jamás hablaba y se limitaba á inclinar la cabeza cada vez que se le daba algo. Cuando se entreabría su andrajoso traje, veíase sobre su pecho una cruz *dorada*.

Un joven sacerdote, el abate Paulino, iba habitualmente á celebrar misa en aquella iglesia y al entrar nunca se olvidaba de dar una pequeña ofrenda al pobre Jaime.

Descendiente de una noble y rica familia, el abate Paulino se había consagrado á Dios por el sacerdocio, y hacía todo el bien que le era dable á los desgraciados. El viejo Jaime le amaba en extremo, sin conocerle.

Un día observó el abate que Jaime no estaba en su lugar acostumbrado, y notando que se prolongaba esta ausencia, inquieto por la suerte de su protegido, pidió las señas de su casa para ir á verle. Cierta mañana, después de celebrar la santa misa, se encaminó á la vivienda de Jaime.

Llamó á la puerta de una buhardilla, situada en el sexto piso; le respondió una voz debilitada, y entró.

Jaime estaba allí enfermo, tendido en cama, ó mejor en un miserable jergón, con la cara pálida, con los ojos lánguidos...

— ¡Ah! ¿es Ud. señor abate? dijo al ver al buen sacerdote. Demasiado bueno es Ud. en venir á ver á un miserable como yo... No lo merezco.

— ¿Qué dices, mi buen Jaime? contestó el abate. ¿No sabes que el sacerdote es el amigo de los desgraciados? A más de que, añadió sonriendo, nosotros somos antiguos conocidos.

— ¡Oh! señor, si Ud. supiera... Si me conociera... No me hablaría así... No, no me hable Ud. con cariño; soy un miserable, un maldito de Dios.

— ¡Un maldito de Dios! Y lo crees así? ¡Ah! mi pobre Jaime, no vuelvas á decirme estas cosas. Si has hecho mal, arrepentido confiésate; Dios es la bondad misma y todo lo perdona cuando hay arrepentimiento.

— ¡Oh, no! á mi no me perdonará.

— Pero, ¿por qué? ¿no te arrepientes?...

— ¡Sí, me arrepiento! ¡me arrepiento! exclamó Jaime incorporándose en su lecho y abriendo azorado los ojos. ¡Sí, me arrepiento!... ¡Oh, sí! Me arrepiento; hace ya treinta años que me arrepiento... y, sin embargo, ¡soy un maldito!

Esforzóse el buen sacerdote en consolarle y animarle, pero fué en vano. Un misterio terrible estaba oculto en el fondo de aquel corazón, y la desesperación le impedía descubrir su crimen. Mas, al fin, vencido por la dulzura, por la bondad del abate Paulino, el infeliz Jaime se decidió, y con ahogado acento, pronunció estas palabras :

— Era yo mayordomo del castillo de una rica familia, cuando estalló la sangrienta revolución del último siglo. Mis señores eran la bondad personificada... El señor conde, la señora condesa, sus dos hijas y su hijo... yo se lo debía todo á ellos, mi posición, mi educación, el desahogo en que vivía... ¡Cuando vino el Terror les hice traición! Estaban escondidos; yo sabía dónde : los denuncié para poseer los bienes prometidos á los denunciadores, y fueron condenados á muerte todos... todos, menos el pequeño Paulino que era demasiado joven.

Un grito involuntario salió del pecho del sacerdote y un sudor frío inundó su frente.

— Señor, continuó el anciano, que no advirtió la emoción del sacerdote, señor, ¡esto es horrible! Yo ví cómo los condenaban á muerte; los ví colocar en una carreta... y ví caer las cuatro cabezas bajo el peso de la cuchilla... ¡Oh, soy un monstruo! Desde entonces no tengo paz ni reposo. Lloro, ruego por ellos... Y los veo siempre allí, delante de mí... ¿Ve Ud.? ahora están allí, debajo de aquel lienzo.

Y al hablar así, Jaime señalaba con temblorosa mano una cortina.

— Ese crucifijo que está á la cabecera de mi cama, era el del señor conde... ésta crucecita de oro que traigo puesta, era la que mi señora traía siempre consigo. ¡Oh, Dios! qué crimen! ¡qué horror! ¿qué arrepentimiento!... Señor abate, tenga Ud. piedad de mí! ¡no me rechace! ¡ruegue por el más criminal y desgraciado de los hombres!

El sacerdote estaba de rodillas junto á la cama, pálido como un cadáver. Permaneció cerca de media hora completamente inmóvil. Después, levantandose con calma, hizo la señal de la cruz, y descorriendo la cortina que cubría la pared, vió dos retratos...

Jaime dió un grito al verlos y se dejó caer en su jergón.

El sacerdote lloraba.

— Jaime, dijo Paulino, con tembloroso acento, de parte de Dios vengo á perdonarte... Voy á confesarte.

Y sentándose junto á la cama, confesó al anciano.

— Jaime, dijo el sacerdote al moribundo cuando la confesión hubo terminado: Dios acaba de perdonarte. Pero no es esto todo; *yo también* te perdono por amor de Dios. Porque tu mataste... *á mi padre, á mi madre y á mis dos hermanas.*

Erizáronsele los cabellos á Jaime. Abrió los labios,

murmuró algunos sonidos inarticulados... y se dejó caer en la cama.

El sacerdote se acercó : el mendigo estaba muerto... — (SEGUR, *Veladas.*)

ADORACIÓN

— *¿Cómo debemos adorar á Dios?*
— *Tributándole el culto que se le debe.*

Debemos dar á Dios el culto supremo de *latría* como á ser infinitamente perfecto, primer principio y autor de todas las cosas; á los Angeles y Santos el culto de *dulía* como á amigos especialmente favorecidos y queridos por Dios, no para que ellos nos concedan alguna gracia sino para que intercedan por nosotros delante de Dios; y á la Santísima Virgen el culto de *hiperdulía*, con el mismo fin, venerándola como á la más santa y poderosa de todos los Santos. Y puesto que de Dios hemos recibido el alma y el cuerpo debemos adorarle con actos interiores y con demostraciones exteriores que le manifiesten nuestro amor y respeto.

Se peca contra la virtud de la adoración por *irreligiosidad* y por *superstición :* por irreligiosidad, cuando se desprecian ó se miran con indiferencia los deberes del cristiano y cuando se cometen irreverencias con las personas y cosas sagradas; por superstición, cuando se da culto divino á lo que no debe dársele, como sucede en la idolatría, ó cuando se le da á Dios un culto impropio.

* * *

NIÑOS EN EL HORNO. — El rey Nabucodonosor, habiendo hecho fabricar una grande estatua de oro, de sesenta codos de altura, la mandó colocar en un vasto

campo, en las cercanías de Babilonia, y ordenó que todos la adorasen. Tres jóvenes hebreos, Ananías, Misael y Asarías fueron acusados de no cumplir el edicto, y haber proclamado que sólo adoraban al verdadero Dios. Irritado el rey los hizo atar de pies y manos y arrojar en una inmensa hoguera. Pero apareció entonces visiblemente un ángel del Señor y los tres jóvenes, sin que el fuego consumiese más que sus ataduras, se pasearon en medio de las llamas dando gracias á Dios por tan manifiesta protección. En vista de este milagro, Nabucodonosor reconoció su error y prohibió, bajo pena de muerte, que se blasfemase del Dios de Israel.

*
* *

El centinela de Dios. — Hace algunos años llegado un regimiento de guarnición á Orleans, el cura de la catedral notó desde entonces un militar que cada día, desde la una hasta las tres, permanecía en pié, inmóvil y derecho como una columna en medio de la iglesia, delante de la reja del coro.

Un capitán con su esposa vino un día á visitar la catedral. El cura lo hace entrar en la sacristía, le refiere lo que sucede y agrega: Es este el momento. Se oye la una, y el militar ocupa su puesto de costumbre. El capitán lo mira y exclama: — ¡Hola! este es el soldado de mi confianza, excelente militar y muy buen sujeto.

Lo llamaron.

— ¿Qué haces aquí? le preguntó su jefe.

— Mi capitán, yo hago dos horas de guardia al Señor. Porque mi capitán, yo no puedo tolerarlo; esto me calienta la sangre... hay centinelas en todas partes; en París, no les faltan á los altos empleados; aquí, mi General tiene dos, mi Coronel, uno... para el Intendente centinela, para el Gobernador y el Subdelegado centinelas... Cuando entro en el templo, digo entre mí: Dios

es superior á todas esas gentes... y ni un centinela para Él. Pues bien, yo le hago la guardia cuando estoy desocupado, y os aseguro que el tiempo no me parece largo, pues que le amo como vos le amáis, mi Capitán.

En efecto, el Capitán tenía la dicha de ser buen cristiano, un valiente que temiendo á Dios no temía las bálas. — (*Mensajero del Pueblo.*)

*
* *

Hermosa práctica. — San Ignacio de Loyola cada vez que oía dar la hora del reloj recogía su corazón y adoraba á Dios.

San Francisco de Borja tenía la misma costumbre, no sólo de día sino también de noche.

Una noche, habiéndose quedado dormido, cuando sonaba el reloj, un ángel se apareció á despertarle á fin de que cumpliese su piadosa práctica. — (*Lefort.*)

*
* *

Palabras de Federico II. — Aunque Federico II, rey de Prusia, protegió á los filósofos cuyos principios siguió, no disimulaba la impresión que le causaban la majestad y esplendor de las ceremonias de la religión católica.

Un día que asistió á una misa cantada por el cardenal Zenzendorff, en Breslau, dijo á los que le acompañaban : « Los Calvinistas tratan á Dios como á servidor, los Luteranos como á igual; pero los Católicos le tratan como á Dios. » — (*Id.*)

*
* *

¿Por qué soy cristiano? — Unos impíos preguntaron al célebre La Harpe sobre su religión. Hé aquí su respuesta : « Yo soy cristiano porque vosotros no lo sois. Una religión que tiene por mortales enemigos á los mortales enemigos de toda moral, de toda virtud, de toda humanidad, es necesariamente amiga de la moral,

de la virtud y de la humanidad y por lo tanto es buena. — (*Guillois.*)

Irreligiosidad.

Lamennais. — Á principios del presente siglo existió en Francia un hombre que pudo ser por sus talentos lumbrera de la Iglesia; pero que fué por su orgullo y su impiedad un triste renegado de la fe. Este hombre fué el infortunado Lamennais.

Educado en las máximas de la verdad, sobre las rodillas de una madre cristiana, llegó á revestirse de la dignidad sacerdotal. En sus primeros años escribió obras admirables en favor de la religión; pero su misma celebridad como escritor fué causa de que el orgullo prendiese en su alma y lo impulsase como á Luzbel á levantar bandera de rebelión contra la Iglesia, cuyas enseñanzas y amonestaciones despreció; olvidó sus antiguas creencias, dió adiós á los bellos años de su infancia y se precipitó por la senda de los errores.

Al fin, cayó sobre él el rayo del Vaticano, y el escritor católico se tornó en hereje y el sacerdote en corruptor de almas. Así pasó los años de su vida, sordo á los consejos de sus amigos y á las inspiraciones de Dios, y así llegó á la vejez y al umbral del sepulcro.

Cuando tuvo sesenta años, Dios le concedió una gran merced, la del recogimiento que da la soledad absoluta.

Estaba en Santa Pelagia.

En lo más alto de aquella prisión, en una pieza grande y baja, especie de calaboso aéreo, Lamennais paso el año sesenta y uno de su vida.

Debía vivir trece años más. Pero ¡en qué tristeza, en qué amargura! Se puede juzgar de ello, leyendo las páginas desoladas, en donde desde largo tiempo antes

contaba el estado de su alma en el último período de su vida. — ¡Qué sombríos recuerdos de sí mismo! ¡Qué lúgubre pintura de la aridez de espíritu, que nada refresca, ni nada serena; ni el sol, ni el canto del pájaro, ni el zumbido del insecto en la hierba!

« Alma mía, ¿por qué estás triste? » exclamaba sin cesar : « Alma mía, ¿por qué lloras?... » Y agregaba : « ¡Ah, dejad, dejad llorar á los que no han tenido juventud! »

Llamaba á la muerte. Y la muerte llegó.

Vivía entonces desde algún tiempo en París. En la calle del Grand Chantier, paralela á la del Temple, habitaba el anciano el tercer piso de una casa de piedra, y ahí, en una estancia sin crucifijo, ni imagen de la Virgen, ni pila de agua bendita, ni símbolo alguno de los que se encuentran en las cabañas y moradas de Bretaña, en un cuarto frío y desolador, en el que nada anuncia la presencia del sacerdote, allí murió Lamennais. Un domingo de Febrero de 1854, sus nuevos amigos rodeaban la cama en donde el enfermo respiraba apenas.

Les estrechó las manos y les dijo : « Estos son los buenos momentos. »

Uno de ellos respondió : « Estaremos siempre unidos con vos. »

Hizo un movimiento con la cabeza : « Está bien, nos volveremos á encontrar. »

La sobrina del moribundo vió de una ojeada la inminencia de la muerte. « Félix, le dijo arrodillándose, ¿quieres que venga un sacerdote? Tu lo quieres, ¿no es verdad? »

— « No, » respondió Lamennais.

— « Te lo ruego, » replicó la sobrina.

— « No, y que se me deje en paz. »

Se la llevó desconsolada al salón. « Es muy triste verle

morir así, decía, porque al fin ha sido él quien me ha hecho cristiana. »

Pareció que Lamennais se reanimaba.

— « Quiero ser enterrado, dijo, junto con los pobres, y como ellos. No se pondrá nada sobre mi tumba, ni aun una sencilla piedra. »

El cura de la parroquia golpeó á la puerta del enfermo. — Se le despidió.

Había escrito en su testamento : « Mi cuerpo será llevado directamente al cementerio, sin detención en ninguna iglesia. »

Uno de sus amigos, que velaba al lado de su cama, le preguntó :

— « ¿Cómo estás? »

— « Por momentos más tranquilo, » le respondió.

Quiso uno de los que le asistían apartar una cortina para que viera la luz del día por última vez.

— « Dejadla, dijo, viene á buscarme. »

Vivió todavía siete horas más.

Se le dijo que el arzobispo de París quería verlo. Quiso hablar, pero no pudiendo hacerse comprender, se volvió fastidiado hacia la pared. — ¿Que pasó en ese momento en su alma? — Es el secreto de Dios.

Se dió vuelta de nuevo fatigosamente. Hizo señas de que quería hablar. Con voz apagada se oyó que murmuraba estas palabras, las últimas que pronunció :

— « ¿Dónde está Lacordaire? »

Dirigió en seguida una mirada dolorosa á su alrededor y acaso porque no vió á los que buscaba se puso á llorar.

La agonía sobrevino. La mirada perdida en el vacío, buscaba siempre algo é interrogaba á través de las sombras. Una lágrima, la última, corrió lentamente por su demacrada mejilla. ¡Había muerto!

Su vida, según él mismo la definió, fué como uno de esos valles estrechos y largos que empiezan por un bello cielo, un sol radiante y que concluyen por nubes sombrías, por un sol apagado, por rocas lúgubres y árboles caídos.

Así desapareció del mundo ese hombre que nació para ser grande; esa rara inteligencia, castigada por la fuerza de la lógica puesta al servicio de principios falsos; ese sacerdote que concluyó por ser un sectario y un sectario sin dogma; ese filósofo que al fin no fué sino un iluso; ese diarista, que fué al fin libelista; ese político que terminó en demagogo.

Los funerales se hicieron casi á escondidas. La policía adelantó la hora por temor á los desórdenes. Seis personas seguían el carro, y fuerza armada apartaba á la multitud.

Murió el 27 de Febrero y fué enterrado el 1° de Marzo de 1854.

El ataud, cuenta su sobrino y ejecutor testamentario, se colocó en una de esas horribles zanjas en donde se entierra al pueblo. Cuando se cubrió de tierra, el sepulturero preguntó:

— « ¿Se coloca alguna cruz? »

— « No, » respondió. Y los amigos se retiraron.

Así concluyó el sacerdote que había nacido para ser el Bossuet del siglo XIX. — *(El Ángel de la primera Comunión.)*

* * *

Sacrílegos castigados. — La Santa Escritura nos muestra con numerosos ejemplos cuánto aborrece Dios los sacrilegios y con cuánto rigor los castiga.

El Señor mandó á Moisés que construyera el arca de la alianza destinada á contener, entre otras cosas, el libro de la ley y las dos tablas de piedra en que estaba

grabado el *Decálogo*. El arca era de madera incorruptible, forrada interior y exteriormente con oro purísimo, adornada con una corona de oro, cerrada con una cubierta sobre la cual había dos querubines. Todo esto era de oro macizo. El arca tenía vara y cuarto de largo y tres cuartos de vara de ancho y elevación, y estaba colocada en el *tabernáculo*. El tabernáculo era un pabellón de quince varas de largo y cinco de ancho, cubiertó de preciosas telas ricamente bordadas. Este templo portátil representaba á la Iglesia y era llevado por la tribu de Leví enteramente consagrada al Señor.

David concibió el designio de colocar el arca del Señor en Jerusalén. La proposición que hizo al pueblo fué recibida con aplauso ; mandó formar en su palacio un magnífico pabellón para recibírla, y todos los pueblos de la Palestina fueron invitados á reunirse en Jerusalén para asistir á la ceremonia. Las tribus de Israel formaron treinta mil hombres escogidos; les seguía la tribu de Judá, y David se puso á la cabeza. Subieron á una colina donde estaba la casa de Abinadab, á quien se había confiado la custodia del arca, y llevaron hasta allí un carro nuevo (tirado por bueyes que aun no habían servido), donde colocaron el arca santa.

Un concurso innumerable de pueblo acompañó la marcha; el mismo rey, rodeado de músicos y tañedores de toda clase de instrumentos, precedía inmediatamente y hacía cantar los hermosos cánticos que había compuesto. De esta suerte llegaron hasta las inmediaciones de la ciudad con trasportes de alegría y sentimientos de devoción indecibles. Pero un desgraciado acontecimiento turbó muy pronto esta alegría. Los bueyes empezaron á agitarse con violencia, el arca se ladeó y estuvo en peligro de caer, y un levita llamado

Oza puso en ella la mano para sostenerla. La ley prohibía, bajo pena capital á los simples levitas tocar el arca del Señor, y Dios hirió de muerte al temerario Oza, para inspirar al pueblo reunido el vivo sentimiento de respeto que merecen las cosas santas.

En otra ocasión perecieron cincuenta mil Betsamitas por haber observado con miradas indiscretas el arca de la alianza.

*
* *

Castigo del sacrílego Heliodoro. — Seleuco, rey de Siria, resolvió saquear los tesoros del templo de Jerusalén, y para ejecutar esta empresa sacrílega eligió á Heliodoro, intendente de la hacienda real. Heliodoro partió para obedecer las órdenes de su soberano. Llegó á Jerusalén y el gran sacerdote Onías, sin conocer sus designios, le recibió con toda clase de honores. El ministro no tardó en explicar el encargo que se le había hecho, y declaró que iba de parte del rey para que se le entregasen los tesoros del templo.

Onías le manifestó que el dinero que se custodiaba en la casa del Señor consistía en depósitos consagrados á la subsistencia de las viudas y de los huérfanos. Heliodoro hizo poco caso de las observaciones del Pontífice, y como la voluntad del rey era su única razón, señaló día para presentarse en el templo. Se había esparcido por Jerusalén el rumor de esta sacrílega tentativa, y toda la ciudad estaba alarmada y aterrorizada. Los sacerdotes, revestidos de sus hábitos sagrados, se prosternan al pie del altar y claman al Dios del cielo que auxilie su templo; desconsolados los ciudadanos acuden en tropel y suplican al Señor que no permita que su santa morada se vea expuesta á sacrílegos escarnios. En medio de la confusión general, está el soberano Pontífice en quien se advierte el más vivo dolor.

Heliodoro apresuraba en tanto con empeño la ejecución de su empresa, y se hallaba ya á la puerta del tesoro, rodeado de una multitud de satélites que se disponían á forzarla, cuando en un momento tan desesperado manifestó el Señor ruidosamente su omnipotencia. De repente, heridos por la mano de Dios los indignos vasallos que se habían atrevido á obedecer los mandatos de su jefe, caen unos sobre otros y emprenden la fuga. Habían visto aparecer ante sus ojos un caballo magníficamente enjaezado, montado por un jinete de aspecto formidable, con armas que parecían de oro y cuyo brillo deslumbraba. Este caballo se arroja con impetuosidad sobre Heliodoro, le hiere con las patas delanteras y le derriba en el suelo; y dos jóvenes llenos de majestad, resplandecientes de gloria y ricamente vestidos, se acercan entonces al profanador armados de látigos, le azotan sin descanso y le abruman á golpes. Heliodoro, tan rudamente castigado y envuelto en espesas tinieblas, colocado medio muerto en una silla es llevado fuera del recinto del templo, donde permanece largo rato sin movimiento, sin voz y sin esperanza de vida. ¡Admirable efecto de la justicia de Dios, que dispuso que el hombre temerario que se atrevió á entrar en su santa casa con todo el aparato de un triunfo, se viera aterrado, cubierto de confusión, sin que nadie pudiera librarle del castigo del Soberano omnipotente á quien sacrílegamente había injuriado; pero lección muy importante al mismo tiempo para los profanadores y favoritos de los príncipes, que enseña el respeto debido á las cosas santas, y que deben resistirse siempre los mandatos impíos con respetuosa pero invencible libertad. — *(Gaume.)*

*
* *

Jesus arroja del templo á unos vendedores. — Nuestro

Señor Jesucristo nos enseñó con el ejemplo de su vida y la santidad de su doctrina. Todo era en él humildad, dulzura, abnegación, paciencia, bondad y caridad. Una sola vez se manifiesta irritado, y es contra los profanadores del templo. Acercándose la pascua fué Jesús á Jerusalén y entrando en el templo halló cambiantes de dinero y mercaderes. Haciendo entonces de cuerdas un azote, los echó á todos del templo, arrojó en tierra el dinero y las mesas de los cambiantes y los puestos de los que vendían palomas; y no permitió que nadie trasladase ningún mueble á través del templo. Después se puso á instruírlos, y les decía : « Mi casa es casa de oración, y vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. »

*
* *

Audacia de un profanador. — El emperador Leon IV había sustraído de la catedral de Constantinopla una corona de oro enriquecida de diamantes, obsequiada á la iglesia por el emperador Heraclio. Mas, apenas León la hubo colocado sobre su cabeza, ésta se le cubrió de pústulas y llagas, y murió á los tres días, sin que nadie pudiese dudar del castigo de Dios. — (*Lefort.*)

*
* *

Un sacrílego. — Habiendo los Sarracenos penetrado en una iglesia de la isla de Chipre, uno de ellos, al observar la estatua de un santo dijo : ¿para qué sirve esta imagen? — Atrae el bien sobre los que la honran y acarrea el mal á los que la desprecian, contestó un cristiano que estaba allí. — Está bien, replicó el sarraceno, yo le arrancaré un ojo y veremos qué mal me hace. En efecto, tomó su lanza y la ensartó en un ojo del Santo. Y en el mismo momento el soldado perdió el ojo derecho y se vió acometido de una fiebre violenta. — *(Id.)*

Superstición.

Son tantas las supersticiones ocasionadas por la ignorancia, que ni siquiera es posible enumerarlas. No faltan personas aun instruídas que tienen preocupaciones ridículas y muchos son los impostores que abusan de las personas sencillas asegurando curar enfermedades, adivinar lo porvenir y mejorar la suerte con vanos y extravagantes recursos.

Es superstición creer que el año entero será de ventura ó desgracia según fuere el primer día de Enero, que se obtendrá un caudal y fortuna con guardar una piedra imán ó una herradura.

Es también superstición creer que un espejo que se quiebra, un salero que se cae, tres luces encendidas son signos de desgracia, que no conviene casarse ni embarcarse los días martes, ó viernes, ó en el mes de Mayo, que es pronóstico fatal si saliendo de casa se encuentra luego una liebre, una serpiente ó se oye cantar un chuncho. Es igualmente muy censurable y repugnante superstición creer que si comen trece personas á la misma mesa, una de ellas ha de morir en el año. No hay número alguno que tenga cualidad funesta. Más probable sería muriese una si se sentasen catorce y más aún si fuesen quince y la probabilidad crecería en proporción del número. ¿Sería temible ó peligroso el número trece á causa de que con Judas eran trece en la mesa de Nuestro Señor Jesucristo? Debería entonces suponerse que cuando estuviesen trece personas en la misma comida una se colgaría, á ejemplo de Judas.

Los incrédulos mismos creen á veces en mil necedades. El duque de Orleans, famoso por su impiedad, consultaba oráculos y gitanas. Igual cosa hacía la prin-

cesa Amalia, hermana de Federico rey de Prusia, dotada de tanto ingenio como él; y la mitad de su corte creía en una mujer blanca que aparecía en un salón de palacio, armada de una grande escoba y que barría con todas sus fuerzas cuando debía morir alguno de la familia real. El célebre Federico el Grande, de Prusia, mudaba de lugar los cuchillos y tenedores si los veía en cruz sobre la mesa, como si ello fuese triste presagio de desgracias.

*
* *

Número trece. — No queriendo el primer presidente del parlamento de Ruán, sentarse á la mesa, porque completaba el número trece, fué preciso buscar otro convidado á fin de que fueran catorce, con lo cual comió tranquilamente. Mas, apenas se hubo levantado de la mesa, le sobrevino un ataque de apoplejía y murió al instante.

No siempre castiga Dios á los supersticiosos de una manera tan terrible en este mundo; mas no hay duda de que los detesta. Así lo dice el Profeta: « Vos, Señor, abomináis al que observa cosas vanas é inútiles. » — (*Lebrún.*)

*
* *

El Viernes. — Gracias á Dios, no hay día que pueda llamarse nefasto.

Estando gravemente enfermo Luis XIII, llamado el Justo, rey de Francia y de Navarra, le propusieron que recibiera la Extremaunción. Consultó á Buvart sobre el estado de la enfermedad. *Señor,* le dijo Buvart, *Dios es Todopoderoso.* Entonces el rey, risueño, y sereno, exclamó con el Profeta: *¡Qué contento me dá esta nueva: iré á la casa del Señor!* Y pensando morir al día siguiente, que era *viernes,* añadió: ¡Oh, *viernes,* día verdaderamente dichoso para mí! En *viernes* subí al trono, en

viernes alcancé la primera victoria en Pont-de-Cé, tomé San Juan de Angeli, y edifiqué Soubise en la isla de Rhé... Mas este *viernes* será el más dichoso de mi vida, pues me introducirá en el cielo para reinar allí eternamente con Dios.

¿No debe el cristiano mirar como el más dichoso de todos los días, aquel en que Dios por infinita caridad murió por el hombre? — *(Mach.)*

*
* *

Hechizo. — Lo más natural y común es encontrar ideas supersticiosas entre las personas del pueblo. Á veces un ruido durante la noche es suficiente para entorpecer su imaginación. Nada tan absurdo como lo que llaman *mal de ojo*. Enferma un niño, no aciertan con la causa de la enfermedad y la atribuyen á una simple mirada de alguna persona con la cual están ofendidos. — Hé aquí un curioso ejemplo de tales *hechicerías:*

Una supersticiosa aldeana llegó un día donde el cura de su parroquia para rogarle le indicase el medio de curar una vaca. « ¡Si supierais, señor cura! antes me daba leche en abundancia; pero desde hace tiempo apenas da una gota. Yo creo que me la han hechizado! » El cura, que tenía más interés en curar de semejante superstición á la mujer que en ocuparse en estudiar la pretendida enfermedad de la vaca, le dió un papel perfectamente cerrado y le recomendó que tuviese mucho cuidado en levantarse á las dos de la mañana para ir con este papel á tocar cada una de las puertas del establo. La mujer obedeció con toda exactitud. En la primera madrugada encontró una puerta abierta; pero creyó fuese un descuido de su sirvienta. Curiosa de ver el efecto que había producido el remedio se apresuró á ordeñar la vaca. ¡Esto es admirable!

exclamó ella al observar que la vaca daba tanta leche como en los mejores tiempos. Á las dos de la madrugada siguiente repitió la visita. La vaca volvió á dar leche en abundancia. Á la tercera vez, aun cuando encontró cerrada la puerta del establo, notó con gran sorpresa que ocultándose en un rincón se agazapaba el hermano de la sirvienta. Comprendió entonces todo el misterio. Quiso despedir á la sirvienta infiel; más ésta, viéndose descubierta, se había ya apresurado á escaparse. Avergonzada con este suceso fué á referir al cura lo ocurrido. Y bien, señora, le contestó el cura, espero que os corregiréis de vuestra superstición. Leed lo que yo había escrito en vuestro papel : « Vigilad siempre, redoblad vuestra vigilancia durante la noche y bien pronto desaparecerá todo encantamiento. » (*Schmid y Belet.*)

*
* *

Adivinación. — La adivinación implica una especie de apostasía. Ochosías, rey de Israel, habiendo caído desde lo alto de una ventana de su palacio en Samaria y encontrándose muy mal á consecuencia del golpe, dijo á uno de sus oficiales : « Vé á consultar á Beelzebub, dios de Accarón, para saber si sanaré. » No queriendo Dios dejar impune este acto de superstición, envió un ángel al profeta Elías : Y dijo á Elías el ángel : « Anda á preguntar al encargado del Rey de Samaria, si no hay Dios en Israel, pues que va á consultar á Beelzebub, Dios de Accarón. Ordénale que vuelva y diga á su señor de parte de Dios : No te levantarás del lecho en que yaces. »

En efecto, pocos días después murió el rey Ochosías y su muerte fué más bien castigo por la falta cometida que consecuencia natural de la caída.

*
* *

Los sueños sueños son, y sin embargo no faltan per-

sonas bastante supersticiosas que llegan hasta hacer testamento si sueñan con un médico.

*
* *

Astrología. — Una señora rogó á un astrólogo le explicara cierto sentimiento que la dominaba. El astrólogo prometió adivinar lo que la señora deseaba y después de preguntarle el año, el mes, el día y hasta la hora de su nacimiento, pretendiendo consultar su horóscopo, le dijo palabras vagas y de dudoso significado. La señora le dió una moneda de poco valor. — Señora, le dijo entonces el astrólogo, yo descubro todavía en vuestro horóscopo que Ud. no es rica. — Es verdad, le contestó ella. — Señora, continuó diciéndole, ¿no ha perdido nada? — Sí, he perdido el dinero que á acabo de dar á Ud. — (*Lefort.*)

*
* *

La quiromancia finge conocer en la inspección de las manos el interior y el porvenir de las personas. Un famoso partidario de la quiromancia hizo una visita á un aldeano, padre de numerosa familia. Todos los niños presentaron sucesivamente las manos para ser examinadas por tan extraño sabio. Ya inspeccionados, afectando gran satisfacción, refiriéndose á uno de ellos dijo : « Hé aquí un niño que será un ilustre doctor. » — Os equivocáis, señor, le respondió sonriendo el padre del niño, esta pequeña criatura no es hombre sino mujer. — (*Lefort.*)

No es menos extravagante y vituperable la superstición de aquellos que tratan de adivinar los secretos y de descubrir lo futuro por medio del magnetismo, ó de las cartas y naipes, dejándose explotar por personas que abusan de su credulidad y de su excesiva simplicidad.

*
* *

Intervención diabólica. — He aquí un hecho autén-

tico ocurrido en la iglesia parroquial de Ars. El Venerable Juan Bautista Vianney, en presencia de ocho testigos, interrogó el 23 de enero de 1840 á una mujer poseída. A cualquiera que conozca el Ritual de la Iglesia no le sorprenderá hablase el demonio por boca de aquella. Entre otras cosas dijo al Santo Cura de Ars: « ¡Ah! cuánto me atormentas. Pero mutuamente nos hacemos la guerra ... ¿A qué fin examinas la conciencia de tus penitentes? ¿para qué te afanas tanto? ¿no basta acaso el exámen con que yo los preparo?... Eres un avaro de las almas... me arrebatas cuantas puedes... me has quitado mas de ochenta mil. ¿Por qué no renuncias la parroquia como has pensado hacerlo tantas veces? ¡Ah! ya estarías lejos de aquí sino fuera porque demasiado te ama (designó con palabras que no es posible repetir á la Santísima Virgen)... ¿Por qué madrugas tanto y no cuidas más de tu salud cuando así te lo ha aconsejado tu obispo? ¿por qué predicas tan sencillamente? Así pasas por ignorante. ¡Cuánto me agradan los grandes sermones que á nadie fastidian y dejan vivir á todos como quieren! En tus pláticas mientras algunos duermen otros se sienten tocados en el corazón con tus palabras... »

— « Qué piensas sobre el baile?

— A los bailes yo los rodeo como un muro circunda un jardín. »

Preguntado sobre el autor de la magia negra. « Soy yo, dijo... el magnetismo el sonambulismo... todo eso es asunto mío. » — (Monnin, *Vida del Cura de Ars.)*

*
* *

Idolatría — El ídolo de Belo. — Cuando el rey Ciro subió al trono de Babilonia encontró un ídolo llamado Belo, en gran veneración entre los Babilonios; declaróse su adorador, y todos los días iba á rendirle home-

naje. El profeta Daniel, que de la cueva de los leones había pasado á ser primer ministro del rey, se negó á subir al templo del falso dios. El rey notó la ausencia de su ministro. — ¿Por qué, le dijo, no adoras á Belo? — Porque, respondió el santo anciano, no adoro los ídolos hechos por los hombres. Hay un Dios vivo que creó el cielo y la tierra, que es el Señor absoluto de todas las criaturas; éste es el que adoro desde mi niñez, y adoraré siempre. — Pues, ¡cómo! replicó Ciro. ¿No es Belo un dios vivo? ¿No ves cuánto come y bebe todos los días?

En efecto, el ídolo de Belo era una inmensa estatua á la cuál se servía todos los días sin falta doce grandes medidas de harina del trigo más puro, cuarenta carneros y seis enormes vasos del mejor vino, lo cual sólo formaba una de sus comidas, y jamás quedaba nada para el día siguiente. — Señor, respondió Daniel sonriéndose, os engañan; ese pretendido dios no es más que una estatua de barro cubierta de bronce. Os respondo de que jamás ha comido ni bebido.

Asombrado, Ciro, mandó llamar á los sacerdotes de Belo, y les dijo con tono de soberano : Si no me decís quién se come los manjares que se sirven á Belo, os daré muerte á todos; pero si me mostráis que el dios se alimenta con ellos, daré muerte á Daniel. Consiento y acepto la condición, dijo Daniel.

Los sacerdotes del ídolo celebraban anticipadamente su triunfo y se imaginaban ya ver derramar la sangre de su enemigo. Eran en número de setenta sin comprender sus mujeres, sus hijos y sus nietos. Habían arreglado debajo de la mesa del altar una entrada secreta de que no temían se tuviese la menor sospecha, y por ella entraban todas las noches y se llevaban los manjares, la harina y el vino. Estaban seguros del éxito de su ardid.

Suplicaron al rey que se trasladase á su templo con Daniel, y le dijeron : Vamos á salir, y vos, príncipe, haced traer los manjares, la harina y el vino acostumbrado; haced cerrar la puerta del templo, y selladla con vuestro sello real. Volved mañana temprano, y si veis que Belo no lo ha consumido todo durante la noche, nos daréis la muerte ; y si por el contrario se lo ha comido, daréis la muerte á Daniel que ha blasfemado de nuestro dios y calumniado á sus ministros. Luego que salieron, el rey mandó colocar delante de Belo el alimento acostumbrado. Daniel, por su parte, mandó á algunos de sus criados que le trajesen ceniza y un arnero, y la esparció por el pavimento del templo en presencia del rey, á quien admiraba tan extraña maniobra, cuyo misterio no penetraba. El rey salió en seguida del templo acompañado de Daniel, y mandó cerrar la puerta, que selló con su anillo.

Los sacerdotes de Belo entraron según su costumbre á media noche, con sus mujeres y sus hijos en el templo por la secreta abertura que habían preparado. Se llevaron todo lo que el rey había mandado colocar, y celebraron juntos un gran festín en que la alegría les hizo decir indignas mofas sobre la sencillez del buen rey é insultos amargos contra los intentos de su anciano ministro ; pero no pensaban en la situación en que se hallaban.

El rey se levantó muy temprano, se hizo acompañar de Daniel y se dirigió al templo. ¿Están enteros los sellos? dijo á su ministro. — Están enteros, príncipe, respondió Daniel. — El rey mandó abrir la puerta, y viendo que no había quedado nada sobre la mesa del altar, enajenado exclamó : ¡Grande es el dios Belo y de qué modo tan patente justifica la sinceridad de sus ministros! Daniel se puso á reir y antes que el rey entrase

le dijo : Examinad el pavimento del templo, y decidme qué huellas veis en él. Se burlan de mí, exclamó fuera de sí el príncipe; veo huellas de hombres, de mujeres y de niños; y luego mandó prender á los sacerdotes de Belo y á las familias de éstos y les intimó que dijeran qué significaban aquellos pasos que veía. Le mostraron temblando de miedo las aberturas ocultas por donde entraban y se apoderaban de lo que se ofrecía al ídolo. El rey les mandó dar muerte à todos, y dejó el idolo á discreción de Daniel, que lo derribó en el acto, lo hizo pedazos, y destruyó el templo que se le había consagrado. De este modo Ciro reconoció al verdadero Dios. — (*Gaume.*)

También hay cristianos que adoran los ídolos. Estos ídolos son principalmente el dinero y la voluptuosidad.

CULTO DE LOS SANTOS

— *¿Es lícito dar culto á los Ángeles y á los Santos?*

— *No sólo es lícito, sino que también es muy útil encomendarse á ellos.*

— *¿Por qué?*

— *Porque son amigos de Dios é interceden por nosotros.*

— *¿Debemos venerar las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, de María Santísima y de los Santos?*

— *Sí, porque representan los originales que están en el cielo, á quienes se dirige nuestro culto.*

— *¿Es lícito honrar las reliquias de los Santos?*

— *Sí, porque son restos de los héroes cristianos, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo, que ahora reinan con Cristo en el cielo.*

El culto de los ángeles y santos es tan legítimo como útil y consolador, y se remonta á la mayor antigüedad.

Abraham se postra delante de tres ángeles que se le aparecen: Jacob, después de luchar con un ángel, le pide la bendición; Josué ve un ángel que le dice: Yo soy el príncipe de las huestes del Señor; y al instante el caudillo del pueblo hebreo se postra en tierra y exclama: ¿Qué manda el Señor á su siervo? — Descálzate, le dice el ángel, porque la tierra que pisas es santa, y Josué hace lo que se le ordena. Daniel se postra también delante del ángel que vá á revelarle el porvenir.

París fué salvado por su patrona Santa Genoveva, cuando Atila, rey de los Hunos se dirigía á aquella ciudad con cuatrocientos mil hombres.

La España venció á los Sarracenos mediante la visible protección del Apóstol Santiago que apareciendo con una espada refulgente favoreció las tropas del rey Ramiro. Cerca de setenta mil musulmanes quedaron muertos en el campo de batalla.

*
* *

Invocación de los Santos. — Un sinnúmero de hechos admirables prueban que Dios se digna conceder particulares gracias por intercesión de los santos, y cuando se invoca á algunos en especial para alcanzar un favor determinado. Así nos valen.

Contra la fiebre continua : San Antonino, obispo de Florencia; Santo Domingo, abad benedictino de Italia; San Medardo, obispo de Noyón; San Felipe Neri? Santa Genoveva de París; Santa Lidwina, y San Ignacio de Loyola.

Contra la gota coral : San Juan Bautista y San Guilles, abad.

Contra el flujo de sangre : San Bernardino de Sena, San Gervasio y San Guy.

Contra la parálisis : San Gregorio, obispo de Utrech; San Federico y San Mauro, abad.

Contra la hernias, el cólico y la gota : El Bienaventurado Francisco de Estaing.

Contra las enfermedades pestilenciales : San Roque; San Macario, patriarca de Alejandría; San Luis, rey de Francia; San Francisco de Paula; San Sebastián, mártir; San Adrián, mártir; Santa Rosalía de Palermo; San Carlos Borromeo; San Luis Gonzaga; Santa Catalina de Siena; San Marcial, obispo de Limoges; San Gregorio, papa, y San Cipriano, obispo de Cartago.

Contra los dolores violentos de cabeza : San Leonardo; San Cesáreo; San Teodoro, abad; San Francisco de Asís; San Hugo, obispo de Grenoble; San Severino y Santa Catalina de Siena.

Contra las enfermedades de la vista : San José, esposo de la Santísima Virgen; San Felipe Neri y Santa Lucía, virgen y mártir.

Contra las enfermedades de la garganta y esquinencia : San Blas, obispo y mártir; San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir y Santa Margarita de Hungría.

Contra los dolores reumáticos : San Servais, obispo; San Perpetuo, obispo de Tours y San Leandro, obispo de Sevilla.

Contra la rabia : San Humberto, obispo de Lieja.

Contra la locura : Santa Dimfne, princesa de Irlanda.

En las inquietudes de trabajo y para encontrar objetos extraviados ó perdidos : San Antonio de Padua.

Estas devociones populares no carecen de fundamento. Son motivadas por algún incidente particular de la vida del santo, alguna tendencia especial de su carácter, de su bondad, ó algún milagro varias veces repetido. — (*Lefort.*)

*
* *

Salvación milagrosa por la intercesión de un Santo. — San Hilario, obispo de Arlés, refiere un insigne mi-

lagro ocurrido en su tiempo y en su presencia misma por la intercesión de San Ginés. Un día que se celebraba la fiesta de este Santo un gentío inmenso pasaba de una á otra ribera de un río para honrar el lugar de su martirio. Rompiéronse de improviso las arcadas del puente y en su caída arrastró al agua una gran muchedumbre. Era un espectáculo consternador ver tantos peregrinos envueltos en las olas del río y en los escombros del puente. Oíanse los gemidos de padres y madres, los llantos de los niños, los suspiros y lamentos de los espectadores en aquel trance desesperado, viendo perecer á sus parientes y amigos, sin que fuera posible prestarles ningún auxilio. El río profundo y caudaloso no permitía ganar las escarpadas riberas. No había pues esperanza humana; pero el santo obispo Honorio confiando en Dios, se puso de rodillas y con los ojos elevados al cielo, oró á San Ginés con tanto fervor, que pudiera creerse transportado al paraíso. Entonces el Ródano pareció convertirse en otro Jordán y la multitud salió de las aguas sin haber recibido el menor daño, y hasta con los vestidos y adornos intactos. — (*Les petits Bollandistes.*)

*
* *

Intercesión de María. — Todo cristiano debe honrar á la Santísima Virgen con especial devoción, superior á la con que se honra á los ángeles y Santos, porque á todos ha superado en santidad y en dignidad y porque es nuestra madre y protectora.

San Alberto Magno, algún tiempo después de haber tomado el hábito de la orden de Santo Domingo, casi llegó á perder la vocación por la poca capacidad en el estudio de las letras. Confuso al ver que todos sus condiscípulos de filosofía le llevaban ventaja, trataba de tomar otra medida, cuando un sueño le tranquilizó. No

era la interpretación de este sueño una extravagante superstición sino piadoso reconocimiento á una manifestación extraordinaria de la voluntad de Dios. Mientras que estaba durmiendo, le pareció que colocaba una escala en la pared del convento para fugarse; que así que iba á subir, vió en lo alto de la pared cuatro señoras venerables, entre ellas una mucho más distinguida que las otras; que luego que se acercó á ellas, una de las mismas le estorbó la subida : quiso subir nuevamente, y otra señora se lo impidió; resuelto aún en su intento, le preguntó otra cuál era el motivo de aquel empeño; y Alberto respondió : Porque veo que mis compañeros hacen grandes progresos en la filosofía, al paso que yo me aplico inútilmente, y éste es el motivo que me obliga á dejar el hábito. La que le hizo la pregunta, mostrándole á la Virgen Santísima le dijo : « Hé aquí á la reina del cielo, dirígete á ella », y al mismo tiempo le presentó á la Madre de Dios, la cual le recibió con mucha bondad, y le preguntó qué era lo que deseaba. Alberto le respondió que sus deseos eran aprender filosofía, que estaba estudiando tiempo hacía sin comprender nada. La Virgen Santísima le aseguró que alcanzaría luego lo que solicitaba :

« Pero para que sepas, añadió, que tendrás esta gracia por mi intercesión, llegará un día en que mientras estés enseñando públicamente, olvidarás en un momento todo lo que habrás aprendido. » Los resultados manifestaron que aquella visión no era un sueño; porque después de aquel día hizo Alberto grandes progresos en la filosofía y en la teología; y para que nada faltase al cumplimiento de la predicción, sucedió que tres años antes de su muerte, mientras estaba enseñando en Colonia, perdió de tal modo la memoria que no le

quedó la menor idea de todo cuanto había aprendido y sabido anteriormente. Entonces refirió á sus discípulos lo que le sucedió en otro tiempo y los exhortó á recurrir á la Madre de Dios, cuya bondad le había protegido tan visiblemente. — *(Mes de María del Seminario de Santiago de Chile.)*

*
* *

María refugio de los pecadores. — En una parroquia de provincia había uno de esos hombres que, por su inmoralidad, pueden llamarse la lepra de las parroquias, el escándalo de los habitantes y la desolación de los pastores, por el gran daño que hacen. Este hombre era conocido por tal, no solamente en su parroquia, sino aún en todos los pueblos circunvecinos. Habiendo caído enfermo á consecuencia de sus excesos, luego la enfermedad pareció incurable. El párroco es llamado y toma cuidadosas precauciones para visitarlo, á fin de atraerlo, si puede, á pensar en la salvación. Pero el mal hace progresos espantosos, y en dos días el infortunado pecador se halla á las puertas de la eternidad. Se apresura entonces el buen párroco á hablarle sobre lo que debe hacer para conseguir la salvación; pero se muestra insensible á todo lo que se le dice, y sólo responde con insultos é insolencias. Durante este tiempo se agrava de tal modo que es fácil prever que sólo le quedan algunas pocas horas de vida. Reprende al párroco diciéndole : « Retiraos y permanezcamos cada uno en su casa... Os suplico que no vengáis á importunarme. » El párroco se retira con el corazón transido de dolor, al pensar que bien pronto un réprobo vá á descender al infierno.

Me retiré, pues, escribe el párroco. Luego que hube andado un cuarto de legua, pensando únicamente en la escena que acababa de presenciar, se me ocurrió la

idea de que la Santísima Virgen es invocada bajo el nombre de *Refugio de los Pecadores*. Me dirigí á esta buena Madre como mi última esperanza para con el infeliz pecador; me apresuré á recitar muchas veces en medio de los campos, con todo el fervor posible, el *Memorare* (Acordaos) y « María, refugio de los pecadores, rogad por nosotros; » y terminé mis invocaciones con esta súplica : « ¡Oh, María! si es verdad, como lo dice de vos la Iglesia en vuestras letanías, si es verdad que sois el *Refugio de los pecadores*, ¡ah! os conjuro me lo demostréis en este momento salvando á este desgraciado, pronto á ser sepultado en los tormentos eternos del infierno; cuanto más indigno es, tanto más vuestra bondad y misericordia serán grandes para con él, y yo tendré doble motivo por qué bendeciros. ¡Oh, María, sedle propicia! »

Al instante me sentí impelido á volver atrás; y apenas había andado unos veinte pasos cuando ví venir á todo escape un hombre á caballo. Al pasar cerca de mí, le pregunté adónde iba, y me respondió : « En busca del señor cura. — ¿Para qué? — Para confesar al señor N... — Deteneos, yo soy el que buscáis : ¿se ha decidido acaso? — Sí, él es quien os llama. » Me apresuré á verle. Luego que llegué, advierto al enfermo enteramente cambiado, me tiende los brazos y me dice : « Señor cura, os pertenezco, confesadme; ayudadme á hacerlo, os lo suplico; soy el mayor pecador que jamás hayáis visto. » Su esposa, mujer piadosa, loca de gusto, le abrazó tiernamente felicitándole por su feliz cambio. En fin, movido de su arrepentimiento le confesé, le administré el sacramento de la Extremaunción, le apliqué las indulgencias, y encomendada su alma, murió al instante. Todos los que estaban presentes no podían salir de su estupor y creer lo que veían. Mas, yo reco-

nocí las misericordias de una Madre que es sólo amor para con sus hijos. » — *(Id.)*

*
* *

Una conversión. — Célebre es la vida de Santa María Ejipciaca. A los doce años huyó de la casa de sus padres, y se fué á Alejandría donde, llevando una vida licenciosa, paró en ser el escándalo de aquella ciudad. Pasados de este modo diez y seis años, se fué á Jerusalén donde se movió á entrar en una iglesia más por curiosidad que por devoción. Pero al entrar sintió que la impelían invisiblemente hacia atrás, sucediéndole lo mismo cuantas veces intentó atravesar los umbrales. Con esto aquella infeliz recibió luz suficiente para conocer que Dios la echaba de la iglesia por su mala vida. Por casualidad levantó los ojos y vió una imagen de María que estaba pintada en el atrio, y entonces se volvió á ella y llorando dijo : « Oh, Madre de Dios! tened piedad de esta pobre pecadora : conozco que por mis culpas no merezco que vos me miréis; pero acordaos de que sois el refugio de los pecadores; por el amor de vuestro Divino Hijo Jesús, ayudadme y haced que entre en la iglesia, pues quiero mudar de vida é ir á hacer penitencia adónde vos me mostréis. » Hecha esta oración y como ayudada por la Santísima Virgen, entró en la iglesia, y después de haber adorado la Cruz del Salvador, lloró amargamente sus pecados. En seguida, pidiendo la protección de la Santísima Virgen, pasó al otro dado del Jordán, y eligió por morada un desierto, creyendo cumplir así con la voluntad de María. Mucho tuvo que sufrir del demonio quien trabajaba por derribarla de nuevo; pero María le alcanzó gracias suficientes para vencerlo. En fin, á los cincuenta y siete años de estar en aquel desierto, à la edad de ochenta y siete, por providencia del Señor, la halló el abad San Sósimo;

contóle al Santo toda su vida, y le rogó volviese allí al siguiente año á administrarle la sagrada comunión. Un año después fué encontrada muerta por el mismo abad, quien ha referido tan interesante historia. — (*Id.*)

Reliquias de los Santos.

Un día, á principios de este siglo, un gentío inmenso, en la gran ciudad de Londres, cubría las riberas del Támesis. El rey, los súbditos, todo el pueblo, toda la armada estaban allí. Un religioso silencio reinaba en aquella prodigiosa multitud. Todas las miradas se dirigen hacia el mar. Los corazones palpitan de entusiasmo. ¿Qué significa esto? ¿qué espera el pueblo? Espera los restos de un grande hombre, los restos que la victoria acaba de arrancar á las flotas de Trafalgar. Allí aparece Nelson. ¿Qué digo? ¡Nelson! aparecen sólo sus restos respetados por la muerte. ¡Y bien! esos restos, un pueblo entero los saluda y con noble orgullo los aclama. Ante ellos se abre el sepulcro de los reyes. Y ese pueblo que no venera las reliquias de los Santos, honra hasta el fanatismo los huesos del soldado. ¡Ah! es porque nada le es más natural al hombre que honrar los despojos mortales de aquellos que han sido grandes por la virtud, por la ciencia y por la victoria. Los santos han poseído todas esas grandezas. — (*Freppel.*)

*
* *

Virtud de las reliquias de los santos. — En los hermosos días de la Iglesia naciente, los fieles aplicaban á los enfermos los pañuelos y telas que habían tocado el cuerpo de San Pablo y al punto los enfermos sanaban. — (*Act.*, XIX, 12.)

Admirad, dice San Juan Crisóstomo, cuán grande es la virtud de los santos. No sólo sus palabras, no sólo

sus cuerpos, sino que aun sus vestidos valen más que un tesoro del mundo. La piel de león con que se cubría el profeta Elías entreabrió las aguas del Jordán.

El fuego respetó los vestidos de Ananías, Misael y Asarías en la hoguera. Un pedazo de madera arrojado por Eliseo en aguas amargas las convirtió en aguas dulces.

Con una vara Moisés abrió el Mar Rojo, é hizo brotar agua de unas rocas.

La sombra de San Pedro sana á los enfermos y resucita á los muertos.

La ceniza de los mártires ahuyenta á los demonios.

* * *

Otros milagros. — Refiere San Agustín que cerca de los baños de Tibili, llevadas por el obispo Proyecto las reliquias del glorioso mártir San Esteban, un numeroso concurso acudió á adorarlas. Allí una mujer ciega pidió que la condujeran al obispo, que traía las santas reliquias; dióle al prelado unas flores que llevaba, las volvió á recibir después de tocarse con ellas aquellas reliquias, las acercó á sus ojos y al punto vió con gran admiración de todos.

El mismo San Agustín cuenta lo siguiente :

Ha ocurrido un milagro, entre nosotros, tan claro é ilustre que imagino no haya uno solo de los ciudadanos de Hipona que no lo haya visto ó sabido, y ninguno que haya podido olvidarlo. Hubo diez hermanos, naturales de la ciudad de Cesarea de Capadocia, sobre los cuales vino el castigo del cielo por una maldición que su madre, muy sentida por una injuria que le hicieron, fulminó contra ellos. Quedaron padeciendo un horrible temblor en el cuerpo y no pudiendo tolerar el verse así tan abominables en la presencia de sus vecinos se fueron peregrinando por casi todo el Imperio Romano.

De éstos acertaron á venir aquí dos, Paulo y Peladia, conocidos ya en otros muchos pueblos por la notoriedad de su miseria. Llegaron á esta ciudad casi quince días antes de Pascua; acudían diariamente á la iglesia, y en ella oraban delante de la reliquia del religioso San Esteban, suplicando á Dios que los perdonase y les reintegrase en su perdida salud. Vino la pascua, y el domingo por la mañana, habiendo concurrido la mayor parte del pueblo, cuando Paulo hacía su oración delante de la reja del lugar donde se guardan las reliquias del santo mártir, de repente cayó postrado en tierra y estuvo así un gran rato, como quien duerme. Levantóse en seguida y viéndose sano miraba á los que atónitos le observaban. Llenóse toda la iglesia de las voces de los que clamaban y bendecían á Dios. Desde allí acudieron á mí corriendo adonde estaba sentado. Vienen atropellándose unos á otros, contando el último como cosa nueva lo que otro había referido antes. Y estando yo muy contento y en mi interior dando gracias á Dios, entró también el mismo Paulo con otros muchos, inclinóse á mis rodillas, recibió mi paz y salimos á la presencia del pueblo. La iglesia estaba llena y resonaban por todas partes los ecos de las voces de alegría de los que por uno y otro lado clamaban, á Dios gracias, y á Dios alabanzas... Comió en mi compañía el pobre, y me refirió muy por menor toda la historia de la común calamidad suya, de su madre y hermanos. Al día siguiente, después de concluído el sermón, prometí que otro día se recitaría al pueblo la relación de aquel milagro. Lo cual como se ejecutase al tercer día de pascua, en las gradas del coro, dispuse que estuviesen allí los dos hermanos en pie mientras se leía el memorial. Todo el pueblo los miraba y veía al uno libre de aquella terrible conmoción y á la otra temblando en todos sus

miembros, advirtiendo lo que en él debían agradecer á Dios y lo que por ella debían pedir. Leído el memorial, mandé que se quitasen de allí y comencé á exponer más circunstanciadamente aquel feliz suceso; cuando estando yo en esta plática oímos otras voces de nuevas congratulaciones por la misma reliquia del Bienaventurado Mártir. Fuéronse allá los que me estaban oyendo, y empezaron á correr apresuradamente; porque Paladia luego que bajó de la gradas donde había estado, se había ido á encomendarse al Santo Mártir y postrada en tierra, como en un sueño, se levantó sana. Entraron con ella en la iglesia y tanto era el clamor y admiración de hombres y mujeres, que parecía que las voces y las lágrimas nunca habían de cesar. La condujeron al mismo puesto donde poco ha había estado temblando. Alegrábanse todos de verla semejante á su hermano: los que se habían condolido antes de su desgracia, y las voces de gracias y alabanzas á Dios resonaban en todo el templo. — *(Ciudad de Dios. — XXVIII.)*

*
* *

Dios glorifica á sus santos en las reliquias. — Se lee en la vida del Bienaventurado Pedro de Arbúes, martirizado en España á fines del siglo XV, que colocado su cuerpo en un féretro de piedra y depositado en seguida en el lugar mismo donde había sido asesinado, en la catedral de Zaragoza, se produjo un fenómeno admirable. En el momento en que el cuerpo tocó el suelo, la sangre que aun cubría las gradas de piedra, que por respeto habían dejado de lavarse, aunque estaba seca y apenas podía distinguirse comenzó á liquidarse y á correr en abundancia. Asombrado el pueblo, corrió á presenciar el prodigio. Cada uno empapaba un pañuelo, una tela, un papel ú otro objeto para conservarlos como preciosas reliquias. La muchedumbre era inmensa

y todos querían llevar un recuerdo del milagro. La sangre no se agotó, llegando á ser más aún de la que puede contener un cuerpo humano. Quince días después, se renovó el prodigio. Las *Actas de los Santos*, que lo refieren lo atestiguan con numerosos procesos verbales. — (*Petits Bollandistes.*)

Muchas veces Dios ha conservado intactos, por más ó menos tiempo, los cuerpos de los santos. Uno de los casos más extraordinarios es el de la conservación del cuerpo de Santa Rosa de Viterbo. Hoy mismo se ve en el convento de Santa Rosa, en Roma, expuesto á la veneración del cristiano el cuerpo intacto de esta heroína del siglo XIII. — Así también se venera la lengua incorruptible de San Juan Nepomuceno en Praga.

« En el siglo IX, durante la horrible persecución con que, en España, los mahometanos, se ensañaron contra los católicos, un sólo día, en la ciudad de Caradiña, doscientos monjes fueron pasados á cuchillo. El sepulcro en que se guardaron sus reliquias es singularmente glorioso por un milagro que hasta hoy en día se renueva, y es que cada año en el aniversario de aquel martirio trasuda sangre el suelo bajo el cual dichas reliquias se conservan. » — (DON BOSCO, *Hist. Ecl.*)

*
* *

RESPETO QUE SE DEBE Á LAS RELIQUIAS DE LOS SANTOS. — Varios embajadores suplicaron, en Roma, á San Gregorio se dignara obsequiarles algunas reliquias. El Santo Pontífice tomó una tela blanca y haciendo tocar con ella el cuerpo de algunos santos la colocó en una caja que, según costumbre, selló con reverencia y entregó á los embajadores. Curiosos éstos de saber en qué consistía el presente, abrieron la caja y al ver tan solo aquella tela manifestaron al Papa gran extrañeza por el engaño

que suponían, pues que les daba un lienzo en vez de huesos que ellos deseaban.

San Gregorio tomó el lienzo y lo colocó sobre un altar. Puesto de rodillas rogó á Dios diera á conocer el mérito de esta tela á fin de instruír á los fieles sobre la fe y reverencia con que deben recibir todo lo que como reliquia se da por la Santa Sede. En seguida se puso en pié, y en presencia de los embajadores cortó el lienzo con un cuchillo. Salió entonces de ese lienzo sangre en abundancia, con lo cual, confusos y admirados los embajadores, volvieron á tomarlo con la caja, y lo llevaron con profunda satisfacción á su país. — (*Vida de San Gregorio.*)

Sagradas imágenes.

El Santo Concilio de Trento declara que se les debe dar el correspondiente honor y veneración á las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los Santos, no porque se crea que hay en ellas divinidad ó virtud alguna por la que merezcan culto, ó que se les deba pedir alguna cosa, ó que se haya de poner la confianza en la imágenes, como hacían en otros tiempos los gentiles, que colocaban su esperanza en los ídolos, sino porque el honor que se dá á las imágenes se refiere á los originales representados en ellas. — (*Ses. — XXV.*)

« Las imágenes son el libro de los ignorantes; se colocan en nuestras iglesias, dice San Gregorio el Grande, á fin de que en especial los que no saben leer vean sobre las murallas lo que no pueden aprender en los libros. » Pueden servir de libros aun á los que sean instruídos, porque contribuyen á infundir en los corazones de todos sentimientos de verdadera piedad y de santa emulación.

VENERACIÓN QUE SE DEBE Á LAS IMÁGENES. — San Esteban de Auxerre, interrogado por Constantino Coprónimo sobre el culto que daba á las imágenes, sacó una moneda y preguntó á quién representaba la imagen grabada en ella. — Al emperador. — ¿Se me castigaría si yo la pisoteara? — Sin duda, le dijeron. — ¿Qué castigo merecería entonces, replicó Esteban, aquel que despreciara las imágenes de Jesucristo y de sus Santos? Vosotros castigaríais con la muerte al que profanase la imagen de un rey de la tierra y no teméis profanar la imagen del rey de los reyes. — (*Sibillat.*)

*
* *

UN RETRATO QUERIDO. — Boleslao, rey de Polonia, educado en la más tierna piedad, llevaba siempre colgado al cuello el retrato de su padre y en las circunstancias difíciles de su vida, lo tomaba en las manos y le decía: Padre mío, ¿qué dirías si el hijo que tanto amaste faltase á su deber y desfigurase el alma que adornaste con tus virtudes? — Cuando nosotros nos hallamos á punto de cometer un pecado, de sucumbir á la tentación, estrechemos con fervor la imagen de María y digámosle: ¡Oh, Madre querida! ¿qué diríais del hijo que tanto amáis si manchase con el pecado el alma formada á semejanza de vuestro Divino Hijo? — (*Id.*)

*
* *

CÉSAR Y ALEJANDRO. — Viajando César por España se encontró un día en presencia del retrato de Alejandro el Grande. Le contempla y lleno de emoción exclama: « ¡Grande hombre, á mi edad vos habíais ya conquistado el mundo! ¿cuándo podré yo igualaros? » — Nosotros somos más grandes que César y Alejandro, somos cristianos. Cada día tenemos delante de nuestra vista la imagen de los Santos, de esos sublimes y generosos conquistadores del cielo! Procuremos imitarlos. — (*Id.*)

El arte cristiano. — Una madre amante y piadosa no ahorra dineros ni vigilias para labrar un dichoso porvenir á su hijo, y cuida con el mayor empeño de que huya de todo contacto que pueda serle perjudicial; se desvive porque evite las perniciosas compañías, porque no toquen sus manos un mal libro, ni vean sus ojos cosa alguna que pueda empañárselos. Y entretanto ¡cuántas obras de arte se ostentan en su propia casa que respiran sensualismo!... Pequeñas estatuas, grabados y fotografías que pueden herir la vista, no sólo de un candoroso niño, sino hasta la de una persona que conoce ya los extravíos del alma.

La inocencia en un instante se pierde, y ya no se recobra. Una indiscreción basta para su ruina : y ¡ay de aquel que escandalizare á los niños! ha dicho Jesús.

A Dios gracias, el arte cristiano abunda en incomparables imágenes con que satisfacer el amor de lo bello, subiendo al grado más alto y excediendo el gusto más delicado. Un hermoso *crucifijo* ¡qué ornamento más digno de una habitación! parece que la protege é ilumina de paz y tranquilidad. Un bello grabado de la *Santísima Virgen* ¡con qué elocuencia habla á los que lo miran! María hace palpitar con santo amor el corazón, y silenciosamente le dice : « Sed puro. » Una graciosa estampa del *Angel de la guarda* ¡qué dulce atractivo nos presenta! Al niño nada le cuesta creer lo que le dice la fé; ve en el ángel su inseparable protector; un religioso sentimiento le inspira el deseo de complacerle. Mira á su ángel con cariño, y todavía no deletrea, cuando ya eleva á él sus cándidas plegarias.

Los objetos inanimados hablan al niño aun antes de que éste comprenda la voz de sus padres. Las cosas que le rodean le impresionan poderosamente. El mundo

exterior ejerce quizás tanta influencia sobre la educación de la primera edad, como los preceptos y lecciones de los maestros. ¡Qué partido no podría sacar un hábil educador de esta instrucción *intuitiva!*

*
* *

La señal de la Cruz. — Monseñor de Cheverús, predicando un día sobre la adoración de la Santa Cruz, en presencia de gran número de protestantes, comenzó por establecer que en este culto es á Jesucristo Dios y Hombre á quien se adora, y que sólo se honra su cruz como la imagen que nos le representa. Después continuó en estos términos : Imaginaos, dijo, que un hombre generoso, viéndoos próximos á perecer en presencia de un formidable enemigo, se arroja entre vosotros y el asesino, y muriendo, os salva la vida. Un pintor movido con este rasgo de heroísmo, saca el retrato de ese hombre bienhechor y os le presenta bañado en sangre, cubierto de heridas. ¿Qué haríais entonces vosotros? Le estrecharíais con amor, y bésandolo lo humedeceríais con vuestras lágrimas. « Hermanos míos, he ahí todo el dogma católico sobre la adoración de la Cruz. Esto no se discute; es al corazón al que corresponde sentir lo que debe inspirarle la imagen de su Dios, muerto por salvarle. » A estas palabras, el auditorio se manifestó conmovido : el predicador tomó el crucifijo y los protestantes, abandonando la seca controversia, se acercaron reverentes á besar la Cruz del Salvador. — (*Vida de Monseñor de Cheverús.*)

*
* *

Una antigua y piadosa costumbre. — En el siglo sexto hubo en Roma una terrible peste de la cual muchos morían repentinamente, siendo de súbito atacados por la epidemia, sobretodo cuando bostezaban. Los que enfermaban apenas si antes de morir tenían tiempo más

que para hacer la cruz en los labios y decir : « Dios me asista. »

La fama de esta epidemia se extendió á muy remotos lugares; todos al bostezar recordaban la plaga que había afligido á la capital del mundo cristiano y se apresuraban á hacer la Santa Cruz. Hoy vemos popularizada esta costumbre en muchos países, como en Chile, y debe despertar en nosotros el santo temor de Dios y el arrepentimiento de nuestras faltas. — (*El Mensajero del Pueblo.)*

*
* *

Castigo de los profanadores de la Cruz. — Para perpetuar el recuerdo de un jubileo predicado en San Pablo (Isla de la Reunión) el año 1828, los fieles erigieron una Cruz en la plaza de la iglesia. Los habitantes hacían frecuentes manifestaciones de piedad delante de aquel signo adorable, cuando en 1831, cuatro jóvenes cuyo cerebro había sido quizás turbado por los excesos del licor, quisieron mancharse con un odioso sacrilegio, derribando la cruz durante la noche.

Monseñor Dalmond, más tarde obispo de Madagascar, era entonces el vicario de San Pablo. Cuando tuvo conocimiento de este atentado no pudo disimular su estupor. ¡Ah, desgraciados! exclamó, Dios no deja impunes á los sacrílegos. Es verdad que á veces los persigue sin apresurarse; pero otras veces los castiga con la rapidez del rayo. Monseñor Dalmond profetizaba. Pocos días después, uno de los culpados naufragaba en las costas de Manila y sucumbía en manos de un asesino. Otro, cayendo en poder de la justicia, moría desesperado en la prisión. El tercero cayó en una repugnante imbecilidad; perdido el uso de la palabra andaba en cuatro piés, remedando á los chanchos. El cuarto, único que no puso mano sobre la cruz; pero que estaba

en acecho cuando sus camaradas la derribaron, vive todavía. Su ocupación consiste en trazar cruces sobre la arena, repitiendo : « No ofendáis la cruz; os acarrearía desgracias. » — (*Vida de Monseñor Dalmond.*)

*
* *

Imágenes milagrosas. — Una imagen milagrosa es aquella por la cual ó delante de la cual Dios hace algún milagro para recompensar ó avivar la fe de sus servidores.

Tal es la imagen de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado que preguntó á San Juan de la Cruz qué recompensa deseaba por sus grandes trabajos. A lo que contestó el Santo : « Padecer, Señor, y ser despreciado por vos. »

Tal es también la de Nuestro Señor en la Cruz, venerada en la catedral de Nápoles, que hizo oír su voz á Santo Tomás de Aquino, diciéndole : « Bien has escrito de mí, Tomás, ¿qué recompensa deseas? » — No otra que Vos, Señor, respondió el Santo.

Semejante á estas es la imagen de la Santísima Virgen delante de la cual San Francisco de Sales fué curado de una tentación de desesperación, y que aun se se conserva en París, en la iglesia de Santo Tomás de Villanueva. — Otras hay muy veneradas en Roma y que en tiempo de la revolución de 1793 derramaron lágrimas por los crímenes y desórdenes que se cometían. — En el mes de Junio de 1850 un caso parecido ocurrió en Rímini (Estados de la Iglesia) en el templo de los religiosos de la Preciosa Sangre. Mañana y tarde, durante la oración pública, se animaba una imagen de María Santísima, abría los ojos y los elevaba al cielo. Más de cien mil personas atestiguaron el milagro, que se renovó muchas veces. — (*Houdry. — Lefort.*)

*
* *

Una imagen veneranda en Chile. — Los Padres de la

Compañía de Jesús recorrían las vastas provincias de Chile, dando misiones por todas partes, con el fin de convertir estos pueblos al cristianismo. En el curso de una de ellas fué descubierta cerca de la ribera de Arauco, llamada Tubulia, una imagen de la Madre de Dios. A los alrededores se elevaba una escarpada roca que tenía una excavación en forma de nicho y propia para servir de altar. En esa misma cavidad, la naturaleza, ó más bien la Providencia, había diseñado una bellísima imagen de la Virgen María con el niño Jesús en los brazos. Esta obra era tanto más admirable cuanto que las facciones eran formadas por las diversas modificaciones de la piedra. La Virgen estaba adornada con una cabellera negra que flotaba sobre sus espaldas; el rostro era blanco y bien proporcionado; el vestido rosado vivo, el manto color de oro y azul. El conjunto era tan gracioso que se la habría tomado por una virgen de Rafael ó Murillo.

Este descubrimiento se debió á un joven indio. Estaba con su madre al pie de la roca cuando por casualidad levantó los ojos, y viendo la preciosa imagen después de admirarla con su madre corrió á propagar la noticia de lo ocurrido. Una gran multitud se reunió al pie de aquella roca. Los Padres de la Compañía cuando recibieron la noticia fueron también allí, y después de haberse asegurado de la verdad, se aprovecharon de ella para instruír á los indios en el misterio de la Redención.

Maravillados con esto los indígenas se pusieron á rozar las malezas que estaban alrededor de la roca y en seguida se prosternaron ante la milagrosa imagen y prometieron erigir en ese lugar un templo en honor de la Reina del Cielo.

La Santísima Virgen los favorecía con grandes milagros.

El obispo de la Imperial, al saber estas noticias, mandó levantar el correspondiente sumario. Y hecha patente la verdad ordenó que este lugar fuese venerado y que cuando la provincia se convirtiera á la fe, se celebrase con una solemne fiesta tan singular beneficio del cielo. Entretanto se repartieron copias de la imagen milagrosa en toda la América. Llevaba esta inscripción, que traducimos del latín: « Verdadera efigie de la Virgen que en la Araucanía se descubrió, como en un altar, en la cavidad de una roca: imagen que no fué pintada por ningún artífice, sino construída por el autor de la naturaleza con piedras de varios colores; su rostro es blanco, negros sus cabellos, su manto por el lado interior azul y por el exterior rojo, su túnica está adornada de rosas. » — (*Rossignoli.*)

*
* *

El crucifijo de la selva. — Un leñador indio había ido á un bosque, en Chile, á cortar madera. Mientras despojaba de sus ramas el árbol, notó como una imagen, de doble tamaño del natural. Una rama horizontal daba á este árbol la forma de cruz. Lo que había de más maravilloso era que esta cruz tenía la figura de un crucifijo y se veía dibujado todo el cuerpo: los brazos, las manos, los dedos se diseñaban claramente. El pecho y el costado estaban primorosamente esculpidos; el resto del cuerpo parecía estar envuelto en una sábana. El indio, al descubrir aquella maravilla, soltó el hacha y corrió á dar cuenta de este hallazgo. La señora á quien pertenecía el bosque acudió presurosa, y juzgando que este descubrimiento era un tesoro, hizo al punto trasportar la cruz á su casa, y edificó en seguida una iglesia para exponerla á la veneración de cuantos llegaban á presenciar el prodigio. — El obispo de Santiago, el Ilustrísimo Señor Don Francisco de Salcedo,

fué del número de los peregrinos. El examen que hizo de la cruz milagrosa lo movió á dar gracias á Dios de que, para favorecer la propagación del Evangelio entre los indios, hubiese querido que hasta los árboles diesen testimonio de la muerte del Divino Redentor. Concedió indulgencias á los que visitaran con piedad esta imagen. « Debo confesar, dijo, que divisando desde el solio de la iglesia este árbol que representaba la figura del Divino Crucificado, me sentí profundamente conmovido. Puedo atestiguar con mis propios ojos lo que la fama había publicado. Por esto no me he contentado con certificarlo por escrito; he querido dirigiros una copia grabada en cobre de esta imagen y tan fiel como ha sido posible. Los que la vean tendrán razón como yo para admirar y bendecir á la Divina Providencia que opera maravillas, aun en las obras de la naturaleza, como para dar testimonio de nuestra fe delante de los infieles y aumentar la piedad entre los creyentes.

La reproducción de esta imagen fué enviada á la corte de España y de allí á Roma. Llevaba la inscripción siguiente : « Verdadera imagen de un árbol que se descubrió en Chile. Había crecido en figura de cruz y crucifijo. Es allí venerada por el pueblo desde el año 1634. » — *(Ibid.)*

*
* *

La estatua de Santo Domingo en Soriano (1). — Soriano es una pequeña ciudad del reino de Nápoles, situada en la provincia de Calabria y perteneciente á la diócesis de Melito...

Desde el año 1510 existe en aquella ciudad un convento de frailes dominicanos, que, según la tradición, comenzó aún antes de estar edificado á sentir los efec-

(1) Ejemplo tomado del precioso y muy recomendable *Mes de María del Rosario* por el P. Fray Raimundo Errazuriz.

tos de especialísima protección del glorioso patriarca Santo Domingo. Favoreció éste á los que iban á edificarlo con diversas apariciones y les mostró un lugar donde encontraron preparada la piedra necesaria para la construcción. Pero, sobre todo, era célebre entre los fieles ese convento por las repetidas gracias que, por intermedio de una milagrosa imagen de Santo Domingo, se obtenían de Dios. Ello había dado origen á una constante peregrinación en que multitud de devotos iban á implorar el auxilio del Santo, y los dones de los peregrinos habían enriquecido el templo de Soriano con más esplendor de lo que los pobres habitantes de esa ciudad hubieran podido hacerlo.

En el archivo del mismo convento se encuentra un documento público en testimonio del primer prodigio á que debió su celebridad la imagen de Santo Domingo venerada en el convento de Soriano. Hé aquí lo que en el particular se refiere :

Había en el convento, en 1630, cinco religiosos, y entre ellos un hermano converso, llamado fray Lorenzo, que desempeñaba el destino de sacristán.

En la octava de la Natividad de María Santísima, 15 de Setiembre, fray Lorenzo se encontraba en la iglesia muy de madrugada, á eso de las tres de la mañana, cuando ve que se dirigen hacia él tres señoras de majestuoso aspecto, de deslumbradora belleza y vestidas con trajes de magnificencia suma. Aquellas señoras imponían indecible veneración y un profundo respeto fué lo primero que sobrecogió á fray Lorenzo; pero muy pronto vino una sencilla reflexión á aumentar su estupor y á paralizarle por completo dejándole sin movimiento y lleno de santo terror : la iglesia estaba cerrada y esas señoras no habían podido entrar por puerta alguna; ¿cómo se encontraban allí? ¿quiénes eran?

La más hermosa se acercó al religioso y le preguntó si no tenían en el convento una imagen de Santo Domingo. En la pobreza de los frailes de Soriano habría sido un lujo en que no podían pensar el de tener un buen cuadro, y fray Lorenzo respondió á su misteriosa interlocutora que en el convento no había sino una pobre imagen del santo patriarca pintada en el muro. Sacó entonces la señora un lienzo y se lo dió diciendo:

— Tomad ésta y llevadla al superior, á fin de que la ponga en el altar.

El religioso, sin atreverse á añadir palabra ni á formular pregunta alguna, obedeció en el acto y salió del templo, á pesar de los vivísimos deseos que sentía de permanecer con las señoras, tan extrañamente presentes: más que la reflexión de la importunidad de la hora y de la imposibilidad de penetrar en el templo, un secreto instinto decía á fray Lorenzo que las visitantes eran aparición celestial. Sólo así podía explicarse el profundo respeto que le inspiraban, respeto que no excluía ciertamente un indecible sentimiento de santa felicidad: no se atrevía á aceptar su pensamiento; pero le parecía que tales emociones deberían experimentarse en presencia de la reina del universo, nuestra buena Madre María. De todos modos y mientras más profundamente grabada estuviera tal idea en su alma, menos podía trepidar en obedecer á su interlocutora.

Salió, pues, inmediatamente y se dirigió presuroso, lleno de turbación y al propio tiempo de indecible alegría, á la celda del superior, donde muy pronto se encontraron reunidos los demás frailes.

Refirióles el sacristán lo que acababa de acontecerle y puso el lienzo donado por la misteriosa señora en manos del superior, mientras con entusiasmo y fervor

les pintaba el venerable y majestuoso aspecto de las tres señoras y principalmente de la que se había dignado hablarle.

La extrañeza del suceso y la emoción de fray Lorenzo impresionaron vivamente á los demás religiosos y su impresión aumentó cuando el superior, descogiendo el lienzo, descubrió la imagen de Santo Domingo, tan admirablemente pintada, que, más que de mano de hombre, parecían verse ahí las huellas de un pincel angélico. Apenas vueltos en sí de la sorpresa y del contento, corren todos á la iglesia deseosos de ver á la que tan maravillosa se manifestaba; pero ya á nadie encuentran y son del todo vanas las investigaciones: pueden únicamente convencerse más y más de que era imposible entrar en la iglesia, pues permanecen cerradas todas las puertas. Si alguna duda les quedaba, desapareció por completo: no podía verse en lo sucedido sino un prodigio de la bondad divina y ese día se elevaron fervientes al cielo las acciones de gracias de los religiosos.

Uno de ellos recibió un nuevo favor en la noche siguiente. Apareciósele Santa Catalina, virgen y mártir, de la cual era muy devoto, y le dijo que ella y Santa María Magdalena, patronas ambas de la orden dominicana, habían sido las compañeras de la Santísima Virgen, cuando ésta había entregado á fray Lorenzo la imagen de Santo Domingo.

Tal es la antigua tradición que dió celebridad á la imagen y al convento de Soriano, celebridad conservada después por los muchos prodigios obtenidos en aquel santuario.

La iglesia, sin decidir acerca de la verdad de esta tradición, parece favorecer la piadosa creencia en ella, pues concedió al convento de Soriano que ese día, 15 de

Setiembre, celebrase la conmemoración de Santo Domingo y permitió, por especialísimo privilegio, que la misa se dijese en la medianoche. Esta fiesta, popular desde muchos siglos, atrae siempre numerosísimo concurso de fieles y en ella se verificó el prodigio que vamos á referir :

Corría el año de 1870.

El concurso de gente que había acudido á Soriano á la fiesta del 15 de Setiembre era, como siempre, numerosísimo y la estatua de Santo Domingo estaba expuesta desde la víspera fuera del presbiterio, frente al altar mayor, un poco á la izquierda. La estatua es de leño macizo, de tamaño natural y tan pesada que cuatro robustos mozos la cargan con dificultad en las procesiones. Durante la tarde del día 14 y la misa de la noche, algunas personas vieron en la estatua de Santo Domingo ciertos movimientos ú ondulaciones; pero la extrañeza del suceso y el no darse cabal cuenta de él, hicieron guardar silencio á los que lo habían notado.

Mas los movimientos fueron haciéndose cada vez más perceptibles hasta que, á eso de las once y media de la mañana, todo el pueblo estupefacto, olvidando el silencio de la iglesia, prorrumpió unísono en un grito : *¡Santo Domingo! ¡milagro, milagro!*

Y de todas partes, propagada en el acto la noticia, acudió innumerable multitud de gente á presenciar el prodigio.

La pesada estatua parecía animada y, cual si fuera un cuerpo con vida, se movía para adelante y para atrás, á derecha é izquierda, formando así una cruz con sus movimientos. Y el pedestal y las tablas á que la estatua se hallaba unida, permanecían inmóviles. Hubo veces que la estatua, á la vista de todo el pueblo asombrado, se elevó hasta un palmo sobre el pedestal.

Poco á poco el movimiento se localizó en la parte superior : la mano derecha, cerrada, se abrió y se agitaba como la de un predicador; los lirios de su mano izquierda movíanse también en todas direcciones; la aureola y la estrella metálica que coronaban la cabeza del Santo, tenían las mismas ondulaciones que suelen verse en el trayecto áspero de una procesión.

Pero, sobretodo, eran notables y aterradores los cambios que se obraban en el rostro del Santo. Todo en él denotaba indignación al principio y la más profunda angustia después. Llegó á tener el encendido color de quien se indigna á la vista de injusticias é ingratitudes que no puede evitar; los ojos parecían reprochar al mundo con extraordinaria energía sus crímenes y su incredulidad; movíanse los labios como los de un hombre que habla animado de vigorosos sentimientos : en una palabra, la estatua de Santo Domingo daba clara idea de lo que hubo de ser en la tierra el poderosísimo orador que confundió y destruyó á los albigences (1).

Cual si nada obtuviera con sus esfuerzos, á las muestras de indignación sucedieron las del más grande abatimiento : cubriósele el rostro de palidez mortal, los ojos se le velaron como llenos de lágrimas y los movimientos de las manos y de los labios parecían los de un hombre que no conserva ya esperanzas.

De repente todo se cambia. El Santo ha dirigido sus miradas y sus ademanes suplicantes á la imagen de Nuestra Señora del Rosario; sus ojos y su rostro, antes

(1) Herejes que pretendían que este mundo visible es obra del demonio; atacaban el uso de los sacramentos, la autoridad, los ritos y las prerrogativas de la Iglesia; asesinaban á los sacerdotes, profanaban las iglesias y hacían pedazos los vasos sagrados. — *(Gaume. — Postel.)*

abatidos, se tornan alegres y la tranquilidad y la confianza se traslucen en cada uno de sus movimientos.

No hay duda para uno solo de los espectadores de este singularísimo prodigio : á la indignación por los ultrajes que la sociedad moderna dirige á Dios, el abatimiento producido en el Santo ante la esterilidad de los esfuerzos hechos por los católicos para detener el mal, sucedió el contento indecible de quien, por fin, encuentra el buscado remedio á un mal ya considerado incurable : el remedio era el Santo Rosario. El glorioso fundador de esta bendita práctica acababa de recibir nueva y extraordinaria misión para predicarlo al mundo con tan extraño prodigio.

Concluyamos copiando la sentencia canónica pronunciada acerca de este hecho por el obispo de Melito y los principales fundamentos de ella.

« Considerando que hacia el mediodía el movimiento de la estatua se hizo público y los habitantes de Soriano y los extranjeros ahí reunidos, llamados por los gritos de admiración que en la iglesia ocasionaba el suceso, acudieron á ella y pudieron contemplar por más de una hora los prodigiosos movimientos de la estatua;....

« Considerando que tales movimientos no pueden explicarse por un mecanismo interior ni por la acción oculta de una persona, pues la estatua es de madera maciza y las más minuciosas observaciones probaron su completo aislamiento ;

« Considerando que tampoco pueden haber sido ocasionados por el viento : la estatua se hallaba sólidamente unida á las bases en que descansaba; cuatro personas podían con dificultad moverla;.....

« Considerando que tampoco pudo haber sido ilusión óptica :... el pabellón, única cosa que podía haber oca-

sionado ilusión óptica, fué quitado, y en lugar de cesar, el movimiento continuó y aumentó;

« Considerando que diversas personas cogieron muchas veces la estatua á fin de mantenerla inmóvil y que cuantos tal pretendieron se vieron arrastrados por ella en su movimiento;.....

« Considerando que han sido oídos sesenta y un testigos y que si no se ha llevado más lejos la información es porque nuestros delegados juzgaron que había superabundancia de pruebas : todos los testigos son *de vista*, todos concuerdan en la sustancia de los hechos;.....

« Considerando que si no es posible dar explicación natural del hecho, las circunstancias de lugar y tiempo los efectos morales producidos en el pueblo excluyen cualquiera intervención que no sea sobrenatural;

« Considerando que, como sabemos y está probado en la información, se han obtenido gracias singulares, aun en el órden temporal, y los efectos morales han sido excelentes para los habitantes de Soriano y para nuestra diócesis :

« *Invocando el nombre de Dios*,

« Declaramos que todo es sobrenatural y milagroso en el movimiento de la estatua de Santo Domingo el 15 de Setiembre, como lo acabamos de exponer.

« Melito, 11 de Febrero de 1871.

» † FELIPE, *Obispo de Melito.* »

*
* *

Castigo de un sacrilegio. — El célebre escritor católico Luis Veuillot refiere el hecho siguiente :

Es sabido que en el año de 1793 la Francia fué teatro de escenas que la historia recuerda con horror. La impiedad triunfante convirtió á este país en un lago de sangre y lágrimas, en cuyo abismo cayeron el trono y los altares. Los sacerdotes fueron perseguidos de

muerte, los templos prostituídos y las santas imágenes derribadas.

En ese tiempo un ejército francés se dirigió á los Pirineos para contener al ejército español que invadía el territorio con motivo del asesinato del rey Luis XVI. Tres jóvenes franceses, que se encaminaban á incorporarse en las huestes de la Convención, se detuvieron al frente de un templo católico en cuyo frontispicio se veía una estatua colosal de la Santísima Virgen.

A la vista de la imagen se le ocurrió á uno de ellos hacerla blanco de sus tiros para ejercitarse en el manejo de las armas. Otro de los compañeros aceptó entre burlas impías el sacrílego proyecto ; el tercero, menos descreído, intentó en vano disuardirlos de tal propósito.

En efecto, los tres cargaron sus fusiles : apuntó el primero, y la bala fué á clavarse en la frente de la sagrada imagen. Apuntó el segundo y el proyectil dió en el pecho de la efigie de María. Vacilaba el tercero, y bien hubiera querido excusarse de cometer aquel atentado sacrílego; mas, temeroso de las burlas de sus compañeros, apuntó temblando y la bala fué á estrellarse en las rodillas de la veneranda estatua. El pueblo estaba horrorizado ; pero en aquellos tiempos de terror nadie se atrevía á manifestar religiosos sentimientos. No obstante, una anciana, sin poder contener su indignación, como inspirada por una luz profética les dijo : « Vais á la guerra, pero sabed que la nefanda acción que acabáis de cometer os acarreará grandes desdichas. »

Efectivamente, desde su salida de la población y antes de reunirse con el ejército francés comenzarón á experimentar muchos y muy graves contratiempos. A poco de su llegada trabóse una acción entre los dos

ejércitos. Nuestros tres camaradas concurrieron á ella y pelearon con denuedo; pero de lo alto de una roca salió un tiro y una bala fué á clavarse en la frente del primero de ellos, precisamente en el mismo lugar en que había herido la sagrada imagen de María. Al verle caer mortalmente herido, y al observar dónde tenía la herida, los dos compañeros se estremecieron de espanto y volvieron á resonar en sus oídos las fatídicas palabras de la anciana.

A la mañana siguiente, el ejército español, vencido en la jornada anterior, volvió con nuevos bríos á presentar batalla á los franceses; y los dos compañeros, silenciosos y cabizbajos, ocuparon sus puestos, diciendo uno de ellos : *¡Hoy me toca á mí!*... Y en efecto, cuando, el ejército francés retrocedía, perseguido por el español, del fondo de un precipicio salió un tiro disparado por un soldado herido, y la bala fué á atravesar de parte á parte el pecho de aquel que había herido en el pecho la estatua de María. El infeliz sacrílego, revolviéndose en un charco de sangre, pedía á grandes voces un sacerdote; pero los convencionales lo dejaron morir abandonado en el camino, sin auxilio espiritual ni corporal.

El único que quedaba, aquel que se había opuesto al sacrílego atentado, se llenó de tan grande horror al ver la triste suerte de sus compañeros, que, temiendo morir como ellos, prometió á Dios confesarse tan pronto como le fuera posible. Pero viendo que Dios se mostraba clemente, llegó á olvidarse de la promesa, y dirigiéndose después de algún tiempo á España, alistado en el ejército de Napoleón, al pasar á inmediaciones del lugar del sacrilegio, disparósele el fusil á un soldado francés y la bala fué á clavarse en la rodilla del infeliz sacrílego, esto es, en el mismo lugar en que él había herido la sagrada imagen.

La Santísima Virgen tuvo misericordia de este desgraciado alcanzándole la gracia del más sincero arrepentimiento, y con él la salud del alma; pero la herida se mostró, durante veinte años, rebelde á todos los recursos de la ciencia, manifestándose así cuán tremendos castigos reserva Dios á los que ofenden á su Madre. — (Vergara Antúnez, *Mes de María.*)

SEGUNDO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

No jurar el santo nombre de Dios en vano (1).

— *¿Cuál es el segundo mandamiento de la ley de Dios?*

— *No jurar su santo nombre en vano.*

— *¿Que es jurar?*

— *Es invocar el nombre de Dios, ó de alguna cosa en que resplandece su gloria, para asegurar lo que se dice.*

— *¿Es lícito el juramento?*

— *Sí, con estas tres condiciones :* VERDAD, JUSTICIA Y NECESIDAD.

— *¿Qué es jurar con verdad?*

— *No mentir cuando se jura.*

— *¿Qué es jurar con justicia?*

— *Jurar para afirmar cosas buenas.*

— *¿Qué es jurar con necesidad?*

— *Jurar por una causa grave y racional.*

— *¿Cómo peca el que jura sin verdad?*

— *Peca mortalmente y este pecado se llama* PERJURIO.

— *¿Cómo peca el que jura sin justicia?*

— *Peca mortalmente si la cosa es grave y venialmente si es leve.*

— *¿Cómo peca el que jura sin necesidad?*

— *Venialmente.*

(1) SAAVEDRA, *Catecismo.*

— *¿Cuándo hay obligación de jurar?*

— *Cuando lo manda la autoridad legítima y cuando lo exige la caridad.*

— *¿A qué está obligado el que jura faltando á la verdad?*

— *A desdecirse y á reparar el daño que hubiese causado.*

— *¿A qué está obligado el que jura faltando á la justicia?*

— *A desdecirse y á no cumplir lo que prometió.*

El juramento entre los paganos. — Los Romanos al juramento le daban el nombre de *Sacramento*, considerándolo como cosa sagrada. Régulo, general romano, hecho prisionero por los Cartagineses, durante la primera guerra púnica, fué condenado á pasar seis años de prisión en Cartago, donde sufrió los más indignos tratamientos. Como cambiase el éxito de la guerra, los Cartagineses se vieron obligados á enviar una diputación á Roma con el fin de acordar un tratado de paz. Régulo fué el encargado de tan importante misión. Pero antes de partir los Cartagineses le hicieron prometer bajo juramento que, si fracasaban las negociaciones de paz, volvería á la prisión. Este valiente romano se presentó á su patria y dijo á sus conciudadanos que venía en nombre de sus enemigos á ofrecerles la paz y el canje de los prisioneros. Obligáronle los senadores á tomar asiento en el senado y á decir libremente su parecer. Régulo tuvo bastante heroísmo para aconsejarles que continuasen la guerra que creía ventajosa para el pueblo romano. Todo el mundo quedó sorprendido al oírle expresarse de este modo, puesto que él mismo estaba comprometido personalmente en este asunto. Fué adoptada su opinión; mas al propio tiempo se interesaron por su libertad. Todos sus amigos se empeñaron en que permaneciese con ellos. Pero fué

imposible disuadirle de volver á su prisión. « Sé, dijo él, que el martirio me está reservado en Cartago; pero no quiero cometer la infamia de faltar al juramento. En vano su mujer, Marcia, y sus hijos le instaban con tiernas súplicas mezcladas de sollozos y gemidos. Nada pudo alterar su firmeza. Desvió á su mujer é hijos que querían echarse en sus brazos, rehusó sus adioses y abrazos y fué á morir en Cartago víctima de su juramento.

*
* *

Un monumento que es una enseñanza. — Existe en Inglaterra un monumento que perpetúa el recuerdo de un perjurio castigado súbitamente y de una manera terrible. Una mujer había comprado algunas legumbres. Pasado algún tiempo sin pagarlas, se le cobra su valor. « Mándeme Dios la muerte, dice ella, si no he pagado, » y en el acto cae muerta. Llegan los magistrados y encuentran en la mano de aquella pobre mujer la suma de dinero que había jurado haber pagado. El gobierno hizo erigir un monumento en aquel mismo lugar á fin de trasmitir á la posteridad tan terrible lección contra el perjurio. — (*Enseñanza de la religión.*)

*
* *

Durante la Revolución. — Uno de los más hermosos rasgos de la iglesia de Francia durante la revolución fué la muerte del señor Pacot, cura y decano de la diócesis de Reims. Pedía á Dios la gracia de derramar su sangre por la fe, y fué oído. Algunos forajidos entrados de repente en su oratorio, lo encontraron arrodillado terminando las oraciones de los agonizantes. Se entregó á ellos, como en otro tiempo Jesucristo á sus verdugos; atravesó las calles de la ciudad, escoltado como un malhechor, y en medio de las más san-

guinarias vociferaciones, rezaba tranquilamente los salmos de David. Llegado al umbral de la casa del Consistorio, iba ya á recibir el golpe mortal, cuando el alcalde detiene á los asesinos : « ¿Qué vais á hacer? les dice. Este anciano no es digno de vuestra cólera : es un pobre loco que ha perdido la cabeza y á quien el fanatismo ha trastornado sus ideas. » — No, señor, respondió el venerable sacerdote al oír estas palabras, no estoy loco ni soy fanático; creed por el contrario que nunca he tenido mi cabeza más despejada ni mis sentidos más cabales que ahora. Estos señores me exigen un juramento decretado por la asamblea nacional; yo conozco ese juramento : es impío y subversivo de la religión. Me proponen que elija entre el juramento y la muerte. Elijo la muerte. Esto os probará que estoy en mi entero juicio y que sé lo que hago.

Confundido el magistrado al oír tan noble respuesta, se ve obligado á abandonarlo á los asesinos. El señor Pacot hace una señal y ellos se detienen.

¿Quién de vosotros, les pregunta, me dará el golpe mortal? — Yo, responde uno de los malhechores. — « ¡Ah! replica el señor Pacot, permitidme que os abrace y os manifieste mi reconocimiento por la felicidad que vais á proporcionarme. » Lo abraza en efecto como al mayor de sus bienhechores y en seguida añade : « Dejad ahora que me ponga en la posición más conveniente para ofrecer á Dios mi sacrificio. » El asesino levanta el hacha. El señor Pacot, puesto de rodillas, pide á Dios en alta voz que perdone á sus verdugos. El malvado á quien había abrazado le da el primer golpe : el santo sacerdote cae; los demás verdugos, á porfía, atraviesan el cadáver con espadas y bayonetas, mostrando así hasta dónde puede llegar la rabia de la impiedad, de la misma manera que el señor Pacot había hecho ver

con su valor y dulzura lo que puede el heroísmo de la virtud sostenida por la religión. (*Los héroes cristianos.*)

*
* *

Castigo de un perjuro. — Acusado un hombre de ladrón, fué llevado al tribunal de Rastenbourg, donde declaró que era inocente. Reconocida su mala fama, los jueces rehusaban creerle. Entonces él exclamó: « Que un rayo me parta, si es verdad que he robado. » El tribunal, falto de pruebas, le dejó en libertad. Pocos días después se desencadenó una tormenta. Un rayo cayó sobre la casa de aquel perjuro y le mató, en presecia de sus cuatro hijos. — (*Lefort.*)

LA BLASFEMIA

— *¿Qué otra cosa se nos prohibe en este mandamiento?*

— *La blasfemia, que es una expresión con que se injuria á Dios, á los Santos ó á la religión.*

La blasfemia es el lenguaje del infierno. — En una ciudad de Francia un piadoso misionero oyó blasfemar á algunos niños, á quienes para hacerles comprender cuán terrible castigo les esperaba, les habló en estos términos: « En esta parroquia, hijos míos, se habla francés: si encontraseis por casualidad un hombre que hablase alemán diríais que la Alemania es su patria; si hablase español, que viene de España; si inglés, que de Inglaterra, y lo miraríais como un extranjero que tarde ó temprano debe volver á su país. Pues bien, ¿me comprendéis, niños blasfemos? Estáis en una nación católica y no habláis su lenguaje; bien advierto por vuestras blasfemias que habláis la lengua del infierno. Diré, pues, también, que sois extranjeros, que no sois hijos de Dios, sino que el infierno es vuestra patria y que

algún día iréis á reuniros con los que hablan como vosotros. » — (*Cat. de Mans.*)

*
* *

Coré, Datán y Abirón. — Estos tres hombres perversos unidos á doscientos cincuenta israélitas levantaron contra Aarón y Moisés estandarte de rebelión, profiriendo horribles blasfemias. Moisés, por orden de Dios, mandó á todo el pueblo que se separara de ellos, y dijo : « Hoy vais á ver cómo mi misión la he recibido del Señor, y que nada hago á mi arbitrio. Si los culpados mueren de muerte natural, y son solamente víctimas de una desgracia común á todos los hombres, no soy el enviado del Señor; mas si la tierra, abriendo su seno, los traga á ellos y á todo lo que les pertenece, de modo que bajen vivos al infierno, sabréis que *han blasfemado contra el Señor.* » Apenas Moisés acababa de hablar, se abre la tierra y devora á Coré, Datán y Abirón, sus tiendas y cuanto les pertenecía. — Todo Israel se llenó de espanto y echaron todos á huír, temiendo les sucediera la misma desgracia y comprendiendo cuán terrible es la cólera del Señor. — (*Cap.* XVI *de los Núm.*)

*
* *

Senaquerib. — Este rey de Asiria, escribió á Ezequías, rey de Judá, una carta llena de blasfemias contra Dios; y en su delirante orgullo llamábase vencedor de los mismos dioses. Mas el Señor no dejó estas blasfemias sin castigo. La misma noche en que pensaba tomar á Jerusalén por asalto vino el Ángel exterminador y pasó á cuchillo á ciento ochenta y cinco mil Asirios. Volvió á Nínive lleno de vergüenza y por fin, habiéndose hecho insoportable á su misma familia, sus hijos le mataron á puñaladas. — *(Lib. IV de los Reyes.)*

*
* *

Nestorio. — Autor de la herejía que pretendía que

á la Santísima Virgen no se debía llamar Madre de Dios, se vió atacado de horrible enfermedad y sufrimientos. Su cuerpo era una llaga y su lengua que tantas blasfemias había proferido contra Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen, era roída por los gusanos. Su presencia se consideraba en todas partes como un signo de maldición. Obligado á huír en tan deplorable estado, murió de una caída de su caballo. — (*Barón.*)

*
* *

Castigo de Dios. — Un padre de familia, en España, se desató cierto día en blasfemias contra la Santísima Virgen en presencia de sus hijos. Uno de ellos le advirtió el peligro á que se exponía de ser castigado. El blasfemo sólo le respondió con un signo de cabeza. Había quedado mudo. El año 1880 uno de sus amigos — que me ha referido el caso — le decía. Es necesario resignarse y acatar la voluntad de Dios. — Sí, contestó él por escrito, yo bendigo su mano; me ha traído al buen camino y me ha convertido á su servicio.

*
* *

Justicia de Dios. — En 1848, cerca de Tolosa, durante las elecciones para la Asamblea Constituyente, un demagogo impío arengaba á sus paisanos electores procurando destruír en ellos el respeto á la religión, obstáculo siempre formidable para los proyectos de los malvados.

El desatentado orador lo atacaba todo, lo negaba todo, hasta la existencia de Dios. « ¡Qué me conteste, pues, exclama amenazando al cielo con el puño, qué me conteste si me oye!... » Apenas dicho esto estalla un rayo y derriba al blasfemo en medio de la azorada muchedumbre! Se le creyó muerto; pero al cabo de algunas horas recobró los sentidos, y no creo que desde

entonces haya solicitado nuevas pruebas de la Providencia Divina. — (*Segur.*)

Otro blasfemo fué castigado aún más terriblemente en 1849 cerca de Caén. Aconteció esto un domingo, durante la celebración de la misa. El desgraciado se hallaba en la taberna con un compañero, no lejos de la iglesia. El tañido de la campana le puso furioso, y después de mil horrorosas blasfemias contra la religión y los sacerdotes, poseído de violenta rabia toma un vaso, y de pie delante de su amigo y del tabernero, que en vano procuraba calmarle : « Si hay un Dios, exclama, ¡qué me impida beber este vaso de vino! » Y en el mismo instante cae en el suelo muerto de una apoplejía fulminante. — (*Id.*)

*
* *

Frenesí. — Un domingo por la tarde en París caminaba uno de esos pesados carromatos que trasladan piedras para construcciones, sin que el conductor tuviese el menor respeto á Dios ni á la santidad del día. Al pasar delante del Palacio de los Inválidos cayóse uno de los caballos, y el carretero precipitándose sobre el pobre animal, le descargó una lluvia de garrotazos. La desdichada bestia se esforzaba poderosamente en levantarse; pero tan desesperado trabajo era inútil : las patas estaban cogidas por las varas del carro y apenas incorporado, volvía á caer pesadamente sobre los adoquines. El carretero al mismo tiempo de redoblar los azotes, vomitaba un torrente de blasfemias.

Los transeuntes, en gran número, se habían ido deteniendo en torno del carretero, y le manifestaban bien claro su indignación; pero el hombre enfurecido se vuelve contra ellos, les amenaza con su vara y les dirige mil imprecaciones y blasfemias. Ya no era un hombre, parecía un demonio. La sangre brotaba con abundancia

de las narices del caballo, que se revolcaba jadeante bajo su pesada carga. Era un espectáculo horrible, salvaje.

Comprendiendo el carretero que nada podría adelantar por aquel medio, hizo lo que le hubiera convenido hacer desde el principio: desató el caballo, que libre de opresión, se levantó al momento. Apenas estuvo en pie se apoya sobre las patas traseras, levanta las de adelante y las deja caer con furia sobre el bárbaro que le había castigado tan brutalmente; le clava los dientes sobre las espaldas, le arroja en tierra, le pisotea sobre el vientre y á golpes con la cabeza aplasta al hombre, dejándole horriblemente magullado. Los carretoneros que le seguían tuvieron que hacer grandes esfuerzos para arrancarlo al caballo.

En seguida el animal huye de aquel sitio; y mientras trasladan al carretonero á un banco cercano, uno de sus compañeros va en busca del caballo, le acaricia, monta sobre él y le conduce mansamente como si nada le hubiese ocurrido. Pero al llegar al sitio en que tanto había padecido, al ver la sangre todavía caliente, se enfurece de nuevo, sigue el reguero dejado y se precipita con rabia sobre aquel que le había maltratado, y á quien mientras vendaban las heridas rodeaba una muchedumbre asombrada del suceso. Necesario fué gran esfuerzo y valor para impedir la muerte del carretonero.

Hé ahí una escena espantosa, un tristísimo espectáculo, ocurrido en medio de París, en día domingo, día del Señor. Elocuente aviso que Dios da á los blasfemos y á los profanadores del día festivo. — (*Mensajero del pueblo.*)

*
* *

Horrible muerte de un impío. — La administradora

de una fonda de Vichí, refería frecuentemente un suceso del cual había sido testigo ocular.

« En otro tiempo, decía, se alojaba aquí un enfermo que no sintió alivio ninguno con las aguas. El médico me dijo un día : el peligro es inminente; á ese huésped le queda póco tiempo de vida; tomad vuestras precauciones.

Temiendo que muriese sin los auxilios de la religión, me resolví á advertirle con gran prudencia la gravedad de su estado y le propuse hacer llamar un sacerdote. Al oír estas palabras se enfureció; se desató en horribles blasfemias contra la religión y sus ministros. Poco acostumbrada á semejante lenguaje me apresuré á alejarme llena de temor. Sin embargo, como el médico me observara nuevamente que el caso era desesperado, á fin de que no muriese impenitente, repetí mi visita. No fuí mejor recibida que la primera vez. Hice una tercera tentativa y se renovó la misma escena; mas, de improviso, el impío interrumpiendo sus blasfemias gritó : « ¡Yo veo al demonio! ¡ya se aproxima, está sobre mi cama, me ahoga! » Y pronunciando estas palabras, se agitó con violencia y furor y expiró. — *(Lefort.)*

*
* *

Hermosa lección dada por un niño. — Hace algunos años que un alumno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Namur, dió una edificante prueba de su horror á la blasfemia. Como un día volviese del colegio algo tarde á la casa, enojado su padre, le reprendió severamente con improperios y blasfemias. Quedó el niño tan triste y afligido de haber dado lugar á aquellas blasfemias, que, poniéndose de rodillas, le dijo : « Papá, castígueme Ud., pero ¡por Dios! no jure. » Tal impresión hizo en el corazón del padre el horror manifestado por el niño que nunca más se atrevió á blasfemar. — *(Lefort.)*

No ofendáis á Dios. — Refiere la historia que Creso, vencido por Ciro, fué hecho prisionero en su mismo palacio. En el tumulto que en tales momentos se produjo un soldado se disponía á quitarle la vida: tenía ya levantada la espada sobre la cabeza de Creso, cuando un hijo de éste al ver amenazada la vida de su padre, sintió tan profunda impresión que, mudo como era, desatada su lengua exclamó: « Deteneos, no ofendáis á mi padre. » Este generoso esfuerzo dió al hijo el uso de la palabra. Si nuestro corazón palpitase movido de amor semejante á Dios Nuestro Padre, ¿podríamos acaso sufrir que un blasfemo le ofendiese groseramente? — (*Sibillat.*)

— *¿Qué otra cosa se nos ordena por este mandamiento?*

— *Cumplir los votos que hacemos.*

— *¿Qué condiciones deben tener los votos para que estemos obligados á cumplirlos?*

— *Deben ser de cosas buenas y hechas con libertad y entero conocimiento.*

— *¿En qué se diferencia la promesa del voto?*

— *En que la promesa es un propósito á Dios, de hacer una obra buena, pero sin obligarse bajo pena de pecado; mientras que el voto es una promesa obligándose bajo pena de pecado.*

— *¿Qué conviene hacer cuando se duda haber hecho ó no un voto?*

— *Exponer la duda al confesor y seguir su consejo.*

Muchas personas movidas por cierta inconciderada devoción hacen votos de los cuales más tarde se arrepienten. Deben entonces manifestar su situación al confesor; y es muy recomendable no hacer voto alguno sin haberlo antes consultado con él.

El voto ha de ser discreto. — Una persona amiga de San Francisco de Sales, noticiosa de que el Santo siendo jóven había hecho voto de rezar todos los días el Rosario, pensó en hacer lo mismo; pero quiso tomar antes su dictamen. El Santo le respondió : « Guardaos bien de tal cosa. »

Replicóle aquél que cómo rehusaba aconsejar lo que él mismo había hecho en su juventud. « Esa palabra juventud es la que resuelve la duda, le respondió, pues entonces lo hice sin reflexión; pero ahora que tengo más años os digo que no hagáis tal voto. Esto no es decir que no recéis el rosario; al contrario, os lo aconsejo encarecidamente, y os exhorto á que no se os pase día sin rezarlo, pues es una devoción muy agradable á Dios y á la Santísima Virgen; pero os digo que esto sea bajo un propósito bien meditado y firme, antes que bajo la obligación del voto, para que cuando por algún caso lo dejéis de rezar, sea sin exponeros á ofender á Dios; porque no está la dificultad en el voto, que no se puede dudar aumenta el valor de las buenas obras, sino en que una vez hecho, es necesario cumplirlo, y esto bajo pena de pecado, lo cual no es negocio de poco interés. Lo que os puedo asegurar es que muchas veces me ha causado el mío muchas inquietudes, y que no pocas me he visto á punto de pedir dispensa de él, ó á lo menos conmutación en alguna obra buena equivalente, pero de menos sujeción. — *(Espíritu de San Francisco de Sales.)*

*
* *

Gallina petrificada. — Un caso bien singular ocurrió, en el siglo V, en castigo de la violación de un voto. Refiere Teodoreto que entre la muchedumbre que llegaba á ver sobre una columna á San Simeón Estilita para pedirle la curación de alguna enfermedad, se en-

contró una persona de noble condición, que en presencia del Santo hizo un voto prometiendo no comer carne ni pescado. Habiéndolo quebrantado, un día que comía gallina vió que la parte servida en el plato se le convirtió en piedra. Asombrado con este prodigio, se apresuró á visitar al Santo, descubrió su falta delante de todo el mundo, pidió perdón á Dios é imploró el socorro de aquel fiel servidor. Muchos fueron testigos de semejante milagro y Teodoreto afirma haberlo visto él mismo. — *(Lefort.)*

* * *

Un voto heroico. — Una madre tenía dos hijos : el mayor, de edad de veinte años, educado en la milicia se distinguió en África en el campo de batalla y volvió á casa de sus padres después de la conquista de Argelia. A su regreso halló su casa anegada en lágrimas. Su pobre madre apenas pudo darle la bienvenida, después de tan penosa campaña. Todas las miradas, todos los cuidados paternales eran consagrados al hijo menor que estaba á la muerte. El joven oficial compartió los cuidados que se prodigaban á su hermano. Los sufrimentos se prolongaban; el niño apenas respiraba, y el alma de la madre parecía estar unida á su imperceptible aliento... *Si muere, quiero morir*, repetía sin cesar; *¡este hijo es mi vida!* Estas palabras eran dardos que destrozaban el corazón del oficial, quien no obstante para consolarse decía entre si. Sí fuera yo el enfermo, mi madre me amaría del mismo modo. Los médicos abandonaban ya al moribundo. No había recurso en la medicina. Los ojos del paciente estaban inertes y vidriosos. Ni siquiera veía á su madre y hermano que le estrechaban las manos lánguidas y frías... ¡Va á morir! ¡va á morir! repetía la desdichada madre. El sacerdote la exhortaba á resignación y decía : los niños son

particularmente amados de Dios; hará de éste un ángel... La madre estaba inconsolable.

El hermano al observar la respiración sofocada de su hermano y la desesperación de su madre se sentía profundamente conmovido. El enfermo hizo un movimiento convulsivo : todos se estremecieron. El sacerdote dijo : « ¡ Oremos! » y cayó de rodillas. Hé aquí la oración que en voz baja — y que sólo Dios oía — hizo entonces el joven oficial : « Dios mío, si volvéis la salud á mi hermano, hago voto de consagrarme á la enseñanza de los niños de su edad. Yo les enseñaré á amaros y á bendeciros... Dios mío, curad á mi hermano, consolad á mi madre, yo os lo agradeceré todos los días de mi vida. » Estas palabras de tierno amor filial y fraterno llegaron hasta Aquel que consuela, sana y resucita : el enfermo sanó. Pocos días después, el oficial se despidió de su madre y le manifestó el voto que había hecho. « Tome Ud. mi espada, le dijo, quizás á Enrique pueda serle útil un día. En cuanto á mí quiero cumplir lo prometido. Enseñaré á los niños á amar á Dios, á sus padres, á su país y la virtud de la inocencia. » La madre le estrecha en sus brazos y le bendice. ¡Oh! era á este hijo á quien sin duda amaba ahora con más ternura. No fué posible detenerle. Hoy día es hermano de las Escuelas Cristianas. — *(Union de l'Ouest, 1860.)*

TERCER MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

Santificar las Fiestas.

I

ABSTENCIÓN DEL TRABAJO

— *¿Cuál es el tercer madamiento de la ley de Dios?*

— *Santificar las fiestas.*

— *¿Cómo se santifican las fiestas?*

— *Oyendo misa y absteniéndose del trabajo que prohibe la Iglesia.*

— *¿Qué trabajo prohibe la Iglesia?*

— *El que se emplea en actos judiciales y en obras serviles.*

— *¿Qué son actos judiciales?*

— *Aquellos en que se ocupan los jueces en sus tribunales, como oír demandas y recibir declaraciones.*

— *¿Qué son obras serviles?*

— *Aquellas en que el cuerpo trabaja más que el espíritu, como sembrar, labrar, coser, tejer, etc.*

— *¿Qué clase de trabajo no está prohibido en días festivos?*

— *Las obras* LIBERALES *y las obras* COMUNES.

— *¿Qué son obras liberales?*

— *Aquellas en que el entendimiento tiene más parte que*

el cuerpo, como leer, escribir, copiar, enseñar, dibujar, tocar, cantar, etc.

— ¿Qué son obras comunes?

— Aquellas en que se ocupan indistintamente toda clase de personas, como cazar, pescar, etc.

— ¿Qué pecado comete el que trabaja en día festivo?

— Pecado mortal si trabaja más de dos horas y venial si menos.

— ¿Cuándo no se peca con el trabajo del día festivo?

— Cuando hay una CAUSA GRAVE *de utilitad pública ó privada; pero debe entonces cuidarse de no producir escándalo.*

— ¿Quiénes pueden dispensar para que se pueda trabajar?

— El Sumo Pontífice el Obispo y el Párroco.

— ¿Se puede viajar en día domingo?

— Sí, con tal que se oiga misa.

Dios es el creador y conservador de los días : todos son suyos. Cada día debemos tributarle amor, respeto, adoración y homenaje por todo lo que tenemos, todo lo que hacemos y todo lo que valemos; porque no sólo todos los días son de Dios, sino que él es nuestro Dios cada día, y no hay ningún instante en que no estemos bajo su dependencia. Dios es tan grande y bondadoso el lúnes y demás días de la semana como el domingo... Sin embargo, como estamos condenados al trabajo en expiación de nuestros pecados y este trabajo distrae demasiado nuestro espíritu, Dios ha elegido en cada semana un día especial que se reserva exclusivamente, y quiere que este día sea dedicado al culto que le es debido, y que cada día habría tenido derecho de exigir de todos los hombres. — (*A Lápide.*)

*
* *

LA PROFANACIÓN DEL DOMINGO ES UNA VERDADERA INJUSTI-

CIA. — Un labrador que trabajaba todos los días, sin exceptuar los domingos, se reía de un vecino que santificaba el día del Señor. Supón, le dijo el buen cristiano, que yo tengo siete monedas de oro y que, encontrando á un mendigo en el camino, le doy seis y sólo me reservo una. ¿Qué dirías de esta acción? — Diría que eres en extremo generoso y que el pobre debería quedarte muy agradecido. — Y ¿qué pensarías si en vez de agradecerme el beneficio se precipitara sobre mí para arrebatarme la única moneda que yo me guardaba? — ¡Oh! diría que era un infame digno del presidio. — Y bien, amigo mío, ése eres tú. Dios te ha dado seis días para trabajar y sólo se ha reservado el séptimo para su gloria; y en vez de vivir agradecido á este beneficio, tú le robas el séptimo día. ¿Con qué derecho tocas lo que no te pertenece? Conozco dos medios seguros de empobrecer ó vivir sin sociego : *trabajar el domingo y tomar los bienes ajenos.* — Tienes razón, mi buen amigo, en adelante lo santificaremos juntos. — *(Observateur du Dimanche.)*

* * *

UN BUEN HIJO. — Cierto niño que se preparaba para la primera comunión oyó decir al cura que era un gran pecado trabajar en día de fiesta. Uno de estos días el niño vió á su padre trabajando con gran afán, y con sencillez y candor le dijo : Papá, hoy es domingo. — Sí, lo sé, contestó el obrero. — Entonces ¿no sabe que es un pecado mortal trabajar en día domingo? — Sí, pero es necesario comer el domingo como todos los demás días; y sin trabajo no hay dinero, y sin dinero no hay pan. — Bien, replicó el niño con viveza, no trabaje Ud., papá, que yo no comeré hoy. — El obrero enternecido dejó su trabajo y no volvió á profanar el día festivo. — *(Sibillat.)*

Escarmiento. — Refiere San Gregorio, obispo de Tours, que habiendo un hombre enyugado unos bueyes para arar en día domingo, tomó un hacha para arreglar el arado; pero al punto se le encogieron y apretaron los dedos, y el mango del hacha le quedó unido estrechamente á la mano derecha.

Dos años llevó empuñado un pedazo de dicho mango como señal visible de la ira de Dios, hasta que yendo á la iglesia del célebre mártir San Julián, en Auvernia, asistió allí con fe y devoción á implorar la intercesión de este Santo precisamente en día domingo, y cuando rezaba los oficios, se le abrió de repente la mano y dejó caer el pedazo de madera que inútilmente habían intentado arrancarle hasta entonces.

Este milagro fué un grande ejemplo para el pueblo, y le enseñó que el crimen que había sido cometido en día domingo no había podido ser reparado sino en domingo. Aquel hombre, glorificando á Dios en su santo mártir, se retiró sano y contento y no se atrevió más á dejar de santificar el día del Señor. — (Gregoire de Tours, *De la gloire des Martyrs.*)

*
* *

Providencial. — El Padre Cristóbal, célebre misionero que se hallaba en las islas Marianas, pasando un día domingo por la ribera del mar para ir á visitar á un enfermo, encontró unos cristianos que se ocupaban en construir unas barcas. Hijos míos, les dijo, ¿no tenéis acaso otros días en la semana para ocuparos en semejante trabajo? ¿qué razón puede induciros á profanar así el santo día domingo? Ellos le respondieron con insolencia que tal era su voluntad. El sacerdote prosiguió su camino; pero algunas horas después, cuando de vuelta de casa del enfermo, pasó por aquel mismo lugar, encontró reducidas á cenizas las barcas y la tienda en que

trabajaban y confusos y arrepentidos á los culpados que tan mal habían recibido su amonestación. — (Noel, *Catech. de Rodez.)*

*
* *

Durante la misa. — En la diócesis de Arrás, el cura de una parroquia se dirigía de la iglesia parroquial á otra anexa para celebrar la misa en día domingo. Como encontrase en el camino un labrador que cavaba la tierra, le aconsejó se abstuviera del trabajo y asistiese á misa. El aldeano no hizo caso alguno. Tres domingos seguidos el párroco le repitió el consejo; pero siempre fué escuchado con la misma indiferencia. La cuarta vez, el cura, para que el obrero comprendiese mejor semejante falta, pasó cerca de él sin decirle nada y sin saludarle. Grande fué su aflicción y sorpresa, cuando al regresar le encontró muerto, tendido en la misma tierra que poco antes labraba. Dios había castigado con la muerte repentina, durante la misa, al desgraciado que no santificaba el domingo y daba escándalo público con su ejemplo. — *(Lefort.)*

*
* *

Fidelidad en santificar las fiestas. — Un comerciante empleaba gran número de obreros en una fábrica cuyo trabajo no podía interrumpir sin pérdida de algunos centenares de pesos. Fué á verse con el obispo de su diócesis y le preguntó si podría estimar esta pérdida como motivo suficiente para hacer trabajar en días de fiesta, sin privar á sus industriales de oír la misá. Aunque la suma expresada era sin duda considerable, el obispo, temiendo las consecuencias de un mal ejemplo, exhortó al comerciante á que escribiera al Papa. La respuesta del Sumo Pontífice fué favorable á la persona interesada. Encargado de anunciarla el mismo obispo, le dijo : « Se os ha otorgado la dispensa de la ley que

prohibe los trabajos serviles en días de fiesta. Pero vuestro ejemplo necesariamente ha de influír en el espíritu y en la conducta del público, que con esto se figurará ya autorizado para imitaros. En vano haréis presente que se os ha concedido licencia en virtud de vuestra circunstancia excepcional; el público no razona y no verá más que el favor hecho á un rico, y vuestros obreros mismos contraerán la funesta costumbre de profanar sin escrúpulo los días consagrados al Señor. Ved, pues, si queréis cargar con esta responsabilidad, y si, en artículo de muerte, no tendríais que reprocharos por haber dado motivo á la infracción de la ley de Dios y de la Iglesia en este punto. » El comerciante, movido con las reflexiones del obispo, respondió sin trepidar : « Está bien, Monseñor, en mi fábrica no se trabajará ningún día de fiesta. Prefiero sacrificar cualquier dinero antes que manchar mi conciencia con semejante responsabilidad. » Tal es el verdadero sentimiento cristiano : coloca sobre todo interés material la salvación de las almas. — (*Trésor des prédicateurs.*)

*
* *

El cristiano que santifica las fiestas merece la confianza de los hombres. — En París, un oficial prusiano quiso gastar una suma importante en esos objetos de arte que fuera de Francia no tienen rivales. Un domingo se presenta en casa de uno de los más hábiles fabricantes de la capital : Señor, le dijo, deseo ver en vuestro almacén lo que tengáis de más escogido y de mejor gusto. » — Mi fábrica y mis tiendas están cerradas los domingos, le contestó el comerciante; tened, señor, la bondad de volver mañana. — Comprendo vuestros escrúpulos; pero mañana yo estoy de viaje y me vería en la precisión de buscar hoy en otra parte lo que deseo. — Mucho lo siento, señor, pero no me es

posible complaceros. No puedo quebrantar la práctica establecida en mi casa. — Os hablaré, señor, con franqueza : tengo interés en hacer compras en vuestra casa por la cantidad de 15 á 20,000 francos y celebraré que en esta ocasión hagáis una excepción á vuestra regla. — Sin duda que es un bonito negocio; sin embargo, os repito mis excusas; prefiero no faltar á mis principios. — Está bien, señor, iré entonces á otro almacén; y el oficial se despidió. Había apenas andado algunos pasos cuando reflexionó de este modo : « Hé ahí un hombre bien escrupuloso con respecto al domingo; hay motivo para creer que sea incapaz de abusar respecto á la calidad y valor de los objetos de su negocio, y por el contrario es de temer que el que no respeta su religión abriendo sus almacenes el domingo no sea muy delicado en la venta de sus mercaderías. » Con este pensamiento, el oficial prusiano retardó un día su viaje. El lunes temprano volvió á visitar al honrado joyero. Y ahora no hacía su visita solo, sino que iba acompañado de varios amigos que como él hicieron compras de consideración. — (*Lefort.*)

II

LA SANTA MISA (1)

— *¿Qué es el sacrificio de la Misa?*

— *Es el sacrificio del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo que Él mismo ofrece á Dios por ministerio de los sacerdotes.*

— *¿Con qué fines se ofrece?*

— *Con estos cuatro : 1° para dar testimonio del supremo dominio que tiene Dios sobre la vida de sus criaturas;*

(1) *Saavedra.* — *Gridel.*

2° para darle gracias por los beneficios que hemos recibido; 3° para obtener la remisión de nuestros pecados, y 4° para alcanzar beneficios de Dios por los méritos de Cristo.

— ¿Cuál es el mérito del sacrificio de la Misa?

— En sí mismo es de valor infinito porque Jesucristo es la víctima de precio infinito; pero la aplicación de ese mérito á los hombres es limitada y relativa á la disposición de cada uno.

— ¿Hay alguna diferencia entre la Misa que ofrece un sacerdote y el sacrificio de Jesucristo en la cruz?

— No hay ninguna esencial, porque en ambos se ofrece la misma persona de Jesucristo y existe la misma razón de sacrificio; pero la hay accidental, porque 1° en el sacrificio de la cruz hubo muerte REAL Y SANGRIENTA, *mientras que en el de la Misa la muerte es* MÍSTICA Y NO SANGRIENTA; *2° el sacrificio de la cruz fué ofrecido por el mismo Jesucristo, y el de la Misa él lo ofrece por ministerio de los sacerdotes, y 3° en el sacrificio de la cruz se ofreció Jesucristo por la redención del hombre, y en el de la Misa nos aplica el precio de esa redención.*

LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR COMPENDIADA EN LA MISA. — He aquí como se explica el sabio cardenal Belarmino :

El Introito de la Misa significa el deseo que los santos Padres tenían de la venida del Señor.

Los Kiries significan las voces de los mismos Padres y Profetas, que pedían á Dios esta venida, deseada por tanto tiempo.

El Gloria in excelsis significa la Natividad del Señor.

La Oración que sigue después significa la presentación y ofrenda al templo.

La Epístola significa la predicación de San Juan Bautista.

El Gradual significa la conversión de las gentes por los sermones de San Juan.

El Evangelio significa la predicación del Señor.

El Credo significa la conversión de los Santos Apóstoles y otros discípulos del Señor.

Las Oraciones Secretas, que se empiezan después del Credo, significan la ocultas traiciones de los judíos á Cristo.

El Prefacio significa la entrada solemne que hizo Cristo en Jerusalén en el día de Ramos.

Las otras Oraciones Secretas, que siguen después, significan la Pasión del Señor.

El alzar la hostia significa la elevación de Cristo en la cruz.

El Padre Nuestro significa la oración del Señor pendiente en la cruz.

El partir la hostia significa la herida abierta á Jesús en un costado con una lanza.

El Agnus Dei significa el llanto de las tres Marías cuando bajaron á Cristo de la cruz.

La Comunión del Sacerdote significa la Sepultación de Jesús.

La Poscomunión significa la Resurrección.

El Ite Missa est significa la Ascensión.

La Bendición del Sacerdote significa la venida del Espíritu Santo.

El Evangelio final de la Misa significa la predicación de los Apóstoles, cuando llenos del Espíritu Santo comenzaron á enseñar el Evangelio por todo el mundo.

*
* *

Significado de los ornamentos sagrados. — *El Amito* representa el paño con que á Nuestro Señor le vendaron los ojos para mofarse de él cuando golpeándole le decían : *Adivina quién te dió.*

El Alba significa la vestidura blanca que, como á un loco, le pusieron en casa de Herodes.

El Cíngulo, la cuerda con que le ataron al prenderle en el Huerto.

La Estola, la cuerda que le echaron al cuello cuando le llevaron preso á Jerusalén.

El Manípulo, la cuerda con que le ataron á la columna para azotarle.

La Casulla, la vestidura de púrpura que le pusieron en casa de Pilatos, estando coronado de espinas, para befarle como á rey de burlas.

El Altar con el Ara consagrada, el Monte Calvario donde fué crucificado.

La Cruz representa aquella en que murió.

El Corporal, la palia y los manteles significan la sábana en que fué envuelto.

El Cáliz representa su sepulcro.

La Patena, la losa con que cerraron su sepulcro.

Las Velas encendidas son símbolos de la fe y devoción con que debemos asistir al Santo Sacrificio.

La Misa no solamente es la conmemoración y la representación de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo en le Calvario, sino también la renovación y continuación del Sacrificio de la Cruz repetido sobre nuestros altares.

« La Misa es el sol de los ejercicios espirituales, el corazón de la devoción, el centro del cristianismo. » (*S. Francisco de Sales.*)

Una Misa es más agradable á Dios que todos los homenajes de los justos; es de un precio infinitamente mayor que la sangre de los diez y ocho millones de mártires que han dado la vida por Jesucristo.

Reconocida á Dios por las insignes mercedes que le otorgaba, pidióle un día Santa Teresa que le dijese

cómo podría pagarle deuda tan grande : « *Oyendo una Misa*, » le fué respondido por la voz del Espíritu Santo. « Sin la Misa, dice San Alfonso de Ligorio, la tierra habría ya perecido á causa de los pecados del mundo. »

*
* *

Asistencia á la Misa. — Una persona muy rica y piadosa hizo llamar á los pobres de la ciudad en que vivía á fin de distribuírles gruesas limosnas. Uno de los más necesitados y oprimidos á causa de las deudas que tenía contraídas, fué tan indolente y estúpido que, rehusada la invitación, no quiso presentarse, prefiriendo así quedar en la vergüenza y en la miseria. ¿No es verdad que sin ser ya digno de la compasión de sus acreedores merecería le metiesen en prisión?

Y bien, ¿cuántos hombres hay más insensatos que aquél, pues siendo responsables delante de Dios por deudas superiores á todas las de la tierra, no tienen nada, absolutamente nada con que pagar la menor parte?... En la Misa se distribuyen los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo. Con ellos se puede satisfacer abundantemente por los pecados y sin embargo no se presentan. Bastaría dar algunos pasos y se resisten á ello. ¿Cabe mayor ceguera? ¿No merecen acaso se les trate con todo rigor?

*
* *

Eficacia de la Misa por la conversión de los pueblos. — El célebre escritor Luis Veuillot refiere el hecho siguiente : Enviado un sacerdote por su obispo á un lejano cantón — para estudiar si convenía establecer allí algún servicio religioso — á tiempo que se le agotaban las provisiones, llegó al término de su viaje. Con su última moneda compró un frasco de vino á fin de celebrar la Santa Misa. Era éste el único y supremo recurso para resistir á las angustias del mayor desamparo. En

aquel lugar vivían algunos europeos, y entre ellos varios franceses. Los saludó en su idioma patrio; pero por ser sacerdote ni siquiera se dignaron contestarle. Buscó entonces abrigo á la sombra de un árbol, á cierta distancia de las casas de donde le habían rechazado. Pasó allí semanas enteras sin más alimento que el de desconocidas raíces y de mariscos crudos sin tener utensilios para cocerlos. Si algún habitante de la comarca pasaba junto á él, era sólo para injuriarle. No había quien le tendiera la mano, ni siquiera le escuchase. Los sentimentos de piedad parecían ajenos de aquel pueblo salvaje, y los pocos europeos allí residentes, ávidos de dinero y entregados á los vicios, eran más crueles todavía.

Un día el sacerdote vió que se acercaba á él un hombre afable y de gallarda presencia. «Buenos días, señor. ¿tenéis algo que comer?» le dijo acercándose. Era un sacerdote enviado en su busca por el obispo. Llegaba allí muerto de hambre y de fatiga. Á causa de la pobreza del obispo y de la falta de conocimiento del país, había venido sin recursos. La caridad solamente le sostenía hasta llegar á su término.

Desfallecido é implorando algún sustento, se recostó en tierra. Presentóle aquél su pobre comida: raíces y almejas enormes y repugnantes.

El debilitado viajero no pudo resistir este alimento: apenas podía probarlo. Y el que antes solo soportaba su indigencia, ahora se sintió vencido. La suerte de su compañero le entristecía. Era éste el más rudo golpe que se le ofrecía.

Pocos días después, los dos misioneros, tendidos en el suelo, devorados por la fiebre y los gusanos, dijeron: «Vamos á morir. Uno de los dos, haciendo un postrer esfuerzo, debe celebrar una última Misa, dará

la comunión al otro y resignados dormiremos en el Señor. »

Era el día de la Asunción. Echaron en suerte quién debía decir la Misa y recayó sobre el primer llegado. Ofreció éste el Santo Sacrificio por su hermano y por sí mismo. Tan desfallecido estaba, que necesitó reanimarse veinte veces para continuar la Misa : era en verdad una como Misa de difuntos que duró más de tres horas. Al fin el moribundo pudo dar la santa hostia al agonizante y consumar el triple sacrificio en que el sacerdote y el asistente se inmolaban juntamente con la divina víctima. Grande era así el consuelo de ambos.

El mártir de la caridad expirante miraba con ternura á su hermano también mártir desfalleciente al pie del altar; y éste veía el candor y el alma angelical del joven sacerdote que terminaba tranquilo su corta carrera; lo encomendaba á Dios y se consagraba él mismo como precio de la victoria que el Crucificado quería para ellos y que ellos á su vez querían ofrecerle.

Terminada la Misa, el celebrante se recostó cerca de su compañero y esperó la muerte. Ella no tardó en llegar. El joven sacerdote murió en la noche. Su final suspiro tocó los labios de su hermano que apenas pudo tenderle lánguidamente la mano sobre la cabeza, como señal de última bendición y adiós.

A la mañana siguiente algunos salvajes pasaron por allí. Vieron el cadáver junto al moribundo; dieron la noticia en la aldea vecina, y aquellos duros corazones, comprendiendo lo ocurrido, al fin, se ablandaron, ó más bien, la víctima sacrosanta había vencido y Dios declaraba la victoria. Acudieron, pues, en gran número, llevando unos alimentos y otros agua fresca. El misionero sobreviviente, incapaz de moverse, sintió que una mano compasiva estrechaba la suya. No eran ya los mismos

hombres. Allí donde se había alzado un altar abrieron un foso y enterraron el cadáver del mártir; en seguida tomaron en brazos al enfermo y le sostuvieron junto á la fosa para que la bendijera. Más aún, obedeciendo á las súplicas de éste cortaron un árbol, hicieron una cruz y la colocaron sobre la tumba. Así la cruz tomó posesión de este nuevo dominio.

Al presente hay allí una ciudad, una iglesia y millares de católicos tan dóciles á la voz del obispo como bien queridos por él. Ese obispo es el mismo misionero cruelmente rechazado á su arribo. « Yo visito aquella tumba tan á menudo como puedo, me decía él, al referirme todo esto. Necesito hacer grande esfuerzo para contener mis lágrimas... Mi corazón está lleno de gratitud y admiración por la obra de Dios... Cuando he querido hablar al pueblo al pie de aquella primera cruz, no he podido articular dos palabras. » — (*Luis Veuillot.*)

— ¿Quiénes están obligados á oír Misa los domingos y fiestas?

— Todos los cristianos que tienen uso de razón y no están legítimamente impedidos.

— ¿Qué impedimentos excusan de esa obligación?

— Los siguientes : 1° la imposibilidad física: 2° la imposibilidad moral; 3° la caridad; 4° el deber.

— ¿A qué personas dispensa de asistir á Misa la imposibilidad física?

— A los encarcelados, detenidos, enfermos, navegantes, etc., etc.

— ¿Quiénes están dispensados por imposibilidad moral?

— Los que tienen un inconveniente grave ó hubieran de recibir daño grave en los bienes de cuerpo y alma, propios ó ajenos.

— ¿A qué personas dispensa de oír Misa la caridad?

— A las que están obligadas á prestar algún servicio al prójimo, como asistir á una persona gravemente enferma, cuidar la casa, los niños ó los ganados.

— ¿Qué personas están dispensadas de asistir á Misa por razón del deber?

— Las que á la hora de Misa tienen que cumplir con alguna obligación incompatible con la asistencia á Misa, como los soldados que están de guardia, ó la madre ó la nodriza que deben cuidar á un niño.

— ¿Están dispensados los viajeros ó caminantes?

— No, á menos que no puedan detenerse sin exponerse á pérdidas considerables, ó á recibir mal trato de parte de los que los emplean.

— ¿Están dispensadas de asistir á Misa las mujeres, los hijos de familia y los criados á quienes obligan á trabajar en domingo sus maridos, sus padres y sus amos?

— No, pero la falta que cometen dejando de asistir á Misa recae sobre los que los hacen trabajar. Los criados deben dejar el servicio del amo irreligioso tan pronto como puedan.

— ¿Qué se necesita para cumplir con el precepto de oír Misa?

— Se necesitan estas tres cosas : 1° presencia moral y continua; 2° devoción, y 3° lugar debido.

— ¿En qué consiste la presencia moral?

— En asistir á la Misa de suerte que pueda decirse que uno es de los concurrentes.

— ¿En qué consiste la presencia continua?

— En asistir sin interrupción á toda la Misa.

— ¿Qué parte de la Misa puede omitirse sin faltar gravemente al precepto?

— Estas tres : 1ª desde el principio de la Misa hasta el fin de la epístola; 2ª desde concluída la comunión de ambas

especies hasta el fin de la Misa, aunque la omisión de estas dos partes en una misma Misa sería falta grave, y 3ª algunas de estas partes separadas : el Evangelio, *el* Credo, *el* Ofertorio, *el* Prefacio.

— ¿Cumpliría el precepto el que oyera á un mismo tiempo dos medias Misas de dos celebraciones diferentes?

— No, es necesario oír la Misa entera celebrada por un sacerdote.

— ¿Qué es asistir á Misa con devoción?

— Asistir con el debido respeto, modestia y sentimiento de piedad. Así, no cumpliría con el precepto el que estuviese disipado con distracciones continuas y voluntarias; pero cumpliría el que se examinase para confesarse, leyese por devoción alguna obra espiritual, meditara, rezase el Rosario, *ayudase Misa, recogiese dentro del templo las limosnas, y también los cantores, músicos y organistas si al desempeñar sus funciones, atendiesen á la Misa.*

— ¿En qué consiste el lugar debido?

— En que se oiga la Misa únicamente en aquellos lugares permitidos para el que la oye; y es mejor oírla en la iglesia parroquial.

Tomás Moro. — Este Canciller de Inglaterra jamás se dispensaba de asistir á Misa. Un día, mientras la oía, le avisaron que el Rey le esperaba para tratar asuntos de importancia. El Canciller respondió : « Que Su Majestad se sirva tener un poco de paciencia, pues no he acabado todavía de ofrecer mis homenajes al *Rey de los Reyes.* »

Tenía Tomás Moro particular satisfacción en ayudar Misa. Alguien le dijo que esto no correspondía á su elevada posición. — « ¡Cómo! contestó él; es para mí un verdadero honor rendir este pequeño servicio al mayor de los Soberanos. » — (*Lefort.*)

En la Misa hallamos fuerza para el trabajo. — Cuando San Fernando de Talavera vivía en la corte del Rey, los cortesanos, envidiosos de su crédito con el Monarca, que le confiaba los más delicados é importantes asuntos, se quejaron de que oía Misa todos los días, y de que así exponía al Estado, pues la menor negligencia podía ocasionar desastrosas consecuencias. Uno de sus amigos, en íntima confidencia le advirtió el cargo que tales émulos le hacían. Él, sonriendo, se contentó con responder : « Precisamente, por haberme encomendado el Rey asuntos numerosos y difíciles, recurro cada día á la Majestad Divina en el Santo Sacrificio, á fin de que me conceda gracia y fuerzas necesarias en el desempeño de mis deberes. » — (*Lonher.*)

*
* *

San Luis, Rey de Francia. — Tenía este Santo la piadosa costumbre de asistir á dos ó tres Misas cada día. En cierta ocasión supo que algunos de sus cortesanos le criticaban porque empleaba en la iglesia un tiempo que, según ellos, era necesario consagrase á los asuntos de gobierno. San Luis respondió : « ¡Cuánta solicitud la de esos hombres ! Seguramente que si yo pasara el doble de ese tiempo en la caza ó en el juego, ninguno de ellos me lo reprocharía. » — (*Vida del Santo.*)

*
* *

Asistencia cotidiana a la Misa. — San Isidro encontrándose al servicio de un agricultor en España, se levantaba muy de mañana á fin de tener tiempo de oír misa antes del trabajo.

Muchas burlas tuvo que soportar al principio. Se llegó aún á denunciarle á su señor como negligente en sus ocupaciones por darse á ese acto de piedad. Isidro recibió resignado severos reproches y tranquilamente respondió : « Señor, si á la cosecha encontráis que mi

trabajo ha perjudicado el producto, compensaos de perjuicios con mi salario. » Mas el rendimiento fué superior á toda esperanza. Refiérese á este respecto que una mañana, mientras Isidro estaba en la iglesia oyendo Misa, habiendo su amo visitado el campo, vió que los bueyes, conducidos por los ángeles, tiraban el arado. Desde ese momento, lejos de estorbar á Isidro que oyera Misa, le dejó entera libertad, y no cesó de dar gracias á Dios por haberle concedido juntamente con tan buen servidor la bendición á su casa. — (*Vida del Santo.*)

*
* *

Dios bendice á los cristianos que haciendo celebrar la Misa procuran su gloria. — San Pedro Damiano, habiendo perdido de tierna edad á sus padres, quedó al cuidado de uno de sus hermanos que le trató del modo más cruel.

El niño, resignado y piadoso, sufría sin quejarse. Un día, en la calle, encontró una hermosa moneda de plata. Lleno de contento le pareció tenía en sus manos un tesoro. ¿En qué va á emplearla? Desde luego trata de indagar á quién pertenece y no encontrando al dueño, piensa que es un don que la Providencia quiere hacerle. La escasez en que vive le sugiere mil medios en que emplearla. Mas después de reflexionarlo bien, se decide á entregar la moneda á un sacerdote al cual recomienda se sirva aplicar una misa por las almas del purgatorio. ¡Cosa admirable! Desde ese momento cambió completamente la fortuna de Pedro Damiano. Lo recogió y tomó á su cargo otro hermano de mejor natural y que lo atendió con la ternura de un padre; le vistió decentemente y le proporcionó educación, de modo que Pedro llegó á ser sacerdote, después cardenal, uno de los más firmes defensores de la Iglesia, y

gran santo. Una sola Misa que hizo celebrar á costa de ligera privación fué el principio de esas grandes ventajas. — *(Lefort.)*

*
* *

Cuan grande es el honor de ayudar Misa. — En todos los tiempos se ha visto á los más altos personajes, á los sabios más ilustres, á los más nobles señores y á los mismos reyes ambicionar el favor de ir á arrodillarse al pie del altar para ayudar al ministro de Dios, durante la celebración del Santo Sacrificio. No hace mucho que en una iglesia de Italia un sacerdote revestido con los ornamentos sagrados, esperaba al acólito que debía ayudarle la Misa. De repente se presenta un desconocido de distinguidos modales y suplica al sacerdote le permita reemplazar al acólito. El ofrecimiento es aceptado y el desconocido llena sus funciones con edificante piedad. Concluída la Misa, el sacerdote se dirige al caballero para darle las gracias, le mira atentamente y con gran sorpresa reconoce, en su ayudante de Misa, al mismo rey. Era Carlos Alberto, rey de los Estados Sardos. — (*Id.*)

*
* *

Como manifiesta Dios la dignidad del que ayuda la Misa. — San Pedro Pascual, nacido en Valencia, en España, en el siglo XIII, fué educado en escuela de virtud por San Pedro Nolasco que le impuso el hábito de Nuestra Señora de la Merced. Nombrado arzobispo de Granada y más tarde de Jaén, trabajó con admirable celo por el rescate de los cautivos y la conversión de los infieles. Hecho prisionero por los moros, sufrió el martirio en 1300, cayendo su cabeza al pie del altar, cuando daba gracias después de celebrar el Santo Sacrificio.

Un día que el Santo se preparaba para subir al altar,

después de haber pasado en oración toda la noche, no encontraba quién le ayudase la Misa.

Andaba afanoso en este empeño, cuando se le presentó un niño de corta edad, pobremente vestido quien le preguntó qué buscaba.

— Hijo mío, le respondió el Santo Obispo, yo busco una persona que me ayude la Misa.

— Aquí me tenéis á mí, señor, si queréis aceptarme.

Como el Santo nunca había visto á este niño le preguntó cómo se llamaba y él le contestó : « Yo os diré mi nombre después de la Misa. »

Pedro Pascual celebró fervorosamente el Santo Sacrificio, y terminada la acción de gracias interrogó de nuevo con diversas cuestiones al tierno niño, que le contestó con admirable sabiduría.

Haciéndole algunas preguntas de Catecismo ¿quién es Jesucristo? le dijo. — Y el niño le respondió :

— Pedro, yo soy Jesucristo; yo soy quien murió en la cruz por tu salvación y la de todos los hombres... Mira mis manos y mi costado y observa las llagas abiertas en mi pasión. Pues que tu te has quedado prisionero por dar libertad á los cristianos, yo he querido ser tu prisionero. Y diciendo esto desapareció.

*
* *

Al banquete celestial. — El bienaventurado Bernardo, de la orden dominicana, tenía á su cargo el cuidado de la sacristía en el convento de Santarén en Portugal. Deseoso de que las funciones del altar fuesen desempeñadas con la piedad y el respeto convenientes, comisionó á dos pequeños niños, puros como dos ángeles, para ayudar la misa. Tierno y amable espectáculo era ver cada mañana á esos ángeles, vestidos de sotanas de color rojo y de cotas blancas, asistir al santo

sacrificio en actitud reverente y sin desplegar los labios sino para responder al sacerdote.

El siervo de Dios les instruía también el catecismo y les enseñaba á leer y escribir, por lo cual los niños permanecían toda la mañana en el convento. Llegaban temprano, provistos de un cesto que contenía algunos ligeros alimentos para su desayuno. Servían primeramente cierto número de misas, y después se retiraban juntos á una sala apartada para tomar la refección. Había en esta sala una hermosa estatua de la Madre de Dios que tenía al Niño Jesús en los brazos. El divino Salvador, que se complace en recrearse entre los lirios, cautivado por la sencilla y piadosa inocencia de los dos niños, descendía, ¡oh prodigio! de los brazos de su Madre y, reuniéndose con ellos, participaba de sus provisiones. A los niños — que no se habían dado cuenta de lo que es una estatua — les parecía este hecho muy natural, y volvían tranquilamente al coro.

Durante muchos días continuados se verificó el prodigio sin llamar la atención de los niños. Pero, al fin, viendo que su convidado participaba de sus alimentos sin que les ofreciese nada en retorno, se quejaron al Padre Bernardo, diciéndole : « Padre, hay en aquella sala un niñito, que está sentado en los brazos de la Virgen, que viene todos los días á desayunar con nosotros¿ y creeréis que todavía no nos ha dado una migaja de pan? »

El santo hombre, al oír semejante maravilla de los labios de estas candorosas criaturas, penetrado de admiración, les dijo : « Oíd bien, si mañana vuelve ese niño á reclamar una parte de vuestra refección, decidle : Señor, vos estáis viviendo á costa nuestra y nunca nos traéis nada; por favor, mostraos un poco más generoso. Dignaos invitarnos, al Padre Bernardo y á nosotros, á

la mesa de vuestro Padre. » Habiendo aprendido de memoria este pequeño discurso, aguardaron con viva impaciencia la mañana siguiente. Llegada la mañana el niño bajo, como todos los días, de los brazos de la estatua á participar del desayuno de los pequeños acólitos.

Al verlo, los niños le dijeron con toda simplicidad el discurso del Padre Bernardo. Jesús se sonrió dulcemente al oír la cándida reconvención; y les contestó que estaba bien, que los invitaba para el día de la Ascensión, ya próximo, y que comunicasen esta invitación á su maestro á fin de que todo estuviese dispuesto para ese día. Los niños corrieron á dar esta respuesta al santo religioso, quien comprendió al punto lo que significaba. Vió se acercaba su comparecencia al banquete del reino eterno, preparado por Nuestro Señor para los elegidos. Informa á su confesor de lo sucedido, toma sus medidas para tener un sucesor en el cuidado de la sacristía y dirige todos sus pensamientos hacia la muerte.

Llega al fin el día de la Ascensión, y después de haber recitado devotamente las horas canónicas, se reviste de los ornamentos sagrados, y en compañía de sus dos pequeños acólitos vestidos de limpias cotas, se encamina hacia el altar á celebrar el santo sacrificio. Jamás el buen religioso había celebrado misa más fervorosa ni los niños habían orado con mejores disposiciones.

Concluído el sacrificio, el Padre Bernardo desciende del altar, y al arrodillarse los tres en la última grada, sienten una fuerza superior que cierra sus ojos. Sus cabezas se inclinan á un mismo tiempo, como si quisieran saludar por última vez al amado tabernáculo, y se duermen dulcemente en el Señor. Sus cuerpos que-

daron en el mismo lugar y en actitud de adoración.

Al reunirse la comunidad en el coro, después de la refección, observa con asombro al padre Bernardo y á los niños al pie del altar. Creyeron primeramente que oraban; pero al acercarse á ellos vieron que dormían el sueño de la muerte, cuyo despertar se verifica para los justos en el cielo. El confesor del Padre Bernardo dió á saber á la comunidad las maravillas que acababan de realizarse; y los religiosos, sobrecogidos de respeto y de gozo, bendijeron las divinas misericordias.

Un mismo sepulcro recibió el triple despojo de la muerte, de donde, por mucho tiempo, se desprendía delicioso perfume. — *(Acta Sanctorum.)*

*
* *

Cómo premia Dios al que oye la Misa. — Santa Isabel, reina de Portugal, tenía un paje muy virtuoso de quien se servía para repartir sus limosnas secretas. Otro paje, impulsado por la envidia, resolvió perderlo y para lograrlo persuadió al rey de que aquél había cometido un horrible crimen. El príncipe dió fe á la calumnia, y determinó sentenciar á muerte al acusado. Advirtió al mayordomo de un horno de cal que iba á mandarle á un paje para preguntarle si había ejecutado sus órdenes, y que por esa señal lo conocería. « Te apoderarás de él, le dijo, y lo echarás en el horno : ha merecido la muerte por haber incurrido en mi justa indignación. » El día convenido fué enviado el paje al horno de cal. Mas, al pasar por delante de una iglesia, entró en ella para adorar á Jesucristo y oyó una Misa, además de la que cuando entró estaba principiada.

Mientras tanto el rey, impaciente por saber lo que había pasado, envió al calumniador para informarse de si se había ejecutado aquella orden. El mayordomo del horno, tomando á éste por el paje de que le había ha-

blado el príncipe, se apoderó de él y lo arrojó en el fuego, que lo consumió en pocos instantes. El paje de la reina, cumplidas sus devociones, continúa su camino, llega al horno y pregunta si se han ejecutado las órdenes del rey, y como se le contestase afirmativamente, vuelve á palacio á dar cuenta de su comisión.

Sorprendióse el rey al verlo volver contra lo que esperaba; pero cuando fué instruído de las particularidades del suceso, adoró los altos juicios de Dios, hizo justicia á la inocencia del paje y respetó siempre en lo sucesivo la verdadera virtud y la santidad. — (*Crónicas de San Francisco. P. II, lib. VIII.*)

*
* *

Respeto debido á la Misa. — San Juan Crisóstomo refiere que, favorecido extraordinariamente por Dios, le fué dado ver que luego que el sacerdote comienza la Misa gran número de espíritus bienaventurados descienden del cielo.

En la vida del R. P. Olimpio, religioso teatino, se lee que celebrando en Nápoles, al lavarse las manos, uno de los asistentes vió que un ángel de extraordinaria belleza derramaba el agua en los dedos del santo religioso.

San Juan Crisóstomo habla también de un piadoso anciano que durante el Santo Sacrificio tuvo la dicha de ver una multitud de ángeles que rodeaban el altar.

*
* *

Excelente modo de oír la Misa. — Lamentábase una buena jóven en el Tribunal de la Penitencia, de que oía mal la Santa Misa.

— ¿Qué haces? le preguntó entonces el confesor, ¿en qué te ocupas?

— No hago otra cosa durante la misa que llorar mis pecados, contestó ella.

— Continúa, pues, replicó el confesor, continúa, que así oyes muy bien la Misa. — (*Lasausse.*)

*
* *

Castigo de un irreverente. — Refiere San Vicente Ferrer que á un hombre que no quiso arrodillarse en el momento de la consagración, se le apareció de un modo visible el demonio y le dijo : « ¡Impío, traidor por quien Jesucristo tanto ha padecido! Si Él hubiese hecho por nosotros la centésima parte de lo que ha padecido por tí, le serviríamos de rodillas día y noche. » Y le dió la muerte. — *(Lefort.)*

*
* *

Misa parroquial. — La Iglesia recomienda con gran empeño la asistencia á la Misa parroquial, nó sólo porque el párroco tiene obligación de ofrecerla por todos los feligreses, sino también porque éstos deben aprender sus deberes de boca de sus pastores. Y Jesucristo dijo : « El que es de Dios, escucha la palabra de Dios (1) » : « Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la practican (2). »

*
* *

Con cuanto respeto debe oírse la palabra de Dios. — Cuando el emperador de la China escribe una carta, la pone dentro de un sobre de púrpura y la envía en un magnífico carro escoltado por la guardia imperial. A su paso todos hacen las manifestaciones del más profundo respeto. Cada chino la saluda con una genuflexión. ¡Cuánto mayor veneración no debe tenerse á las palabras de Dios, que en el lenguaje de los Santos Padres son llamadas *Cartas de Dios!* — (*Lefort.*)

El emperador Constantino el Grande escuchaba frecuentemente de pie las pláticas y sermones por muy

(1) Joan., VIII, 47.
(2) Luc., XI, 28.

largos que fuesen. Como el obispo le suplicara que se sentase respondió : « No me parece propio recibir sentado las órdenes del Soberano del cielo y de la tierra. » — (*Sibillat.*)

La Iglesia, con el fin de alentar á los fieles á oír la palabra de Dios, concede indulgencia de siete años y siete cuarentenas por cada vez que asistan á la explicación del Evangelio los domingos y fiestas; indulgencia plenaria en la Pascua de Navidad, Epifanía, Pascua de Resurrección, Pentecostés y el día de la fiesta de San Pedro y San Pablo.

CUARTO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

Honrar Padre y Madre.

I

— *¿Cuál es el cuarto mandamiento de la ley de Dios?*

— *Honrar padre y madre.*

— *¿Qué nos manda el cuarto mandamiento?*

— *Honrar á nuestros padres y superiores.*

— *¿Cómo se ha de honrar á los padres?*

— *Con amor, reverencia, asistencia y obediencia.*

— *¿Qué quiere decir con amor?*

— *Que debemos amar á los padres tierna y constantemente, como representantes de Dios, cuyo lugar ocupan.*

— *¿Qué quiere decir con reverencia?*

— *Que los hemos de tratar con veneración, respeto y cortesía.*

— *¿Qué quiere decir con asistencia?*

— *Que los debemos asistir corporal y espiritualmente.*

— *¿Qué se entiende por asistencia corporal?*

— *Que debemos socorrerlos en la pobreza, en la vejez y en las enfermedades.*

— *¿Qué se entiende por asistencia espiritual?*

— *Que debemos ayudarlos para que vivan cristiana mente, reciban los sacramentos cuando estén enfermos, y debemos encomendarlos á Dios mientras vivan y después de muertos.*

— ¿Qué quiere decir que se ha de honrar á los padres con obediencia?

— Qué hemos de hacer lo que nos mandan con sencillez, prontitud y alegría.

— ¿En qué cosas debemos obedecerles?

— En todo lo que no se oponga á la ley de Dios.

Respetad á vuestros padres, dice el gran Apóstol, para que seáis felices y viváis largo tiempo en la tierra (1). Dios en el capítulo tercero del Eclesiástico, advierte: el que honra á su madre acumula tesoros; tendrá consuelo en sus hijos, será oída su oración, vivirá larga vida, obtendrá fácilmente el perdón de sus pecados; Dios le bendecirá en todo; en el tiempo de prueba vendrá en su ayuda y le salvará.

Los hijos que faltan á sus padres se atraen la maldición de Dios en esta vida y en la otra, y nada es tan atroz y tan temible como la maldición divina, nada tampoco es tan fatal. Así como Dios promete recompensa y bendición en este mundo y en el otro á los que honran á sus padres, de la misma manera extiende en esta vida, y sobretodo en la eternidad, sus venganzas y maldiciones sobre los malos hijos. — Que se examine el fin de la mayor parte de los hijos perversos, y se verá que ordinariamente mueren de un modo trágico y miserable. Preguntad á aquellos á quienes la justicia condena á la cárcel, á los presidios ó á la muerte, cuál ha sido el principio de sus desórdenes y de sus crímenes, y la mayor parte confesarán que es el desprecio con que han tratado á sus padres. — (*Á Lápide.*)

El que exaspera á su madre es maldito de Dios, dice el Eclesiástico.

(1) Ephes., VI, 2-3.

Cam ultrajó á su padre Noé, y fué maldecido él y toda su posteridad. Los hijos de Helí desobedecieron á su padre y Dios los hirió de muerte...

*
* *

Amor filial. — Las luchas suscitadas entre Octavio y Antonio, triunviros de Roma, ocasionaron grandes horrores. Estos dos tiranos se batieron en Accio; y como Octavio saliese vencedor fué considerada justa su causa y se miró á sus enemigos como á verdaderos criminales. Se decretó entonces la muerte de todos los prisioneros. Entre éstos se encontraba Metelo, que había conquistado singular fama por su heroico valor en los combates. Hallábase á punto de perecer cuando reconociéndolo su hijo, que servía en la armada victoriosa, corrió hacia él y le estrechó con ternura en los brazos. Volviéndose en seguida á Octavio, le dijo : « Mi padre ha combatido contra vos y merece la muerte. Yo os he defendido y merezco recompensa ; la única que os pido es que me permitáis morir en lugar de mi padre. » — (*Sibillat.*)

En China condenado un hombre á que se le cortasen las manos, su hija se presentó al juez y ofreciéndole las suyas le dijo : Hé aquí estas manos que también pertenecen á mi padre, cortadlas y respetad las de mi padre, que son más útiles á mi familia. — (*Id.*)

*
* *

Reverencia debida á los padres. — Bien sabido es el sumo respecto con que trataron á Noé sus hijos Sem y Jafet que tenían ya cien años. — José, el más alto personaje de Egipto, después del rey, recibió á su padre, que era pastor, con la mayor veneración; y el rey Salomón se levantó del trono al ver venir á su madre, le fué al encuentro, la saludó con el más profundo respeto y la hizo sentar en otro trono á su derecha.

Tomás Moro, este célebre canciller de Inglaterra, que murió mártir de su inviolable adhesión á la fe católica, tenía tal veneración á sus padres, que aun cuando desempeñaba muy altas funciones y ya era padre de familia, no salía jamás de su casa sin pedir antes de rodillas la bendición de su padre. — (*Lefort.*)

*
* *

Destino del dinero de un buen hijo. — El año de 1857 un comerciante de Londres compró en veinte mil francos uno de los cuadros más admirados en la exposición de París. Era obra de M. Gérome, artista de escasos recursos; pero que con tal dinero quedaba rico. ¿Qué hará con ese tesoro, fruto de su perseverante trabajo?

— Comprad bonos del Gobierno, le dice uno: es negocio seguro.

— Tomad acciones del ferrocarril, le aconseja otro.

— La propiedad va á subir: yo conozco una pequeña casa que os daría un interés de diez por ciento, agrega un tercero.

— Una pequeña casa, replica el artista, eso es lo que me conviene. Pero la pequeña casa que yo deseo no está en París sino en la ciudad en que reside mi padre. Él pasa todos los días junto á ella y no puede verla sin que suspirando exclame: ¡Quién pudiera terminar allí sus días!... Mi padre será feliz, yo me propongo realizar sus deseos.

En efecto, el artista compra la casa, verdadero castillo á la usanza española y edificado en Francia por su anciano padre. Terminadas las formalidades de la compraventa invita á su padre á hacer su paseo acostumbrado. Al pasar delante de la casa el buen anciano no deja de repetir sus ensueños: ¡Qué simpática casa! murmura en voz baja; está tan bien situada, y no puede estar mejor distribuída; verdaderamente es una joya.

Y luego, dirigiéndose á su hijo, agrega : los ancianos, hijo mío, somos como los niños : yo me avergüenzo de desear una cosa que no puedo obtener; pero experimento cierto placer en halagar mi fantasía con esta quimera : ordeno mi vida en esta habitación como si realmente me perteneciera, la engalano con el espíritu, dispongo en mi imaginación de los encantos con que podría cautivar y he llegado á darme cuenta tan cabal de todo el partido que de ella podría sacar, que lo confieso ingenuamente, si yo tuviese los medios, nada me gustaría tanto como adquirirla; sería la dicha, la felicidad en mi vejez.

— ¿Esta casa, padre mío, sería su delicia? replicó el artista; pues bien, le pertenece; y luego abraza al anciano que, conmovido, no sabía sino admirar y agradecer la generosidad de su hijo. — (*Journal des Bons Exemples.*)

*
* *

Regia recompensa. — Gustavo III, rey de Suecia, yendo de viaje, se encontró con una aldeana que sacaba agua de una fuente. Sin descubrirle su dignidad, le pidió de beber. Ella accedió gustosa; por lo cual el príncipe le preguntó : Amable niña, ¿cuál es tu ocupación en esta soledad? — Socorrer á mi madre, anciana y enferma, contestó ella. — ¿Dónde está tu madre? — En la cabaña que está á la vista. — Entró el rey y vió allí, sobre una estera, á una pobre mujer postrada y casi consumida por las enfermedades. — Conmovido el príncipe exclamó : ¡Pobre infeliz, cuánto te compadezco! — ¡Ah, señor, respondió la enferma, mucho más digna de compasión sería sin esta buena hija, que con su trabajo y cuidados se empeña en prolongar mis días. Dios la premie y la bendiga como yo la bendigo! Consternado el rey entregó una bolsa de dinero

á la aldeana y le dijo : Cuida siempre de tu madre, yo te concederé los medios con que puedas atenderla. Adiós, piadosa niña. Confía en mi palabra : soy vuestro rey. Y el monarca acordó una pensión á la madre y á la hija. ¡Ah! si los reyes de la tierra así aprecian y recompensan tales acciones, ¡qué no hará el Rey de los cielos!

¡Cuántas gracias y bendiciones no concederá en la tierra á los hijos amantes y respetuosos y cuánto mayor será la recompensa que les reserve en la gloria! — (*Sibillat.*)

*
* *

Rasgo de delicadeza. — Cuando se hacía en Venecia el nombramiento de un dux, era costumbre que los senadores recibidos en audiencia solemne, le rindieran homenaje de rodillas. Elegido dux Laurencio Celso adornóse la toga con una cruz de oro á fin de que su padre, que era senador, pudiese referir á la cruz el honor que debía rendirse al gobernante. Desde esa ocasión todos los dux han convenido en llevar una cruz sobre la toga. — (*Carrón.*)

*
* *

Un hijo no debe avergonzarse porque sus padres son pobres. — Aunque llegaseis al más alto grado de esplendor y de fortuna no olvidéis que de vuestros padres habéis recibido la vida, advierte el Eclesiástico.

San Vicente de Paul, en sus primeros años, había servido de pastor. Nunca ocultaba su origen. Un día que el príncipe de Condé le invitó á sentarse á su lado, el humilde sacerdote se excusó diciendo : Demasiado me honra Vuestra Alteza con admitirme en su presencia : ¿ignora acaso que soy hijo de un pobre aldeano? — El príncipe, que tanto se distinguía por su valor como por su sabiduría, le contestó : « La virtud y las

buenas costumbres son la verdadera nobleza del hombre. » — *(Rivad.)*

*
* *

CUÁNTO PUEDE INFLUIR UN BUEN HIJO EN LA SALVACIÓN DE SUS PADRES. — Una niña que pertenecia á una acomodada familia, como hiciera su primera comunión al mismo tiempo que la hija del portero de su casa, obtuvo de sus padres el permiso de invitar á ésta á su mesa para celebrar el día más feliz de la vida. A la hora de comida la hija del humilde portero se presenta radiante de contento. La mas pura alegría parece brillar en su frente. La hija del rico, al contrario, está triste y sombría. Bien se adivina que algunas lágrimas le han corrido por las mejillas. Pronto, su padre le preguntó : « ¿Qué tienes, hija mía? ¿por qué estás triste cuando debieras hallarte más alegre que nunca? Mira á tu buena compañera : ella está mucho más contenta que tú. — Aunque la niña respondía : « No tengo nada, no tengo nada », fácilmente comprendía su padre que algo tenía de particular. Así insiste diciéndole : « Tú me haces mal; me impides comer. Dime con franqueza qué es lo que te aflige, ¿acaso has hecho mal tu primera comunión? Habla, yo te lo mando. » La niña no tuvo ya dificultad. « Mui bien, papá, contestó ella, ya que Ud. lo exige, le diré cuál es el motivo de mi sentimiento : es porque mi compañera ha sido mucho más feliz que yo : ella se acercó á comulgar con su padre y con su madre... yo recibí la santa comunión con mi mamá, pero mi papá no nos acompañó... » A estas palabras sus lágrimas comprimidas se convirtieron en sollozos. « Hija mía, repuso el padre, la lección es un poco dura, pero la acepto : ya no sufrirás por mi causa : mañana me conducirás á tu confesor, que también será mío. » Al día siguiente la hija, con indecible contento,

como un buen ángel, llevaba á su padre á recibir el perdón y las bendiciones de Dios. — *(Mullois.)*

*
* *

Un padre salvado por su hija. — Un padre de familia estaba gravemente enfermo, y como con frecuencia sucede, las personas que le rodeaban, con reprensible y cruel cobardía, por temor de causarle penosa impresión, le ocultaban el peligro en que se hallaba y exponían así su salvación. Por felicidad, aquel padre tenía una hija de edad de ocho años, que ya frecuentaba la iglesia, aprendía el catecismo y no sólo atendía con interés las instrucciones sino que se empeñaba en ponerlas en práctica. Viendo la negligencia de aquellos que no se atrevían á insinuarle á su padre la conveniencia de recibir los sacramentos, resolvió encargarse ella misma de este deber sagrado, y aprovechando un momento en que se encontraba sola con el enfermo : « Mi querido papá, le dijo, Ud. sufre mucho; talvez su vida está en peligro. Yo he oído decir en la iglesia que es una gran desgracia morir sin confesión y que entonces se corre el riesgo de no ir al cielo; yo tendría mucha pena si Ud. muriese así, y nadie se atreve á decirle que es necesario se confiese. » Su padre, lejos de tomar esto á mal, quedó enternecido al notar tan inequívoca prueba de afección. Bendijo á su hija desde el fondo de su corazón y le encargó hiciera venir al cura de la parroquia.

El cura acudió en el acto y administró al enfermo. Su muerte acaeció al día siguiente. Tan dulce fué su reconciliación con Dios, que no cesaba de repetir estas palabras : « Sin mi querida hija, ¿qué habría sido de mí en la eternidad? ¡Qué buena es; á ella deberé mi salvación! »

¡Oh! ¡qué consuelo para tal hija haber sido el ins-

trumento escogido por Dios para la salvación de su padre! — (*Lefort.*)

* * *

Hiere, pero escucha. — Estas célebres palabras de Temístocles han tenido sublime imitación. En una ciudad de Francia, una distinguida joven, que á menudo asistía á la iglesia, entrecortadas sus piadosas oraciones con lágrimas que cuidadosamente enjugaba, se presentó cierto día á un misionero para pedirle consejo y una palabra de aliento en sus dificultades. — ¿Cuál es el motivo de sus penas? le preguntó el sacerdote. — ¡Ah, padre mío! respondió ella, soy muy desgraciada. He perdido á mi madre; y vengo sola á la iglesia! Tengo padre y un hermano; pero ellos no oran. Cuando yo considero á mis compañeras rodeadas de su familia y me veo siempre sola, como una pobre abandonada, siento que se me oprime el corazón y á veces casi me ahogan las lágrimas. — Si dijese Ud. una palabra de religión á su padre ¿quién sabe, replicó el misionero, si Dios le tocaría con su gracia? — Lo he pensado, pero no me atrevo. — Tenga Ud. valor, háblele con confianza y con dulzura; yo rogaré por él.

A la mañana siguiente la joven entró en el estudio de su padre. Estaba solo. A su vista, llena de temor, no pudo tenerse en pie y sollozando fué á caer en las rodillas de su padre. Éste, conmovido le preguntó : Hija mía, ¿qué tienes? ¿te ha ocurrido alguna desgracia? La joven bajó la cabeza y nada contestó. En tal situación fruncio aquél las cejas y no disimuló su impaciencia. Recogiendo sus fuerzas la hija se apresuró entonces á decirle : « ¡Me pregunta, padre mío, cuál es el motivo de mis lágrimas! ¡ah! es el temor por la salvación del alma de Ud. » — Al oír esto, su padre la rechaza y con tono severo la despide : Retírate, niña insolente, ex-

clama, yo no tengo necesidad de tus consejos. Estas palabras de indignación, pronunciadas en alta voz, llamaron la atención del hermano de la joven, que acudió en el acto. ¿Mi hermana le ha ofendido á Ud.? preguntó á su padre; y tomándola de la mano, pretende retirarla de la pieza. La niña se resiste. Su hermano exasperado levanta la mano contra ella. La joven presentándole la otra mejilla : « Puedes ofenderme, le dice; pero no me impedirás hablar de su salvación á nuestro querido padre. » Tal ternura era demasiado para éste. No pudo ya contener las lágrimas. Tendiendo los brazos á su hija : « Pensaré en ello, » le dijo, y enternecido agregó : « Tú me ayudarás, ¿no es verdad? » — « Y tú, dijo la joven estrechando las dos manos de su hermano, y tú ¿no quieres también pensar en este importante asunto de la salvación? » El joven se impacientó de nuevo. « Hiere todavía, exclamó ella y yo bendeciré á Dios si este golpe abre tu corazón, como el primero ha abierto el de nuestro buen padre. » Un tierno abrazo respondió significativamente á estas palabras y en la misma tarde ella se presentaba profundamente conmovida al misionero diciéndole : « Dé gracias á Dios que ha bendecido las plegarias de Ud. : mi padre y mi hermano están aquí : vienen á confesarse. » — (*Id.*)

*
* *

Asistencia filial. — En 1838, el emperador Fernando estableció en Inspruc, capital del Tirol, un gran tiro al blanco. Los tiroleses, entusiastas por esta clase de ejercicios, afluyeron á Inspruc. En esta época vivía en Pustertale una pobre viuda con su hijo único. Su pequeña casa, gravada con hipoteca, amenazaba ruina; y aunque el hijo era de conducta ejemplar y muy trabajador no podía impedir se procediese luego al embargo y remate de los muebles. Como éste oyera hablar del gran

tiro imperial y de los importantes premios ofrecidos á los mejores tiradores, se le ocurrió probar fortuna. Acompañado de los votos que por su felicidad hacía su madre, armado de carabina, partió para Inspruc. Antes de dejar la ciudad natal se dirigió á la iglesia y arrodillándose delante de la imagen de la Santísima Virgen le prometió que si alcanzaba buen éxito absequiaría á la milagrosa imagen la bandera que obtuviese en premio. Fortificado con la oración, continuó su marcha.

Grande fué su sentimiento cuando, al llegar á Inspruc, supo que para tomar parte en el tiro era necesario pagar ocho pesos. Confuso y afligido, mira el blanco, divisa las magníficas banderas que no podría ofrecer ya á la Virgen María y piensa en su buena madre á la cual no llevaría ninguna buena nueva. Entretanto un distinguido caballero observaba el embarazo del aldeano y adivinando la causa le pagó la entrada. Lleno de confianza en el socorro de María á quién había prometido la bandera, tiró con ojo seguro y mano tranquila. Después de certeros disparos dió uno en el centro del blanco : su corazón latía con júbilo. Sin embargo, todavía no estaba cierto de la victoria. Varios habían tenido la misma suerte y podía quedar en línea inferior entre los vencedores. Antes de la última prueba invoca de nuevo á la Madre de Dios y da por segunda vez en el centro. ¡Salió vencedor!... Le entregan la más rica bandera y una suma de cuatrocientos cincuenta pesos. Lo vivan, lo rodean, lo felicitan, creen que va á festejar con alguna parte de su tesoro y lo invitan á vaciar algunas copas en honor de su triunfo. Inútil. Resiste á todas las seducciones. No beberé ni un vaso de cerveza, les dice. « Yo ofrezco la bandera á la Madre de Dios y llevo el dinero á mi madre. » En efecto, bien pronto las deudas del modesto menaje estuvieron pa-

gadas, la casa que amenazaba ruina estaba reparada y la miseria no visitó ya el hogar de la dichosa madre á la cual Dios había bendecido concediéndole tan virtuoso hijo. — (*Id.*)

*
* *

Abnegación filial. — Un niño sentía agudos dolores á causa de la caries de un diente. Su madre, viéndole padecer y no pudiendo persuadirle á que se lo hiciese arrancar, se entendió con un dentista para hacer creer al hijo que aquél le daría una hermosa moneda por cada diente que se dejase sacar. El niño aceptó la propuesta y dócilmente se hizo conducir á casa del dentista. Este se desempeñó con toda destreza y, en lugar de exigir retribución de su cliente, le pagó lo convenido. Algún tiempo después, inesperados reveses sumieron á la familia del niño en la mayor pobreza. Un día éste sorprendió á su madre deshecha en llanto. Se arrojó a sus rodillas, la abrazó con efusión y sonriendo, como si hubiese encontrado un remedio para las penas de sus padres : « Madre mía, exclamó, no llore; si tiene necesidad de dinero, hágame arrancar otro diente y yo le daré el precio. » — (*Id.*)

*
* *

Los hijos deben socorrer á sus padres en sus necesidades espirituales. — ¡Qué lazo tan funesto tiende el demonio á las almas, sobretodo de los ricos, impidiendo que reciban á tiempo los Santos Sacramentos! ¿Y qué esto suceda aún en familias que pasan por piadosas? « Señor, decían al médico unos pobres, pero fervientes católicos : si nos viera Ud. enfermos, avísenos con tiempo el peligro, que no queremos *morir á lo rico.* » Y como esto es á veces difícil de conseguir, he aquí el medio de que se valió una buena hija. — Oigamos al mismo Cura-Párroco de ésta. En 1824 me hizo lla-

mar una jóven enferma atacada de lamparones. Vivía en casa de su madre, mujer de unos cincuenta años, viuda de mucho tiempo, que por desgracia no frecuentaba los Sacramentos. Le hablé de esto muchas veces, pero siempre inútilmente; tanto, que por no verme, se metía en su aposento cuando yo entraba en la casa. La hija, iba acercándose á su fin, bien que parecía no inquietarse de esto, y hablaba de la muerte con tanto sosiego, que cualquiera habría dicho que ningun temor y amargura le daba. Un día, después de confesarla, me rogó llamase á su madre. Entra ésta y se admira de ver á la hija llorando contra su costumbre, pues ordinariamente estaba alegre á pesar de sus padecimientos. « ¿Qué llanto es ese, hija mía, le dice; pierdes el valor después de haber tenido tanta paciencia? — No, madre mía, no,.. más hoy debo despedirme de Ud. por última vez. ¡Ah! ¡cuán doloroso es esto! — ¿Y por qué? ¿no estás acaso resignada? — Sí, mamá, lo estoy, mas hoy me despido de Ud. para siempre. — Eso no, hija mía. — Sí, mamá, mi adios es eterno. Ud. y yo no seguiremos el mismo camino. Recibiendo los Sacramentos, yo estoy en el camino que nos traza la religión santa y espero la dicha que ella promete á los buenos; mas alejándose Ud. de los Sacramentos, no puede pretender lo mismo. No llegaremos, pues, las dos al mismo término. »

Entretanto, testigo yo de una escena que no aguardaba ni me era posible prever, no acertaba á volver de mi sorpresa. La madre había cambiado de color, estaba agitada. Entonces la hija moribunda, reuniendo todas sus fuerzas, é incorporándose como pudo : « ¡Oh, Dios! exclamó, ¡madre querida, madre mía! ¡no veré, pues, más á Ud.! ¡Qué desgracia!... ¡Adios, madre mía, adios para siempre! sí, sí, ¡para siempre! » — Á estas pala-

bras, cae la madre desmayada. Minutos después, reanimándose un poco, se levanta : « Consuélate, hija mía; no estaremos separadas : yo he sido tu madre, tú eres hoy la mía. Iré á confesarme, y de hoy en adelante seré católica en obras como lo era en sentimientos. Señor Cura, añadió, ¿quiere Ud. ser desde hoy mi confesor? quiero dar este consuelo á mi hija ántes que muera; que vea á lo menos que he comenzado. » — Le señalé una hora de la tarde. Cumplió la promesa y no parece quiera desmentirse. Este feliz cambio llenó de gozo á la joven, que algunos días después, con la felicidad de los Santos, descansó en el Señor. — (*Mach.*)

II

— ¿Qué ordena á los padres el cuarto mandamiento?

— Alimentar, educar, instruír, corregir, vigilar, dar buen ejemplo á sus hijos, y estado no contrario á su voluntad.

— ¿Qué harán los padres para educar cristianamente á sus hijos?

— Enseñarles la religión inspirarles aborrecimiento al pecado, separarlos de las malas compañías y no confiar su educación sino á establecimientos en que no peligre su fe.

Los hijos son de Dios. El Señor dice á todos los padres y madres : « Tomad este niño, alimetadlo y os recompensaré » *Éxodo*, II, 9. « Guardad á vuestro hijo. Si se pierde vuestra alma pagará por la suya (1). » « Os pediré cuenta de la sangre de vuestros hijos (2). »

El primer deber de los padres es ser virtuosos. Es la mayor riqueza para ellos y para sus hijos. Las virtudes

(1) Reg., XX, 39.
(2) Ezech., III, 18.

como los vicios de los padres, se forman y se arraigan en el alma de los hijos desde el mismo acto de la concepción. Una sangre impura engendra hijos viciosos; una sangre pura da hijos inclinados al bien (1). Si los padres no son virtuosos ¿cómo han de inspirar á sus hijos el amor á la virtud? Quererles dar lecciones y contradecir con malos ejemplos las máximas emitidas, es una vergüenza y un crimen; es acariciar con una mano y herir con la otra... El Señor, dice la Escritura, castiga el pecado de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación.

Los padres están obligados á la vigilancia : vigilancia de parte de la madre, cuando lleva á su hijo en su seno, á fin de no cometer ninguna imprudencia, ya andando, ya trabajando, ya comiendo ó bebiendo, ora haciendo fuerzas, ora encolerizándose, etc.

Vigilancia de parte del marido para rodear de cuidados á su esposa, para hacer él mismo ó mandar hacer los trabajos más penosos que tengan que ejecutarse.

Vigilancia para evitarle malos tratamientos.

Vigilancia de ambos para nombrar padrinos virtuosos y para hacer bautizar pronto al niño recién nacido.

Vigilancia de parte de la madre para criar ella misma á su hijo; y si eso no es posible, para proporcionarse una nodriza de buenas costumbres, buena salud y reputación. Porque está declarado por los médicos y por la experiencia que el niño al tomar la leche de la nodriza se inocula al mismo tiempo las enfermedades y vicios de élla.

Vigilancia para no acostar á los niños en la misma cama de sus padres mientras sean menores de un año.

(1) A Lápide.

No deben colocar la cuna en un sitio húmedo ó en el suelo, por miedo de algún accidente, ni dejar los niños solos en la casa. Es menester tenerlos ó hacerlos tener con prudencia y modestia.

Vigilancia para darles la instrucción necesaria, hacerles frecuentar la confesión y prepararles á la acción más importante de la vida, la primera comunión.

Vigilancia para apartarlos de las malas compañías.

Vigilancia para darles buenos principios, hacerles amar la virtud y detestar el pecado.

Vigilancia para guiarlos al entrar en la sociedad.

Vigilancia para no poner trabas á su vocación cuando es conveniente, y sobretodo cuando es excelente.

Finalmente, vigilancia para alimentarlos y vestirlos según su condición, con limpieza; pero sin dar pábulo á la vanidad.

Corregid á vuestro hijo mientras es tiempo; extirpad sus vicios nacientes. No hay defecto que no pueda destruírse en un niño, si las correcciones son prudentes y constantes. Que la severidad se halle mezclada con la dulzura. El que cuando corrige se da á la ira se perjudica á sí mismo y perjudica al niño, dicen los Proverbios. Con la cólera exaspera y escandaliza al hijo lejos de curarlo. Corregir con ira no es obedecer á la caridad sino á la pasión... Hecha con calma, la corrección inspira respeto; hecha con arrebato, excita la rebeldía y no produce ningún bien.

*
* *

El Sistema preventivo. — La vigilancia antes indicada pone casi en la imposibilidad de que se cometa una falta; es la educación por excelencia, el medio infalible para formar hombres honrados, buenos ciudadanos, cristianos ejemplares; constituye lo que Don Bosco llama sistema preventivo por él usado en la *Pía*

Sociedad Salesiana con éxito admirable. Está fundado en la razón, la religión, la caridad : *Todo por amor; nada por fuerza.* Exige gran abnegación en los educadores; excluye cualquier castigo violento, y con afabilidad, constancia y firmeza, procura alejar hasta la sombra del más ligero; alienta siempre, jamás humilla; templa el carácter, no lo agria. Ganado el corazón se hacen prodigios. Y este sistema es aplicable no sólo en la familia sino también en establecimientos de todo género, aún en las cárceles. He aquí la prueba.

El año de 1855 en la *Generala,* cárcel de Turín, más de trecientos prisioneros oían las intrucciones morales de Don Bosco. Cierta ocasión, en que después de siete días de ejercicios espirituales recibieron con manifiesta piedad los santos sacramentos, Don Bosco concibió la singular idea de darles en recompensa un día de libertad, y se presenta al Alcaide de la penitenciaría á pedirle se sirva permitirles hacer un paseo á la *villa real de Stupigni.* Para el prisionero un día de aire libre, lejos de los estrechos muros que lo encierran, es el solaz más ambicionado. El Alcaide, oída la propuesta, queda estupefacto; le parece una quimera de Don Bosco, y se excusa diciéndole que sólo el Ministro del Interior puede autorizar cosa semejante.

Don Bosco sabe que para conseguir grandes intentos no basta un paso; que más meritorio es el bien que mayores obstáculos vence; llega, pues, al Ministro Ratazzi, quien con no menos asombro que el Alcaide, al oir la solicitud exclama : « ¡Me pide usted un imposible! » — No, Excelentísimo Señor; permítame insistir; las disposiciones de los encarcelados son excelentes; estoy seguro de su docilidad y de que ninguno burlará mi confianza.

Ratazzi reflexiona breves instantes... Bien, le dice,

accedo á los deseos de usted, y le proporcionaré cincuenta carabineros, que á la distancia estén atentos á cualquier rebelión que pudiera ocurrir. — Nada tema, Excelentísimo Señor; yo soy responsable. La vista de la milicia amargaría el placer de los agraciados...

Ocurrió entonces un fenómeno extraordinario : el Ministro Ratazzi, que muy lejos estaba de ser *clerical*, acepta aquella proposición si bien generosa, harto temeraria en apariencia.

Con tal licencia, el día indicado, después de misa, tuvo lugar el paseo. Trecientos cincuenta encarcelados salen á Stupigni, en buen orden, radiantes de contento, guiados tranquila y paternalmente sólo por Don Bosco. Casi cinco leguas de ida y otras tantas de vuelta no eran demasiado para quienes suspiraban por movimiento y expansión. Describir las escenas de placer, las impresiones de los presidarios en aquel día es imposible. Lo cierto es que no ocurrió ni sombra de desorden. La gran preocupación de todos ellos era llenar de tiernas manifestaciones á su padre, y como lo notasen un tanto fatigado, descargan el animal que conduce las provisiones y montan en él á Don Bosco, sin permitirle darse siquiera la molestia de tener las riendas. En cuanto á las provisiones ellos mismos se encargaron de llevarlas á hombro.

En la tarde, de vuelta en la cárcel, pasó lista el Alcaide. No faltaba ni uno solo. — (*D'Espiney. — Du Boys.*)

*
* *

Obermayer. — Este insigne criminalista, sólidamente religioso, de dulce y firme carácter, era director de la cárcel central de Munich. Una noche estalla en la ciudad un incendio formidable; faltaban brazos para contenerlo; la ruina era inminente; las pérdidas iban á ser considerables. Obermayer, con ese arranque que sólo

tienen los genios, con gran confianza en el ascendiente extraordinario que había alcanzado sobre los prisioneros sometidos á su gobierno, ejecuta un acto verdaderamente heroico. Sale de la prisión con todos los reclusos, los lleva al incendio, les hace trabajar y él á la cabeza de ellos. Aquellos hombres castigados por delincuentes, sometidos á régimen y privación de libertad, se convierten en celosos salvadores de las personas y de las cosas, sin que ocurriese el menor atentado contra las unas ni las otras; y, dominado el fuego, todos los penados vuelven á su sitio. Las autoridades estaban preocupadas con la idea de que aquellas gentes hubieran podido romper sus cadenas, y como temían que la ciudad se viese amenazada, lo primero que se procura es saber si la población penal está completa. Obermayer hace el recuento delante de la autoridad, y no le falta ninguno. — (*Albert du Boys.*)

*
* *

El Coronel D. Manuel Montesinos. — Director del presidio de Valencia en España, desde el año 1835 á 1850; genio semejante al anterior, su vida está llena de episodios sobremanera interesantes. Tenía fe, procuraba levantar cristianamente el espíritu de los criminales, sin herirles jamás la dignidad; hacíales comprender que el reglamento y orden son indispensables; pero siempre, y en toda ocasión los trataba con caridad, y por eso los reclusos del penal de San Agustín adoraban á su comandante. Consta en documentos fehacientes que visitado el presidio por un empleado de Hacienda, llegó el momento de ir á buscar la suma para el pago del personal y material. Montesinos llama á uno de los presidarios y le manda por el dinero, como lo haciá con frecuencia, sin que jamás ninguno faltase á su confianza.

Hizo más. Cuando se trató de organizar en Madrid un presidio modelo, se pidió al de Valencia un núcleo de penados, de los más hábiles trabajadores, para que viniese á constituir la base del penal. Montesinos envió, en efecto, cincuenta penados, con varios carros, telares y efectos de valor, acompañados por un viejo capataz. Cuando llegaron, el Director general dijo : — Qué suba el oficial de la escolta. — No viene ningún oficial, le contestaron. — Pues que suba el sargento. — No hay sargento tampoco. — ¿Y con quién han venido los cincuenta presidarios? — Con un viejo capataz.

Asombrado el Director general, quiso verlo personalmente, y así pudo comprobar que los carros, con todo lo que traían, habían llegado, sin que en el tránsito los penados hubiesen dado motivo á ninguna censura. — *(Francisco Lastres.)*

*
* *

Últimas palabras de San Luis á su hijo Felipe. — Hé aquí las principales recomendaciones que San Luis, ya moribundo, hacía á su hijo Felipe y que constituyen la herencia más preciosa que pudo dejarle : « Hijo mío, la primera cosa que te recomiendo, es que ames á Dios con todo tu corazón, y desees sufrir todos los tormentos, más bien que pecar mortalmente. Si Dios te envía adversidades, súfrelas con resignación y piensa que las has merecido. Confiésate á menudo, asiste á misa con devoción y oye la palabra de Dios. Mantén las buenas costumbres en tu reino y corrige las malas. No cargues á tu pueblo de impuestos; sírvete de hombres prudentes y concienzudos. Que nadie sea bastante atrevido para decir ante ti malas palabras ya contra la modestia, ya contra la caridad. Dá á menudo gracias á Dios. Sé caritativo con los pobres y justo con todo el mundo. Ama, honra y protege al clero. Te suplico, hijo mío,

que te acuerdes de mí y de mi pobre alma y me obtengas en todo el reino sufragios de misas, oraciones y limosnas. Te doy todas las bendiciones que un buen padre puede dar á su hijo. » — *(Historia de Francia.)*

*
* *

Mala educación. — En una carta, escrita por un capellán de armada en Crimea, se lee lo siguiente : « Un triste recuerdo se presenta á mi espíritu. Un joven, desde la infancia, había sido destinado á la carrera militar. Las inclinaciones de éste correspondían á los deseos de sus padres. Se trataba de prepararlo para los exámenes y un maestro sin principios ofreció sus lecciones al estudiante. Los padres estuvieron indecisos. No se atrevían á comprometer la vida moral del niño para conseguir una ventaja temporal. Por desgracia, cedieron al fin y á fuerza de sacrificios se llevó á terminó tan triste educación. Á medida que el hijo iba creciendo, iba corrompiéndosele más y más el corazón. Toda la moral enseñada por su preceptor consistía en buscar el placer y huír del dolor.

Concluído este deplorable curso de educación, el estudiante pasó á ser oficial. Algún tiempo después obtuvo el grado de capitán.

Un día, después de una terrible batalla, lo encontré tendido en el campo; estaba herido y se revolcaba en su propia sangre. Me arrodillé junto á él : « Ud. sufre mucho, le dije. — ¡Ah, señor capellán! me contestó con sardónica sonrisa, ¡ésta es la gloria humana! ¡qué magnífica gloria! Vea adonde conduce; ya lo sé yo por experiencia. — Pero, capitán, no todo está perdido, le repliqué. Luego que Ud. cure de su herida, recibirá una condecoración y alcanzará un grado superior. » — Por toda respuesta el capitán me indicó que levantase la tosca manta con que le habían cubierto. Un proyectil

de granada le había destrozado un costado dejándole visibles las entrañas. « Es verdad, exclamé, sin poder disimular mi horror, ¡cuán miserable es la gloria humana! pero hay otra gloria para los valientes que han cumplido su deber. En la otra vida. » ... Sin dejarme continuar, me interrumpió : « Señor capellán, no me hable Ud. de eso, no me agrada ese tema. — Pero capitán... — No me hable de eso, le repito. Yo he trabajo por la gloria y la gloria se me escapa ; moriré desesperado. » Todos mis esfuerzos fueron vanos para infundir un pensamiento consolador al moribundo. Su mirada era terrible, sus labios contraídos simulaban una sonrisa satánica mezclada de furor y desesperación. Luego me pidió un calmante para aliviar sus atroces sufrimientos. Fuí á buscárselo. Cuando volví había muerto.

¡Infortunados padres! ¡cuán ciega fué vuestra ambición! Presentasteis la gloria humana á vuestro hijo como el término de sus esperanzas. Habéis sido demasiado crueles. Le hicisteis acariciar un falso ideal ; la gloria humana es un fantasma. — *(Poussin.)*

*
* *

El más seguro medio de hacer desgraciado á un hijo es dejarle hacer en todo su voluntad. — Dionisio, tirano de Siracusa, teniendo bajo su custodia al hijo de Dión, su enemigo, proyectó contra éste una venganza tanto más cruel cuanto que se encubría con las apariencias de la benevolencia. En lugar de decretar la muerte de su prisionero ó de dejarlo consumirse en oscuro calabozo, se propuso corromperle todas las buenas cualidades del alma. Con este intento, le permitió hacer cuanto quisiese : lo abandonó enteramente á sus fantasías y caprichos y ordenó se le dejara satisfacer en todo su voluntad. El niño, halagado por los placeres, se entregó á los más deplorables excesos.

Se le complacía en todos sus deseos y se le aplaudían todas sus faltas. En seguida fué devuelto á su padre, que en vano se empeñó en corregirlo. Irritado el hijo por las reconvenciones y sujeción á que no estaba acostumbrado, parecióle insoportable el hogar paterno y se arrojó desde lo alto de la terraza del palacio. Su cráneo saltó hecho pedazos. — *(Lefort.)*

*
* *

Los padres deben corregir á sus hijos. — Una señora tenía un niño tan mimado que había llegado á hacerse insoportable, poniéndose furioso á la menor resistencia con que se quisiera contrariar sus caprichos. El marido de esta señora, sus padres y amigos le hacían á ella repetidas observaciones, y le manifestaban que con ese sistema labraría la desgracia de su hijo. Todo era inútil.

Un día que la señora estaba en su habitación, oyó los llantos del niño que se hallaba en el patio. Preguntó la madre el motivo y éste contestó que el criado no quería darle lo que le pedía.

— Eres un majadero, dijo al sirviente la señora. Debes obedecer y darle al niño lo que pide.

— Pero, señora, respondió el criado, aunque el niño esté gritando hasta mañana, no se lo podré dar.

Al oír estas palabras, la señora se puso colérica, corrió al salón donde, con varios amigos, estaba su esposo y le pidió que despidiese inmediatamente al criado desobediente.

El marido, que era tan condescendiente con su mujer, como ésta lo era con su hijo, la siguió sin replicarle, mientras las demás personas que se encontraban en la casa se asomaban á la ventana para ver de qué se trataba.

— Insolente, dijo el marido al criado, ¿cómo te atre

ves á desobedecer á tu señora y negar al niño lo que pide?

— Á la verdad, señor, dijo el criado, la señora misma no es capaz de dar á su hijo lo que quiere : acaba de ver la luna que se refleja en el agua y exige que se la coja.

Al oír la respuesta del criado, todos soltaron una carcajada. Aun la señora, á pesar de su enojo, no pudo dejar de reír, y tan corrida quedó con esta escena, que le bastó para corregirse... ¡Cuántas madres tienen necesidad de una lección semejante! — *(Mensajero del pueblo.)*

* * *

Importancia del ejemplo que dan los padres á sus hijos. — Una virtuosa madre tenía un hijo al cual instruyó y educó con el mayor cuidado. Dios bendijo sus esfuerzos de tal manera, que pronto la piedad del hijo igualó á la de la madre. Llegado el momento de la primera comunión, se acercó al altar con el recogimiento de un ángel. La alegría del cielo brillaba en su frente y lágrimas de gozo saltaban de sus ojos. Sus progresos eran rápidos en la virtud ; mas, á la edad de diez y siete años comenzó á decaer y á dejar de frecuentar los sacramentos. No tardó en reparar en ello su piadosa madre. Alarmada en extremo trató de averiguar la causa ; pero sus indigaciones eran inútiles. No tenía malas compañías ni leía malos libros... Traspasada de dolor, entra un día en el cuarto del hijo, y dando libre curso á sus lágrimas, le ruega encarecidamente le manifieste la causa del cambio de su conducta. — Pero, mamá, contesta el joven admirado, Ud. se alarma sin motivo : yo soy el mismo; yo continúo amándola á Ud. con la misma ternura. — Hijo mío, replica ella sollozando, tu finges no entenderme : yo no me quejo de tu amor para conmigo... Mas ¿no tiene Dios de qué quejarse de

tí? ¡Ah! díme, ¿por qué has cambiado para con él? — ¡Pero, mamá!... — Hijo mío, tú no me puedes engañar sobre esto, ni debes engañarte á tí mismo; te lo pido por favor, por el amor que te tengo, descúbreme tu corazón... El joven baja la cabeza y guarda silencio. La madre redobla sus lágrimas y súplicas; por fin, el hijo se enternece. — Puesto que Ud. lo exige, le dice, no le ocultaré nada: se lo confieso; instruído por las lecciones y los ejemplos que Ud. me daba, amaba la religión, practicaba los deberes que ella impone y encontraba en esto mi placer y mi dicha. Era sobretodo feliz, sí, muy feliz en la época en que hice mi primera comunión; mas, después... he reflexionado. Mamá, yo la quiero á Ud. con toda mi alma; pero Ud. no es ya mi modelo... quiero imitar á mi papá... veo que todos lo respetan, lo estiman y lo buscan; yo quisiera asemejarme á él, y sé que mi papá no practica la religión como Ud. Talvez no tuviera las mismas consideraciones conmigo si yo no siguiera su ejemplo... Además mi papá es instruído é incapaz de obrar contra su conciencia; no se alarme Ud., yo quisiera ser semejante á mi papá. — ¡Ah, hijo mío! exclamó la madre ¡qué revelación! — No, no te diré nada; pero permanece, te lo ruego, en tu cuarto. — Después de estas palabras entrecortadas, se dirige al aposento de su marido, á quien alarma con exclamaciones de dolor. Trata éste de calmarla y de saber la causa de tales lágrimas; pero ella sólo puede decirle: ¡Ah, amigo mío, vuestro hijo!... Y cae desmayada en sus brazos. Le prodigan toda especie de cuidados, y cobrando al fin algunas fuerzas, refiere llorando la escena que acaba de desgarrar su corazón. Al oír tan inesperado relato, el padre queda estupefacto. Pronto, rodándosele las lágrimas, exclama: ¡Oh, esposa mía! ¿dónde está mi hijo? — Lo he dejado

en su cuarto. — Pues ven conmigo. — Se dirigen juntos al aposento del joven, y el padre se detiene en el umbral : « Hijo mío, le dice, lanzando profundos suspiros, ¡cuán duro es para un padre acusarse delante de su hijo! Sí, soy culpable,... tu madre me lo ha contado todo. Mas no acuses mi fe, que ha permanecido pura é intacta en mi corazón. Un triste respeto humano me ha impedido conformar mi conducta con mis creencias. ¡Ah! no me había figurado que mi conducta y mi ejemplo pudiesen ser tan funestos. Pero, hijo mío, la lección ha sido terrible. Tú me vuelves á la virtud y á la religión ; tu acabas de iluminarme y de devolverme el valor. Ven, yo te devolveré también la piedad; abrázame. ¿Quién es tu confesor? Quiero que sea también el mío; vamos á hacerle juntos, tú la confesión de tu debilidad, y yo la confesión de mi crimen. En el acto, ambos fueron al tribunal de la penitencia y la piedad llenó de consuelo á la familia. — (*Guyón.*)

*
* *

Funesto suceso. — En 1838, conducido un criminal á los tribunales, fué condenado á quince años de presidio. Recibió con calma la sentencia. Solicitó en seguida un instante de silencio y pronunció las siguientes palabras : « Yo perdono á los jueces que acaban de decretar mi sentencia, ella es justa; perdono á los gendarmes que van á llevarme al calabozo; pero hay un hombre en este recinto al cual yo no perdono : este hombre es mi padre. Allí está (y mostró al infortunado anciano que había venido al tribunal). Si él me hubiese dado buen ejemplo, si me hubiese corregido y castigado en mi juventud, yo no me encontraría en el banco de los acusados. A estas terribles palabras, el padre cayó muerto. Y mientras conducían al hijo á la prisión, acompañaban al padre al cementerio. — (*Sibillat.*)

Por honor. — Un esforzado romano, viendo á su hija prisionera en ocasión inmediata de perder el honor, suplicó al guardián le permitiese una última entrevista con ella. El carcelero Apio consintió. El desgraciado padre la llamó aparte y sacando un puñal, le dijo : Ved, mi querida hija, el solo medio de salvar tu honor, y le enterró el arma en el corazón. Que la conducta temeraria de este padre pagano condene la criminal debilidad de gran número de padres cristianos que lejos de apartar á sus hijos de las ocasiones de perder la inocencia, la virtud y el honor, muchas veces se las proporcionan y fomentan. — (*Ibid.*)

*
* *

Los padres deben respetar la vocación de sus hijos. — Entre los deberes de los padres para con sus hijos, uno de los principales, más serios é importantes es, después de ayudarles á conocer la vocación, facilitarles los medios de seguirla. La vocación es asunto de vida ó muerte para el alma; sin embargo, muchos se desentienden de ella, aun entre las familias cristianas. ¡ Y cuántas desgracias ocurren por contrariar los padres la vocación de sus hijos ! En Tudela, en España, un caballero que poseía cuantioso caudal, destinaba su hijo único á perpetuar su nombre. No obstante, sintiéndose el hijo llamado al estado eclesiástico, fueron tantos sus empeños que consiguió entrar en una congregación religiosa. Su padre, sin poder resignarse, fué á buscarle al noviciado y á fuerza de ruegos y lágrimas obtuvo de su hijo saliera al mundo. De vuelta á la casa paterna volvió el hijo á sentir el llamamiento de Dios y tomó el hábito de San Francisco. Redobló el padre sus instancias y por segunda vez consiguió de su hijo abandonara el claustro. Quiso, en seguida, casarle según su fantasía. El hijo no convino en ello. Se produ-

jeron entonces tales querellas y discordias, que el hijo, en la exaltación y furor de una discusión, mató á su padre. La justicia prendió al criminal que terminó sus días en uno cadalso. — *(Lefort.)*

III

— *¿Cuáles son las obligaciones de los inferiores con sus superiores?*

— *Estas tres : amor, respeto y obediencia.*

— *¿Cuántas clases de superiores tenemos los cristianos?*

— *Dos : temporales y espirituales.*

— *¿Cuáles son los superiores temporales?*

— *Los presidentes y gobernantes, los amos, los maestros y los ancianos.*

— *¿Cuáles son nuestros superiores espirituales?*

— *Nuestro Santo Padre el Papa, los señores Obispos, los sacerdotes y los padrinos.*

— *¿A qué estan obligados los superiores?*

— *A procurar la felicidad espiritual y temporal de sus inferiores.*

— *¿Cómo deben portarse los criados con sus amos?*

— *Les deben servir con sumisión, respeto, obediencia y fidelidad.*

— *¿Cuáles son las obligaciones de los amos para con sus criados?*

— *Tratarlos con benignidad, instruírlos, corregirlos y pagarles puntualmente su salario.*

El primer deber de los amos es la bondad. Vosotros, amos, dice San Pablo, usad caridad con vuestros criados sin tratarlos con rudeza ni amenazas, considerando que unos y otros tenéis un mismo Señor en los cielos y

que no hay en Dios acepción de personas. Todos tenemos por Padre á Dios; todos somos hermanos y miembros de Jesucristo; todos estamos destinados á la misma herencia celestial.

Los amos deben ser vigilantes con sus criados, elegirlos bien á fin de no tener en su casa más que gente prudente y temerosa de Dios, servidores que no sean ni violentos ni blasfemos, ni dados á la embriaguez, ni insolentes, ni libertinos, ni de mal ejemplo. Esto es de la mayor consecuencia para los hijos que, inclinados á imitar todo lo que ven, aprenden de los criados imprudentes é inmorales lo que jamás debieran saber. Un criado de malas costumbres basta para desmoralizar á todos sus compañeros.

Es preciso cuidar de que los criados no pierdan el tiempo; pues que la ociosidad es madre de todos los vicios; pero también es preciso no agobiarlos de trabajo, sin olvidar que son nuestros semejantes, y no bestias de carga. Debe exigírseles que santifiquen las fiestas y cumplan con el deber pascual.

Los criados deben honrar á sus amos con sus palabras, sus modales dignos, y deben defender su honor; no hablar nunca de ellos sino en términos respetuosos y ocultar con prudencia sus defectos. Deben trabajar concienzudamente, cuidar de los intereses de sus amos y conservarlos, sin causarles perjuicios, sin defraudarlos y con lealtad perfecta, como enseña San Pablo.

*
* *

Murmuraciones castigadas. — María, hermana de Moisés, el más dulce de todos los hombres, como dice la Escritura, habiendo murmurado contra su hermano, descendió el Señor en una columna de nubes y á la entrada del Tabernáculo, dijo á María y á Aarón, su

hermano, cómplice también del mismo crimen : « ¿Por qué no habéis temido hablar contra Moisés, mi servidor? » Se manifestó entonces su cólera contra ellos.

Bien pronto María quedó cubierta de lepra. Viendo esto Aarón, dijo á Moisés : « Os suplico no nos imputéis el pecado que torpemente hemos cometido contra vos y que no venga sobre mi hermana la sombra de la muerte. Ya veis que la lepra se ha apoderado de la mitad de su cuerpo. » Consternado Moisés se dirigió al Señor y le dijo : « ¡Oh, Dios! sanadla, os lo suplico. » El Señor le respondió : « Si su padre la hubiera escupido al rostro ¿no hubiera debido pasar al menos siete días confundida de vergüenza? Que se la eche, pues, al campo y vuelva después de siete días » — (*Núm.*, XII.)

Los israelitas murmuraron contra Moisés. Fatigados de la larga marcha en el desierto, le dijeron : « ¿Por qué nos habéis sacado de Egipto para hacernos morir en el desierto? Nos falta el pan, no tenemos agua, estamos hastiados del maná... » Dios entonces, para castigarlos por estas murmuraciones, sembró el campo de serpientes cuyas picaduras quemaban como fuego y les producían la muerte. Los israelitas se humillaron y dirigiéndose á Moisés le dijeron : « Hemos pecado, porque hemos hablado contra el Señor y contra vos... » Moisés se compadeció de ellos y rogó á Dios les perdonase. El Señor, aplacada ya su indignación, le ordenó hiciera una serpiente de bronce y la colocase en lo alto de un estandarte, para que todo el que hubiese sido herido, con sólo mirar esta serpiente curase. — (*Núm.*, XXI.)

*
* *

UN ACÓLITO QUE LLEGÓ Á SER GENERAL. — El joven Lefort, se educaba en un seminario bajo la dirección del abate Bermont en Nogent-le-Rotrou. La revolución llegó á

turbar la paz hasta en aquel establecimiento, y el seminarista, aunque á pesar suyo, fué incorporado en la milicia. Lefort se aficionó á la carrera de las armas. Su seriedad, circunspección y valor, unidos á una rara instrucción y á una conducta irreprochable, le hicieron alcanzar las más altas distinciones. En pocos años, obtuvo los primeros grados de la armada. El año 1808, después de la guerra con Alemania, siendo general, recibió orden de dirigirse á España. Nogent-le-Rotrou se encontraba precisamente en el camino. Esta ciudad le traía los más dulces recuerdos de la infancia. Apenas hubo llegado á Nogent, el general se informa de la suerte del digno abate Bermont y con gran contento supo que aun se hallaba al servicio de aquella parroquia. En el acto mandó un ayudante para suplicarle tuviese á bien dirigirse á la fonda *del Delfín*, donde le esperaba.

El sacerdote, sin imaginarse la sorpresa que le aguardaba y pensando quizás se trataba de visitar á un enfermo, acudió al punto. Luego que llegó le hicieron entrar en un comedor espléndidamente alumbrado y no pudo disimular su confusión al verse en presencia de una mesa magníficamente servida al rededor de la cual se veían numerosos oficiales vestidos de gran parada : todo un estado mayor.

Me he equivocado, sin duda, exclamó dando un paso atrás y buscando la puerta. — No, no, de ningún modo, replicó una voz animada y simpática, es á vos á quien esperábamos. Al mismo tiempo el general que presidía la mesa, presuroso se levanta y yendo al encuentro del abate Bermont, le estrecha afectuosamente en sus brazos. ¿Os acordáis de mí, mí querido señor Bermont? le dijo, mientras éste le miraba estupefacto. — No sabría deciros... No tengo presente... Os confieso con franqueza que no me acuerdo... en qué época... en qué

circunstancias... Vuestra fisonomía no me parece del todo desconocida. — Ya lo creo. Yo soy Lefort, el acólito que os ayudó la misa durante cinco ó seis años; Lefort, á quien enseñasteis á declinar *musa musæ*, la musa, *rosa rosæ*, la rosa, y á traducir los comentarios de César. De mi pobre latín, ya casi ni me acuerdo; pero lo que nunca he olvidado, mi querido maestro, son vuestros excelentes consejos, vuestra exquisita bondad, la solicitud paternal con que me atendíais en la niñez. — ¡Ah! ya me acuerdo, dijo el buen cura, en cuyos ojos asomaban las lágrimas.

Un asiento estaba reservado al lado del general. Este hizo sentar allí al anciano y, con tierna emoción, estrechóle de nuevo calurosamente las manos. En seguida, radiante de contento, se dirigió á los oficiales que le rodeaban y que llenos de interés y curiosidad contemplaban esta escena, y les dijo : « Señores, os presento á este respetable sacerdote que me enseñó á conocer, amar y servir á Dios como á marchar con paso firme por el camino del honor. Si algo valgo al presente, me complazco en decirlo, es al digno abate Bermont á quien lo debo. Señores, agregó alzando su copa, ¡á la salud del mejor de los sacerdotes!

Estas palabras fueron acogidas con un trueno de bravos, y no hubo un solo oficial que no se empeñase en tributar sus honores al cura. Llegado el momento de separarse, el general, después de abrazarle con lágrimas en los ojos y no estando menos conmovido el buen anciano, vació su bolsillo en manos del sacerdote y le dijo : « Mi querido abate, es necesario que se traslúzca en vuestros pobres la felicidad que siento al veros y abrazaros. » — (*Catéchisme en exemples.*)

*
* *

El pequeño minero. — En la aldea de Billoville, Lu-

ciano Richard, niño de catorce años, había visto morir sucesivamente á su padre y á su hermano mayor en las terribles explosiones de las minas abiertas en las carrerías de arcilla.

Su madre enferma y sus dos pequeñas hermanas no tenían más recursos que los que él les proporcionaba con su trabajo. Esto no era gran cosa; pero Luciano, tan laborioso como hábil, había encontrado medio de aumentar semejante producto, encargándose de las más peligrosas empresas. Fuerte, ágil é intrépido, siempre estaba listo para poner fuego á las minas. Como la demasiada extensión de las mechas á menudo comprometía el éxito de tal operación, se deslizaba hasta la misma cavidad perforada y aplicando fuego á una corta mecha subía con la rapidez de una serpiente á reunirse con sus camaradas. Cada audacia de éstas le reportaba una gratificación especial que estaba acordada por el proprietario de las carrerías y que el valiente Luciano llevaba presuroso á su madre.

— ¡Pobre hijo mío! decía María, abrazándole tiernamente, ¡qué desgracia la nuestra, que sólo nos sea permitido vivir á costa del peligro constante de tu vida!

— No se aflija Ud., madre mía, le respondía riendo Luciano, las minas ya me conocen. Al prender fuego á la mecha, hago la señal de la cruz y pienso en Ud., ¿cree que el buen Dios me pueda abandonar?

— ¡Oh! ¡qué niño tan bueno! decía la madre y ufana de tal hijo se esmeraba en llenarle de caricias. Mas, á pesar de la ingeniosa economía de la madre, la miseria le amenazaba como una montaña aterradora de nieve.

Luciano también sufría, pero sabía ocultarlo y no disminuía su ardor en el trabajo. Un día se trató de hacer saltar de una sola vez, una mole inmensa de pie-

dra granítica superpuesta. Tres semanas habían empleado los mineros en hacer la excavación. Muchos barriles de pólvora se habían dispuesto en aquellas estrechas galerías y ya la mecha estaba preparada. Luciano arrastrándose se interna entre las asperezas de las piedras. Se acerca á la mecha, la enciende y huye hasta juntarse con sus compañeros que mudos é inmóviles aguardan la erupción de aquel volcán. En este momento divisan un coche que se dirige á la carrería. Es el carruaje del dueño de la mina que con su mujer é hijos va á visitar los trabajos. La explosión demora en producirse y el carruaje sigue avanzado. Dentro de pocos momentos va á encontrarse precisamente sobre la misma mole cuya destrucción era esperada. ¿Qué hacer? La distancia y el polvo impiden que el cochero advierta los signos que se le hacen para que se detenga. La catástrofe parece inevitable. Para el proprietario y su familia no hay más que un medio de salvación. Luciano lo ha comprendido. Sin pedir consejo, sin trepidar un instante se lanza hacia la carrería; llega á la galería que quizás va á servirle de tumba; se introduce con mayor precipitación que si tratara de escapar del peligro, penetra en ella y arranca la mecha, cuyo fuego casi toca la pólvora. Poco después reaparece con la mecha en la mano, ante sus compañeros que tiemblan de estupor.

Entretanto, el cochero había al fin comprendido los ademanes de los obreros y el coche acababa de detenerse cuando Luciano se presenta.

— ¡Bravo muchado! exclama el amo tendiéndole los brazos. Desde hoy perteneces á mi familia. Tú vendrás con nosotros y yo cuidaré de tu porvenir.

— Señor, dijo Luciano balbuceando, ruego á Ud. me haga conducir á mi madre. Yo creía, hace un momento,

que no la volvería á ver, y es necesario que la abrace para reponerme un poco.

Grande fué la sorpresa de María cuando vió detenerse á la puerta de su cabaña un coche del cual bajaban juntos su querido Luciano y el más rico proprietario de la comarca.

— Mi buena señora, dijo este último, cuando se tiene la suerte de poseer un tesoro como el hijo de Ud., es necesario conservarlo con cariño. A fin de que viva tranquilo, desde ahora, aseguro á Ud. mil doscientos francos de renta perpetua.

Madre é hijo, felices y agradecidos, se arrojaron á los pies de aquel caballero. El los levantó en el acto y envió uno de sus criados en busca del notario.

— Señor, le dijo Luciano cuando todo estuvo terminado, esto es demasiado por lo que yo he hecho; pero yo trataré de hacerme digno de tales beneficios.

Y ha sido fiel á su palabra. Al presente, el pequeño minero, ha llegado á ser gobernante de su subdelegación; ha casado á sus dos hermanas y es idolatrado de su madre. — (*Dictionnaire d'anecdotes.*)

*
* *

Abnegación. — El 17 de Febrero de 1867, la prensa de Tolón publicaba la siguiente noticia: « Hoy, á las seis de la mañana, un accidente ocurrido á bordo de la fragata acorazada *Provence*, ha originado dos actos de heroica abnegación. Un marino cayó al mar y estaba en peligro de ahogarse cuando el capitán, M. Aestrachi, se arrojó al agua para prestarle socorro. A pesar de la prontitud con que se lanzó en su generosa valentía, el marinero alcanzó antes á salvarse sostenido por una mano vigorosa que le impidió desaparecer en el abismo. El capellán de á bordo, el abate Tenaille, se había precipitado al mar por la escotilla de su camarote y había

sido bastante afortunado para librar del peligro al marinero. — (*Lefort.*)

*
* *

Buen servidor. — Un rey del Japón exigía á uno de sus soldados que negase la religión católica. — Príncipe, le respondió éste, ¿queréis que os sea fiel y sumiso? ¿queréis que os manifieste mi decisión y valor, sin traicionar jamás mis deberes? ¿queréis que sea laborioso, paciente y firme en los peligros? exigidme que sea buen cristiano; sólo éste puede poseer todas las virtudes.

Y vosotros, amos y maestros, ¿queréis que vuestros servidores sean activos, leales y trabajadores? hacedlos cristianos y empeñaos en que cumplan sus deberes religiosos. — (*Sibillat.*)

*
* *

Conducta de los superiores. — « ¿Cómo queréis ser tratado? » preguntó Alejandro el Grande á Poro, rey de India hecho prisionero. — « Como rey, » respondió el cautivo. Esta noble respuesta debe servir de enseñanza á los superiores. Dios y su Iglesia exigen que traten á sus súbditos con respeto, como hermanos de Jesucristo y herederos de su reino. — (*Id.*)

QUINTO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

No matar.

— *¿Cuál es el quinto mandamiento de la ley de Dios?*

— *No matar.*

— *¿Qué nos prohibe el quinto mandamiento?*

— *Tres cosas : 1° el homicidio, esto es, quitar la vida injustamente de propia autoritad á quienquiera que sea; 2° causar al prójimo el menor daño en su cuerpo, en su alma ó en su honor : 3° hacer algo de que pueda resultar la muerte ó perjuicio al prójimo.*

— *¿Por qué decís injustamente y de propia autoridad?*

— *Porque es permitido matar cuando lo manda legalmente la legítima autoridad : el soldado puede matar al enemigo en el campo de batalla, los jueces condenar á muerte, y el verdugo ejecutar la sentencia.*

Reparación. — San Conrado, nacido de una noble familia de Placencia, se hallaba entregado á los pasatiempos cuando le sobrevino un accidente que preparó su conversión. Entretenido en una partida de caza, trataba de hacer salir un jabalí que se había escondido en unos tupidos matorrales. Hizo pegar fuego á éstos y un viento impetuoso ocasionó un incendio que produjo grandes estragos. Prendieron á un hombre que hallaron en el bosque, le aplicaron el tormento y, á pesar

de ser inocente, el dolor le hizo confesar que era culpado, y fué condenado á la horca. Habiendo sabido Conrado, autor del daño, que se iba á ejecutar á un inocente por su culpa, se sintió asaltado por los remordimientos de la conciencia. Fué á verse con el juez y le declaró con que imprudencia había dado lugar al incendio y que estaba pronto á reparar el daño. Vendió para esto sus muebles, casa y tierras y quedó en la indigencia. Poco después se retiró del mundo y tomó el hábito religioso en la Orden Tercera de San Francisco. — *(Gridel.)*

— *¿De cuántas maneras se puede dar la muerte?*

— *Se puede dar: 1° por un acto que mate instantáneamente, como por una puñalada ó un balazo: 2° por envenenamiento ó privación de alimento que conduce insensiblemente al mismo fin; 3° por un acto que acelere la muerte, aunque ésta sea inevitable, como dar alguna bebida que haga morir más pronto.*

— *¿Cómo puede ocasionarse al prójimo una muerte lenta?*

— *Negándole el alimento necesario á la vida, ó causándole temores ó padecimientos superiores á sus fuerzas.*

— *¿Es reo de homicidio sólo el que mata al prójimo?*

— *No, también puede serlo el que le desea la muerte.*

— *¿Quién es homicida de deseo?*

— *El que deliberadamente desea matar al prójimo.*

— *¿Es permitido alegrarse de la muerte de alguien?*

— *Es gran pecado cuando es por motivo de odio ó interés.*

— *¿Y de la muerte de un malvado?*

— *Es permitido alegrarse sólo en cuanto la sociedad se ve libre de una calamidad.*

— *¿Es lícito matar al que injustamente procura quitarnos la vida?*

— Sí, lo es cuando es el único medio que tenemos para defendernos.

— ¿Prohibe Dios tan sólo el homicidio de hecho ó de deseo?

— No, prohibe además herir ó golpear al prójimo, y aun desearle cualquier mal, por odio, venganza, arrebato ú otro motivo injusto.

— ¿Qué otra cosa se prohibe por el quinto mandamiento?

— Todo lo que dispone ó puede ser causa de homicidio, como el odio, la ira, las rencillas, pendencias, injurias, imprecaciones, reniegos, etc.

Caín. — El impío Caín nos muestra las maldiciones y desgracias con que es castigado el homicida.

Luego que hubo muerto á su hermano Abel, entregado á la desesperación, exclamó : « Mi crimen es demasiado grande para que yo pueda esperar perdón. Hé aquí que hoy me habéis arrojado de la tierra y me esconderé de vuestra presencia; andaré errante y fugitivo y el que me encontrare me matará. » — (*Génesis.*)

*
* *

El crimen, tarde ó temprano, es castigado. — Dios no permite regularmente, que queden ocultas las manos homicidas. Se refieren á este respecto historias sorprendentes. Hé aquí la que relata un autor bien digno de fe : Era el año de 1825. Se hacían los preparativos para enterrar un muerto en el cementerio de Mont-Parnasse, en París. El cavador acababa de abrir la fosa y, fatigado se había quedado de pie apoyado en la empuñadura de una pala. Contemplando la osamenta que había retirado de la fosa ve con sorpresa que un cráneo humano se mueve. Lo toma en las manos y lo examina con atención. ¡Cuál no sería su asombro al ver salir un enorme sapo que alojado allí producía aquel extraño movi-

miento! Asomando en los labios del sepulturero una sonrisa desdeñosa, iba ya á arrojar el cráneo cuando observó al lado de la quijada izquierda una hoja de cuchillo introducida y quebrada en el hueso.

Hacía tiempo que trabajaba en aquel cementerio... Le vino entonces á la memoria que como quince años antes había enterrado allí á un hombre encontrado muerto en la cama sin que la justicia hubiese dado con el asesino. Se le ocurrió llevar el cráneo al procurador del rey. Se ordenó una nueva investigación. Se visita la casa donde había tenido lugar el asesinato y se encuentra un cuchillo romo al cual correspondía exactamente la punta encontrada en el cráneo. Gracias á este indicio se llegó á descubrir al autor del crimen sobre quien nunca había recaído la menor sospecha, y que no era otro que el hijo mismo del occiso. — (*Lefort.*)

*
* *

El grito de la conciencia. — Refiriere el historiador Plutarco que un individuo, llamado Bessus, habiendo muerto á su padre, aun cuando semejante crimen había quedado oculto, se sentía atormentado constantemente con aterradores pensamientos. Un día, paseándose Bessus con algunos amigos, vió pasar una bandada de cuervos que le llamaron la atención con sus graznidos. Bessus olvidado entonces de que no se encontraba solo, apostrofó encolerizado á los cuervos : « ¿Hasta cuándo, exclamó, me estaréis reprochando la muerte de mi padre? » Sus amigos, llenos de asombro, se separaron de él. Se hizo una investigación y el crimen fué descubierto. ¡Había hablado la conciencia!... — (*Id.*)

*
* *

Criminales confundidos. — Un día frío y lluvioso, hospedábase un viajero en cierto albergue de Hungría. Bien podía adivinarse en su traje que no era persona

de escasos recursos. Una pesada maleta, que llevaba consigo, hizo sospechar al fondista que en ella debía encerrarse un tesoro.

El fondista, hombre avaro y desalmado, era casado y tenía un hijo á quien profesaba tierno cariño. Este hijo, afectuoso y servicial, pero de carácter ligero, hacía poco que ausentándose de su casa había ido á tomar parte en una fiesta de la cual debía regresar al día siguiente.

— ¿Dónde alojaremos al extranjero? dijo á su esposa, en voz baja, el fondista... Trae mucho dinero, estoy seguro : es necesario darle la pieza de nuestro hijo Ernesto, que no estará de vuelta hasta mañana. La pieza está independiente y aislada y podríamos despojarlo á nuestro gusto.

Ella se estremeció de horror; pero seducida por la pasión del oro se asoció á tan horrendo designio.

Terminada la comida, el viajero fué instalado en aquella pieza. Las fatigas del viaje y el frío de la noche le indujeron á buscar el descanso en temprano sueño, sin que nada le hiciera recelar el pérfido intento de los dueños. Dejó la la maleta abierta sobre una mesa... y á poco estaba dormido. De repente un ruido sordo lo despierta. Un hombre de alta talla, forzando la ventana, entra en el aposento.

Es fácil comprender el sobresalto que sintió el viajero. Pensó en gritar y pedir socorro; pero se encogió de miedo creyendo se presentaba una partida de bandidos. Hubiera podido vender cara su vida; mas, en su confusión, tomó el partido más ridículo, en apariencia, y que no obstante lo salvó : fué ocultarse sin demora bajo del catre.

El recién llegado se dirigió á la cama y pronto se acostó. Era el hijo del fondista, que regresaba de la feria

antes de lo que había anunciado y con la cabeza pesada por el licor se apresuraba á descansar de sus excesos.

El viajero, repuesto del susto y oyendo roncar á su compañero, se disponía ya á salir del escondite, cuando siente que abren furtivamente la puerta. Era el fondista que con el mayor silencio, llegaba á consumar espantoso crímen. A tientas y deteniéndose á cada paso, con un enorme cuchillo en la mano, se dirige hácia la cama. El viajero, más muerto que vivo, lo observa sin atreverse á chistar. El fondista se acerca al lecho, toca al hombre que con sueño profundo dormía, le entierra el cuchillo en el corazón, se asegura de que está muerto, y acompañado de su mujer, envuelto el cadáver en una frazada, lo saca de allí, y vuelve después por el saco de viaje.

El viajero, mientras duraba esta lúgubre y terrible escena, veinte veces, estuvo tentado á lanzar un grito: pero el espanto y el sentimiento de la propia conservación lo detuvieron y sólo tuvo fuerza para ocultarse más y más replegando su cuerpo cuanto le era posible. Gruesas gotas de sudor corrían por su frente. Erizados los cabellos y temblando de horror esperó impaciente los primeros albores del día, sin dar una pestañada. No bien principiaba á aclarar, cuando, sirviéndose de la misma escala que el hijo del fondista había arrimado á la ventana, salvó el muro y precipitadamente se dirigió á la ciudad.

Entretanto los dueños de la fonda, apenas perpetrado el crimen, habían enterrado cuidadosamente el cadáver en un extremo del jardín sin dejar el menor vestigio, sin producir el más ligero ruido, y en la completa oscuridad de aquella noche de invierno. ¿Quién podría, por otra parte, inquietarse por aquel viajero á quien nadie conocía ni le había visto entrar?...

Pocas horas después, llegan soldados, rodean la casa y prenden al fondista acusado de asesino y ladrón. Él todo lo niega; su mujer niega también. Pero la policía, avezada en la pesquisa de delitos, advierte las huellas de pasos que se han dado en el jardín, llega hasta la tierra removida, excava y encuentra un cadáver...

Hasta entonces el fondista se mantenía firme en su negación. De repente una idea se le presenta angustiosa y terrible. ¿Qué es de su hijo? ¿No ha llegado? quizas es á él á quien ha muerto en vez del viajero!... porque ¿quién lo ha podido denunciar?... En un acceso de furor y desesperación, se endereza, atropella á los soldados que lo custodian, se precipita al jardín y allí, en vista del cadáver ensangrentado, reconoce á su hijo... su hijo, por quien trabajaba y por quien llegó á cometer un homicidio. Y luego, al lado del cadáver de su hijo, ve de pie al hombre que creía haber muerto y que ha sido el delator del crimen. En un instante todo se lo explica y desatentado sólo tiene fuerza para exclamar: « Prendedme ahora: mi hijo ha muerto ¡qué me importa lo demás!... El proceso fué corto; el fondista y su mujer fueron condenados á muerte; el suplicio fué terrible.

Justa providencia de Dios que generalmente permite se revele el crimen por algún indicio y que, aun cuando particularmente lo castiga en la otra vida, casi nunca lo deja impune en este mundo. — (*Id.*)

*
* *

El remordimiento. — El emperador Constante, después de haber dado muerte á su hermano Teodosio, lo veía á menudo representársele en su exaltada imaginación durante el sueño; parecíale que le presentaba una copa de sangre al propio tiempo que le decía: « ¡Bebe, bebe la sangre de tu hermano! » — (*A Lápide.*)

Castigo de Dios. — Al rededor de una mesa cargada de viandas y de vino estaban reunidos veinte hombres, demostrando repugnante alegría, y hablando, ó más bien voceando todos á la vez.

Sus discursos eran blasfemias mezcladas con horribles carcajadas.

En sus proyectos para lo porvenir proclamaban tolerancia al hereje, al judío y al ateo; pero odio mortal á los católicos, sobretodo á los sacerdotes.

¡Mueran los curas! era la exclamación de todos los discursos.

De pronto, el que parecía jefe de la cuadrilla, hombre de siniestra catadura, cuyo aire sombrío apenas inmutaban los estallidos de una risa estridente, más rudos aun que su ruda y salvaje fisonomía, se ensimismó un momento, puesta la mano en la frente, en silencio receloso y amenazador.

Después de breves instantes su puño cayó sobre la mesa con tal violencia, que por poco todos los vasos y botellas no vinieron á tierra.

— ¡Ya está! ¡Lo hallé! exclama.

— ¿Qué has hallado? gritaron á la vez sus compañeros de orgía.

— Silencio un instante, les dice.

Y eligiendo á tres de ellos los lleva aparte á explicarles su plan.

— ¡Admirable! exclamaron los tres: ¡magnífico!

— ¿De qué se trata? preguntaron los demás.

— Ya lo sabréis, replicó el jefe.

El día siguiente era 1° de Marzo de 1866.

A las seis de la madrugada un hombre que en la plaza paseaba inquieto sus miradas por todas las bocacalles, distingue á un sacerdote que volvía de llevar á un pobre moribundo los auxilios de la religión.

Va á él; se pasa un pañuelo por los ojos, como para enjugarse una lágrima, y con voz azorada le dice :

— Padre, un enfermo de muerte aquí cerca pide un sacerdote. Venid, venid conmigo.

Sin replicar palabra, el sacerdote sigue á aquel hombre. Llega á una sala donde encuentra algunos individuos al rededor de un lecho, cuyas cortinas están cuidadosamente corridas.

— La paz de Dios sea en esta casa, dice el sacerdote al entrar.

Se acerca al enfermo. En el semblante de uno de los circunstantes descubre miradas siniestras y burlonas. Sin embargo, todos se alejan, y el sacerdote dirige algunas palabras al moribundo.

Como no recibiera respuesta, descorre la cortina, y retrocede horrorizado; ha visto una figura espantosa; un hombre cuyos ojos se le salen de las órbitas, la boca abierta y torcida y la lengua colgando.

Le sacude, pero inútilmente; no se mueve.

Le toca, y está frío.

Levanta la cubierta de la cama y ¡qué es esto que ve! un hombre completamente vestido con un revólver de seis tiros en la mano derecha y el dedo en el gatillo.

— ¡Demasiado tarde! exclama el sacerdote, ¡demasiado tarde! Está muerto.

Todos acuden en tropel, sacuden á su compañero y llaman á voces; pero en vano.

El sacerdote oraba de rodillas.

Se levanta y alzando las manos exclama :

— ¡Dios mío, Díos mío, cuán terrible sois en vuestra justicia!

Luego, dirigiéndose á aquellos hombres, cuyos pérfidos designios había adivinado y que se habían quedado allí estupefactos, les dice :

— Que Dios os perdone, como yo os perdono.

Y salió dejándolos petrificados con inexplicable terror ante aquel frío cadáver.

(Garantiza la verdad de este suceso el diario de Bolonia en Italia *La Verdad.*)

— *¿Qué es duelo á muerte?*

— *La pelea que con el fin de matarse, tienen dos personas que están de antemano convenidas en el lugar, tiempo y armas de la pelea.*

— *¿Es permitido batirse en duelo?*

— *No, esa es una acción estúpida y criminal.*

— *¿Por qué es un crimen el duelo?*

— *Porque expone la vida del prójimo y la propia sin causa legítima.*

— *¿No es el duelo un medio de defender el honor?*

— *De ninguna manera; porque lo que en él dá la victoria es la destreza ó la casualidad y no la buena causa.*

— *¿No es cobardía rechazar un duelo?*

— *Por el contrario, no hay mayor cobardía que batirse en duelo, porque se necesita más valor y grandeza de alma para perdonar una injuria que para vengarla.*

Lo que piensa la Iglesia sobre el duelo. — El Concilio de Trento llama al duelo *un uso detestable introducido por el demonio para la pérdida del alma y del cuerpo*, y fulmina excomunión mayor, reservada al Papa no sólo para los duelistas sino también para los favorecedores, cooperadores y expectadores del duelo.

*
* *

Opinión de la filosofía misma. — « Guardaos, dice Rousseau, de confundir el nombre sagrado de honor con esa preocupación bárbara que pone en la punta de una espada todas las virtudes, capaz sólo de producir

malvados atrevidos; pues ¿en qué consiste tan horrible preocupación? En el concepto más extravagante y absurdo que jamás haya concebido el espíritu humano, á saber, que todos los deberes sociales se suplen por la audacia; que un hombre ya no es ruin, pícaro y maldiciente, sino hidalgo, humano y pundonoroso cuando sabe batirse; que la mentira es verdad, el robo cosa lícita, la perfidia honradez, y la infidelidad servicio, desde el momento en que se sostienen estas cosas con cuatro palmos de hierro; que una afrenta siempre se repara bien con una estocada y que no es posible haber ofendido á un hombre cuando se le mata...

Se dirá que un duelo acredita valor, y que esto borra la mengua y la fealdad de muchos vicios; pero yo pregunto: ¿dónde está el honor que dicta semejante fallo, dónde la razón que lo sanciona? A esa cuenta, si os acusaran de haber muerto á un hombre, ¿correríais á matar otro para probar que es falso? Luego, virtud, vicio, honor, infamia, verdad, ¡embeleco!... todo depende del éxito de un duelo; una academia de esgrima es el primer tribunal de justicia; ya no hay, más derecho que la fuerza, ni más razón que el asesinato; la reparación debida al injuriado se reduce á matarle, y cualquiera ofensa queda bien lavada indiferentemente con la sangre del ofensor ó del ofendido. Si los lobos fueran capaces de raciocinar, ¿lo harían de otro modo?...

*
* *

Disposición de un gran príncipe contra los duelistas. — Gustavo Adolfo, este famoso conquistador del Norte, y que tanta celebridad alcanzó en el siglo XVII, teniendo conocimiento de los crueles estragos que el furor del duelo comenzaba á hacer en su armada, lo prohibió bajo pena de muerte. Sucedió, poco después de publicado el edicto, que dos oficiales de alta graduación tu-

vieron una querella y pidieron permiso al rey para batirse. Gustavo, al oírlos, se indignó. Mas, serenándose pronto, dijo que quería ser testigo del combate. Señalados el día y la hora, se dirigió al lugar de la cita con un cuerpo de infantería. Allí, en presencia de los duelistas, exclamó : « ¡ Firmes ! caballeros, ya podéis batiros hasta que uno de vosotros caiga muerto. Y luego, dirigiéndose al gran preboste de la armada, le dijo : tan pronto como uno sea derribado, haréis cortar la cabeza al otro. » Al escuchar estas palabras, los dos generales cayeron de rodillas á los pies del rey para pedirle perdón y jurando tener entre sí sincera amistad. Desde entonces jamás se oyó hablar de duelo alguno en el ejército de Gustavo. — (*Lefort.*)

*
* *

De regreso á la patria. — En 1849, en uno de los regimientos que se encontraban de guarnición en León, había un jóven soldado, llamado Julián L..., que estaba para cumplir el tiempo de servicio. Julián era el único hijo de una pobre viuda á la que amaba con ternura y de la cual era á su vez querido con delirio. La viuda le escribía á menudo, y en sus cartas se dejaba ver que á medida que se acercaba el tiempo de la vuelta de su hijo, iba aumentando á proporción su maternal impaciencia; no de otra manera que en un dilatado viaje, cuanto más nos acercamos al término más largas nos parecen las últimas jornadas.

Julián, por su parte, veía llegar con gozo el día de la partida, no porque fuese para él una carga la vida del regimiento, que por el contrario le gustaba, sino porque siete años habían pasado sin que viera su pueblo ni diera un abrazo á su anciana madre.

Por fin, llegó el momento tan apetecido y por tanto tiempo esperado. Julián recibió su licencia, despidióse

de sus compañeros y de sus jefes, que bien le apreciaban, y salió del cuartel, no sin dar un suspiro al echar una mirada sobre el glorioso pasado militar que dejaba, convencido de que en la tierra no hay alegría completa, pura y sin mezcla, y de que en medio de nuestros más dulces goces hay siempre lugar para las lágrimas.

Algunos compañeros con quienes tenía particular y más íntima amistad, pidieron permiso para acompañarle á alguna distancia de la ciudad. Entre estos amigos había un primo suyo, llamado Juan, buen sujeto como él, exento de los ordinarios vicios del regimiento, y cuya compañía le había sido útil muchas veces para perseverar con firmeza en el fiel cumplimiento de sus deberes. Á medida que la pequeña comitiva se alejaba del cuartel, el ex-militar, olvidando insensiblemente lo que dejaba para no pensar sino en lo que iba á recobrar, machaba ligero y contento, no hablando más que de su madre, de sus hermanas, del pueblo y sus bondades; nunca había estado tan animado y tan alegre.

« Momentos hay en que me parece estar soñando, decía á su primo. No puedo figurarme que ya no soy soldado, que esta noche no deberé asistir á la lista y que dentro de algunos días recibiré los abrazos de mi madre. Me palpo para cerciorarme de que no estoy durmiendo. ¡Cuántas veces en los campamentos de África desconfié de ver llegar este día! Cuando estábamos empeñados en alguna peligrosa expedición, cuando nos tiroteábamos con los kabilas y las balas me atravesaban el morrión y el capote, como me sucedió más de una vez, decía entre mí, después de haber hecho un acto de contrición : « Vamos, muchacho, va á llegar tu turno y no pienses en volver á tu tierra. Será preciso que te despidas de lejos de tu buena madre, porque no

volverás á recibir sus caricias y en vano te está aguardando en la choza de la aldea. » — Hé aquí lo que decía, y mientras enjugaba una lágrima, cargaba de nuevo el fusil y hacía fuego sobre el enemigo sin perder ni un tiro. ¡Y bien! mis presentimientos me engañaban: no tuve ni un solo rasguño. Al salir de África, le dije: — ¡Hasta no más verte! — He concluído en el servicio y mi madre no tiene que esperar sino por breves días. »

¡Ay! la infeliz le está esperando todavía, ó más bien no le espera ya; él es quien la aguarda... pero no en su pueblo, sino en otra parte...

Era la caída de la tarde; nuestros hombres llevaban andado buen trecho de camino y era preciso pensar en separarse. Habían llegado cerca de un publecito que se descubría á alguna distancia del camino real. Separado de él por un cercado, había un parral y á su sombra una mesa y bancos. — « Antes de separarnos, exclamó uno de los compañeros de Julián, hemos de echar un trago y vaciar la botella del feliz adiós; ¿qué te parece, mi buen amigo?

— Digo que tu idea es excelente, contestó Julián. En verdad, parece que en la frescura de aquel jardín nos estaban esperando. Entremos, pues, y brindemos una vez más por la felicidad de todos. Así como así mi bolsa pesa demasiado y me molestaría por el camino. ¡Vamos, amigos, adelante, que pago yo! »

Entraron en el mesón y un instante después se encontraban bajo el emparrado, alrededor de una mesa que la criada cubría luego de vasos y botellas.

Al principio bebieron sin decir nada. El momento de la separación siempre es triste; pero cuando hubieron vaciado algunas botellas, el vino produjo los efectos de costumbre y la conversación se animó haciéndose luego tan ruidosa que no hubo medio de entenderse. No pa-

raban un momento las rizas y las agudezas; llenábanse y apurábanse los vasos con rapidez; inflamábanse los ojos de los compañeros; su tez y sus cabezas empezaban á calentarse, y más de uno tocaba los límites de la embriaguez.

Aunque sobrio por costumbre, Julián bebía como los demás.

Sin embargo, era preciso pensar en partir, él por un lado y los amigos por otro; porque se iba haciendo tarde y el sol estaba al esconderse en el horizonte.

— « Vamos, amigos míos, dijo Julián levantándose de la mesa; ha llegado el momento de separarnos; la noche se nos echa encima y he de caminar bastante para concluír mi jornada. Un abrazo, y después en marcha. »

— « ¡Cómo, cómo! gritó el compañero de Julián que estaba sentado á su lado y cuya voz y fisonomía indicaban que tenía la cabeza cargada; ¿así nos dejas? ¿Tiempo? lo tienes de sobra y nosotros también; yo no te dejo partir sin haber antes echado algunos brindis. » — Y sacudiéndole bruscamente por el brazo, le obligó á sentarse otra vez á su lado.

— Te digo que es tiempo ya de partir, respondió Julián con impaciencia; no tengo ganas de pasar la noche á cielo razo, y en cuanto á beber, demasiado lo hemos hecho.

— ¿Nosotros hemos bebido demasiado? ¿Qué quieres decir con esto? ¿Nos tomas acaso por unos borrachos, ó bien temes que te hagamos gastar todo el dinero? ¡Voto á tal! no gastes si tanto te duele; en la faltriquera no me faltan algunos reales. — Muchacho, trae seis botellas más, pero no las cargues en cuenta al señor, que las pagaré yo.

Al mismo tiempo cogió el brazo de Julián haciéndolo

sentar otra vez por la fuerza, ó más bien haciéndole caer sobre el banco á su lado. Fué tan violenta la caída, que por poco no rueda el banco por tierra. Los camaradas se echaron á reír á carcajadas... ¡Ay, que sus risas debían trocarse bien pronto en lágrimas!

Julián se volvió á levantar, pálido de ira.

— ¡Si fuese otro que tú, gritó temblando de cólera, no pasaría esto así!

— ¿Qué? replica furioso el otro; ¿vienes ahora con amenazas? En guardia, porque jamás se me ha amenazado impunemente.

Y levantando el puño hasta las narices de Julián, le tiró insolentemente del bigote. Julián cogió una botella para arrojársela á la cara; pero aquél le detuvo el brazo y desenvainando el sable, le dijo: « Si no eres un cobarde, vamos á batirnos á sablazos, y no á botellazos! »

Cegado Julián por la cólera y el vino, precipitóse sobre el arma de un compañero puesta sobre la mesa. En vano se esforzaron los demás en apaciguarlos; en vano procuraron detenerlos; en un segundo, saltando la cerca que los separaba de un bosque, se habían puesto en guardia.

— « Julián, exclamó su primo en tono suplicante, Julián, ¿con que has olvidado á tu madre? »

A estas palabras Julián se detuvo, pareció que titubeaba por un instante é hizo un gesto como si quisiera arrojar lejos de sí el sable.

— « ¿Tienes miedo? » le preguntó su adversario en tono de desprecio.

Al punto volvió Julián á erguirse y el duelo empezó encarnizado y furioso.

¿Quién al verles reñir así hubiera podido pensar que eran dos buenos compañeros, que un cuarto de hora

antes se estrechaban la mano y echaban juntos un brindis?

La lucha fué corta. Al cabo de un instante Julián dejó caer el arma; palideció, llevóse la mano al corazón y cayó. El arma de su adversario le había atravezado el pecho; estaba mortalmente herido.

Juan y los demás compañeros que modorros no habían podido llegar antes, corrieron al punto hacia él. Le rodearon también los hombres y mujeres del mesón que habían acudido al ruido de las armas. Reinaba indecible confusión. — Entretanto Julián iba perdiendo toda la sangre: estaba macilento como la muerte; tenía los ojos medio cerrados; hubiérase dicho que no sabía ya lo que pasaba á su alrededor. En cuanto á su adversario, es imposible pintar su desesperación. Estaba allí, en pie, mudo, inmóvil, con los brazos caídos, cubierta la frente de un sudor frío, contemplando con los ojos fijos, casi atontado, al desgraciado compañero á quien acababa de herir mortalmente...

Llevaron al infeliz Julián á un aposento de la casa y pusiéronle en un lecho. « ¡Madre mía!... ¡un sacerdote!... » eran las únicas palabras que repetía de cuando en cuando. Corrieron á avisar al cura del lugar, y entretanto desnudaron al moribundo. Al quitarle la blusa cayeron en tierra varios objetos que llevaba : eran las últimas cartas de su madre y algunos regalitos para sus hermanas. Todos estaban cubiertos de sangre : ¡era un espectáculo que partía el corazón!

No tardó en llegar el cura; felizmente aun era tiempo. Julián no podía casi hablar, pero conservaba el uso de todas sus facultades y podía responder á las preguntas del sacerdote por medio de signos y monosílabos. Recibió con recogimiento la absolución y la Extremaunción; después, sintiendo que se acercaba su fin, llamó

con una mirada á su primo, y haciendo un esfuerzo le dijo : « Escribe... á mi madre... díle que muero... como cristiano... y que le suplico que me perdone... como yo perdono al amigo que me ha dado la muerte... Rogad todos por mí... Adiós. »

Un instante después, Julián dió el postrer suspiro.

Le enterraron al día siguiente. Toda la población en masa asistió á los funerales...

Por lo que respecta á sus compañeros, volvieron al cuartel llenos de tristeza y desolación. — La desesperación del desgraciado que había muerto á Julían era espantosa. « ¡Soy un miserable, un asesino ! » decía de vez en cuando con voz sorda y taciturno. No se le oían otras palabras. — Desde entonces vive aislado, sin beber ni reír nunca, y pasa largas horas rezando en las iglesias. Pone á parte todo el dinero de sus ajustes y hace celebrar misas por el alma de aquel á quien dió la muerte...

Detestable duelo, ¿cuáles son tus consecuencias? ¡Qué admirablemente salvas el honor! — (*D'Hauterive.*)

— *¿Qué males contra el alma prohibe el quinto mandamiento?*

— *El escándalo.*

— *¿Qué es escándalo?*

— *Una palabra, acción ú omisión que da al prójimo ocasión de pecado.*

— *¿A qué está obligado el que escandaliza?*

— *A quitar las ocasiones de escándalo y á repararlo con buen ejemplo.*

Nuestro Señor Jesucristo considera el escándalo como un pecado enorme, puesto que dice : Mejor le sería á quien escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen

en mí, que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese sumergido en lo profundo del mar... Y agrega : ¡Ay de aquel hombre que causa el escándalo! — (*Matth.*, XVIII, 6-7.)

El escándalo es un crimen enorme; porque ¿qué crimen cabe más grande que matar un alma hecha á imagen de Dios y creada para el cielo? Es un crimen diabólico : el demonio fué homicida desde el princípio. — (*Joan.*, VIII, 44.)

Crimen contra el Espíritu Santo, porque ataca de un modo directo la caridad, y el Espíritu Santo es personalmente la caridad misma.

Crimen esencialmente opuesto á la Redención. Jesucristo murió para salvar las almas, y el escandaloso vive para matarlas.

Los escandalosos son como aquellas viñas de Sodoma y Gomorra cuyas uvas eran como la hiel y todos los racimos amargos. Su vino era espuma de dragones y veneno mortal de los áspides.

Los superiores escandalosos cargarán con todos los crímenes cometidos por sus inferiores. Los malos ejemplos de los grandes, de los ricos, de los que gobiernan producen un daño imponderable. « El reinado de los impíos es la ruina de los hombres, » dicen los Proverbios. — Esta expresión de Claudio : « Todo el mundo sigue el ejemplo del rey, » ha llegado á ser una máxima.

Los blasfemos, los profanadores del domingo, los padres negligentes, los iracundos, los avaros, los impúdicos son escandalosos.

Las modas indecentes, los malos periódicos, y generalmente las novelas y los teatros son escándalos que causan grandes estragos, que arrebatan á las almas su inocencia, su salvación, el cielo, su corona, su gloria y su Dios.

Consecuencias del escándalo. — *Comparación.* — Si observamos el movimiento que se produce por una piedra arrojada en el agua, notaremos que á su alrededor se forma un círculo, éste hace nacer un segundo, al que sucede un tercero, y así indefinidamente hasta que toda la masa de agua se sujeta al movimiento ocasionado por la piedra... Si consideramos el origen de los aludes advertimos que, sea el pié de un viajero, sea una ráfaga de viento ó una piedra que cae, arrastra de las alturas una pequeña cantidad de nieve, esta nieve, en su movimiento se aglomera á otra, se forma una inmensa bola y á medida que se aumenta la rapidez de su descenso, creciendo en tamaño, va produciendo un ruido que á la distancia se asemeja al del trueno. Nada resiste á su fuerza; avienta enormes rocas, arranca árboles seculares y á veces sepulta ciudades enteras. Semejantes son los efectos del escándalo. Una sola palabra descompuesta, un solo mal ejemplo produce á veces una cadena de pecados y arrastra millares de almas al abismo de perdición eterna. (*Schuster.*)

*
* *

Responsabilidad que afecta al que produce el escándalo. — Nada aterra é inquieta más en la hora de la muerte que el recuerdo de los escándalos ocasionados en vida. Berengario de Angers tuvo la desgracia de difundir en gran manera heréticas doctrinas, con las que pervirtió muchísimas almas; pero en sus últimos días, movido por la gracia de Dios, abjuró sus errores y se reconcilió con la Iglesia. Llegada la hora de la muerte, de repente se agita, se turba y acongoja. — ¿A qué viene esa turbación? pregunta el sacerdote que le auxilia; Dios es la misericordia misma; tened confianza en Él. — Lo sé, responde el moribundo, y en Él confío que atendidas mis lágrimas olvidará mis propias faltas;

pero ¿me perdonará las que hice cometer á los demás? ¡Infeliz de mí! ya me parece que las almas perdidas por mi culpa me aguardan en el tribunal de Dios para clamar venganza, y estas palabras aterradoras de Jesucristo resuenan hasta el fondo de mi corazón : ¿Dónde están fulano y zutano á quienes perdísteis?

Mucho costó tranquilizarle, y dichoso si su penitencia y pesadumbre bastaron á que el Supremo Juez olvidara la pérdida de las almas que ocasionó con sus escándalos. — (*Gaume.*)

— *¿Qué es suicidio?*

— *Es matarse uno mismo.*

— *¿Por qué se nos prohibe el suicidio?*

— *Porque ningún hombre es dueño de su propia vida, sino que ésta pertenece únicamente á Dios.*

— *¿Debemos cuidar de conservar la salud y la vida?*

— *Sí, y estamos obligados á tomar para ello las precauciones necesarias.*

El hombre que se quita voluntariamente la vida se asemeja al soldado que deserta en la víspera del combate.

El suicida comete tres enormes pecados, dice Santo Tomás : uno contra la caridad que se debe el hombre á sí mismo, con privarse de la vida corporal é incurrir en una muerte eterna; otro violando los derechos de la sociedad al privarla de un miembro que podía y debía serle útil; y el tercero quebrantando los derechos divinos, al usurpar el dominio que sólo compete á Dios, y que sólo Él tiene sobre nuestra vida.

— *¿Es prohibido desearse la muerte?*

— *Sí, porque con ello se muestra la mayor ingratitud para con Dios que concede la vida como un señalado bene-*

ficio; porque es falta de resignación á los designios de Dios y porque es pecado desear lo que sólo cometiendo un crimen se puede alcanzar.

— Entonces ¿por qué deseó la muerte San Pablo?

— Porque quería estar con Jesucristo en el cielo; y Dios no prohibe desear la muerte en disposiciones que sólo pueden provenir de amor perfecto hacia Él. Así los buenos desean antes morir que ofender á Dios.

La incredulidad conduce al suicidio. — Hace algunos años, que un joven, llamado Gustavo, que apenas tenía diez y seis años, fué hallado muerto en su cuarto; se había asfixiado. Este desgraciado joven había llegado á aburrirse de la vida á causa de su incredulidad. Desde la edad de quince años era *libre pensador*. Su padre había dicho : « Cuando mi hijo haya salido de la infancia, yo le dejaré escoger su religión y su Dios. » No preveía sin duda que escogería la muerte. — (*Merault.*)

* * *

Debemos cuidar de la salud y conservar la vida. — *Máximas y proverbios.* — No hay riqueza mayor que la salud, ni placer igual á la alegría del corazón. — *Eccl.*, XXXI, 37.

El trabajo y la sobriedad son las dos columnas de la salud. — *Lommu.*

Muchos lamentan la fragilidad de la vida; sin embargo es admirable la tenacidad con que resiste tantos excesos y desórdenes con que se la maltrata.

Las enfermedades entran por tan ancha puerta que por ella bien pudiera pasar un carro y sólo encuentran salida tan estrecha como el ojo de una aguja. — *Prov. válaco.*

Pequeños golpes hacen caer grandes encinas. — *Prov. francés.*

Pequeños guijarros vuelcan grandes carros. — *Prov. válaco.*

Para el hombre sólo hay tres acontecimientos : nacer, vivir y morir ; es inconsciente cuando nace, siente morir y se olvida de vivir. — *La Bruyère.*

Servida una mesa, podrían hacerse tres porciones : una que repara las fuerzas, otra que acaricia el paladar y la tercera que prepara las enfermedades. — *Fons-sagrives.*

SEXTO Y NOVENO MANDAMIENTOS

DE LA LEY DE DIOS

La Castidad.

— ¿Cuál es el sexto mandamiento de la ley de Dios?

— No fornicar.

— ¿Qué se nos prohibe en este precepto?

— Todo acto, palabra, pensamiento, deseo ó mirada contra la virtud de la pureza.

— ¿Qué más nos prohibe el sexto mandamiento?

— Todo aquello que ordinariamente es ocasión de impureza, como pinturas indecentes, libros inmorales, vestidos inmodestos, conversaciones, canciones, bailes y espectáculos deshonestos.

— ¿Cuál es el noveno mandamiento de la ley de Dios?

— No desear la mujer de tu prójimo.

— ¿Qué se nos prohibe en este mandamiento?

— Sé nos prohibe todo deseo de los bienes ajenos y especialmente la mujer del prójimo.

— ¿Cuáles son los efectos del pecado de impureza?

— Los siguientes: envilecer al hombre y hacerlo semejante á los irracionales, provocar la ira de Dios y preparar los más terribles castigos.

— ¿Qué haremos para no violar estos preceptos?

— Usar alguno de estos medios: pedir á Dios su gracia;

invocar la protección de la Virgen María y de los santos; leer algún libro piadoso; pensar en la muerte, juicio, infierno y gloria; huír de las ocasiones de pecar; tomar una ocupación material, confesarse y comulgar con frecuencia; la modestia en la vista; la templanza en la comida y bebida y alguna mortificación corporal.

Dichosos los corazones puros, porque verán á Dios. — (*Matth.*, v, 8.)

Si pudieseis ver el envilecimiento de un alma impura, preferiríais la tumba á encontraros en tal condición. — (*San Juan Crisóstomo.*)

Ningún vicio entrega tantas almas á Satanás como la impureza: es este el crimen que puebla el infierno. — (*San Bernardo.*)

El que guarda la castidad es un ángel, dice San Ambrosio; el que la pierde es un demonio.

La pureza es la reina de las virtudes, dice San Pedro Damiano.

La pureza nos convierte en templos, tabernáculos y vasos sagrados de Dios. — (*A Lápide.*)

El medio más fácil y seguro de vencer la lujuria es huír, dice San Felipe Neri. — Cuando algún mal pensamiento me persigue, dice San Agustín, recurro á las llagas de Jesucristo.

Se cae fácilmente en el vicio impuro; pero es difícil, muy difícil corregirse. Este vicio es como un pantano fangoso; cuando sacamos de allí un pie, el otro se hunde.

La impureza es un vicio inmutable. — *(Tertuliano.)*

De mil jóvenes corrompidos apenas se encuentran algunos que se conviertan, ni aun en la vejez.

*
* *

La casta Susana. — El israelita Elcías tenía una hija

llamada Susana, que era un modelo de modestia, pudor y castidad. Algunos paseos solitarios por un huerto que le pertenecía eran sus ordinarios pasatiempos. Dos corrompidos ancianos que habían dado entrada en su corazón á deseos deshonestos, penetraron secretamente en el huerto y se escondieron en él mientras se presentaba Susana. Tan pronto como la vieron, le salieron al encuentro y no se avergonzaron de proponerle que cometiese un pecado deshonesto. Para triunfar de su virtud la amenazaron con que en caso de negativa, la denunciarían á los jueces como culpada del crimen de fornicación. « Antes morir, respondió Susana, que cometer un pecado á los ojos de mi Dios, » y al instante pidió auxilio dando voces con todas sus fuerzas. Los ancianos se pusieron también á gritar, y al instante acudieron los criados de la casa. Entonces aquellos malvados dijeron que habían sorprendido á Susana cometiendo un horrible pecado. Jamás se había creído capaz de semejante delito á aquella virtuosa mujer, y sus criados se avergonzaban sólo de oírlo decir y no podían creerlo. Pero los ancianos la denunciaron á los jueces y, á pesar de su inocencia, fué condenada á muerte. Alzar los ojos al cielo bañados en lágrimas y llenos de confianza fué el único recurso de Susana. « Dios mío, exclamó, vos que veis lo más íntimo del corazón, conocéis mi inocencia y sabéis que jamás me he manchado con el crimen de que se me acusa; dignaos librarme ó seré víctima de la más negra calumnia. »

La condujeron al suplicio. Pero Dios que vela siempre con solicitud paternal por las almas puras, llenó de su espíritu á un santo joven, llamado Daniel, y le dió á conocer la inocencia de Susana. « ¿Qué vais á hacer? exclamó éste en presencia de todo el pueblo que seguía á la acusada. Habéis condenado á muerte á una hija de

Israel sin haber hecho todas las averiguaciones necesarias. »

Al oír las sabias reflexiones de este joven, se le eligió por juez.

Para hacer el interrogatorio tuvo la precaución de hacer colocar en diversos sitios á los infames acusadores y de tomar por separado sus declaraciones. Cayeron entonces en tales contradicciones, que el pueblo reconoció en el acto su perfidia. Susana fué declarada inocente, y aquellos malvados sufrieron el suplicio á que la habían hecho condenar. Así permitió Dios que triunfase la virtud y que los torpes deseos condujesen al cadalso.

*
* *

DIOS DEFIENDE Á LAS ALMAS QUE LE CONSAGRAN SU VIRTUD. — Hé aquí un admirable y maravilloso ejemplo que se encuentra en la vida de Santa Teófila, martirizada por el emperador Maximiano. Cuando rodeada de sus perseguidores, conociendo éstos su horror al pecado, querían hacerle perder la virginidad, ella se dirigió á Dios y le dijo : « Jesús mío, mi amor, mi luz, mi espíritu, guarda de mi pureza y de mi vida; ved cuán expuesta se halla vuestra pobre esposa, venid á mi socorro para que los lobos no devoren á vuestra débil oveja : esposo mío, conservadme en vuestra guarda. Manantial de toda esperanza salvadme. »

Arrastraron á aquella virgen á un lugar de prostitución y al punto apareció un ángel que hirió de muerte al primer insolente que se dispuso á ultrajarla. El segundo quedó ciego y los demás recibieron diversos castigos, de tal manera que nadie se atrevió ya á acercársele y todos exclamaban : « ¿Quién es semejante al Dios de los cristianos? — (*A Lápide.*)

Se le preguntó á Pithias, hija de Aristóteles, cuál era

el color quo más le gustaba y ella contestó : « Aquel con que el pudor adorna el rostro de una virtuosa doncella. » — *(Sibillat.)*

*
* *

Santa Filomena. Fiel esposa de Cristo. — Era Filomena hija de un real monarca griego y de extraordinaria hermosura. Desde la más tierna edad manifestó gran inclinación á la virtud, especial devoción á María Santísima, y á los once años se consagró á Dios con voto de virginidad. Llevada después á Roma, la pretendió por esposa el emperador Diocleciano, quien le ofreció, con un trono á su lado, el honor de emperatriz de sus dominios. Filomena sin más aspiración que la del cielo, sin otro anhelo que el de abrasarse en el amor de Jesucristo, y llena su alma del Espíritu Santo, rehusó dicha propuesta. Como fueran inútiles los halagos para obtener su consentimiento, se ocurrió á las amenazas. Sus padres, que la idolatraban, anegados en llanto, de rodillas le dicen :

« Hija querida, ten piedad de nosotros; tu obstina» ción va á causar nuestra desgracia, la ruina de nues» tra patria y nuestro reino. Acepta la propuesta del » Emperador : eso nos hará felices á todos. »

— « Mi virginidad pertenece á Dios, á quien he ele» gido por esposo; mi reino y mi patria es el cielo, » les contestó Filomena.

— « Tomándote por compañera, le observa Diocle» ciano, te dejaré en libertad de seguir tu religión y » adorar al Dios que confiesas. »

— « No puedo aceptar vuestra mano sin renunciar á la » de Jesucristo, le contesta ella; mi elección está hecha. »

Frustrados mil tenaces y vivos empeños. « ¡Vuestra » hija es inflexible! exclama el Emperador, dirigiéndo» dose á los padres de la niña. ¡Y qué sea yo desde-

» ñado! No, el asunto no está concluido. Veremos quien » sale vencedor. « Luego irritado y furioso se vuelve á Filomena y le dice : « Castigaré tu reveldía y experi- » mentarás las consecuencias del desprecio hecho á tu » Emperador que ha querido colmarte de gloria. »

Filomena, humilde, resignada y llena de confianza en Dios se dispone al suplicio. Encadenada de pies y manos es conducida á un calabozo. Cada veinticuatro horas llega allí el Emperador con la invención de nuevos tormentos é infernales industrias para obtener el propósito que perseguía. Treinta y siete días habían así transcurrido. En tan terrible combate no cesaba la Santa de invocar fervorosamente la protexión de María. Y he aquí que la Madre Divina se le aparece dulce y resplandeciente con el Niño Jesús en brazos. Inúndase de consuelo el corazón de Filomena, rómpense las cadenas que la sujetan, y estrecha entre sus brazos al divino niño que la Santísima Virgen le presenta... María le dice : « *Hija mía debes sufrir aún tres días de cárcel; terminados cuarenta en ella, saldrás de tan penoso lugar.* » Estas palabras la llenaron de júbilo; pero luego debió temblar al oír : « *Te sacarán entonces para exponerte á atroces tormentos.* » En seguida la animó añadiendo : « *Eres hija mía predilecta, cuyo nombre es el mismo de mi Hijo y mío; te llamas Luz: mi Hijo, esposo tuyo, se llama Luz, Estrella, Sol, y yo Aurora, Estrella, Luna. Confía en mi asistencia. Ahora la debilidad de la naturaleza te humilla: en seguida sentirás la fuerza de la gracia que te realce. Tu Ángel Custodio, el Arcángel San Gabriel, que significa* FORTALEZA *fué también mi custodio en la tierra: yo lo mandaré en tu ayuda como señal de preferencia.* »

La Santísima Virgen desapareció. La cárcel quedó embalsamada de exquisita fragancia, y Filomena llena de valor se apercibió para los últimos combates.

Al tercer día, en efecto, desesperando atraer á aquella admirable vírgen, el feroz Diocleciano la hace atar á una columna, y en presencia de gran séquito y milicia la manda flagelar y le dice : « Pues que á mí, Empera- » dor, obstinadamente me desprecias, so pretexto de » pertenecer á un malhechor condenado á muerte por » su pueblo, mereces sufrir como él y sucumbir bajo el » rigor de mi justicia. »

Filomena es horriblemente destrozada. Cubierta de llagas y sangre la llevan moribunda á la prisión. Allí esperaba la muerte cuando dos ángeles con vivísimo esplendor se le aparecen, y derramándole precioso bálsamo en las heridas queda sana en el acto.

A la mañana siguiente, advertido el Emperador, va á verla y no puede disimular su asombro. Mas se enciende de nuevo su pasión, y á fin de ganársela, le redobla las promesas y caricias, y se empeña en persuadirla de que semejante gracia se debía al dios Júpiter que la llamaba á ser emperatriz de Roma. Respondióle entonces Filomena con tanta verdad y energía que confuso el tirano y rabioso como león ordenó que al punto, atada con un ancla de fierro al cuello, fuese arrojada en el Tiber.

Empero Dios la favoreció con un nuevo y público milagro. Apenas lanzada en el río, dos ángeles cortan la cuerda del ancla, y en tanto que ésta cae en el fondo de las aguas, aquellos sostienen en sus alas á Filomena y la colocan en la ribera. Numeroso pueblo aclamó el prodigio y se convirtió á la fe. No obstante el tirano, fuera de sí, exclamaba ser esto un encantamiento de la Santa; manda la arrastren por medio de la ciudad y luego sea asaeteada. Ejecutóse la orden, y Filomena traspasada de dardos, exánime y expirante es conducida á la cárcel.

El Señor no pone fin á sus maravillas. La Santa una vez allí se duerme en dulcísimo sueño, y al despertar se halla sana é imponderable es su belleza. El Emperador ordena entonces que nuevamente sea asaetada hasta que quede muerta en el patíbulo. Pero, si bien se tendieron los arcos con toda fuerza, las saetas ahora no se movieron. Desesperábase Diocleciano, quien en su ciega impiedad atribuía tantos portentos á magia de Filomena, y á fin de destruir esa supuesta influencia, ordenó que encendidas las lanzas de las flechas se arrojaran así sobre la víctima. ¡Nuevo prodigio! Las flechas, en tal ocasión, en vez de ofender á la Santa, se volvieron contra los tiradores, seis de los cuales murieron. Aumentáronse con esto las conversiones, y temeroso Diocleciano de lo que pudiera ocurrir en el pueblo, en el acto manda decapitar á Filomena. Aceptó por fin el Señor el holocausto y coronó con eterno é infinito galardón la virginidad victoriosa de la Santa. — Era el viernes, diez de agosto, día de San Lorenzo, á las tres de la tarde.

Quince siglos permanecieron sepultadas en paraje desconocido las reliquias de la gloriosa Santa Filomena. La incesante persecución con que se ensañaban contra el cristianismo los emperadores romanos fué sin duda la causa de ello. Descubiertas providencialmente á principios del presente siglo, — 25 de Mayo de 1802 — aparecieron resplandecientes : la sangre, aunque seca, brillaba con variados y vivos colores semejando piedras preciosas, prodigio que se obra todavía sin interrupción, según lo aseguran los biografos de la Santa. Aquellos preciosos restos se veneran en Muñano, cerca de Nápoles. El inmortal Pontífice Pio IX, para consolarse en las amarguras del destierro, llegó allí á honrarlos y celebrar la misa en memorable peregrinación.

Nada tan extraordinario como los milagros ocurridos tanto en aquel santuario como en la iglesia de Ars y en otros donde se exponen reliquias de Santa Filomena, razón por la cual es justamente llamada la *Taumaturga del siglo.*

Las gracias singulares que Dios concede por la mediación de esta virgen son prueba manifiesta del poderoso estímulo con que alienta á ejercitar la virtud de la castidad.

*
* *

El lirio de Quito. — María Ana de Jesús Paredes nació en Quito el año de 1618. Desde su más tierna infancia fueron notables su delicada inocencia, suave candor y acendrada piedad.

Tenía sólo diez años cuando ya se consagró á Dios con votos de pobreza, castidad y obediencia.

En 1645, apenas ocurrida su muerte, se notó que sobre su tumba nacía un hermosísimo lirio cuyas raices tomaban su savia de las reliquias de María. Así quiso el Señor manifestar por este símbolo admirable de la pureza, cuan particular era la inocencia de su servidora. A causa de este prodigio que fué certificado por numerosos testigos, María es llamada el *Lirio de Quito.* — (*Breviario Romano.*)

El alma adornada con la virtud de la pureza, dice San Basilio, es como la superficie de un lago cristalino donde se reflejan el sol y el azul del cielo. Arrojad una piedra y el agua no sólo se agita donde ella cae sino que aparece turbia y fétida hasta la superficie. De un modo semejante el demonio se sirve á veces de un signo, de una mirada, de una palabra para manchar con el pecado un alma pura y llenarla de turbación.

*
* *

Engaño funesto. — Una tribu salvaje sostenía guerra

feroz contra sus enemigos. Entre los prisioneros que cayeron en su poder se encontró una joven de diez y seis años que fué destinada á ser inmolada á la divinidad á quien tributaba culto aquel pueblo pagano. Le prodigaron los más exquisitos cuidados y la trataron espléndidamente haciéndole creer que tan pronto como llegase la primavera tendría lugar una gran fiesta en la cual ella sería la reina. La joven india, sencilla como la paloma, acariciaba esta idea y los ensueños de felicidad le hacían olvidar á su madre y á su patria. Al fin, apareció radiante la aurora tan deseada, la joven se engalana con los ricos aderezos que le ofrecen para la fiesta, la colman de distinciones y numerosos guerreros le forman escolta. Rodeada de honores y aclamada con cantos patrióticos se encamina al sitio de la celebración anunciada. Llega, mira y sólo ve una grande hoguera. Comprende que va á ser la víctima. Se lamenta entonces con gritos desgarradores, se arroja á los pies de los bárbaros, los conjura á que la perdonen; pero en vano. La colocan sobre la hoguera y mientras las llamas envuelven su cuerpo, mil flechas le abren el corazón.

Esa es la historia de las voluptuosas pasiones: se cree marchar á la gloria y los placeres y se precipita en los dolores, amarguras y remordimientos. — (*Sibillat.*)

CAUSAS DE LA IMPUREZA

La ociosidad.

La ociosidad es el manantial de los malos pensamientos, según San Bernardo. No haciendo nada aprendemos á hacer mal, afirma Catón. La ociosidad produce la afeminación de la carne, é inflama el deleite

enseña S. Cirilo. La ociosidad, dice el profeta Ezequiel, fué la impiedad de Sodoma.

Así como una tierra que no ha sido cultivada, produce toda clase de malas hierbas, dice San Crisóstomo, cada vez que el alma no tiene ocupación, se entrega á actos depravados. Mientras David se halló en medio de las adversidades, agobiado por los trabajos de su reinado, estuvo al abrigo de las tentaciones de la carne; pero cuando se abandonó á un prolongado reposo, llegó á ser adúltero y homicida. Mientras Salomón estuvo ocupado en la construcción del templo, fué vencedor de sus pasiones; pero al rendirse á la seducción del ocio, se sumergió en los deleites.

*
* *

La ociosidad y el trabajo. — Un anacoreta que no ocupaba concienzudamente su tiempo se sentía sumamente atormentado de tentaciones contra la pureza. Lo hizo presente á su superior y le pidió consejo. Este, advirtiendo fácilmente la causa de tales inquietudes, impuso al anacoreta rudos trabajos. Pasados algunos días, le preguntó si continuaban las tentaciones. — ¡Ah! contestó el anacoreta, cómo han de asaltarme, si apenas tengo tiempo de respirar... — *(Couturier.)*

*
* *

Sabia máxima de un solitario. — Se refiere en la *Vida de los padres del Desierto* que el superior de una comunidad, ocupando por la mañana á los religiosos en hacer canastas de mimbre les mandaba deshacerlas en la tarde. Entre los solitarios hubo uno que, lamentando este trabajo que consideraba inútil, fué á ver al abad y le expuso ingenuamente su extrañeza por habérseles encomendado hacer semejante uso del tiempo. — *Os equivocáis, hermano mío, le respondió el abad: persuadíos*

de que no perdéis vuestro tiempo y de que mucho hacéis con evitar la ociosidad. — (Migne.)

Malas compañías.

Apartaos de las tiendas de los impíos, dice el Señor, y no toquéis nada de lo que les pertenece, para que no os envuelvan en sus pecados. — *Num.*, XVI.

Hijo mío, si los pecadores tratan de seducirte, no cedas á sus caricias... no andes con ellos; sepárate de los senderos que recorren. — *Prov.*, X, 15.

Aunque fueseis de hierro os derretiríais si os hallaseis en medio del fuego. Si os exponéis al peligro de las malas compañías, no estaréis mucho tiempo seguros. — *S. Isidoro.*

Si queréis vivir libres de los vicios, huíd de los que dan mal ejemplo. — *Séneca. Epist.* CIV.

*
* *

FUNESTOS EFECTOS DE LAS MALAS COMPAÑÍAS. — Hadding, antiguo rey de Dinamarca, hacía largo tiempo que sitiaba una ciudad fortificada sin conseguir tomarla. Al fin, con una idea bien singular, alcanzó su intento. Hizo coger todas las palomas de la ciudad que en los campos sembrados iban á buscar alimento y obtenido buen número les hizo atar bajo las alas una cinta azufrada. Llegada la tarde prendieron fuego á las cintas y dejaron en libertad á las palomas. Estas se dirigieron naturalmente á sus parajes. Pocas horas después la ciudad estaba convertida en una inmensa hoguera. El fuego de los palomares se había comunicado á las casas, casi todas de madera.

El enemigo de nuestra salvación se sirve de una estratagema parecida. Se apodera de varias almas y alimenta en ellas el fuego de las pasiones. Las deja

después para que con la careta de la amistad y auxiliadas por la lisonja tiendan lazos á la inocencia y á la castitad; luego se presenta la ocasión que produce la llama, se apodera del alma y arruina la paz individual y de las familias. — (*Lefort.*)

*
* *

Estragos de las malas compañías. — De la misma manera que las exhalaciones que despiden los pantanos cenagosos siembran las enfermedades y epidemias, las malas relaciones nos hacen contraer el hábito del pecado y sumergirnos en la impiedad y el crimen. « Has de saber, dice el Eclesiástico, que si te juntas con los malos entrarás en comunicación con la muerte. » Espantoso ejemplo de comunicación semejante es el suplicio que el cruel tirano Brogondono acostumbraba imponer á los cristianos en el Japón. Mandaba atar estrechamente al vivo con un cadáver, á fin de que aquél muriese por el infecto olor del muerto, y fuese roído por los gusanos que cubrían el cuerpo á que estaba adherido.

*
* *

Modelo que imitar cuando se oyen cosas inconvenientes. — Es difícil no encontrarse á veces en relación con personas cuya conversación nada tiene de edificante. En tales casos es menester conducirse con toda prudencia y circunspección. A este propósito refiere San Efrén que un religioso fué á consultar á otro diciéndole : No sé qué hacer en la dificultad que se me presenta. El superior me manda que vaya todas las mañanas al horno á ayudar al panadero, y hay allí mozos de fuera que tratan muchas cosas impertinentes que no me conviene oírlas. ¿Qué haré? — Respondióle el monje : ¿No has visto á los muchachos en la escuela como están juntos con tanto ruido, leyendo y aprendiendo las lec-

ciones que han de dar al maestro, y cada uno atiende á su lección y no á la de los demás porque sabe que de aquella ha de dar cuenta al maestro, y no de las de los otros?

Es necesario hacer lo mismo : no atender á lo que los otros hacen ó dicen, sino á nuestro oficio porque de eso debemos dar cuenta á Dios. — (RODRIGUEZ, *Ej. de Perf.*)

Malas lecturas.

Los malos libros son las armas del demonio y la causa de los males de la Iglesia, dice San Crisóstomo.

Semejante al animal que toma el color de las plantas ó de las hojas con que se alimenta, el hombre adquiere costumbres y carácter análogos á sus lecturas. Los lectores de escritos impíos é irreligiosos pierden la fe y la piedad, y los de los libros impuros se convierten en monstruos de libertinaje. — (*A Lápide.*)

Las lecturas novelescas estuvieron á punto de perder para siempre á Santa Teresa en su juventud ; ella misma lo confiesa.

La primera obra literaria del famoso Prudhón fué un notable trabajo sobre la *santificación del domingo*, trabajo que fué coronado por la academia de Bezansón. Prudhón, renunciando los buenos principios, llegó á ser el hombre más impío; y declaró, en la última de sus obras, que lo que comenzó á extraviarlo y perderlo fué la lectura de una novela generalmente considerada como inofensiva.

Los romances y novelas inmorales son el más activo veneno que puede ofrecerse á las almas, y de la mayor parte de ellos puede decirse lo que puso Rousseau por epígrafe á su Nueva Eloísa : *La mujer que lea este libro es una mujer perdida.*

La novela ha venido al mundo para helar en el corazón humano todo noble sentimiento, toda noción pundonorosa, todo afecto de sencillez y de ternura y hasta la compasión y el rubor que imprimen en las mejillas la dignidad humana y la decencia natural, dice el Cardenal Cuesta.

La lectura de novelas no es únicamente un peligro; es un daño positivo, un tósigo mortal, es la inoculación inevitable del virus activo, eficaz é insidioso que se apodera de las fuentes de la vida moral y deja arruinado y horriblemente contraído el esqueleto de sus víctimas. . Una familia educada por el novelista infame está perdida. — *(El Obispo de Jaén.)*

En cuanto á los periódicos malos « es incontestable que su lectura es la más nociva de todas, » afirma el Cardenal Dechamps. « Jamás, desde el reinado del paganismo, se había imaginado nada más audaz y más corruptor, dice Mñr Parisis.

No sólo es prohibida la habitual lectura de malos periódicos, sino que también lo es cooperar á su publicación.

*
* *

Lectora de novelas. — Durante una misión que se daba en Marsella, una señora se dirigió á uno de los padres que predicaban. Se presentó con afectada cortesía y empleó expresiones extravagantes para saludarlo. Comprendió aquél que esta señora estaba acostumbrada á la lectura de novelas y producciones semejantes : « Parece, señora, que sois aficionada á las novelas. — Es cierto, Padre; pero esta es para mí una simple distracción que no me hace ningún mal. — ¿Estáis segura, señora? — Perfectamente segura, Padre. — Está bien, pues entonces antes de leer uno de esos libros, no dejéis de arrodillaros y decir á Dios : Dios

mío, voy á leer está novela para agradaros; sé que en ella se encuentran malas doctrinas, malos ejemplos y malos consejos; no importa, voy á leerla para cumplir las promesas de mi bautismo, para trabajar por vuestra gloria y por la salvación de mi alma. — Pero, Padre, yo no puedo hacer semejante oración; eso sería burlarme de Dios. — No, señora, si esa lectura es buena, podéis y debéis hacer esa oración. — Pero... pero, Padre. — ¡Ah! ya comenzáis á comprender que esta lectura no es tan indiferente como os parecía al principio. Decidme, señora, ¿no erais más piadosa en otro tiempo que al presente? — Sí, Padre. — ¿Y leíais novelas? — Nunca, Padre. — ¿Os ocupabais entonces con gusto en los estudios serios, en el trabajo útil, en buenas obras? — Sí, Padre. — ¿No es verdad que erais entónces más prudente, más sumisa, menos aficionada al lujo y á los gastos superfluos? — Cierto, Padre. — En otro tiempo ¿frecuentabais los sacramentos con más gusto y exactitud? — ¡Ah! sí, Padre. — Pues bien, señora, nada más tengo que deciros; vos misma habéis comprendido cuán peligrosa es una lectura tan frívola.» — (Noel, *Cat. de Rodez.*)

*
* *

Resultado de la lectura de novelas. — El 25 de Abril de 1796, una joven se arrojó desde el Puente Real en el río Sena. Los socorros para salvarla fueron inútiles. Al recojer su cadáver, se encontró en el bolsillo de su vestido una detestable novela. Examinada ésta con con atención, en una página se descubrieron las palabras siguientes escritas por la mano de la joven : « *He sido traicionada como ella* (la heroína del libro); *debo, pues, morir como ella.* — (*Merault.*)

*
* *

Declaración de Rousseau. — « Algunos se quejan de

que las novelas trastornan la cabeza. Lo creo. Poniendo de continuo á la vista de los que las leen los encantos de una vida imaginaria, los seducen, los hacen desdeñar su estado y cambiarlo fantásticamente por el que se les presenta tan lleno de atractivos. Queriendo ser lo que no son llegan á creerse otra cosa de lo que son y concluyen por volverse locos. »

*
* *

Sacrificio de un mal libro. — Navegaba de Génova á Savona un joven noble y arrogante en compañía de tres religiosos; y como tenía costumbre de leer libros profanos, iba entonces leyendo uno de versos amatorios y obscenos, en cuya lectura decía que hallaba tanto gusto que no le vendería, aunque por él le diesen cuatro escudos. Uno de los religiosos le dijo : *¿Haría Ud. con gusto un obsequio á la Virgen? — Eso sí, Padre*, contestó el jóven, *en honra de la Virgen haré cualquier cosa. — Pues bien*, replicó el Padre, *rompa ese libro por dar gusto á la Vírgen, y arrójelo en el mar.* — A esto dijo el joven : *Aquí lo tiene Ud.; tómelo. — No*, volvió el Padre á decir, *Ud. por su mano debe ofrecer este don á María.* Entonces el joven cortó por medio el libro con un cuchillo, echó al agua la mitad de las hojas, y dió la otra mitad al Padre, quien haciéndolas pedazos, las arrojó también en el mar. No quedó este acto sin galardón, porque, vuelto el joven no mucho después á Génova, le llamó Dios á la vida perfecta, y la Virgen Santísima le trajo al seguro y dichoso puerto de la religión. ¡Oh, cuánto agradaría á esta Soberana Señora el que si hemos imitado á dicho joven en tener y leer libros llenos de veneno, le imitásemos también en deshacernos de ellos por darle gusto! Fundadamente podríamos esperar por su intercesión la gracia del arrepentimiento y mudanza de vida. — (*Auriem.*)

MALAS CONVERSACIONES Y LECTURAS. — Las cosas impuras, decía san Pablo, no deben ni nombrarse entre cristianos, pues son la ruina de las buenas costumbres. Comparad vuestras conversaciones á un manjar agradable, que por bien preparado que esté, si en él cae un poco de veneno, basta para dar la muerte á cuantos lo coman... Conocemos las funestas consecuencias de estas conversaciones, diréis; pero ¿qué hacer cuando se oyen? — Si los que hablan así son vuestros inferiores, reprendedlos severamente; si no podéis hacerlo por su posición, tratad de alejaros de ellos, y si no es posible, absteneos completamente de tomar parte en lo que dicen y dirigiéndoos á Nuestro Señor, repetid *¡Jesus mío, misericordia!* Si á pesar de todas estas precausiones, os encontráis en peligro de ofender á Dios, os daré el consejo de San Agustín: *Apprehende fugam, si vis referre victoriam.* Huíd, abandonad el puesto, la escuela, el empleo y el trabajo, sufrid todos los males del mundo antes que exponeros á perder vuestra alma. Porque, como dice el Evangelio, mas vale ser pobre, despreciado, que nos corten los pies y las manos, que nos saquen los ojos y llegar así al Cielo, que poseer todo lo que deseamos en el mundo y ser eternamente desgraciados en el infierno. Persuadíos además de que vuestra rectitud impondrá bien pronto silencio. Nadie se atrevía á pronunciar palabras mal sonantes delante de San Luis Gonzaga.

Aborreced los malos libros y diarios irreligiosos. Miradlos como á serpiente venenosa. Imitad á los cristianos de Éfeso: en cuanto oyeron de San Pablo el mal que tales libros producen, aquellos fervorosos fieles se apresuraron á llevarlos á la plaza pública é hicieron de ellos una hoguera, juzgando mejor que semejantes libros cayeran en el fuego que no sus almas en el infierno. — *(Don Bosco.)*

Espectáculos, bailes y vestidos inmodestos.

Los bailes, dice San Francisco de Sales, son cosas indiferentes por su naturaleza; pero su uso, tal como ahora se encuentra establecido, es tan determinado al mal, por todas sus circunstancias, que lleva consigo graves peligros para el alma... Si, en alguna ocasión en que no pudieseis excusaros, os veis en la necesidad de asistir á ellos, cuidad de que os acompañen la buena intención, la modestia, la dignidad y la decencia, y bailad lo menos posible, á fin de que vuestro corazón no se aficione á semejantes pasatiempos » ... Una madre debe en tales casos acompañar á su hija para cuidar de que se le guarden todos los miramientos debidos.

Los bailes y espectáculos considerados como ocasión de pecado, no deben frecuentarse. Sin embargo, no siendo cosa mala en sí, puede venir el caso de fluctuar entre si es ó no lícito asistir á ellos. ¿Cómo salir de la duda? Consultando al confesor, el cual resolverá, no según las máximas del mundo, sino conforme á las del Evangelio. — (*Gaume.*)

*
* *

Una consulta. — « ¿Es lícito bailar? » — Hé aquí la pregunta que á un respetable sacerdote dirigió una señorita de diez y ocho años.

— Os daré mi opinión, le contestó él, luego que me digáis : ¿En el día de vuestro bautismo no renunciasteis á Satanás, á sus pompas y artificios?... ¿os gustaría morir en un baile?...

— Señor, dejemos esto. Ahora no se trata de mi juicio sino del vuestro.

— Está bien, replicó el sacerdote, podéis dispensaros de responder á las anteriores preguntas; pero á lo mé-

nos, servíos contestar á éstas : ¿No es verdad que muchos días antes de ir al baile ya se piensa en él, y aun durante la oración? ¿no es verdad que se emplean largas horas en el tocador con perjuicio de las atenciones y deberes de la casa? ¿no es cierto que á menudo se escogen para bailar días consagrados al Señor y aun á la penitencia? ¿no es cierto que el baile es un palenque de vanidad, donde á porfía se despliega el mayor lujo y hasta la mayor indecencia en los trajes? ¿no es cierto que ningún medio se perdona para agradar y llevarse el lauro entre los demás? ¿no es cierto que con esta mira se visten gasas que nada encubren, y se emplean otros artificios inmodestos para dar relieve á peligrosos hechizos, ó suplir los que la naturaleza ha rehusado? ¿no es cierto que en esas reuniones la envidia, para rebajar el mérito de sus rivales apela á mil chanzonetas, dichos poco delicados, secretillos misteriosos y alusiones erizadas de malicia? ¿no es cierto que todo esto forma objeto de cálculo y conversación aun muchos días después del baile?

¿No es cierto que en esas reuniones todo concurre á inflamar los sentidos, exaltar la mente y enternecer el córazón? ¿no es cierto que hay allí un círculo fantástico que ostenta á granel los artificios más seductores de la moda, una mezcla de personas, que precisamente por su edad debieran estar separadas; todo esto acompañado de los movimientos de una danza muelle y voluptuosa, de las armonías arrebatadoras de una orquesta, del esplendor de las bujías, de la riqueza de las colgaduras, de la profusión de flores y esencias...

¿No es cierto...

— ¡Basta, señor! Antes que responder á tales preguntas, prefiero no bailar nunca; porque bien comprendo que acabaréis por prohibírmelo.

— No os equivoquéis, señorita : al contrario, en términos positivos os digo que podéis bailar.

— ¿Es verdad?

— Sí, yo, anciano encanecido, os autorizo, con una sola condición.

— ¿Cuál?

— ¿Palabra de cumplirla?

— Por de contado.

— Pues bien, servíos escucharme. Sin duda no ignoráis que el principio más universal é incuestionable de la moral cristiana es el que nos obliga á referir á Dios cuanto hacemos, siendo Dios tan amable que acepta á buena cuenta la ofrenda de nuestros actos, aun los más comunes é indiferentes, como son nuestras comidas, nuestras diversiones, nuestro sueño, etc., porque todo entra en el orden de la Providencia. Según esto, luego que os hubiereis compuesto para el baile, sola en vuestro aposento, sin más testigos que Dios y vuestra conciencia, de rodillas al pie de un crucifijo, haréis esta oración : Mi Dios, mi Señor, mi Maestro, mi Padre y mi Juez, yo voy á hacer deliberada y espontáneamente una cosa que vuestro Evangelio y vuestra Iglesia señalan por muy peligrosa, en la cual fracasaron la piedad, la humildad y la inocencia de muchos; y para hacerla mejor acabo de componerme, ciñéndome la cabeza con una corona de rosas para agradar á los demás. Yo os ofrezco, Señor, esta corona, á vos que la ceñís de espinas. Dignaos aceptarla, Dios mío, y echadme vuestra santa bendición.

— Señor, esta condición es imposible. Sería burlarse de Dios.

— Llamadla como queráis. De aquí no paso; tal es el precio de mi consentimiento. — (*Gaume.*)

¡Cuánto enloquece el baile! exclamaba un padre de

familia. ¡Cómo nos irritaríamos si viéramos á nuestras hijas en brazos de los jóvenes, sin baile y sin música! Y ¿acaso con el baile y la música en vez de desaparecer no se aumenta el peligro?

Las personas que entran en un baile, decía el venerable Cura de Ars, dejan al ángel custodio á la puerta, y le reemplaza un demonio; de suerte que bien pronto hay en la sala tantos demonios como danzantes. — (*En su vida.*)

*
* *

Teatros. — Preguntó Luis XIV á Bossuet si es permitido asistir al teatro. *Señor,* le respondió el prelado, *hay grandes ejemplos en favor y razones invencibles en contra.* Esto era decidir la cuestión; pues seguramente la razón debe valer más que el ejemplo, sobre todo cuando éste se dá por personas que no se distinguen por su virtud. — (*Mach.*)

San Agustín, en sus *Confesiones*, deplora amargamente la suerte de un joven amigo suyo que siendo en extremo aficionado á los espectáculos, el Santo había conseguido curarle de esta pasión. Mas propusiéronle un día los amigos que fuese con ellos al teatro; al principio resistió varonilmente á la invitación y á las repetidas instancias; pero al cabo le arrastraron casi por fuerza: « Bien; asistiré, les dijo, pero sólo con el cuerpo, sin mirar nada. » En efecto, fiel á su propósito, tuvo constantemente cerrados los ojos durante el espectáculo; « ¡ojalá, dice San Agustín, nunca hubiese abierto los oídos! » Porque oyendo una gran gritería, llevado de la curiosidad, abrió los ojos para ver lo que era, imaginándose que siempre podría cerrarlos; pero fué víctima de esta funesta curiosidad. Pues, arrebatado y trasportado fuera de sí, no tardó en mezclar sus aplausos

con los de los demás espectadores, y salió más preso que nunca del amor al teatro. Tanta verdad es que el corazón se deja fácilmente arrastrar de los placeres á que se siente naturalmente inclinado.

*
* *

Rectitud de un niño. — Muchas veces se le había advertido al joven Albini cuán perjudiciales son los espectáculos y él, dócil á la buena enseñanza, les había cobrado no menos aversión que temor. Quiso su padre juzgar hasta qué punto el hijo sería fiel á su convicción y se propuso hacer la prueba. Cierto día se puso de acuerdo con el servidor de confianza, casi miembro de la familia, que sacaba al niño á pasear, de suerte que á la vuelta, en lugar de encaminarse directamente á la casa, tuviera cuidado de pasar delante de uno de los teatros más en boga... Era precisamente la hora de la representación. El servidor lo hizo presente á su jóven amo y le instó á entrar, á la vez que se dirigía hacia el peristilo adonde se agolpaba la multitud. Albini, sin contestar una palabra, abandonó en el acto á su guía y se volvió precipitadamente á su casa. Su padre, viéndole llegar solo, le preguntó por su compañero. — « Papá, le dijo el niño, yo no he podido seguirle porque es un servidor infiel que en vez de apartarme del peligro ha querido arrastrarme al mal. » Y le contó con indignación lo que le acababa de pasar. — Tranquilízate, hijo mío, le dijo su padre estrechándole en sus brazos; el viejo y buen servidor á quien te había confiado ha procedido así por mi orden. Y no ha sido esto porque yo dudase de tí, hijo mío, sino por tener una prueba manifiesta de tu seriedad. Has salido victorioso; me has llenado de contento. Ten valor para apartarte siempre de los funestos placeres del mundo.

— Confío en la gracia de Dios, respondió el joven, y

prefiero perder la vida antes que exponer mi conciencia al peligro. — (*Lefort.*)

* * *

Notable firmeza. — El célebre Federico Ozanam llegando á París, adonde iba á perfeccionar sus estudios, se presentó con una carta de recomendación á Chateaubriand. Éste le recibió muy afectuosamente y, en amistosa conversación, le interrogó si se proponía asistir á los espectáculos. Sorprendido Ozanam con esta pregunta, trepidaba entre la promesa hecha á su madre de no poner el pie en el teatro y el temor de aparecer demasiado pueril ante los ojos de su noble interlocutor. Por lo pronto no contestó. Chateaubriand entretanto le miraba fijamente como si diese grande importancia á la respuesta que aguardaba.

Al fin triunfó la virtud y Ozanam le declaró su propósito.

El autor del *Genio del Cristianismo,* sin disimular su satisfacción, da un tierno abrazo á Ozanam y con vivo interés le dice : « Yo te ruego encarecidamente que sigas siempre el consejo de tu madre ; *nada ganarías en el teatro y podrías perder mucho.* »

Esta declaración quedó profundamente grabada en el pensamiento de Ozanam, y cuando alguno de sus amigos le instaba á que le acompañase al teatro, se excusaba con esta decisiva respuesta : « El señor de Chateaubriand me ha dicho que no conviene asistir á ellos. » — (P. Lacordaire, *Notice sur F. Ozanam.*)

Medios de evitar el pecado de impureza.

El buen empleo del tiempo. — Encontrándose San Antonio en medio de un vasto desierto se sintió turbado con violentas tentaciones y con gran tristeza y aridez

de su alma. Se encomendó á Dios y le dijo : « Señor, yo deseo salvarme, pero las tentaciones que me afligen son un obstáculo que sólo vos podéis quitar. Dignaos manifestarme el modo cómo deba conducirme. »

Dios escuchó la plegaria de su servidor; pues que dirigiéndose San Antonio á su celda encontró en ella á un ángel que tejía una esterilla con hojas de palmera y de cuando en cuando dejaba el trabajo para hacer oración; acompañada así la oración del trabajo, dijo al solitario : « *Haz otro tanto y serás salvo.* » — (*Vida del Santo.*)

*
* *

Frecuentación de los sacramentos. — ¿Queréis resistir á los asaltos con que os importuna el demonio impuro? aproximaos con frecuencia á la Santa Mesa; porque el demonio no puede mantenerse allí donde está Dios. Con el tiempo la victoria es segura de parte Dios, cuya gracia es más poderosa que los asaltos de Satanás. — *San José de Cupertino.*

El demonio ruge y emprende la fuga cuando ve un cristiano cuyos labios están teñidos con la sangre de Jesucristo. — *San Juan Crisóstomo.*

*
* *

Devoción á María Santísima. — San Vicente Ferrer, comúnmente llamado el *Ángel del Apocalipsis,* por la unción celestial de su palabra, profesaba, desde niño, entrañable devoción á la Santísima Virgen.

Él fué quien introdujo la piadosa y laudable costumbre de saludar á María después del exordio de los sermones, costumbre que se ha conservado hasta el presente. El amor que sentía por esta bondadosa Madre lo comunicaba á todas las almas que convertía, con lo que les aseguraba la perseverancia en el bien. Al pie de una imagen que veneraba en su celda buscaba la inspi-

ración para el ejercicio del ministerio de la predicación, y este era el resorte secreto del éxito admirable de su palabra.

Irritado el espíritu del mal por las innumerables almas que le arrebataba, empleó todos los recursos infernales para hacer perder á Vicente la vida de la gracia. Empezó por tentarlo de un modo violento y terrible contra la angelical virtud de la pureza. Un día en que el Santo se ocupaba en preparar un discurso sobre tal virtud, rogó encarecidamente á la Santísima Virgen que se la conservara por toda la vida. Mas, no bien hubo formulado este ruego, cuando oyó una voz que le decía : « Vicente, no te puedo conceder lo que me pides porque muy luego perderás la virtud que tanto estimas. »

Trémulo, confuso y abismado en amarguras quedó el glorioso Apóstol al oír aquella respuesta, que creía ser de los labios de la dulce Madre á quien había invocado. Y postrado, con el alma atribulaba y los ojos anegados en lágrimas á los pies de su querida imagen le decía : ¿Cómo es posible, Madre mía, que consientas en que este hijo que tanto te ama manche su cuerpo y su espíritu con un pecado que le hará indigno de presentarse ante tus ojos virginales? Todo lo temo de mi miseria, pero también todo lo he esperado siempre de tu protección; y ahora me abandonas á mi flaqueza y me niegas tu amparo?

Compadecida la bondadosa Madre de las angustias de Vicente, le hizo oír estas palabras : « No te aflijas, querido hijo mío, porque la voz que te ha puesto en tanta congoja, es la voz de Satanás que quiere inducirte á la desesperación : consuélate, pues has de saber que mientras tú me seas fiel, yo lo seré también contigo, é intercederé por tí ante mi Divino Hijo. »

Estas consoladoras palabras devolvieron la paz al corazón de Vicente y tornaron en suavísima alegría su pasada tristeza. Teniendo por defensora á la que es fuerte como un ejército ordenado en batalla, no temió ya los asaltos del infierno. Esta asistencia maternal de María se hizo sentir especialmente en la última hora de su siervo fiel; pues le anticipó con su presencia las delicias del cielo y ahuyentó al espíritu maligno que intentaba dar el último asalto á aquella alma privilegiada.

La Santísima Virgen es fiel hasta la muerte con los devotos suyos que imploran su asistencia en el peligro y la sirven con fidelidad en la vida. — (Vergara Antúnez, *Mes de María.*)

*
* *

Buenas lecturas. — La Harpe, uno de los literatos más distinguidos, á la vez que uno de los filósofos más impíos de este siglo, hecho prisionero en tiempo de la Revolución, refiere su conversión del modo siguiente: « Me hallaba en la cárcel solo, en un reducido aposento y profundamente triste. Había leído los salmos, el Evangelio y algún otro libro bueno. Su efecto había sido rápido y pasajero. Sin embargo, ya había recobrado la fe, veía una luz nueva; mas ella me espantaba y consternaba, mostrándome un abismo: el de cuarenta años de extravíos. Comprendía todo el mal que había hecho, mas no aparecía ningún remedio, pues nada veía cerca de mí que me ofreciese el socorro de la religión. Por una parte me intimidaba la vida mirándola á la luz de la verdad celestial; y por otra la muerte que cada día aguardaba recibir, por medio de la guillotina, me infundía terror. El sacerdote no se presentaba al cadalso para consolar al que iba á morir: cuando llegaba allá, era para morir él también. Lleno de estas

ideas desoladoras, mi corazón estaba abatido, dirigíase á Dios, á quien acababa de encontrar, pero que apenas conocía. Le decía : ¿qué debo hacer, y qué puedo esperar?

Estaba el libro de la *Imitación de Cristo* sobre una mesa, y me habían dicho que en este excelente libro hallaría la respuesta á mis pensamientos. En efecto, lo abro al acaso, y al abrirlo me encuentro con estas palabras : *Héme aquí, hijo mío; vengo á ti porque me has invocado...* No leí nada más; la impresión repentina que experimenté fué superior á toda expresión; no me es posible explicarla ni olvidarla. Caí, la faz contra la tierra, bañado en lágrimas, ahogado en sollozos, dando voces y profiriendo palabras entrecortadas. Sentía mi corazón aliviado y ensanchado, pero al mismo tiempo á punto de partirse. Asaltado de una multitud de ideas, lloré bastante tiempo, sin que me acordase ya de mi triste situación. Esto es lo que mi corazón ha sentido más violento y delicioso en toda la vida.

Estas palabras : *héme aquí, hijo mío,* no cesaban de resonar en mi alma y de conmover todo mi ser. —(*Mach.*)

*
* *

Voz de Dios. — Refiere San Agustín en sus *Confesiones* que encontrándose el emperador Graciano en la ciudad de Treveri, dos de sus cortesanos fueron un día á un convento de ciertos buenos religiosos, fuera de la ciudad. Entrados en aquella soledad, empezaron á leer la vida de San Antonio Abad, que estaba sobre la mesa de uno de los religiosos de aquel convento y uno de ellos, movido por divina inspiración, dijo al otro : *Amigo, después de tantos trabajos y fatigas como sufrimos en este mundo, ¿á qué podemos llegar? Lo más que podemos esperar, estando en la corte, es el ganarnos la gracia del emperador, y esta es la mayor fortuna que puede ca-*

bernos. Y si llegamos á alcanzarla ¿cuánto durará esta fortuna? En tanto que si queremos la amistad de Dios, ahora mismo podemos alcanzarla. Y diciendo así, seguía leyendo, hasta que más iluminado todavía de Dios, que en aquel momento le dió á conocer la vanidad del mundo, dijo con resolución á su compañero: Quiero dejarlo todo y salvar mi alma. Desde ahora resuelvo quedar en este monasterio, para pensar sólo en Dios. Si no quieres seguirme, te ruego á lo menos que no te opongas á mi resolución. Respondió el compañero que también quería seguirle, como hasta entonces había hecho; y dos doncellas con las cuales habían ya contraído esponsales, sabida la mudanza de los dos caballeros, á imitación suya abandonaron el mundo y consagraron á Dios su virginidad.

SÉPTIMO Y DÉCIMO MANDAMIENTOS

DE LA LEY DE DIOS

El Robo.

— *¿Cuál es el séptimo mandamiento de la ley de Dios?*
— *No hurtar.*
— *¿Qué se nos prohibe en este mandamiento?*
— *Estas cuatro cosas: 1ª tomar injustamente los bienes ajenos; 2ª retenerlos sin legítimo derecho; 3ª causar perjuicio en ellos, y 4ª cooperar á ese perjuicio.*

— *¿Cuál es el décimo mandamiento de la ley de Dios?*
— *No codiciar los bienes ajenos.*
— *¿Qué se nos prohibe en este mandamiento?*
— *Estas tres cosas: 1ª el deseo de apropiarnos injustamente los bienes ajenos; 2ª el deseo de perjudicar al prójimo; 3ª el afán excesivo por adquirir bienes de fortuna.*

En la casa en donde entra el bien ajeno, entra la maldición. — *Zach.*, v, 3-4.

El que roba algo á su padre ó á su madre, diciendo que no es pecado, tiene parte en el crimen de los homicidas. — *Prov.*, xxviii, 24.

El que se asocia á un ladrón, odia su propia alma. — *Id.*, xxix, 24.

Las riquezas ajenas, retenidas injustamente, son

como fuego que reduce á cenizas aun las propias. — *San Gregorio Nazianceno.*

¡Ay de aquel que injustamente multiplica sus bienes! — *Habac.*, XI, 6.

Los que roban los bienes ajenos no poseerán el reino de Dios. — *Corinth.*, VI, 10.

Hé aquí lo que dice la ley mosaica: « No cometas injusticias ni en la vara, ni en la medida, ni en el peso; sea fiel tu balanza... No des tu dinero á usura, y no exijas de tu hermano sino lo que le hayas prestado. Si ves que el buey y la oveja de tu hermano andan extraviados, no pases sin llevárselos. Aun cuando la persona á quien pertenezcan no sea tu hermano ni tu aliado, sino un desconocido, no por eso debes dejar de prestarle el servicio de llevarlos á tu casa y de tenerlos hasta que puedan ir á buscarlos »...

*
* *

ACÁN. — Cuando los israelitas tomaron la ciudad de Jericó, Dios les prohibió bajo las más severas penas que se apropiasen en particular la más mínima cosa del botín. Uno de ellos, llamado Acán, quebrantó esta orden, y sus hijos participaron del crimen. En castigo de esta audacia Dios permitió que el ejército israelita fuera derrotado. Josué se prosternó y elevó á Dios fervientes súplicas acompañadas de lágrimas. Dios le respondió que contra su prohibición, algunos habían tomado parte del botín y que ocultado el robo trataban de encubrirlo con la mentira; que mientras viviesen esos ladrones el pueblo sería afligido con toda suerte de males.

Al día siguiente, Josué hizo reunír á todo el pueblo, y Dios le reveló que Acán era el culpado. Dirigiéndose Josué á aquel hombre, le dijo: « Dá gloria á Dios, y confiesa ingenuamente lo que has hecho. » Acán confesó su crimen y reconoció haber quebrantado la pro-

hibición del Señor. « En medio del botín, dijo, me llamó la atención un manto de escarlata, tuve la debilidad de tomarlo, y además doscientos ciclos de plata y una lámina de oro; lo he escondido todo en mi tienda y he enterrado el dinero. » Josué mandó entonces buscar todos aquellos objetos, los hizo llevar con Acán, sus hijos y todo lo que poseían al valle de Acor, y ordenó que el pueblo apedrease allí á los culpados; en seguida los hizo arrojar en el fuego con todos sus muebles, y se echó sobre sus cenizas un enorme montón de piedras, á fin de perpetuar la memoria del terrible castigo de Dios.

*
* *

Injusticia de Acab. — Nabot tenía una viña y el rey Acab la codiciaba. « Dame tu viña, le dijo, yo te daré otra mejor ó su justo precio en dinero. » Nabot rehusó desprenderse de la herencia de su padre por lo que Acab se volvió indignado á su casa. Sabido esto, la reina Jezabel sobornó dos hombres é hizo acusar á Nabot de haber blasfemado contra Dios y maldecido al rey. Nabot fué, pues, injustamente sentenciado á muerte y Acab tomó posesión de la viña. El castigo no se hizo esperar. Acab murió, al poco tiempo, combatiendo contra los Sirios. Jezabel fué devorada por los perros en el campo de Israel, y toda su casa fué exterminada bajo el reinado de Ocosías, su hijo, como lo había predicho el profeta Elías de parte de Dios.

*
* *

El castigo divino es más frecuente de lo que se piensa. — Un rico banquero, guardia nacional en París, después de pasar la mitad de la noche en servicio quedó acuartelado. Rendido de cansancio, se tendió sobre un catre de campaña; pero, no acostumbrado á cama tan poco cómoda, le era imposible dormir. « Soy demasiado bo-

nachón en quedarme aquí, dijo entre sí; he servido ya seis horas de guardia y no tienen para que acordarse de mí : bien puedo ausentarme sin llamar la atención. » Salió, en efecto, y se dirigió á su casa. Al llegar á la puerta, para no despertar á nadie, la abre silenciosamente y á tientas se dirige á su dormitorio. Mas, al entrar en una pieza, tropieza con un obstáculo y cae. En medio de la oscuridad, procura reconocer qué objeto ha quedado allí tan poco á propósito en medio del camino. Es un hombre. Se imagina sea un criado propenso á embriagarse. Lo llama y lo reprende; pero no obtiene respuesta. Lo sacude, lo levanta de la cabeza y palpa en sus manos una masa de carne pesada, lacia, fría... Se endereza aterrorizado y en alta voz llama á un sirviente. Viene éste, enciende luz y con gran sorpresa ven tendido en el suelo el cadáver de uno de los arrendatarios de la casa, cerca del cual hay una lámpara apagada. ¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que ha ocurrido? Este arrendatario, sabiendo que el banquero se encontraba de guardia y confiando no llegaría hasta la mañana siguiente, había querido aprovechar la ausencia para abrirle su caja. Ocupaba una posición brillante: pero como dilapidase locamente sus bienes, temiendo las consecuencias, había preferido descender al más bajo de los vicios. No sin dificultad, había conseguido que su mujer le acompañase y juntos ejecutaban su vergonzoso designio, cuando Dios para castigarlos los hirió de un modo terrible. El criminal, víctima de un ataque de apoplejía, cayó repentinamente muerto.

Figuraos á aquel hombre perdido el uso de la palabra, agitándose con movimientos convulsivos, con el corazón oprimido, los ojos fijos, sin que nada expresen, ni siquiera el arrepentimiento. Y entretanto la mujer, confundida, sin saber cómo aliviarlo, obligada á de-

jarlo sin auxilio en la agonía y á abandonar su cuerpo luego que exhala el último suspiro. La desgraciada huyendo aterrorizada, dejó á sus espaldas un cadáver como testimonio de aquel crimen y deshonra. ¿Puede imaginarse castigo más inesperado y terrible? — (*Nouveau Pensez y bien.*)

*
* *

Una aventura de Condé. — El duque de Enghien, último vástago de los Condés, había recibido por vez primera una bolsa de dinero para sus entretenimientos. Después de haber jugado mucho durante el día, regresó de Versalles, donde se encontraba el palacio de Chantilly. En la mañana siguiente apenas abre los ojos cuenta su dinero. ¡Cuánta sorpresa! ¡faltan dos escudos! No es esto una desgracia que le impida dormir : un hombre de su posición no debe mostrarse afligido por una pérdida de este género.

Un día después, muy temprano, no sé por qué presentimiento abre de nuevo su bolsa; faltan otros dos escudos. Por primera vez, la nube de la sospecha asaltó la mente del ilustre Condé. El duque sintió angustiada su alma. Sufre, pero calla.

En medio de los placeres conserva una idea dominante que le preocupa. Parece buscar la solución de un problema, solución que pronto ha de ser aterradora.

Viene la tercera noche. A la hora de recogerse, el príncipe se retira.

Un antiguo camarero acude á recibir sus órdones; es éste un antiguo servidor de confianza.

Condé ha tomado una resolución : esa noche no dormirá. Se acuesta y espera... Las luces desaparecen de los corredores, habitaciones y galerías. Todo calla y todo duerme. Sólo él está en vela : escucha y observa tras las cortinas de su lecho... De repente la puerta de

su dormitorio se entreabre, una figura pálida avanza. ¿Era un asesino? Imposible; nadie se hubiera atrevido jamás á levantar la mano contra un miembro de tan ilustre familia.

Entretanto aquel hombre, un momento inmóvil, se acerca más y más. Una mano seca y descarnada coge la bolsa de dinero y saca dos escudos de oro.

En este instante el ladrón espantado de un silenció más profundo que el de costumbre, separa las cortinas del lecho y se inclina para ver mejor... sus ojos se encuentran con los del príncipe que, reconociendo á su camarero, le mira sin decirle nada.

El camarero queda inmóvil y como petrificado; deja la monedas y se vuelve lentamente por el mismo camino, y con el mismo silencio que había venido.

« He querido ver y he visto, » pudo decir el noble joven sin temor de que el ladrón se propusiese otra cosa que robar, é inmediatamente se entrega al sueño y duerme hasta mediodía. En fin, se levanta. — ¡Ah, Monseñor! dice el que viene á abrir sus ventanas, tenemos que daros una triste noticia. — ¿Cuál es? — Vuestro antiguo camarero... — ¿Y bien? — Se ha dejado caer por el balcón... ¡ha muerto! — Pobre Francisco, dijo el príncipe. Esas fueron las únicas palabras que se le escaparon. Pasaron sesenta años sin que nada dijera sobre el origen de esta horrorosa aventura. Poco antes de su muerte, cuando creyó que no dañaba á nadie, reveló este secreto. — *(Histoire de France.)*

*
* *

Justicia de Dios. — Un joven que residía cerca de Auray, en Francia, contratados sus servicios, recibió anticipadamente una suma de dinero que compartió generosamente con su única hermana. Cuando le hacía este obsequio, hallábase presente cierto camarada que debía

acompañarle á un largo viaje á que le obligaba tal contrato. Ambos se pusieron pronto en marcha y el mismo día llegaron á Vannes. Al caer la tarde, el camarada encontró pretexto para separarse de su compañero de viaje y regresó á la casa de la hermana de este mismo, adonde llegó á las nueve de la noche. Esta reconoció la voz que la llamaba é imaginándose viniera también su hermano se apresuró á abrir la puerta. La desgraciada pudo convencerse bien pronto del siniestro fin de aquella visita nocturna. El recién llegado cerró cuidadosamente la puerta, se guardó la llave y con pistola en mano dijo á la joven :

— « Tú tienes plata, yo necesito la mitad. »

Toda resistencia era inútil; no había más que obedecer. Ella sacó la suma que hacía poco le había dado su hermano y la puso sobre una mesa.

— « No es la mitad : la necesito toda, » dijo entonces el ladrón.

La aflicción y las lamentaciones de la joven no le movieron á compasión. Se guardó el saco y luego añadió : « No basta eso; es necesario que mueras. Elige : ¿el cuchillo? aquí está; ¿el revolver? éste es magnífico; ¿la horca! no faltará un cordel en la casa!...

La infeliz suplicaba á este bárbaro que al menos no le quitase la vida... Todos sus empeños fueron vanos. Dios inspiró entonces á la joven que eligiese la horca.

Aquel monstruo, después de maltratar cruelmente á su víctima, registra prolijamente la casa y encuentra dos cordeles. Con uno estrecha los pies y las manos de la joven y la deja atada al extremo de un catre, mientras se dirige al granero á preparar el instrumento del suplicio. Una vez allí fijó en una viga una punta de la segunda cuerda é hizo un nudo corredizo en el cabo opuesto. Con esta operación tanto se recogió la cuerda,

que aquel se vió obligado á subir sobre un mueble para ensayar si el trabajo estaba bien ejecutado. Al hacer la experiencia cayó el mueble y el malhechor quedó suspendido de las manos atadas con el nudo corredizo.

Un día y dos noches trascurrieron sin que ni la joven ni el malhechor pudiesen libertarse de sus prisiones. Los vecinos, sin darse cuenta del motivo porque no se abría aquella casa, van á golpear á la puerta y alcanzan á oír los débiles lamentos con que contesta la pobre joven. Dan aviso á la autoridad que, forzando la cerradura, penetra en la casa y encuentra á la desgraciada respirando apenas, pero que reanimada á la vista de sus libertadores se recobra para referir quién le ha puesto en ese estado. La justicia, prosiguiendo la visita, llega al granero y encuentra al criminal suspendido de las dos manos y pendiente de un cordel.

Le descolgaron para conducirle á la cárcel. Este ladrón, confundido por la venganza del cielo, expía ahora su maldad en un presidio. — (*La Vérité historique.*)

*
* *

Horrible suerte de dos ladrones. — Un suceso atroz ha llenado de consternación á una de las ciudades meridionales del Piamonte.

Un comerciante sentado un domingo con varios bebedores á la mesa de una taberna, vendió un chancho á un aldeano y convino en hacerle la entrega el miércoles siguiente. Según costumbre, algunos vasos de vino sancionaron el contrato y luego partieron. Durante el camino ocurriósele al comprador que teniendo en aquella semana que atender cierto asunto judicial, más cuenta le hacía se acortase un día el plazo fijado. Se puso de acuerdo con el vendedor, y en efecto, el martes por la tarde se efectuó la entrega del animal. Hacía poco que el vendedor había recibido el precio de esta

venta cuando le encuentra el conductor de un oso y le pide alojamiento.

En otra circunstancia habría renunciado á abrir las puertas de su casa á semejante huésped; pero caía ya la noche, noche de invierno, sombría y glacial. Por otra parte recordó que el pesebre del chancho estaba vacío y accediendo á la petición proporcionó posada al viajero, é instaló al oso en el establo.

La noche cerró por completo. Espesas sombras ocultaban la luna y sólo muy confusamente era posible ver los objetos. Un silencio profundo reinaba en la ciudad. Entretanto dos de los bebedores que en la taberna presenciaron el contrato de que se ha hablado se preparaban sigilosamente para robar el chancho antes que se consumase la venta... Uno de ellos escaló la muralla del huerto y el otro se quedó al aguaite. Llegó aquel al establo del puerco, y se introdujo por una especie de ventana en la estancia. Lo que pasó entre el hombre y el animal feroz sólo pudo conocerse por la sangre, los pedazos de carne y huesos quebrados que allí quedaron.

El ladrón que impaciente aguardaba á su compañero, no se resuelve á esperar; reconoce que todo está en silencio y atrevidamente se dirige al establo. Llama en voz baja á su cómplice. Nadie contesta. Quiere entrar por la misma abertura; mas apenas tiene dentro la mitad del cuerpo cuando el oso se lanza furioso hacia él. El desgraciado lucha un instante entre los dientes y garras que le oprimen y logra por un esfuerzo desesperado desprenderse de su enemigo. No obstante, la sangre que manan sus heridas no le permite moverse. Cae en el jardín donde pronto le recogen los habitantes de la casa despertados con el ruido de la última lucha. El ladrón, atormentado con atroces dolores, sucumbió á la mañana siguiente. — *(Id.)*

MALHECHOR SORPRENDIDO POR LA MUERTE. — Un panadero, que á consecuencia del fracaso en sus negocios había abandonado su comercio, entró al servicio de un seminario en calidad de portero. Ejercía su empleo á entera satisfacción, cuando repentinamente desapareció sin que nadie pudiese dar noticias de él. Entretanto el ecónomo del seminario hacía días que se hallaba ausente. Á su regreso, cuando fué á entrar en la pieza en que se encontraba la caja de fondos, advirtió que la cerradura de la puerta oponía cierta resistencia; le pareció que habían tratado de forzarla. Al penetrar vió con sorpresa que un hombre se encontraba sentado y con una mano puesta dentro de la caja abierta y la otra unida al pecho. El ecónomo, lleno de coraje se lanzó sobre el ladrón. Pero luego retrocedió espantado : había reconocido al portero perdido. El desgraciado estaba muerto. Se presumió que mientras cometía su culpa debió sentir algún ruido que le hizo temer se le descubriese y luego padeciera una congestión cerebral. El cuerpo de aquel infeliz fué llevado al cementerio como el de un suicida, sin las ceremonias de la Iglesia, sin sufragios y con sólo el acompañamiento de un soldado. — (*Lefort.*)

— *¿Quiénes toman injustamente los bienes ajenos?*

— *Los que sin legítimo derecho despojan al prójimo de sus bienes, sea que esto se haga secretamente, y se llama* HURTO, *sea que se haga públicamente, ó en presencia del dueño, y se llama* RAPIÑA, *sea que se haga por contratos injustos.*

— *¿Cómo se convierten los criados en ladrones respecto de sus amos?*

— *1° Favoreciendo á los hijos en hurtos ó repartiéndolos con ellos: 2° disponiendo del bien de los amos sin su*

consentimiento, aun cuando sea en favor de los pobres; 3° haciendo pagar á los amos alguna cosa más cara de aquello en que la han comprado; 4° pagando con las provisiones de la casa las obras que hacen ejecutar por su propia cuenta; 5° dejando perderse ó dando, sin que lo sepan sus amos, cosas que podrían servir todavía; 6° no trabajando como debieran trabajar.

— ¿Cuándo los comerciantes y vendedores se hacen reos de injusticia?

— 1° Cuando venden con medidas ó pesos falsos; 2° cuando dan como buena una mercadería mala; 3° cuando, al vender, usan de algún fraude: por ejemplo, los lecheros que echan agua á la leche, los bodegoneros que mezclan el vino con agua, ó los que ponen los límites de su propiedad dentro de la del vecino.

— ¿A quién se llama usurero?

— Al que saca una ganancia ilegítima del dinero ó de otra cosa que ha prestado.

— ¿Cuándo se hacen reos de robo los obreros?

— Cuando se hacen pagar demasiado caro ó ejecutan mal la obra; cuando retienen ó cambian, en todo ó parte, los materiales convenidos, ó cuando trabajando al día, no emplean todo el tiempo que deben consagrar al trabajo.

La gula, con frecuencia, conduce al robo. — Gabriel era un excelente niño; no tenía más defecto que el de ser demasiado aficionado á las golosinas. Para satisfacer esta pasión, robaba frutas y dulces, y la mala inclinación lo inducía á multiplicar los hurtos. Sus padres, reparando en ello, le preguntaron si había tomado algo: él, así como había resbalado de la gula al robo, del robo cayó en la mentira: protestó que era inocente, que no había tomado cosa alguna. A pesar de esto, sus padres desconfiaban de él y guardaban la llave de la

alacena. La costumbre de la glotonería convirtió á Gabriel en caballero de industria; recurrió al fraude y á las picardías. Llegó á descubrir el lugar en que sus hermanos guardaban el dinero. Tomó poco de una vez, á fin de que no se notase. Primeramente se sirvió de las llaves para perpetrar sus robos; pero no tardó en hallar medio de abrir sin llave; robó en mayor abundancia y no se limitó ya á robar en casa de sus padres sino también en casa de sus compañeros y donde podía. A Gabriel no le gustaba el trabajo, pues los glotones son siempre perezosos; beber, comer y jugar era toda su ocupación. Insensiblemente fué asociándose con jóvenes de su carácter, y poco después no tuvieron ya freno sus vicios; se hizo ladrón público, verdadero bandido que asaltaba á los caminantes, y cayó en manos de la justicia: había muerto á un pasajero para despojarlo de lo que llevaba.

Gabriel murió en un cadalso.

Tal es la historia de gran número de jóvenes que, comenzando por pequeños robos, han ido á parar á la guillotina. — (*Gridel.*)

*
* *

Un honrado funcionario. — En tiempo de Luis XVI, un recaudador público perdió toda su hacienda. Un incendio consumió su casa, y con ella desapareció el precio que los arriendos le producían. Escarbando los escombros humeantes, encontró una pequeña caja que contenía dos mil libras, valor de sus últimas cobranzas y pertenecientes al gobierno. Las llevó, al punto, al tesorero fiscal. Admirado éste de tan noble conducta, informó al ministro Necker y éste á Luis XVI, quien premió al recaudador con regalarle aquella suma. — *(Lefort.)*

*
* *

Integridad de un mandatario. — Los panaderos de

León se presentaron á M. Dugás, prefecto de la ciudad, para suplicarle que se sirviera permitirles subir el precio del pan.

M. Dugás les respondió: « Estudiaré vuestra petición. »

Los solicitantes, á fin de inclinar en su favor el ánimo del mandatario, dejaron intencionalmente sobre la mesa de despacho una bolsa con doscientos luises.

Cuando volvieron, para saber la resolución, no dudaban de que la bolsa hubiera asegurado el éxito de la petición.

M. Dugás les dijo: « Señores, he examinado atentamente vuestras razones y en justicia no las he encontrado suficientes para acceder á vuestro deseo. En consecuencia, yo no puedo con mi fallo perjudicar al público. Por lo demás, el dinero que aquí dejasteis lo he distribuído entre los hospitales de la ciudad. Me ha parecido que eso era lo más prudente. Y puesto que os encontráis en estado de hacer tales limosnas, debo creer que no perdéis en el negocio, como lo decís en vuestra solicitud. — *(Id.)*

— *¿Quiénes retienen los bienes ajenos?*

— *Todos estos: 1° los que no restituyen los bienes mal adquiridos; 2° los que no pagan sus deudas pudiendo hacerlo, y 3° los que usan de las cosas halladas sin haber hecho las diligencias posibles para averiguar sus dueños.*

— *¿Quiénes causan perjuicios en los bienes ajenos?*

— *Todos estos: 1° los que destruyen ó menoscaban los bienes ajenos y los que ponen alguna causa para privar al prójimo de algún bien á que tiene derecho.*

Son, pues, muy culpados los que suscitan un pleito injusto; los que sin razón hacen perder una clientela,

ó desacreditan una mercadería y los que echan á perder ó dejan que se deterioren mercaderías ajenas que les han sido confiadas. Pecan asimismo los que dejan de pagar los legados píos ó dilatan la celebración de misas y distribución de limosnas, etc.

— ¿Quiénes cooperan al perjuicio ajeno?

— Todos éstos: 1°. los que mandan hacerlo: 2° los que lo aconsejan; 3° los que consienten en que se haga; 4° los que auxilian para que se haga; 5° los que participan de la cosa en que se perjudica, y 6° los que no lo impiden pudiendo y debiendo.

— ¿No es entonces permitido recibir ó comprar lo que los hijos, los criados ú otras personas han robado?

— No; los que compran, reciben ú ocultan lo que creen haber sido robado son tan culpados como los ladrones mismos.

— ¿Basta confesarse del perjuicio para quedar ya sin responsabilidad?

— No basta; se debe además 1° reparar los perjuicios causados; 2° restituír lo ajeno, volviendo al prójimo, ó á sus representantes, la cosa misma tomada ó su equivalente, y 3° hacer todas las diligencias para cumplir cuanto antes esta obligación.

— El que no tiene con qué pagar ¿está dispensado de restituír?

— Si no puede absolutamante, no está obligado á lo imposible; pero debe á lo menos vivir con la mayor economía y trabajar con constancia á fin de satisfacer cuanto antes lo que debe.

Cuando pudiendo restituír, se difiere la restitución largo tiempo, se peca mortalmente. Y cuando el acreedor sufre daño, aunque sea á consecuencia de corta

dilación, el ladrón está obligado á resarcirle aquel daño.

*
* *

Probidad de San Luis. — San Luis, rey de Francia, hecho prisionero por los Sarracenos, fué puesto en libertad á condición de devolver á Damieta y pagar doscientas mil libras. Cumplido lo estipulado, preguntó el rey si se había pagado fielmente la cantidad. Felipe de Nemours, caballero del rey, le contestó: La suma del rescate ha sido pagada; pero hemos conseguido que los Sarracenos se equivoquen, en diez mil libras, en su contra. El rey vituperó severamente esta deslealtad y la hizo reparar antes de su partida.

Esta noble conducta de San Luis es tanto más admirable cuanto que, el mismo día, los Sarracenos, infieles á su juramento, dieron muerte á todos los enfermos cristianos de Damieta y quemaron sus cadáveres. — (R. P. Cros, *Vie de S. Louis.*)

*
* *

Error de concepto. — Habiendo ido el condestable de Chatillón á oír misa, cuando más contraído estaba á sus devociones, un pobre se acercó á pedirle limosna. El Condestable metió la mano en el bolsillo y dió al pobre algunas monedas de oro sin contarlas y sin reparar en lo que hacía. Esta cuantiosa limosna deslumbró tanto al mendigo, que no volvía en sí de sorpresa, y como era hombre honrado, comprendiendo que el condestable se había equivocado, creyó que no podía conservar en su poder aquella suma. Esperó al caritativo señor á la puerta de la iglesia, y al verlo salir, se acercó á él y le dijo: Señor, aquí tiene Ud. lo que me ha dado; sin duda que Ud. se ha equivocado; debo pues, devolverle lo que no ha tenido intención de darme. Sorprendido el Condestable al ver una alma tan

bien puesta, miró al pobre con bondad y le dijo: Es cierto, amigo, que no había creído darte tanto; pero puesto que has tenido la rectitud de devolvérmelo, yo tendré la generosidad de obsequiártelo. — (*Mentor des enfants.*)

*
* *

Un abogado que se respeta. — Un rico opulento se presentó cierto día al célebre abogado M. Paillet para suplicarle que le defendiese un pleito.

— Tened la bondad de dejarme vuestro expediente y dentro de ocho días podré daros respuesta, le contestó M. Paillet.

Pasados los ocho días el litigante volvió al bufete del abogado.

— Señor, vengo á saber la respuesta que os habéis dignado ofrecerme para hoy día.

— ¡Ah! sí, señor, aquí la tenéis. Y M. Paillet tomando el expediente de su escritorio lo entregó al caballero.

— ¡Cómo! exclamó éste con tono que indicaba pesar y extrañeza; ¡me devolvéis mis papeles! ¿rehusáis encargaros de mi litigio?

— Sin duda; vuestra causa es detestable.

— Pero, señor, tengo gran interés en que tal como es sea defendida y bien defendida. La solución, poco me importa, y os prometo no haceros responsable del éxito.

— Perfectamente, pero ¿qué queréis que diga en un mal proceso?

— ¿Qué es necesario decir? Sería haceros una injuria pretender siquiera insinuároslo; vos, señor, lo sabéis mejor que yo. Por otra parte, os aseguro que sabré apreciar vuestros servicios y espero me permitiréis daros desde luego un anticipo á cuenta de vuestro honorario.

Y diciendo esto sacó del bolsillo diez billetes de á mil francos y colocándolos dentro del expediente, los puso en manos del abodago.

Este, sin alterarse y con cierta sonrisa, alzó las espaldas. El cliente alcanzó á gozarse en la ilusión. Su error fué de un momento. M. Paillet dió vuelta el expediente en sus manos; después con toda la finura de una delicada ironía le dijo:

— ¿Creéis, señor, que ahora haya mejorado vuestro proceso? Desengañaos. Nada ha cambiado. Tomad todo esto... Ni siquiera puedo deciros: ¡qué os acompañe la suerte! porque esto sería hacer votos por el triunfo de la injusticia.

Con esto, el caballero se retiró confundido de sorpresa, admiración y vergüenza. — *(Bluteau.)*

OCTAVO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

La Mentira.

— *¿Cuál es el octavo mandamiento de la ley de Dios?*
— *No levantar falso testimonio ni mentir.*
— *¿Qué es mentir?*
— *Decir lo contrario de lo que se piensa, con intención de engañar.*

Si no hay intención de engañar y los que se hallan presentes comprenden el pensamiento, no hay mentira. No es mentira decir que tal día el viento era tan fuerte que arrancó el pasto y se llevó á una legua de distancia los cañones de una fortaleza; es tan sólo una chanza. — *(Gridel.)*

— *¿No es permitido mentir nunca?*
— *No, por ningun motivo, aun cuando sea para procurar un bien ó evitar un mal.*
— *¿Cuándo es pecado mortal la mentira?*
— *Cuando con ella se hace un grave mal al prójimo.*

Los labios del embustero son abominables.

La vida de los mentirosos es una vida sin gloria, y siempre les acompaña la confusión. — (*Eccle.*, xx, 22, 28.)

Santo Tomás compara la mentira á una moneda falsa despreciada por todo el mundo.

TERRIBLE CASTIGO DE ANANÍAS Y DE SAFIRA. — Los primeros cristianos vivían en Jerusalén en incomparable unión y en la más perfecta caridad. Vendían sus bienes y depositaban su valor en manos de los apóstoles quienes lo distribuían según las necesidades de cada uno, pues todos se concideraban como si fueran de una misma familia y se sentaban á una misma mesa. Sin embargo, uno de estos fieles, llamado Ananías, de acuerdo con su esposa Safira, se hizo reo de una mentira en apariencia muy leve. Tenía un campo, lo vendió, se reservó secretamente una parte de la suma y llevó lo restante á los apóstoles. Pedro le dijo : Ananías, ¿cómo has permitido á Satanás que tentara tu corazón hasta el punto de hacerte mentir al Espíritu Santo y retener una parte del precio que recibiste por tu campo? Esa herencia era tuya, nadie te obligaba á venderla. No has mentido, pues, á los hombres, sino á Dios. En el momento en que Ananías oía estas palabras caía muerto á los pies del apóstol. Los fieles recogieron el cadáver y lo enterraron. Continuaba Pedro instruyendo á los cristianos y habrían pasado tres horas cuando se presentó la mujer de Ananías que ignoraba lo que había ocurrido. Díme, le preguntó San Pedro, ¿la suma que aquí ves es todo el dinero que os han dado por la venta de vuestro campo? Sí, respondió ella. ¿Por qué, le dijo el apóstol, te concertaste con tu marido para tentar al Espíritu Santo? Hé aquí que oigo acercarse á los que han enterrado á tu marido y van á llevarte también. Al escuchar estas palabras, Safira expiró, y cayó al suelo y fué sepultada con su marido. — (*Actas de los apóstoles.*)

*
* *

MENTIRA CASTIGADA. — Hallándose de viaje Santiago, obispo de Nisibe, que vivía en el siglo cuarto, algunos

pobres le salieron al encuentro y le suplicaron tuviese á bien darles lo necesario para enterrar á un compañero que, tendido en el suelo, decían, acababa de morir. El Santo les concedió de buena gana lo que le pedían; mas el pobre, que se hacía muerto, murió efectivamente. Cuando el Obispo se hubo alejado algún tanto, los autores de esta mentira dijeron al que estaba tendido que se levantara, y como no contestase, lo examinaron y encontraron muerto. Sorprendidos y alarmados, corrieron tras del Santo, se echaron á sus pies y deshaciéndose en lágrimas le confesaron el engaño de que se habían servido. Añadiéronle que á causa de gran pobreza habían urdido semejante impostura y le rogaron con grandes instancias que les perdonase su pecado y devolviese la vida á su desgraciado compañero. Entonces el Santo, compadecido, se puso en oración y por un nuevo milagro resucitó al impostor. — (*Teodoreto. — Hist. ecl.*)

*
* *

No es permitido mentir ni para salvar la vida. — El emperador Maximino envió á unos cuantos soldados para que fuesen á prender á San Antonio, obispo de Nicomedia. Los soldados entraron, sin saberlo, á casa del prelado y pidieron algo que comer. El santo Obispo los recibió con grandes agasajos y satisfizo plenamente los deseos de aquéllos. Terminada la comida, dijo uno de ellos: Buen anciano, sabréis decirnos ¿dónde podríamos encontrar al Obispo Antonio? Yo soy, respondió el Santo. ¡Oh! exclamaron los enviados, nosotros no podemos hacer mal al hombre hospitalario que nos ha recibido tan bondadosamente en su casa; diremos al emperador que no lo hemos encontrado. No permita Dios, respondió el Santo, que digáis una mentira. Prefiero morir á consentir en que faltéis á la verdad por

defenderme. Y partió con ellos para ir al suplicio. — (*Sibillat.*)

*
* *

Por salvar á un inocente. — Refiere San Agustín que el obispo Fermo ocultaba por caridad en su casa á un hombre á quien buscaban para ajusticiarlo. Los agentes del emperador preguntaron al obispo dónde estaba el hombre de quien querían apoderarse. « No puedo responderos, les dijo Fermo, porque no puedo mentir ni descubrir al que buscáis. » Hicieron padecer al santo obispo los más crueles tormentos con el objeto de averiguar dónde estaba aquel hombre, y llegaron á amenazarle con la muerte. « Sé padecer y morir, dijo él, pero no sé hablar cuando se tráta de hablar contra la verdad ó contra el prójimo. Llevároulo á presencia del emperador, quien admirado de la virtud del santo obispo, lo despidió y perdonó al perseguido. — (*Blanchard.*)

*
* *

Fidelidad á la palabra. — El Padre Lauriere, franciscano de Portugal, cayó cautivo con varios oficiales en manos de los indios. Solicitó se le permitiera ir á los suyos para tratar personalmente sobre el canje de prisioneros. El rey pareció dudar que tuviese la buena fe de volver. El religioso, tomando su cordón, se lo entregó como prenda de sinceridad. « Si se frustra mi empeño, dijo al príncipe, mi vida os pertenece, y yo la devolveré al punto á vuestras manos. » Le fué permitido partir. Sus esfuerzos fueron desgraciados y volvió para que le remachasen las cadenas. Admirado el rey de tamaña fidelidad, « Idos en libertad, le dijo; si todos los de vuestra nación se os parecieran, fácilmente terminaría la guerra; porque la guerra no puede ser duradera entre hombres de buena fe. » Y dejo ir al

mismo tiempo á los demás prisioneros sin rescate alguno. — *(Dictionnaire d'éducation.)*

— ¿Se puede ocultar la verdad, ó disimularla prudentemente?

— Sí, pues no siempre estamos obligados á decir lo que sabemos.

Verdad encubierta. — San Atanasio, perseguido por los arrianos, se embarcó para escapar. Aquellos salieron en su busca. Cuando el Santo reconoció la flota que venía á prenderlo, ordenó al piloto volviera atrás con su barco, pasando así junto á las naves de los enemigos. « ¿Habéis visto al obispo Atanasio? » preguntaron éstos. « Hace poco que pasó por donde mismo vais vosotros, » se les contestó; lo que era literalmente exacto. — *(Vida del Santo.)*

*
* *

Sin engañarlos se engañan. — Santo Tomás de Cantorbery, perseguido por Henrique II, rey de Inglaterra, quiso ir á refugiarse en Francia. Apresuradamente montó en un caballo sin silla. Habiéndolo encontrado algunos emisarios del rey, uno de ellos creyó reconocerlo. Interrogado el Santo, contestó : « En efecto, esta debe ser la montura de un arzobispo de Cantorbery. » El interlocutor, aturdido con esta respuesta, estrictamente verdadera, no insistió, y el obispo salvó así de las manos de sus enemigos. — (*Vida del Santo.*)

*
* *

Habilidad. — Durante la revolución francesa, un sacerdote se había refugiado en casa de un distinguido caballero. Informados de esto los jueces, mandaron hacer de sorpresa un registro domiciliario. La familia entera se encontraba reunida. También estaba allí el

sacerdote, disfrazado de sirviente. Al ver á los emisarios, todos palidecieron. « Se os acusa, dijo el brigadier al caballero, de que tenéis asilado á un sacerdote en vuestra casa. » « Ved, señor, si tal cosa es verdad respondió aquél con gran presencia de espíritu. Yo no creo que haya nadie tan imprudente que aquí se encuentre escondido. Podéis recorrer toda la casa. Lejos de oponerme á vuestro registro, yo os lo facilitaré cuanto pueda. » Y dirigiéndose al pretendido doméstico, añadió : « Santiago, toma la linterna y acompaña á estos caballeros hasta los últimos rincones de la casa. » Santiago encendió la linterna, y los gendarmes, siguiéndole los pasos, hicieron el examen más minucioso, renegando contra el sacerdote que les obligaba á hacer esta inútil revista y prometiendo le harían pagar bien caro este trabajo si caía en sus manos. Se retiraron al fin. Cuando se despedían : « No olvidéis la propina para el criado, » les dijo el dueño de casa. El brigadier pasó una moneda á Santiago, y le dió al mismo tiempo las gracias por la exquisita atención con que les había acompañado. — *(Bluteau.)*

— *¿Qué es levantar falso testimonio?*
— *Atestiguar ante un juez una cosa falsa.*

La ley de Moisés fulminaba las penas más severas contra los testimonieros. « Si se encuentra un testigo que perjure, acusando falsamente á su hermano, se le hará sufrir el mismo castigo que deseaba á su hermano... No habrá perdón para él; vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie. »

La Santa Escritura llama hijos de Satán á los testigos falsos que acusaron á Naboth.

— *¿Qué otra cosa se nos prohibe en este mandamiento?*

— La sospecha temeraria, el juicio temerario, la adulación, la calumnia, la hipocresía y la murmuración.

— ¿Qué es sospecha temeraria?

— Inclinarse á creer de otra persona una cosa mala sin tener fundadas razones.

— ¿Qué es juicio temerario?

— Afirmar interiormente, sin suficientes razones, que el prójimo ha procedido de un modo ilícito.

No juzguéis, dice Jesucristo, y no seréis juzgados. (*Matth.*, VII, 1.) Con la misma medida con que midiereis seréis medidos. (*Matth.*, VII, 2.)

¿Por qué, dijo Jesucristo, veis una paja en el ojo de vuestro prójimo, y no veis una viga en el vuestro? ¿Cómo decís á vuestro hermano : déjame quitar esa paja de tu ojo, teniendo una viga en el vuestro? Hipócritas, quitad primero la viga del ojo vuestro, y luego podéis pensar en quitar la paja del ojo de vuestro prójimo. — (*Matth.*, VII, 3-5.)

Aquel que creéis caído, está tal vez de pie; y aquel cuya caída miráis como próxima no caerá tal vez nunca. Aquel cuya culpabilidad sospecháis, entrará quizás mejor que vosotros en el cielo; porque, aunque sea realmente culpado, ¿conocéis la gracia que Dios le reserva? — (*A Lápide.*)

Si no puedes disculpar la acción, dice San Bernardo, disculpa al menos la intención. Supón que vuestro prójimo ha pecado por ignorancia, por engaño ó casualidad. ¿Quién sabe cuán violenta fué la tentación y qué habría sido de tí si la hubieses sufrido? Una misma acción puede ser considerada en mil aspectos diferentes. Una alma caritativa supone siempre la mejor intención, una alma poco noble elige siempre la más maligna. — (*San Francisco de Sales.*)

El obispo San Anselmo era engañado muchas veces á causa de su bondad y simplicidad. Como le advirtieran esto sus amigos, respondió : « Prefiero ser engañado juzgando bien de los hombres, aunque me perjudique cuando son malos, antes que engañarme juzgando mal de ellos, cuando pueden ser inocentes. »

*
* *

Una cigarrera. — Un general había convidado á comer á los oficiales de su regimiento. Durante la comida, todos admiraron una cigarrera de oro que el general había dejado junto á él sobre la mesa y que bien pronto pasó de mano en mano para apreciar tan acabada obra de arte. A los postres, quiso el general ofrecer un cigarro; busca su cigarrera y no la encuentra. Todos los oficiales espontáneamente se levantan y piden se haga un registro : uno solo de ellos, un teniente, se manifiesta turbado, y le saltan los colores al rostro. El general notó tal embarazo y dijo entre sí : este es el culpado. Pero mirando por el prestigio del cuerpo y por el porvenir de aquel militar, cuya familia canocía y estimaba, interrumpe las protestas generales diciendo con cierta sonrisa : « Todos los que aquí estamos somos gentes de honor; no puede sospecharse de nadie... la cigarrera debe haber rodado debajo de algún mueble... después la buscarán los sirvientes. » En seguida se esforzó en distraer la atención usando de todos los recursos de su buen humor. Por desgracia, no sólo el general había advertido la turbación del teniente. La frialdad que se estableció al rededor de éste, y algunas miradas de desprecio, lo señalaban como culpable. La tarde fué triste, pesada, todos sentían un involuntario desconcierto. Los convidados se retiraron temprano. ¿Quién podrá pintar la angustia del jóven que veía cortarse su carrera con aquel desgraciado incidente? Y ¿cómo des-

cribir la aguda emoción que sintió cuando al día siguiente le anunciaron que el general le llamaba? Se prosentó temblando. ¿Qué reproche le espera? ¿se le irá á exigir su dimisión?... El general se apresura á salir á su encuentro le estrecha la mano con efusión y le dice : « Mucho siento lo que ha ocurrido ayer, y me es tanto más doloroso cuanto que la cigarrera ha sido encontrada por mi doméstico en el forro de mi casaca, donde había caído por una abertura del bolsillo. Mas ahora que ninguna sospecha puede recaer sobre la conducta de Ud., quiere decirme, amigo, el motivo de la repugnancia demostrada ayer cuando sus camaradas propusieron el examen respectivo de los bolsillos? » El joven tuvo un momento de indecisión, en seguida levantando la frente, dijo con franqueza : « General, mis padres son pobres, bien lo sabe Ud.; han hecho grandes sacrificios por mi educación y justo es que á mi vez haga yo algo por ellos. Cada mes les entrego la mitad de mi sueldo y para que el resto baste á mis necesidades, me veo en el caso de comer como puedo. Y bien : ayer, al recibir la invitación de Ud. acababa de comprar mi modesta comida : un pedazo de pan y una salchicha que guardaba en mi bolsillo, cuando se trataba de la cigarrera. Puede Ud. comprender mi confusión al pensar en las chanzas y bromas que se hubieran seguido al descubrirse mi provisión. » — « Amigo mío, es Ud. un excelente hijo, replicó el general, puede contar con mi ayuda. Entretanto sírvase aceptar un lugar en mi mesa, donde cada día estará pronto su cubierto. Nadie conocerá la confidencia que Ud. acaba de hacerme; pero todo el mundo sabrá que yo le estimo como á hombre de honor. En cuanto á la cigarrera, permítame Ud. ofrecércela como prenda de mi distinción y aprecio. — (*Lefort.*)

Honor salvado. — Es necesario usar de gran circunspección cuando se trata de la reputación y del honor del prójimo. Alfonso, rey de Aragón, visitó un día con varios de sus cortesanos una acreditada casa de joyas. Apenas se hubo retirado, cuando el comerciante salió á alcanzarle para quejarse de que le habían sustraído un diamante de gran precio. El rey volvió al establecimiento con toda su comitiva é hizo traer una redoma llena de afrecho. Ordenó en seguida que cada uno de los cortesanos metiera la mano cerrada en el afrecho y la sacase abierta. Comenzó por dar él mismo el ejemplo. Terminado el acto, hizo vaciar la redoma en el mostrador y apareció el diamante. El cuidado que este príncipe tuvo en salvar el honor del que había cometido el robo y el medio ingenioso de que para ello se sirvió dejan comprender la elevación de su espíritu y el interés por el honor ajeno. — (*D'Hauterive.*)

— *¿Qué es adulación?*

— *Es una falsa ó excesiva alabanza hecha al prójimo en su presencia.*

La adulación ó lisonja es, pues, verdadera mentira muy perniciosa al adulador y al adulado á quien se elogian hasta sus defectos y vicios.

El adulador es un enemigo secreto con máscara de amigo.

El que nos inciensa nos engaña, dice San Bernardo.

La lisonja es un perfume emponzoñado que se respira con delicia, aun cuando se sabe que es mortífero.

Un adulador es ruín y muy rara vez es excusable porque rara vez es desinteresado.

Es preferible caer en las garras de un cuervo antes que en las manos de un adulador. Estos son semejantes

á los ladrones nocturnos, cuyo primer cuidado es apagar las luces.

*
* *

Luis XVI. — Un poeta francés presentó á este rey una composición en verso en la que le colmaba de elogios. El Rey le dijo : « Cuando se habla bien de mí no me enfada ignorarlo; pero si se me inculpa deseo saberlo para corregirme. » — *(Bluteau.)*

*
* *

El emperador Niger. — Para lisonjear á este emperador un cortesano pretendió hacer su panegírico. El soberano, al saberlo, dijo : « Hacer el elogio de un hombre en vida es una burla, sobretodo si es emperador : eso no es aplaudirle para que haga el bien sino adularle para que recompense. En cuanto á mí, quiero ser amado durante mi vida y elogiado sólo después de mi muerte. » — (*Id.*)

— *¿Qué es calumnia?*
— *Suponer al prójimo una falta que no ha cometido.*

Más presto se coge al mentiroso que al cojo. — San Atanasio fué acusado por los arrianos de haber hecho cortar una mano á un sacerdote llamado Arsenio, y como prueba de este aserto presentaron una mano cortada que decían ser de Arsenio. Tiempo hacía que no se tenía noticia de tal sacerdote. Estuvo en poder de los arrianos, después escapando de ellos y temiendo que le diesen la muerte se había retirado á una apartada soledad. Pero Dios permitió que advertido de lo que los herejes meditaban contra el santo obispo viniese á encontrarle durante la noche para que nada temiese. Citado Atanasio á un conciliábulo, luego que se le formuló la acusación, el obispo preguntó : « ¿Hay

aquí alguno que conozca á Arsenio? » Muchos respondieron que le conocían. Entró entonces en la sala un hombre embozado en una ancha capa : era Arsenio. « ¿Lo conocéis? » dijo Atanasio. Le levanta en seguida un lado de la capa y muestra la mano derecha; luego hace ver la izquierda, y dirigiéndose á la asamblea le dice : « Aquí tenéis á Arsenio con sus dos manos, ¿de quién es, pues, esta tercera? Preguntadlo á mis acusadores y tomadles cuenta de dónde la han sacado. » Los arrianos quedaron confundidos al ver públicamente descubierta la impostura; resolvieron quitar la vida á Atanasio, y el santo tuvo que huír á Constantinopla. — *(Rivad. — Vida de los Santos.)*

— *¿Qué es murmuración?*

— *Dar á conocer sin necesidad las faltas ó defectos del prójimo.*

— *¿Por qué se dice sin necesidad?*

— *Porque cuando hay necesidad no es murmuración, sino un acto de caridad : por ejemplo, hacer saber al jefe de familia las faltas de los hijos ó criados para que los corrija, ó bien decir á una persona que quiere casarse lo que se sabe de la conducta de la que debe contraer matrimonio con ella, ó informar al que busca un sirviente de lo desfavorable que sabe acerca de él* (1).

— *¿Habría murmuración si no se nombrase la persona?*

— *No, pero si se agregase que la persona pertenece á tal corporación habría murmuración, y esta sería tanto más grave ante Dios cuanto que comprometería á toda una corporación.*

— *¿Es permitido dar á conocer las faltas ó defectos de los muertos?*

(1) Gridel.

— No, porque tienen derecho á la estimación pública, y semejantes conversaciones pueden perjudicar á la familia ó corporación á que han pertenecido.

— ¿Qué circunstancia agrava la murmuración?

— La importancia del perjuicio inferido al prójimo, la del número de personas á quienes se dan á conocer sus defectos y la pasión ó intención que la dicta.

— ¿Es pecado oír con placer la murmuración, la calumnia y los chismes?

— Sí, es pecado, y también es el no impedirlos, pudiendo hacerlo sin grave inconveniente.

— ¿Cómo debe portarse para no pecar el que oye hablar mal del prójimo?

— Debe : 1° hacer callar al que habla mal, si tiene autoridad sobre él, y si no la tiene, decir todo el bien que sepa del prójimo ; 2° Eludir aquella conversación llevando diestramente la atención á otro asunto; 3° guardar silencio y manifestar en el semblante que semejante conversación le desagrada; 4° retirarse, si es posible.

— ¿A qué quedan obligados los murmuradores y calumniadores?

— A reparar lo más pronto posible el daño que han causado.

La lengua del murmurador se compara con un dardo de tres puntas, que de un solo golpe hace tres heridas : una á la persona de quien se murmura, otra al murmurador mismo y la tercera al que escucha la murmuración.

El que critica en secreto, es como una serpiente que muerde sin hacer ruido, dice el Eclesiástico.

El murmurador se parece á un hombre que teniendo acceso á un grande y magnífico jardín, en lugar de entretenerse en las bellezas que se ofrecen á su vista,

se ocupa solamente en recoger flores marchitas, hierbas y ramas secas y luego vuelto á sus compañeros con maliciosa sonrisa les dice : « Ved las preciosidades de este jardín. » ¿No podría replicársele : « ¡Insensato! ¿en qué jardín no crecen algunas malas hierbas? ¿por qué arrastras tus miradas á lo que no merece la atención y las apartas de cuanto es digno de admirarse?... ¡También el sol tiene manchas, y ningún hombre deja de tener defectos! »

*
* *

Conducta de San Agustín. — Este Santo, para impedir la murmaración, que tan común es en la mesa, había hecho escribir en el comedor de su casa dos versos latinos cuyo sentido es el siguiente :

Idos de aquí, cobardes maldicientes.
Que desgarráis con lengua envilecida
El nombre y el honor de los ausentes :
En esta mesa sólo hallan cabida.
Las pláticas sencillas é inocentes.

Y un día que algunos de sus amigos comenzaban á hablar de los defectos del prójimo, el Santo los reprendió diciéndoles que si tal conversación continuaba, sería necesario ó que borrase aquellos versos ó que él mismo se levantase de la mesa. — (Possidius, *Vida de San Agustín.*)

*
* *

Para sentenciar es necesario oír al acusado. — Un venerable prelado, teniendo á la mesa un convidado que murmuraba de una persona ausente, quiso darle una saludable lección. Ordenó, en alta voz, á un criado fuera inmediatamente á llamar á la persona á quien se inculpaba. El murmurador, al oír esto, se turba y enmudece. ¿No es justo que el acusado pueda defenderse? le dijo el obispo. Invito, pues, á la persona de

quien habláis para que ella misma atienda su causa. — (*Lefort.*)

*
* *

Consecuencias de una indiscreción. — La imprudencia de una persona ha bastado á veces para acarrear la ruina de muchas familias, para sembrar la discordia entre los más íntimos amigos y conducir á enormes crímenes.

Wilkins, caballero inglés, que cayó en desgracia del rey, fué desterrado á la isla de Jersey. Desamparado y sin amigos se consumía de tristeza. Wilkins, antes de marchar al destierro había confiado la educación de su hijo único á uno de sus amigos. La muerte de éste le determinó á volver secretamente á Londres, á fin de arreglar sus negocios, recoger sus fondos y retirarse con su hijo. Milord Tharley le ofreció su casa y Wilkins, disfrazado, se hospedó allí, redondeó sus asuntos y dispuso su partida para el día siguiente. Se felicitaba del buen éxito de su viaje, cuando entra en la casa el joven duque de Cercey, quien al ver á Wilkins luego lo reconoce. Este confiesa que se halla de incógnito en Londres á donde ha venido con el solo objeto de recoger los restos de su fortuna. Le encomienda el secreto y el duque le da su palabra de guardarlo. Luego que de Cercey sale de la casa le encuentra uno de sus amigos y le pregunta qué noticias tiene... Parece que al duque le pesara el secreto; quiere compartir el peso y falta al deber de caballero y de cristiano.

El amigo del duque era gran enemigo de Wilkins. Se dirige sin demora al Ministerio y bien pronto Wilkins, su hijo y Milord Tharley se hallan en manos de la justicia. Wilkins paga con la vida su desobediencia; el destierro es la suerte que toca á su hijo como también la recompensa de quien le había brindado generosa hospitalidad.

Tales fueron las consecuencias de la indiscreción del duque de Cercey, quien sintió vivamente la falta que había cometido. Mas esa falta era ya irreparable. No podía disimular el profundo pesar que amargaba su vida. Al principio se le miraba con indignación, después con lástima y compasión por no haber sabido guardar un secreto. — (*Id.*)

— *¿Qué es hipocresía?*
— *Aparentar virtud con el fin de engañar.*

Jesucristo llama á los hipócritas sepulcros blanqueados. El Señor, dice el Salmista, tiene horror á los hipócritas (v, 7). El hipócrita imita á los criminales fariseos tantas veces anatematizados por Jesucristo; imita á Judas que en el jardín de los olivos entregó á su Maestro con un pérfido beso; se parece á la serpiente que se valió de todas las astucias para seducir á nuestros primeros padres; se parece á Caín, que con intención de matar á su hermano, le dijo : « Vamos á pasear; » se parece á Herodes. « Id, dijo á los Magos; informaos con cuidado del niño, y cuando le hayáis encontrado, hacédmelo saber para ir yo también á adorarle. »

*
* *

Hipócrita confundido. — Un solitario se presentó un día á San Serapión á fin de recibir sus consejos. Serapión lo instó para que le acompañase por algún tiempo para elevar juntos sus oraciones á Dios. — ¿Quién soy yo? ¿por quién me tomáis al aceptarme por compañero? exclamó el solitario y agregó : Soy un miserable pecador, indigno del hábito que llevo y de levantar mis ojos á Dios. — Compadecido el Santo, le consoló y después que, según su costumbre, le lavó los pies, le

sirvió un frugal alimento. Terminada esta comida, « y bien, hermano mío, le dijo el Santo, habéis querido pedirme consejo y yo nada os diré de nuevo. Si vuestra resolución es seria, vigilad sin cesar; no os paseéis inútilmente á derecha é izquierda; atended exclusivamente á vuestra salvación. » Al oír esto encendióse el rostro del novicio, y creyéndose ofendido, contestó con palabras vivas é impetuosas. San Serapión le escuchó sin perder su tranquilidad, y en seguida le dijo : « Hermano mío, cuando se trata de que vos mismo os humilléis, os expedís perfectamente; pero os desagrada ser humillado por otros. Al presente os conozco y os conocéis. Huid de la hipocresía y esforzaos en obtener la verdadera humildad y en mostraros tal como sois. » — (*Lefort.*)

PRIMER MANDAMIENTO DE LA IGLESIA

— *¿Cuál es el primer mandamiento de Nuestra Santa Madre Iglesia?*

— *Oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar* (1).

Todas las buenas obras reunidas no equivalen al Santo Sacrificio de la Misa, porque son obras de los hombres, mientras que la Misa es obra de Dios. El martirio no es nada comparado con la Misa, porque aquel es el sacrificio que el hombre hace á Dios de su vida; pero la Misa es el sacrifico que Dios hace de su cuerpo y de su sangre por amor al hombre. — (*El Cura de Ars.*)

*
* *

En las selvas. — El Cardenal de Cheverús siendo misionero en América, á principios de este siglo, un domingo temprano mientras atravesaba un bosque inmenso apartado de las ciudades, quedó sorprendido al escuchar un canto grave y armonioso que resonaba en la parte más montañosa de aquella selva. Dirigió hacia allí sus pasos y con suma sorpresa vió á un pue-

(1) Ya se ha hablado de este precepto al tratar del tercer mandamiento de la ley de Dios.

blo salvaje reunido al rededor de un venerable anciano. Todos á una voz cantaban el *Credo* católico. El corazón del misionero se sintió dulcemente conmovido. Aquellos indios, evangelizados en otro tiempo y sin tener á la sazón un sacerdote que celebrara la Santa Misa, querían al menos unirse á la Iglesia y entonando el símbolo de la fe, declaraban que ellos también creían en Dios y en Jesucristo. ¡Qué lección para nosotros! ¡Cuánto debiéramos estimar nuestra felicidad de tener iglesias y sacerdotes, el Santo Sacrificio y todos los socorros de la religión! —(*Postel.*)

*
* *

Devoción de la Misa. — San Pascual Bailón, discípulo de San Francisco de Asís y una de las más grandes lumbreras de la orden franciscana, se ocupaba en su niñez en guardar un pequeño rebaño que conducía todas las mañanas al campo. Levantábase muy de madrugada y tenía devocíon de oír indefectiblemente la Misa en una Iglesia vecina. Se le veía allí todo el tiempo de rodillas, con las manos juntas, los ojos bajos y singular recogimiento. Cuando no le era permitido asistir al templo, luego que oía la campana que anunciaba los Divinos Misterios se trasportaba en espíritu al santuario para unir sus oraciones á la de los religiosos y demás fieles. Al toque que señalaba la elevación se arrodillaba en cualquier parte que estuviese para hacer un acto de adoración profunda.

Dios manifestó con grandes maravillas cuánto le agradaba la piedad del humilde pastor. En varias ocasiones vió Pascual que abiertos los cielos, descendían los ángeles con un copón en las manos para que venerase á Jesús Sacramentado. Experimentaba entonces tan tiernos enajenamientos de amor que se sentía movido á expresarlos en himnos de alegría y de inefable entusiasmo.

Cuando más tarde fué religioso robusteciéronse sus sentimientos y no cesaron los privilegios con que era favorecido.

Como en su última enfermedad Dios le revelase el tiempo preciso de su muerte, pidió el Santo Viático y preguntó cuánto tiempo faltaba para que se celebrase la Misa cantada. Advertido de que no tardarían en tocarse las señas, radiante de alegría, manifestó que era la hora en que debía expirar. En efecto, cuando los dobles de la campana anunciaban el momento de la elevación Pascual repitió lleno de gozo : « ¡Jesús! ¡Jesús! » y se durmió en el Señor. Su muerte ocurrida en aquel momento era sin duda una recompensa por su devoción á la Misa y al Santísimo Sacramento.

Su cuerpo, acompañado por un inmenso gentío, fué llevado á la Iglesia y depositado frente al altar mayor. Se decía la Misa de *Requiem* cuando sobrevino un nuevo prodigio. En el momento en que el celebrante alzaba la hostia, el muerto se agitó en el catafalco y abrió los ojos como para contemplar y adorar. *¡Milagro!* exclamaron los que esto veían. Todos los asistentes fijaron luego su atención y observaron que á la elevación del cáliz abriéndose de nuevo los ojos del difunto los fijó en el altar hasta la última genuflexión. La emoción general, las exclamaciones y sollozos fueron tantos que hubo necesidad de aguardar para concluír el Santo Sacrificio. No terminó con esto el prodigio. Enterrado el cadáver en el sepulcro continuó dando las mismas muestras de respeto durante cada Misa que se celebraba en aquella Iglesia.

Sacerdotes y asistentes de todas edades y condiciones han afirmado que durante la elevación se oía golpear la lápida de la tumba como para advertir al pueblo que debía redoblar la atención. — (*Postel.*)

SEGUNDO MANDAMIENTO DE LA IGLESIA

— *¿Cuál es el segundo mandamiento de la Iglesia?*

— *Confesarse á lo menos una vez en el año por la Cuaresma ó antes si ha de haber peligro de muerte ó si se ha de comulgar* (1).

— *¿Por qué se dice :* Á LO MENOS UNA VEZ EN EL AÑO?

— *Para manifestar los deseos que tiene la Iglesia de que nos confesemos con más frecuencia.*

— *¿A quiénes obliga este precepto?*

— *A todos los cristianos que han llegado al uso de la razón y han pecado mortalmente.*

NO HAY QUE DEMORAR LA CONFESIÓN CUANDO SE HA COMETIDO UN PECADO MORTAL. — Queriendo un predicador hablar sobre la gran conveniencia de confesarse á menudo, comenzó así su instrucción : « Hermanos míos, antes de llegar á esta ciudad y de ponerme á ejercer el Sagrado Ministerio, he tenido que presenciar un espectáculo desgarrador. Atravesaba un joven precipitadamente la plaza pública y volcádo el coche, se le ha hecho pedazos. El desgraciado ha escapado de la muerte, pero no tiene parte alguna del cuerpo en que no experimente vivo dolor. En tan lastimosa circunstancia, se acerca á él la gente, todos llenos de compasión se interesan por su suerte y hablan de llamar médico...

— ¡Un médico! contesta; por pascua le llamaré.

(1) La explicación de este mandamiento y del siguiente se hallará más extensamente al tratar de los Sacramentos.

Ya podéis pensar cuán admirados quedarían los espectadores. Sin duda, decían todos, tendrá el juicio trastornado.

No os admiréis, hermanos míos, si os digo que vosotros sois ese desgraciado é insensato. Sí, corriendo precipitadamente en la carrera del crimen habéis padecido una funestísima caída; la parte más noble de vosotros, vuestra alma, está más que herida, está muerta. Se os habla de un médico omnipotente y que por la misión que ha recibido de Dios, puede volverla á la vida; y vosotros no cesáis de repetir : *¡por pascua, sí, por pascua recurriré á ese médico!* ¿Y cuántos hay que ni este término ponen á su dilación? »

La comparación hizo viva impresión en el espíritu de los oyentes y la mayor parte se apresuraron á acercarse al tribunal de la penitencia. — *(Merault.)*

* * *

Impenitente. — El rey Conrado, príncipe muy piadoso, tenía en su corte un caballero á quien profesaba singular apreció á causa de los buenos servicios con que había manifestado su adhesión y fidelidad á la familia real. No obstante, á pesar de las repetidas instancias del príncipe, ya con un pretexto, ya con otro, aquél se resistía á acercarse al tribunal de la penitencia.

Como llegara á enfermar, y se sintiera atormentado con muy crueles dolores, visitóle el rey, y nuevamente le reiteró sus consejos; pero en vano. Volvió á los pocos días; hízole las más vivas instancias para que no muriese en tan triste estado; pero el desgraciado, después de pasar algunos instantes sin responderle, miró al rey con ojos saltados y exclamó : « ¡Príncipe, ya no es tiempo de confesarme; estoy perdido; el infierno será mi herencia! » Y diciendo estas palabras expiró. — *(Noel, Cat. de Rodez.)*

TERCER MANDAMIENTO DE LA IGLESIA

— ¿Cuál es el tercer mandamiento de la Iglesia?

— Comulgar por Pascua de Resurrección, es decir, en los quince días que corren desde el domingo de Ramos hasta el de Cuasimodo, á menos que la autoridad eclesiástica lo permita en mayor espacio de tiempo.

— ¿A quiénes obliga este precepto?

— A los cristianos que han llegado al uso de la razón y son capaces de discernir este Sacramento.

— ¿Dónde se ha de hacer la comunión pascual?

— En la Iglesia parroquial, y con licencia del propio párroco en cualquiera otra.

— ¿Hay obligación de comulgar en alguna otra ocasión?

— Sí, en artículo de muerte.

— ¿Quiénes quebrantan este precepto?

— Los que no comulgan en el tiempo prefijado y los que comulgan sacrílegamente.

— El que no comulga por Pascua de Resurrección ¿queda ya libre del precepto?

— Siempre queda obligado á comulgar cuanto antes.

La Primera Comunión. — En la primitiva Iglesia acostumbrábase dar á los niños, que aún no habían llegado al uso de razón, las hostias consagradas restantes á la comunión pascual.

Esto manifiesta cuan grande interés tiene la Iglesia en que no se demore en recibir á Nuestro Señor. Desde

que un niño distingue la diferencia entre pan y pan y luego como tiene la instrucción indispensable, sin atención á la edad, ¡reine pronto en su alma el Celeste Soberano! — (*Don Bosco.*)

*
* *

Por no haber cumplido el precepto pascual. — El sabio pontífice San Gregorio el Grande celebraba un día la Santa Misa, en la basílica de San Pedro, por el alma de una persona que había hecho una fundación en aquella Iglesia.

Cuando San Gregorio recitaba las palabras del Introito : *Requiem æternam*, etc. Dadle, Señor, el descanso perdurable y que luzca para él la eterna luz, oyó una voz que respondió : « Yo no tendré jamás ni descanso ni luz. » El Santo creyó que esto podía ser una ilusión y comenzó de nuevo el Intróito. La misma voz repitió : « Yo no tendré descanso ni luz porque mi alma está perdida por toda la eternidad. » No obstante, San Gregorio continuó la celebración del Santo Sacrificio y al *Memento* por los difuntos rogó á Dios le diera á conocer la causa de la perdición de aquella alma. Le fué revelado entonces que la perdición de tal alma provenía de haber faltado una vez al cumplimiento del precepto pascual, por no haberse resignado á perdonar una injuria. — (*San Juan Damaceno.*)

*
* *

Funesta demora. — El célebre Favre, misionero apostólico de Saboya, refiere el hecho siguiente del cual fué testigo. Un padre de familia, aconsejado por su párroco para que cumpliera con el precepto pascual, se hacía sordo á las repetidas instancias que le recordaban su deber. Del domingo de Ramos lo aplazó para el Jueves Santo, del Jueves Santo para Pascua, de Pascua para el domingo de Cuasimodo. Llegado el último término no

se resolvió todavía á prepararse y dijo que lo haría en la semana siguiente. ¡Desgraciado! La semana siguiente ya él no debía existir. El lunes que sucedió al día de *Cuasimodo* salió á trabajar en una viña con uno de sus criados y al dar el primer golpe de piocha cayó al suelo. Su sirviente se apresura á levantarlo; pide socorro; llega el médico; pero era demasiado tarde; había muerto. — (*Lefort.*)

*
* *

En el presidio. — Un hecho que ocurrió hace pocos años en la prisión celular de la Roquette, en París, manifiesta cuán sabio, prudente y necesario es no dejar para el día siguiente el cumplimiento de una obligación que nos apremia.

La prisión de la Roquette está dividida en dos partes: en una se encuentran los criminales ordinarios, en otra los *jóvenes detenidos* que por su precocidad en los vicios han sido condenados á un tiempo más ó menos largo de reclusión. Muchos de ellos tienen buen natural y han sido víctimas de una mala educación ó de un fatal entretenimiento. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas los visitan á menudo con el objeto de moralizarlos. Como se acercara el tiempo de pascua, los jóvenes fueron instados por su capellán para que cumplieran con el precepto de la Iglesia. Todos accedieron con excepción de uno solo. Era éste un joven de diez y siete años. El capellán, lamentando semejante resistencia, fué á verle en su pequeña celda. Amigo mío, le dijo con dulzura, os habéis olvidado de inscribir vuestro nombre para cumplir con el deber pascual. — No, señor capellán, le respondió tranquilamente el joven detenido; he pensado en ello, pero... no me he decidido, no me encuentro preparado. — ¡Ah! hijo mío, no os inquietéis, yo os ayudaré á prepararos. Es muy sencillo. De-

jadme tomar vuestro nombre. Yo me encargo del buen cumplimiento de vuestro deber. — No, señor capellán, todavía no; después veremos; para el año próximo. — ¡Cómo! ¿aguardaréis un año? Mas para el año venidero tendréis las mismas dificultades que ahora. ¿Qué os arredra? Tened valor... — Estoy decidido; lo haré el año que viene — El capellán sin obtener otra respuesta se retiró afligido. « Pobre hombre, dijo, rehusa el único consuelo posible en su prisión. ¡Si comprendiese el bien de que se priva! » A la mañana siguiente, según su costumbre, fué á visitar las celdas de la enfermería para consolar á otro joven detenido, también de edad de diez y siete años, y al cual hacia cinco días que le había administrado los sacramentos. Cuando pasaba por un corredor, al llegar á la estancia del enfermo que buscaba, vió sobre la puerta vecina el número del prisionero que tan obstinado se había manifestado en la víspera. Con grande extrañeza se acerca y abre la puerta. Allí encuentra en efecto á aquel joven de complexión vigorosa, recostado en cama, pálido y desfigurado. — ¿Qué os ha sucedido? le pregunta. Ayer parecíais lozano y en buena salud y hoy, hijo mío, ¿cómo es que os encontráis en la enfermería? No obtiene respuesta. El capellán se acerca. ¡Dios mío! exclama; esto es grave. Sale apresuradamente y llama á una hermana de caridad y al médico. Acuden sin tardanza. Vedlo, dice el sacerdote : parece un síncope ¿qué es lo que tiene? — « No puede ser gran cosa, responde la hermana; hace sólo una hora que está aquí; cuando llegó manifestaba en su semblante cierto mal humor. » El médico se acerca. Ya no es tiempo... dice, no tiene pulso... el corazón no late... no hay respiración... Acaba de morir. ¡Qué noticia para el pobre capellán! Permaneció junto al cadáver de aquel desgraciado sin poder decir palabra. Sus ojos,

con angustia indecible, estaban fijos en aquellos labios rígidos, en aquella boca entreabierta. Se imaginaba oírle todavía : ¡para el año próximo! ¡más tarde, todavía nó!... Había comenzado la eternidad y no habría otro año para él. Su alma estaba ya juzgada!!!

Se separó del cadaver con el corazón oprimido de tristeza. Entró en la celda vecina. Allí estaba el otro enfermo sobre un lecho de dolor. Los signos precursores de la muerte se mostraban en su semblante. « ¡Ah! padre mío, exclamó cuando entraba el sacerdote, ¡qué feliz soy! voy á morir... iré á unirme con el buen Dios. Desde que he recibido los sacramentos, me siento tan tranquilo, tan contento! Y como el capellán le diera esperanza de mejorar : — No, no deseo la vida, le dijo, prefiero morir, estoy preparado... Amo á Dios con toda mi alma... y si yo sanara quizas volvería á ofenderle y podría condenarme. ¡Oh! no, antes la muerte!... Y en la misma tarde esa alma, tan diferente de la anterior, comparecía á su vez ante el tribunal de Jesucristo.

A la mañana siguiente los ataúdes de los dos cadáveres estaban el uno al lado del otro en la capilla de la prisión. De allí fueron conducidos al cementerio y depositados en una misma fosa. Cuando resuciten el último día imaginaos cuál será su suerte — (*Cat. en Exemples.*)

CUARTO MANDAMIENTO DE LA IGLESIA [1]

I

— ¿Cuál es el cuarto mandamiento de la Iglesia?

— Ayunar los días que manda nuestra Santa Madre Iglesia, como son : Vigilias, Témporas y Cuaresma.

— ¿Qué se nos manda en este precepto?

— Se nos manda : 1° el ayuno; 2° la abstinencia y 3° no promiscuar.

— ¿En qué consiste el ayuno?

— En no comer sino una vez en el día (2)*; pero también á todos es permitida la parvedad y la colación.*

— ¿Qué es colación?

— Es una comida en cantidad hasta de ocho onzas hablando en general, en que no se permite carne, pescado, mariscos, huevo ni lacticinio, y mediando un tiempo proporcionado entre ella y la comida.

— ¿Qué es lacticinio?

— La leche y todo lo que proviene de la leche, como mantequilla, queso, etc.

(1) Conforme á los usos y privilegios existentes en Chile.

(2) Esta comida se hace al mediodía; pero se puede adelantar hasta cerca de una hora, y con causa más; y aun por algún motivo racional, ó si hay costumbre, se puede hacer la colación al mediodía ó antes y la comida al anochecer.

El exceso en la comida ó bebida no violaría de la ley del ayuno, pero sí la de la templanza.

La comida debe ser continua, y sin causa no puede interrumpirse más de veinte minutos, ni alargarse más de dos horas.

— ¿Qué es parvedad?

— Es un alimento hasta de dos onzas y de los mismos manjares que la colación (1).

— ¿El uso de huevos y lacticinios también se prohibe en la comida?

— Sí, pero en Chile no se prohibe por legítima costumbre.

— ¿A quiénes obliga el ayuno?

— A todo cristiano que hubiere cumplido veintiún años.

— ¿No están algunos legítimamente impedidos para ayunar?

— Si: 1° los enfermos; 2° los convalecientes: 3° los que hacen un viaje que fatigue mucho su cuerpo: 4° los que se ocupan en un trabajo duro y pesado (2); *5° los pobres que no tienen asegurado el sustento para la única comida conveniente; 6° las mujeres embarazadas; 7° las mujeres que crían niños con su propia leche; y 8° los que han llegado á la edad de sesenta años.*

— ¿Hay otros exentos para ayunar?

— Sí: 1° los que dispensaren los legítimos superiores eclesiásticos, y 2° los que ayunando no podrían cumplir con otras obras de caridad, como predicar, cuidar enfermos, etc.

— ¿Qué es abstinencia?

— La obligación de no comer carne en algunos días.

(1) Si se toma chocolate, para enterar las dos onzas, no se cuenta el agua.

No se quebranta el ayuno con la bebida de aloja, sorbetes mezclados con bastante agua, helados no preparados con sustancias muy alimenticias, ni con tomar té, café, ó mate.

(2) A saber, si trabajan la mayor parte del dia: los cavadores, labradores, marineros en trabajo de remo, carpinteros, herreros, albañiles, correos, zapateros que cosen [no los que cortan], hornerros, molenderos, cocineras, impresores de prensa [no los de caja], criados que se ocupan en trabajo penoso, picapedreros, arrieros y los que venden mercancias por las calles.

— *¿En qué días tenemos esa obligación?*

— *1° en los viernes de todo el año; 2° en los domingos de Cuaresma, y 3° en todos los días de ayuno.*

— *¿A quiénes obliga la abstinencia?*

— *A todos los que tienen uso de razón.*

— *¿No están algunos legítimamente impedidos?*

— *Sí: 1° los enfermos; 2° los demasiado débiles; 3° los que fuera de carne no tuvieren otra cosa con que alimentarse suficientemente; 4° los que hubiesen obtenido las bulas de cruzada y carne, en los días que por ellas se permite.*

— *¿Qué es promiscuar?*

— *Es mesclar carne con pescado u otro marisco en una misma comida* (1).

— *¿En qué días obliga el no promiscuar?*

— *1° todos los días de abstinencia y ayuno, y 2° todos los Domingos de Cuaresma.*

— *¿Qué es bula de cruzada y bula de carne?*

— *Son dos papeles impresos que contienen, entre otros, el privilegio de comer carne, que la Iglesia concede.*

— *¿Qué limosna debe darse para obtener las bulas de cruzada y de carne?*

— *Por cada una* VEINTICINCO CENTAVOS, *los que tengan una entrada al año que no alcance á quinientos pesos;* CINCUENTA CENTAVOS, *si la entrada llega á quinientos y no alcanza á mil doscientos;* UN PESO, *si llega á mil doscientos y no alcanza á tres mil;* DOS PESOS, *si llega á tres mil y no alcanza á cinco mil;* CUATRO PESOS, *si llega á cinco mil y no alcanza á ocho mil;* OCHO PESOS, *si llega á ocho mil y no alcanza á doce mil;* DOCE PESOS, *si llega á doce mil y no alcanza á diez y seis mil;* DIEZ Y SEIS PESOS, *si la entrada llega á diez y seis mil ó más pesos.*

(1) El que está dispensado del ayuno y para la carne, puede almorzar pescado, comer carne y cenar pescado, ó viceversa; lo que se prohibe es tomar ambas cosas en una misma comida.

— El que ha obtenido esas bulas, ¿puede comer carne en todos los días de ayuno y abstinencia?

— Si puede, menos en los siguientes: 1° Miércoles de Ceniza; 2° todos los Viernes de Cuaresma; 3° Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa, y 4° en la vigilia de la Natividad del Señor, de Pentecostés, de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y de la Asunción de María Santísima.

— ¿Necesitan bula de carne los que viven pobremente de su trabajo diario?

— No necesitan: basta que tengan la bula de cruzada con tal que recen un Padre Nuestro y un Ave María, por la intención del Sumo Pontífice, cada vez que hagan uso del privilegio.

— ¿Por cuánto tiempo sirven los sumarios de bulas?

— Los sumarios sólo rigen por los dos años para que hayan sido publicados.

— ¿Los que no viven en la indigencia necesitan la bula de cruzada para hacer uso de la de carne?

— Sí, la necesitan indispensablemente, como también para hacer uso de la BULA DE COMPOSICIÓN *y de la* DE DIFUNTOS, *de que se hablará después.*

— ¿Es condición esencial para el goce de las gracias y privilegios que se conserven los sumarios y se escriba en ellos el nombre y apellido de la persona á que pertenecen?

— Sí lo es; pero si se pierden son siempre valederos.

— ¿Sirven los sumarios si maliciosamente se han tomado de valor inferior al que corresponde á la persona?

— No, de nada sirven.

— ¿Es necesario dar de la propia limosna para gozar de los privilegios de las bulas?

— No; se puede también aceptar la donación que de ellas se haga.

— ¿Qué limosna corresponde á cada esposo en los matrimonios?

— En los matrimonios, cada esposo debe sacar las bulas correspondientes á todas las entradas comunes que tenga el matrimonio.

— ¿Basta que tengan bulas los esposos para que puedan gozar de los privilegios los hijos de familia y los domésticos?

— No basta aun cuando los hijos sean menores de edad.

— ¿Qué sumario corresponde á los hijos de familia que no tienen caudal propio?

— Uno de veinticinco centavos de cruzada y otro de igual valor de carne.

— ¿Y cuál corresponde á las personas que viven de socorros ajenos y á los religiosos profesos?

— También de á veinticinco centavos.

— ¿Hay obligación de tomar nuevo sumario si durante el período de la publicación se aumentan las entradas?

— No hay obligación.

Advertencia. — Entre los privilegios del sumario de cruzada están comprendidos los siguientes : 1° poder cumplir con el precepto de oír Misa en cualquier oratorio privado aun cuando uno no sea de las personas á quienes se ha concedido el uso de tales oratorios; 2° poder recibir en ellos la Santa Eucaristía (excepto el día de Pascua), y 3° poder recibir, las mujeres, el Sacramento de la Penitencia, desde después del amanecer hasta antes del anochecer, en presencia de cuatro personas y en confesonario conveniente.

II

Para mejor comprensión de las obligaciones que

impone este mandamiento, hé aquí una indicación clara y precisa de los días en que obliga el ayuno, la abstinencia y la no promiscuación :

A LOS QUE NO TIENEN BULA. — 1° *Obliga el ayuno y abstinencia de carne :*

En toda la Cuaresma (desde el Miércoles de Ceniza hasta el Sábado Santo inclusive), menos los Domingos.

En las cuatro Témporas, que son : el Miércoles, Viernes y Sábado después del primer Domingo de Cuaresma; los mismos tres días, después de la fiesta de Pentecostés; los propios días después de la Exaltación de la Santa Cruz (que es el 14 de Setiembre); los referidos tres días, después del tercer Domingo de Adviento.

En las vigilias siguientes :

Febrero 23 ó *24*, la de San Matías Apóstol.

Mayo ó *Junio*, la de Pentecostés.

Junio 23, la de la Natividad de San Juan Bautista.

Junio 28, la de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Julio 24, la del Apóstol Santiago.

Agosto 29, la de San Lorenzo, mártir.

Agosto 14, la de la Asunción de María Santísima.

Agosto 23, la de San Bartolomé, Apóstol.

Setiembre 20, la de San Mateo, Apóstol.

Octubre 27, la de San Simón y San Judas, Apóstoles.

Octubre 31, la de Todos los Santos.

Noviembre 29, la de San Andrés, Apóstol.

Diciembre 20, la de Santo Tomás, Apóstol.

Diciembre 24, la de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

2° *Obliga la no promiscuación y la abstinencia de carne :*

Los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

Los menores de veintiún años, que tienen bula, están obligados á todo lo anterior, menos al ayuno.

A LOS QUE TIENEN BULA. — 1° *Obliga el ayuno y abstinencia de carne:*

El Miércoles de Ceniza.

Los Viernes de Cuaresma.

El Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa (los eclesiásticos además el Lunes y Martes).

La vigilia de la Natividad del Señor.

Id. de Pentecostés.

Id. de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Id. de la Asunción de María Santísima.

2° *Obliga el ayuno sin abstinencia de carne* (1) :

En toda la Cuaresma (menos en los días antes exceptuados, en que también obliga la abstinencia).

En las cuatro Témporas.

En las vigilias siguientes :

Febrero 23 ó *24,* la de San Matías, Apóstol.

Junio 23, la de la Natividad de San Juan Bautista.

Julio 24, la del Apóstol Santiago.

Agosto 9, la de San Lorenzo, mártir.

Agosto 23, la de San Bartolomé, Apóstol.

Setiembre 20, la de San Mateo, Apóstol.

Octubre 27, la de San Simón y San Judas, Apóstoles.

Octubre 31, la de Todos los Santos.

Noviembre 29, la de San Andrés, Apóstol.

Diciembre 20, la de Santo Tomás, Apóstol.

3° *Obliga la no promiscuación :*

Todos los días de ayuno ya enumerados y los Domingos de Cuaresma.

Los menores de veintiún años, que tienen la bula,

(1) Esto es guardar la forma del ayuno.

están obligados á lo dicho anteriormente, menos al ayuno.

A LOS INDIVIDUOS QUE PERTENECEN AL EJÉRCITO DE MAR Y TIERRA, AUNQUE NO TENGAN BULA. — POR GRACIA ESPECIAL DE LA SANTA SEDE.

1° *Obliga el ayuno y abstinencia :*

El Miércoles de Ceniza.

Los Viernes de Cuaresma.

El Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa.

La vigilia de la Natividad del Señor.

Id. de Pentecostés.

Id de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Id. de la Asunción de María Santísima.

2° *Obliga la no promiscuación* :

Los días de abstinencia, ayuno y los Domingos de Cuaresma.

BULA DE DIFUNTOS. — Entre las gracias que la Iglesia concede en favor de las benditas almas del Purgatorio, una de las más estimables y preciosas es la *Bula de Difuntos.*

Por esta bula se concede una indulgencia plenaria en beneficio del alma del difunto por quien se toma la bula, sin que se requiera otra cosa que escribir en ella el nombre y apellido del que la toma y de aquel por cuya alma se aplica.

Hay dos clases : una por la cual se da una limosna de doce y medio centavos y otra de una limosna de veinticinco centavos. La primera para las personas que sacan sumarios de Cruzada de 1ª ó 2ª clase, y la segunda para los que sacan sumarios de clase superior,

Por una misma alma se pueden sacar dos sumarios en el período de cada publicación.

Bula de composición. — La *Bula de Composición* sirve para restituír lo mal adquirido por usura, logro, oficio, etc., cuando no se conoce el dueño á quien se pueda y deba hacer la restitución, con tal que los bienes que así se adeudan no hayan sido obtenidos en confianza de esta bula.

El valor de cada sumario de esta bula es de dos pesos, y por cada uno se perdonan cincuenta pesos.

En el período de cada publicación cada persona puede sacar hasta cincuenta de estos sumarios.

En los sumarios mismos pueden leerse todos los casos en que se compone, por esta gracia, lo que haya sido mal adquirido.

III

Las bulas sólo significan una gracia : el que las toma goza de los privilegios que por ellas concede el Sumo Pontífice; pero á nadie se impone la obligación de tomarlas.

El producto que se obtiene por las bulas se aplica á las misiones.

IV

Nuestro Señor Jesucristo, después del sermón de la montaña, agregó :

« Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas que desfiguran el rostro para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad os digo, que recibieron su galardón.

Mas vosotros, cuando ayunéis, perfumad vuestra

cabeza y lavaos la cara, para que no sepan los hombres que ayunáis, sino solamente Vuestro Padre Celestial, para quien nada está oculto.

Y Vuestro Padre, que ve lo que pasa en secreto, os dará la recompensa. »

Importancia y objeto del ayuno. — Quitad la leña del fuego si queréis que mengüe la llama : la concupiscencia es un fuego devorador; es, pues, preciso hacer ayunar la carne.

Moisés, Elías y Jesucristo ayunaron durante cuarenta días; la Iglesia, á imitación de estos ayunos, estableció el de cuarenta días de la Cuaresma.

Ester, sentada en el trono, ayunaba. Los judíos tenían sus ayunos, y hasta los mahometanos tienen los suyos.

El ayuno es el fundamento de la castidad. — (*San Ambrosio.*)

Así como el soldado no es nada sin armas y las armas no son tampoco nada sin el soldado, de la misma manera la oración no es nada sin el ayuno, ni el ayuno sin la oración. — *(San Crisóstomo.)*

— ¿En qué consiste que no hemos podido arrojar á este demonio? decían los discípulos al Divino Maestro. El les respondió : Estos demonios no pueden ser arrojados sino por medio de la oración y del ayuno. — (*Marc.*)

Los que se creen demasiado débiles para ayunar y hacer abstinencia, saben perfectamente imponerse privaciones cuando se trata de ganar dinero; y cuando se les asegura que obtendrán la gracia, el cielo y la gloria eterna con algunos días de ayuno, ¡son demasiado débiles! — (*A Lápide.*)

Al demonio no le espantan la disciplina y demás ins-

trumentos de penitencia. Si no se burla de ellos al menos poco caso les hace y siempre encuentra medio de acercarse á los que los usan; mas lo que lo derrota y auyenta es la privación de alimento y de sueño. Nada hay que tema tanto como esto; nada que sea más agradable á Dios. Mil veces lo he experimentado. Durante cinco ó seis años, cuando yo estaba sólo y podía hacerlo á mi gusto sin que nadie me viese ¡oh, cuántas gracias me concedía el Señor! Yo obtenía de él todo lo que quería. — (*El Cura de Ars.*)

* * *

El general Drouot. — Era día Viernes. Un viajero entró á almorzar en un méson. Varias personas estaban sentadas á la mesa. El mesonero ofreció un plato de carne al recién llegado, quien le respondió comería de viernes. Todos le miraron con sorpresa y no faltaron vecinos que, por esta circunstancia, se empeñaron en pedir carne con grosera afectación.

El viajero conservó gran serenidad. La conversación se animaba, y al fin se hizo general. El viajero se hacía notar por la afabilidad é interés de su trato y la nobleza de su caráter, y como un joven promoviese discusión sobre las leyes de la Iglesia, contestó: « En cuanto á mí, señores, yo como de viernes cuando la Iglesia prohibe la carne; del mismo modo que observo todas sus disposiciones, porque ella ha recibido de Dios el poder de imponer mandamientos, así como yo, general Drouot, he recibido del Emperador el poder de mandar á mis subalternos. No hay sociedad posible sin autoridad legislativa. » Todas quedaron sorprendidos y confusos, y muy de veras deploraron el incidente. — (*Lefort.*)

* * *

Fidelidad á la ley del ayuno. — Preso San Fructuoso,

Obispo de Tarragona, fué mandado quemar vivo por el presidente Emiliano. Estando el Santo en el anfiteatro, pronta ya la hoguera, algunos cristianos, llenos de compasión, le ofrecieron una bebida para reparar las fuerzas. « Es día de ayuno, contestó él, y no lo interrumpiré hasta llegar al cielo. » — (*Vida del Santo.*)

*
* *

Una sabia respuesta. — Un célebre médico, gran naturalista y buen cristiano, fué invitado á comer en casa de Buffón: mas por desgracia se hallaron en la comida varios señores, más famosos aun por su incredulidad que por su saber. Era Viernes, y el mayordomo, olvidando, sin duda, que era día de abstinencia, no servía más que carne. El médico nada comía, resuelto á hacerlo así hasta que sirviesen los postres. Los convidados lo advirtieron, sin saber á qué atribuírlo. Mas, adivinando la causa, Diderot, bien conocido por su odio al cristianismo, preguntó al doctor: « Señor doctor, ¿por qué no come Ud.? ¿Será acaso porque hoy es Viernes y no ve Ud. aquí más que carne? El médico contestó: « Sí, señor, estoy convencido de que la carne es muy dañosa en los días en que la prohibe la Iglesia. » Buffón llamó al mayordomo y le ordenó luego sirviera comida de pescado. — (Filassier, *Dict. Hist.*)

*
* *

No es lo que entra en la boca lo que mancha el alma. — Era costumbre en la corte de Francia que se sirviera carne en días de abstinencia. Luis XVI, príncipe temeroso de Dios, quiso reformar este abuso. Un antiguo y descreido oficial dijo: « Lo que entra en la boca no mancha el alma. » « No, señor, contestó el rey con vehemencia, no es precisamente el comer carne lo que mancha el alma, sino la rebelión contra la autoridad legítima y la infracción de un precepto formal. Todo,

pues, se reduce á saber si Jesucristo dió á la Iglesia poder de mandar á sus hijos y á éstos la orden de obedecerla : el catecismo lo asegura así, y si Ud. lee el Evangelio deberá saber que Jesucristo dijo : *el que no oyere á la Iglesia sea mirado como gentil y publicano.* » Respuesta digna de un rey cristiano. La gravedad de la falta consiste en la revelión contra la autoridad legítima; ése fué el pecado original; así también Jonatás fué condenado á muerte por haber gustado un poco de miel contra la prohibición de Saúl. — (*Marquet.*)

*
* *

Bello ejemplo de una niña. — Convidada una señora á comer en una casa distinguida, llevó consigo á una hija de diez años. Era día de abstinencia y sirvieron carne. Todo el mundo la aceptó sin ceremonia, sólo la rehusó la niña, alegando con ingenuidad la circunstancia del día. Insistían los demás en que la comiese; la madre misma, débil de carácter, añadió sus instancias á las de los convidados, sin conseguir nada de la piadosa niña. Esta resistencia produjo su efecto en el corazón de la madre, quien de vuelta en su casa, la abrazó y le dijo : « Mucho lamento, hija mía, haberte excitado á quebrantar el mandamiento de la Iglesia : has tenido razón en no ceder á los ruegos que te han hecho: y yo hice mal en escandalizarte; pero puedes estar segura de que nunca jamás se repetirá cosa semejante. » — (*Mach.*)

*
* *

El general de Villeret. — Después de la revolución de Julio, grandes bodas tenían lugar en el Palacio de las Tullerías, en París. El rey Luis Felipe daba una gran comida á los más altos dignatarios del Estado y de la armada.

A la derecha de la reina estaba el ilustre general de

Villeret. Sus brillantes campañas, su gran reputación y su inalterable lealtad le hacían acreedor á este puesto de honor.

A la derecha de Luis Felipe se encontraba el mariscal Soult, íntimo amigo del general de Villeret.

Aunque era Viernes, la comida era de carne.

Sirven la sopa al general de Villeret y no la toma. Le ofrecen otros platos y también los rehusa. Él, entretanto, se esmeraba en prodigar atenciones á la reina y en sostener con ella animada conversación á fin de disimular su conducta; pero la reina notó al fin que nada aceptaba el general. « Mi general, nada habéis comido », le dijo. — « Alteza, respondióle sonriendo, es día Viernes; ya servirán algún plato que no sea de carne. » A estas inesperadas palabras, en que se revelaba la fe religiosa de un viejo servidor de la patria, la reina se encontró confusa. El mariscal Soult lo observó y se apresuró á salvar de su situación á la reina haciendo un cumplimiento al general por su fiel observancia en la abstinencia y añadió: « ¡Es cosa bien extraña en un soldado!... » — « ¡Cómo! esto le parece extraño, amigo mío, le contestó el general; tú bien me conoces, y sabes que jamás he comido carne en día Viernes, á no ser en la defensa de la isla de Lobau, donde tanta fué la escasez de víveres que no tuve más que comer la cabeza de mi caballo. »

Un respetuoso silencio acogió estas palabras y al punto trajeron al general el alimento que deseaba. — *(Lefort.)*

*
* *

Un cristiano viajero. — Un viajero llegó á la mesa de una fonda. Era día de ayuno y de tal pidió la comida. Algunos comensales allí presentes se sonríen. Uno de ellos, más atrevido, le dirige la palabra: « Con que

Ud. ayuna? » le dijo con aire burlón. — « Es verdad, señor, contestó el viajero. ¿Y Ud. come carne? » — « Sí », replicó el otro algo confuso al advertir que le contestaba en el mismo tono de broma. — « Peor para Ud., respondió el primero. ¿Acaso pensará Ud. que un hombre honrado debe preferir una chuleta á su conciencia? Yo pienso al revés; prefiero mi conciencia á una chuleta. » Los burlones se pusieron de su parte. Es más: uno de los pasajeros, dirigiéndose á él, le felicitó por la firmeza en el cumplimiento de sus deberes. « Yo no quiero que Ud. esté solo aquí, añadió; me aprovecharé de su lección, porque también yo soy católico. — ¡Muchacho! venga comida de ayuno. » — (SEGUR, *Contestaciones.)*

*
* *

LECCIÓN MERECIDA. — Un día de viernes un caballero, que se acompañaba de un hermoso perro, entró en una hostería y se sentó á la mesa, donde encontró muchas personas conocidas. Este caballero era buen cristiano, y advirtió que no comería carne. Al oír esto uno de los comensales exclamó: « ¡Bien! Nuestra ración será entonces más abundante. Nos conviene la presencia de tales devotos. Así no escaseará la gallina ni el jamón. » « No se equivoque Ud. contestó aquél, yo tambien reclamo mi parte. » « ¡Cómo! dijeron todos, ¿no teme Ud. que le haga daño? el confesor se va á enfadar y le puede dar una dura penitencia... » El caballero los oyó tranquilo, puso en un plato toda la carne que le servían y se la pasó después á su perro, diciéndole: « Toma, come esto, tú que no tienes alma que salvar. » Todos encontraron justa y merecida la lección y se resignaron á callar.

*
* *

EL AYUNO PROLONGA LA VIDA. — Ocurre decir á algunos

que el ayuno acorta la vida. Lejos de ser así, vemos que los Santos, que rigurosamente ayunaban, los anacoretas y padres del desierto que se mantenían con pobre y frugal alimento son los que más han prolongado su vida. San Pafnusio, San Sabas, San Juan de Egipto llegaron á casi cien años. San Pablo, San Antonio, San Teodosio, San Jaime, y muchos otros ermitaños, vivieron más de un siglo.

*
* *

¿Qué dice la ciencia? — El doctor Dodard, de la Academia de Ciencias en París, médico del rey Luis XIV y de los príncipes de Conti, se propuso hacer personal experencia sobre las consecuencias del ayuno. Al principiar la Cuaresma observó que pesaba *ciento diez y seis libras*. Ayunó los cuarenta días que manda la Iglesia, sin comer más que pan y legumbres. Al concluír la Cuaresma pesaba *ciento ocho libras;* es decir que con una vida tan austera había perdido en una Cuaresma *ocho libras*. Continuó su vida ordinaria : á los cuatro días había recobrado en peso *cuatro libras;* lo que prueba que fácilmente se repara lo perdido en el ayuno. — *(Bluteau.)*

*
* *

El R. P. Bourdaloue. — Un acreditado médico preguntaba un día al célebre orador de Nuestra Señora de París cual era su régimen de vida. El padre le contestó que sólo hacía una comida al día. « Guardad secreto, le dijo el médico; si se imitara vuestro ejemplo quedaríamos ociosos todos los médicos. » — *(Blanchard.)*

« Sin el arte de la cocina, decía el doctor Heguet, la facultad de la ciencia médica caería al hospital. »

M. Flourens, en un notable tratado sobre la longevidad, dice, con relación á la sobriedad : « Con las cos-

tumbres, pasiones y miserias reinantes el hombre no muere, sino que *se mata.* »

*
* *

Secreto de vida. — El noble veneciano Luis Comaro, á los treinta años, se encontraba postrado por complicación de enfermedades producidas por la falta de digestión. A tal punto llegó su desfallecimiento que los más hábiles médicos declararon el mal incurable. El paciente no perdió la esperanza. Viendo que todos los recursos del arte eran inútiles, se propuso probar el resultado de la abstinencia. Los vinos y los exquisitos manjares le habían arruinado el físico; renunció á ellos, y no sólo no tomó lo que era evidentemente sano, sino que su alimento era tan reducido que después de comer se encontraba siempre con grande apetito. Con este sistema llegó á tomar únicamente doce onzas de alimento al día. Las enfermedades desaparecieron como por encanto. Su salud llegó á ser perfecta. Jamás abandonó la virtud de la sobriedad y murió en Padua de más de cien años de vida. — *(Lefort.)*

QUINTO MANDAMIENTO DE LA IGLESIA

— ¿Cuál es el quinto mandamiento de la Iglesia?

— Pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios.

— ¿Qué son diezmos?

— La décima parte de los productos que se obtienen en el año y que se ofrecen á Dios, como dispensador supremo de todas las cosas, para sostener su culto y sustentar á sus ministros.

— ¿Qué son primicias?

— Los primeros frutos que producen los campos.

Del Señor es la tierra, dice el Profeta, y cuanto en ella se contiene... El hombre es del Señor y los bienes que posee de su mano los recibe; de donde se sigue que el hombre debe estar sometido y obediente á la voluntad del Señor su dueño, estarle sumamente reconocido porque todo lo recibe de su bondad, y darle pruebas contínuas de agradecimiento, porque así lo piden tan constantes beneficios. Hé aquí el origen de los sacrificios, de las ofrendas, de los diezmos y primicias.

Caín y Abel, primeros hijos de Adán, ofrecieron ya de sus bienes al Señor. Caín fué labrador y ofreció de los frutos de la tierra. Abel fué pastor, y ofreció de los primeros nacidos de su rebaño.

Noé, padre de las generaciones que volvieron á poblar el mundo después del diluvio, ofreció holocaustos á

Dios, sacrificando parte de los animales que había conservado en el arca.

Abraham, llamado por Dios para ser el padre del pueblo escogido, no sólo ofreció sacrificios al Señor, sino que dió á Melquisedec, sacerdote del Altísimo, el diezmo de todas las cosas.

Isaac, hijo de bendición, ofreció, como su padre, sacrificios al Señor; y su nieto, Job, tronco de las doce tribus, prometió al Señor el diezmo de todos los bienes que se dignase concederle y le ofreció sacrificios.

Los primeros cristianos, entre los cuales todas las cosas eran comunes, no se contentaban con ofrecer á Dios los diezmos y primicias, sino que ofrecían las mismas propiedades que los producían.

La obligación de pagar los diezmos al párroco, dice San Ligorio, está prescrita por la ley humana y por la divina, porque los diezmos se dan á los párrocos para su sustento y para el sostén del culto. Ellos están obligados á predicar, á administrar los sacramentos, á asistir á los moribundos, á corregir los abusos, aunque sea con peligro de la vida. Un criado que presta servicios corporales merece que se le mantega, y á quien trabaja por la salud de las almas ¿no habrá de mantenérsele para que pueda servir?

LOS SACRAMENTOS

DE LO QUE EL CRISTIANO DEBE RECIBIR

— *¿Qué es el sacramento?*

— *Es un signo sensible instituído por Nuestro Señor Jesucristo y que significa una gracia especial que produce en nuestra alma* (1).

1° *Es un signo* : Por signo se entiende una cosa que indica otra. Así la campana que suena en la iglesia indica que la misa va á principiar; la lámpara que arde delante del altar indica la presencia del Santísimo Sacramento; las agujas de un reloj indican las horas. Estos son signos.

Un sacramento es igualmente un signo que indica otra cosa : el Bautismo es una *ablusión*, que indica que el alma está lavada; la Confirmación es una *unción*. que indica que el alma está fortalecida ; la Eucaristía es un *alimento*, que indica que el alma está nutrida ; la Penitencia es un *sentencia de perdón*, que indica que el alma recibe la remisión de sus pecados.

2° *Es un signo sensible :* Se llama sensible lo que se manifiesta á los sentidos; por ejemplo : lo que se ve con los ojos, lo que se oye con los oídos. El agua que se derrama, las palabras que se pronuncian cuando se

(1) Schouppe, *La Primera Comunión.*

administra el bautismo, son cosas sensibles; la acusación del penitente, la absolución dada por el sacerdote, son cosas sensibles. — A lo sensible se contrapone lo espiritual. Las cosas espirituales ni se tocan con las manos ni se ven con los ojos del cuerpo. Tal es el pensamiento; el alma que piensa, quiere, hace mover el cuerpo, pero que no es visible como el cuerpo. Así es también la imagen de Dios, grabada en el alma, la gracia de Dios que la hermosea.

3° *Es un signo instituído por Nuestro Señor Jesucristo.* — El Hijo de Dios ha establecido siete sacramentos que subsistirán hasta el fin de los siglos, sin que ningún poder humano pueda abolirlos jamás, á saber : Bautismo, Confirmación, Penitencia, Eucaristía, Extremaunción, Orden sacerdotal y Matrimonio.

4° *Es un signo que significa la gracia.* — Como un billete de banco representa una suma de dinero, como la bandera nacional representa la patria, así el signo sensible del sacramento indica la gracia, don precioso con que Dios enriquece nuestras almas.

5° *Una gracia especial.* — De la misma manera que los bienes corporales son varios y se distinguen entre sí : la vida, la salud, la riqueza y la belleza, así los bienes espirituales, que la gracia difunde en el alma, varían según los diversos sacramentos. En el Bautismo, recibimos una gracia que nos hace *hijos de Dios;* en la Confirmación, una gracia que nos hace *soldados de Jesucristo;* en la Eucaristía, una gracia que *estrecha nuestra unión con Dios;* en la Penitencia, una gracia que nos *purifica del pecado.*

6° *Una gracia que el signo sacramental produce en el alma.* — Los sacramentos producen infaliblemente sus admirables efectos, siempre que se les recibe sin que se ponga obstáculo. El obstáculo consiste en la falta de

disposición; así el que se confiesa sin estar debidamente preparado no recibe el perdón de sus pecados; obra como el que quisiese quemar una esponja húmeda; necesita antes prepararla, secándola bien, y después arderá y será consumida por el fuego.

— ¿Las ceremonias son parte del sacramento?

— De ninguna manera: pero sirven para instruírnos y para acompañar al sacramento del respeto y dignidad convenientes.

Los sacramentos producen gracias propias de cada uno, por una virtud que existe en ellos y no en la persona que los recibe, aun cuando la persona necesita disposiciones especiales : — Un rayo de sol contiene y produce la luz; si se cierran las puertas y ventanas de un aposento, la luz no puede penetrar en él; mas abierta una ventana, la luz entra y alumbra inmediatamente. La ventana no produce la luz, prodúcela el rayo de sol; pero la ventana es condición necesaria para que la luz llegue al aposento.

*
* *

Abandono de los sacramentos. — Muchos son los enfermos que durante el verano se dirigen á renombrados establecimientos de baños. Hacen grandes gastos, se imponen rudos sacrificios para curar de algunas enfermedades corporales; y frecuentemente sin resultado. La religión tiene aguas admirables para todas las enfermedades del alma : los sacramentos; esas aguas curan infaliblemente á los que llegan á ellas con buenas y santas disposiciones. ¿De dónde proviene tanta indiferencia para tomarlas? *(Sibillat.)*

*
* *

Eficacia de los sacramentos. — Imaginaos una bella

y magnífica fuente que situada en el centro de cada ciudad, distribuye sus aguas claras y abundantes por siete canales. Es cierto que á veces son un poco amargas; pero están dotadas de prodigiosa virtud. Todos los que las beben se transforman en otros hombres: los ancianos rejuvenecen, los feos se hacen hermosos y los enfermos recobran la salud; esas aguas tienen aún la propiedad de enriquecer á los pobres, de arrancar á los vivos de los brazos de la muerte y de resucitar á los mismos muertos. Al lado de esa fuente se encuentra otra cuyas aguas se reparten también en todas direcciones y son dulces como la miel; pero apenas se beben cuando producen dolores, convulsiones, estragos y muchas veces la muerte. Pues bien, ¿podríais creerlo? á pesar de manifestar la experiencia diaria los efectos tan diversos de estas dos fuentes, sólo algunos de los habitantes van á beber á la primera, y los demás se precipitan en la segunda.

Es una locura diréis. Sin duda que sí, y muy grande. Esforzaos, pues, en no acompañar nunca á los que están atacados de tan deplorable demencia. Comprenderéis que la primera fuente son los sacramentos, y la segunda los placeres y bienes temporales. ¿Qué no se hace por la salud, las riquezas, los honores y pasatiempos? Y por el alma ¿qué se hace?... (*Gridel.*)

DEL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

— *¿Qué es el bautismo?*

— *Es un sacramento que borra el pecado original y el actual y también la pena del pecado.*

— *¿Cómo se administra?*

— *Derramando agua natural sobre la cabeza del que se bautiza y diciendo al mismo tiempo* : « YO TE BAUTIZO EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO. »

— *¿Es necesario el Bautismo para salvarse?*

— *Sí, porque sin él nadie puede entrar en los cielos.*

— *¿Tienen obligación los padres de familia de presentar sin demora sus hijos al bautismo?*

— *Sí la tienen, y pecan gravemente los que retardan por mucho tiempo el bautismo del niño: pero parece que no sería grave dilación la que no pasara de diez ú once días.*

— *Los que han llegado al uso de la razón y no pueden recibir el bautismo ¿por qué medios podrán salvarse?*

— *Por un acto de caridad perfecta* (bautismo de amor) *y por el martirio* (bautismo de sangre), *teniendo al mismo tiempo deseos de recibir el bautismo de agua.*

— *¿Quiénes se llaman* PADRINOS *en el bautismo?*

— *Los que en la pila tienen ó tocan al bautizado y, como unos segundos padres, lo toman bajo su cuidado.*

— *¿Qué obligación contraen los padrinos?*

— *Quedan obligados á instruír al ahijado en la fe cristiana, en defecto de los padres y contraen con éstos y con el ahijado parentezco espiritual.*

— ¿Quién debe administrar el bautismo?

— El párroco; pero en caso de necesidad puede administrarlo cualquiera persona que tenga uso de razón.

GRAN RESPONSABILIDAD. — Será motivo de cruel y constante remordimiento el privar á los hijos de la felicidad del cielo, cuando sin graves motivos se les retarda el bautismo y la muerte los sorprende sin que hayan sido regenerados en las aguas del sacramento. ¿Quién podrá ponderar suficientemente la desgracia de una incuria semejante? El dolor que entonces sienten los padres ¿no es acaso justo castigo de su falta?

*
* *

CUANTO NOS REALZA EL BAUTISMO. — Se cuenta de San Luis, rey de Francia, que luego que alguno de sus hijos recibía el bautismo lo estrechaba con santa alegría en sus brazos y besándolo con ternura decía : « ¡Querido hijo, hace un momento que sólo erais hijo mío, mas ahora sois hijo de Dios. ¡Dios sea alabado! » (*En su vida.*)

*
* *

EFECTOS DEL BAUTISMO. — El P. Surín visitando el pueblo de Notaonasibi se interesaba en conocer el estado de sus neófitos, esto es, de los infieles recién convertidos al catolicismo. — Padre, le dijeron, la transformación de esta tribu es el asunto de todas las conversaciones del país. Hasta el último invierno eran éstos una horda de ladrones, ebrios, pendencieros, el escándalo y el terror de la comarca. Mas después que han recibido el bautismo son otros hombres; todo el mundo admira su sobriedad, su orden y moralidad y en especial su dedicación á orar. Las cabañas se alegran ahora con sus piadosos cánticos y á todos atraen con su bondad. « Es un misterio para mí, añadió un

viejo cazador americano; yo he visto con mis ojos á estos mismos salvajes en 1813 y en 1814 entregando á las llamas y al pillaje las habitaciones de los blancos, los he visto tomar de los pies á tiernos niños y ora destrozarles la cabeza azotándolos contra las murallas, ora arrojarlos dentro de un caldero de agua hirviendo. Y al presente, basta que vean una sotana para que caigan de rodillas y besen las manos al sacerdote, como un hijo á su padre : esto es extraordinario, y nosotros mismos nos sentimos avergonzados al ver que nos dan el ejemplo. » *(Anales de la Propagación de la fe.)*

*
* *

Bautismo de sangre. — San Emerencio, bien que creía en Jesucristo, no había todavía recibido el bautismo, cuando encontrándose un día en oración junto á la tumba de Santa Inés, fué apedreado por los paganos. Dando así público testimonio de su fe, « fué bautizado en su propia sangre que derramó por Nuestro Señor Jesucristo. » *(Breviario Romano.)*

Herois, siendo tan sólo catecúmeno, fué quemado vivo por defender su fe en el Hijo de Dios, consiguiendo con esto la posesión de la felicidad eterna. (Eusebio, *Hist. lib. 6°.*)

*
* *

Bautismo de amor ó deseo. — Valentiniano (el más joven de los hijos de Valentiniano el Grande) recién instruído en la fe cristiana envió á llamar á San Ambrosio, obispo de Milán para que lo bautizase. El Santo venía ya en camino cuando Valentiniano fué traidoramente asesinado. El sabio obispo pronunció un sermón con este motivo y dijo : « Sé que os afligís porque vuestro príncipe no ha recibido el bautismo; mas el bautismo era el objeto de sus deseos y con este interés me hizo llamar. ¿Cómo, pues, habría dejado de obtener la

gracia por la cual tan ardientemente suspiraba? Sí, la ha obtenido porque la ha deseado; pues que así como los mártires son bautizados en su sangre, el joven Valentiniano ha sido bautizado en su amor, en su deseo, en su voluntad. »

*
* *

Bautismo de Clodoveo. — En 496, numerosas bandas de alemanes habían pasado el Rin y hecho una irrupción en la Alsacia. Sigiberto se puso á la cabeza de un ejército para rechazarlos, y llamó en su auxilio á Clodoveo. Uniósele éste, y juntos presentaron batalla al enemigo cerca de la ciudad de Tolbiac, á cuatro leguas de Colonia. La acción fué reñida y obstinada. El ejército francés comenzaba á cejar y estaba ya para ser derrotado, cuando Aureliano, uno de los principales oficiales de Clodoveo, dirigiéndose á este príncipe : « Señor, le dijo, os queda todavía un recurso : creed en el Dios que os anuncia vuestra esposa Clotilde, y el Señor, dueño del cielo y de la tierra os hará alcanzar la victoria. » Entonces Clodoveo, alzando al cielo los ojos bañados en lágrimas, exclamó : « Oh Cristo, á quien Clotilde anuncia como el Hijo de Dios vivo, como á un Dios que acude en socorro de los que lo imploran en la aflicción, y que da la victoria á los que ponen en él su confianza, recurro con sumisión á vuestro supremo poder; si me hacéis ganar la batalla, os adoraré en adelante, y me haré bautizar en vuestro nombre. » Apenas hubo pronunciado Clodoveo este voto, cuando sus tropas se sintieron animadas de un valor extraordinario, y Clodoveo alcanzó completa victoria. La reina Clotilde hizo suplicar á San Remigio que fuese á instruír al rey, y éste supo por el santo obispo que, para ser cristiano, necesitaba renunciar al culto de los ídolos, y adorar en seguida al Dios Creador del cielo y de

la tierra. Parecía detener aun á Clodoveo el temor de que los Francos no quisiesen abandonar la religión de sus padres, pero se engañaba. Habiéndolos reunido para explorar las disposiciones en que á este respecto se encontrasen, todos exclamaron como por inspiración : « Renunciamos al culto de los dioses perecederos, y estamos prontos á reconocer al Dios que anuncia el obispo de Reims. » Tan pronto como San Remigio tuvo conocimiento de este feliz suceso, hizo hacer los preparativos necesarios para la solemne administración del bautismo. Clodoveo se presentó y pidió ser regenerado por las aguas del sacramento. San Remigio accedió á la petición, y luego que el rey hubo entrado en el bautisterio, le dijo en alta voz : « Fiero Sicambro, inclina la cabeza y humilla tu corazón; quema lo que has adorado, y adora en adelante lo que has quemado. » La multitud se agolpaba de tal modo, que el eclesiástico que llevaba el santo crisma no consiguió nunca llegar hasta el bautisterio. Cuando se necesitó hacer las unciones, el santo pontífice alzó los ojos al cielo como para pedirle que le sugiriese algún medio de salir del apuro en que se encontraba : y en el mismo instante se vió una paloma más blanca que la nieve, que trajo á San Remigio una ampolleta llena de aceite, y desapareció inmediatamente después de haberla puesto en sus manos. Sirvióse pues de ese aceite para hacer las unciones acostumbradas, y el olor que exhaló era tan suave, que todos los asistentes á la ceremonia declararon no haber olido hasta entonces nada que se pareciese. Esta santa ampolleta, conservada en la iglesia de Reims, sirvió para la consagración de los reyes de Francia hasta la revolución de 1793.

*
* *

Conversión de San Ginés. — Celebrábanse grandes

fiestas en Roma, y el emperador Diocleciano se había trasladado á aquella ciudad. El cómico Ginés creyó que de ninguna manera podía divertir mejor á aquella corte impía que remedando por irrisión las ceremonias del bautismo. Apareció en el teatro acostado como si se hallase enfermo, y solicitó ser bautizado para morir tranquilo. Aparecieron también otros dos cómicos, disfrazados, uno de sacerdote y otro de exorcista. Acercáronse á la cama y dijeron á Ginés : « Hijo mío, ¿para qué nos has llamado? Cambióse al instante el corazón de Ginés, y respondió muy sériamente : « Os he llamado, porque quiero recibir la gracia de Jesucristo, y, por su santa regeneración alcanzar el perdón de mis pecados. » Creyóse que seguía siempre desempeñando su papel. Se practicaron las ceremonias del sacramento, y cuando se le hubo puesto el traje blanco, se apoderaron de él algunos soldados, que también tomaban parte en la representación de la pieza, y lo presentaron al emperador para que lo interrogase como á los mártires. Aprovechándose Ginés de la facilidad natural que tenía para hablar, con semblante y tono inspirados, se expresó en estos términos desde el lugar en que se encontraba : « Oíd, emperador y cortesanos, grandes y plebeyos; órdenes todas de la soberbia Roma, escuchadme. En otro tiempo, al pronunciar siquiera el nombre de Jesucristo, me estremecía de horror, y ultrajaba cuanto podía á los que profesaban su doctrina; llegué aun á aborrecer á varios de mis parientes y amigos, á causa del nombre de cristianos, y he detestado esta religión hasta el punto de instruírme con exactitud en sus misterios, como habéis podido verlo, con el objeto de mofarme públicamente de ellos; pero desde el momento en que el agua del bautismo ha tocado mi cuerpo, mi corazón se ha cambiado, y á la

pregunta que se me ha hecho, he respondido sinceramente que creía. Ví una mano extendida sobre mí desde lo alto de los cielos y muchos ángeles radiantes de luz que se cernían sobre mi cabeza. Leyeron en un libro terrible todos los pecados que había cometido desde mi infancia, los borraron inmediatamente después, y me mostraron el libro más blanco que la nieve. Ahora pues, oh gran emperador, y vosotros, espectadores de todas condiciones, á quienes nuestras representaciones sacrílegas han hecho reír de todos estos misterios, creed conmigo, que Jesucristo es el Señor, digno objeto de nuestras adoraciones, y tratad de alcanzar también su misericordia. »

El emperador Diocleciano, igualmente irritado y sorprendido, ordenó primeramente que azotasen á Ginés con varas, y en seguida lo envió al prefecto Plantino, para que lo obligase á sacrificar á los ídolos. El prefecto empleó toda clase de torturas sin ningún resultado. Ginés respondió constantemente : « No hay dueño comparable al que se me acaba de aparecer; lo amo y lo adoro con toda mi alma; aun cuando tuviera mil vidas que perder, nada sería capaz de separarme de él; jamás los tormentos podrán arrancarme á Jesucristo de la boca y del corazón; miro con verdadero horror mis pasados extravíos, y siento haber comenzado á servir tan tarde al verdadero Dios. » Habiendo reparado en que su elocuencia causaba grande impresión, se apresuraron à cortarle la cabeza.

*
* *

Promesas del bautismo. — El bautismo nos hace hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y coherederos de su gloria. Las promesas entonces hechas importa recordarlas con frecuencia : renunciamos á Satanás y sus obras, al mundo y sus vanidades, al pecado y concupis-

cencias de la carne; nos renunciamos á nosotros mismos para hacer solamente la voluntad de Dios. Esta formal renuncia nos dará la paz en la tierra y nos abrirá las puertas del Paraíso. Con este motivo debemos poner todo empeño en vencer el respeto humano. Los mahometanos no se avergüenzan de arrodillarse en medío de las calles y plazas y á la caída del sol de invocar á Alá con los brazos elevados al cielo; los judíos no temen confesar su religión y orar públicamente, pegada la frente junto á los viejos muros de Jerusalén; los impíos, sin moral, llenos de odio que sólo abrigan las almas innobles, sin otro intento que el mismo de Satanás — la guerra á Cristo y su Iglesia — se ufanan de proclamar las más abominables infamias, ¿y se avergonzará un cristiano de ser fiel amigo y discípulo de quien murió en la cruz por salvarle? ¿se avergonsará de confesar la fe sellada con la sangre de diez y ocho millones de mártires? ¿se avergonzará del bien delante de los malos? *El que de mí se avergonzare y de mi doctrina,* dijo Nuestro Señor, *sepa que también se avergonzará de él el Hijo del Hombre.*

*
* *

El que ama el peligro perece en él.—Dos jovenes rogaron á un santo ermitaño que les enseñase un medio eficaz para alcanzar la virtud angélica.— Bien, no uno, sino tres os indicaré; escribidlos á fin de que se graven profundamente en vuestra memoria, les contestó el Santo. Apuntad el primero : *Huíd las ocasiones;* el segundo *Huíd las ocasiones.*— Ya lo hemos escrito.— No importa anotadlo de nuevo. Añadid el tercero *: Huíd las ocasiones.* — Mas ya dos veces lo hemos escrito. — Sea esta la tercera; porque éste es el remedio por excelencia y sin el cuál todo es inútil (*Cattaneo*). Y no sólo es eficaz para alcanzar la virtud angélica mas aun todas las virtudes.

Al contrario, como lo dice la palabra divina « el que ama el peligro perece en él. » El filósofo Heráclides había domesticado una serpiente venenosa que llevaba siempre consigo; la acariciaba, la alimentaba en su mesa y abrigaba en su propio lecho. Pero una noche, mientras dormía con inquieto sueño la oprimió con el cuerpo; irritóse la ingrata sierpe y se vengó al punto despertándolo con venenosa picadura. El infeliz Heráclides murió á consecuencia de ella, esto es, víctima del voluntario peligro en que se había acostumbrado á vivir. Que esto nos enseñe á huír de la serpiente infernal y alejarnos de toda ocasión peligrosa.

*
* *

Fuga de las ocasiones. — Para preservarse de males sin cuento los Sumos Pontífices Pío IX y León XIII han recomendado encarecidamente alejarse de impíos maestros y escuelas, de la masonería y demás sociedades satánicas y clandestinas. Ya para nadie es un secreto que los jefes de esas sectas formidables son judíos, cuyas principales residencias están en Londres y Roma. Su propósito es el de Voltaire : *destruir la Iglesia; no más bautismo, ni confesión, ni comunión, ni matrimonio religioso, ni agua bendita.* Dios, hé ahí el enemigo, dice el Boletín Masónico frances de 1883. ¡Muerte á Dios! ¡Viva el diablo! aclama el Boletín del libre pensamiento, 1876. ¡Salud, oh Satanás! era la inscripción del estandarte paseado por las logias en varias ciudades de Italia (1).

En el proceso hecho en París á la caida del atroz *gobierno comunista* se comprueba que todas las logias masónicas sostuvieron la *Comuna* (2). Todo es permitido, según ellas, para exterminar à los príncipes, à los

(1) Veáse *Gerola*, Il libro per tutti, pag. 900.
(2) *Journal Officiel.*

devotos y á los nobles : la alevosía y la astucia, el fuego y el hierro, el veneno y el puñal : *el fin santifica los medios*, afirman sus jefes Pelletón y Sydow.

*
* *

La Masonería no es una sociedad de socorros mutuos. — Una joven como de veinte años, agitada de crueles remordimientos, llegó una vez á mí á suplicarme la reconciliase con Dios. Su clase y educación no eran vulgares. Las novelas y malas lecturas la trastornaron é indujeron á entrar en la *Masonería*. En ésta, entre otros juramentos, le obligaron á suscribir el de odiar á Dios, le hicieron pisotear un crucifijo y una hostia sagrada que se proporcionó en la iglesia; por fin la eligieron para que sirviese de instrumento de un homicidio y con veneno lento dió la muerte á un niño.

La desgraciada joven padecía tal afán y sofocación al referir los horribles excesos á que se había entregado que era necesario reanimarla á cada palabra. De cuando en cuando, con indecible terror, exclamaba : Padre mío ¿será posible que Dios me perdone? — Sí, hija mía; si el Señor no quisiese perdonaros no os habría conducido á los pies de uno de sus ministros de misericordia, ni os habría dado los sentimiéntos de contrición que tenéis.

No es del caso exponer las generosas resoluciones con que esta víctima de la nefanda masonería se dispuso á expiar sus crímenes y el consuelo que con abandonarla comenzó á gustar. Desde que se inscribió en tal secta, si bien simulaba hallarse contenta, llevaba el infierno en la conciencia. Ahora, sin temor á la venganza de las logias, fuerte con la gracia de Dios, sólo aspira al Cielo. — (*Lorenzo M. Gerola. — Civiltá Cattolica.*)

DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

— ¿Qué es la confirmación?

— Es un sacramento que fortalece al cristiano en la fe, por medio de la unción del crisma.

— ¿Es necesario recibir este sacramento?

— Para salvarse no es necesario; pero cometen pecado grave los que rehusan ó descuidan recibirlo, pudiendo.

— ¿Quiénes tienen poder de confirmar?

— Los obispos que son los sucesores de los apóstoles.

— ¿El Espíritu de Dios desciende sobre los que reciben la confirmación?

— Sí, desciende invisiblemente al alma de los que reciben este sacramento.

— ¿No hemos recibido al Espíritu Santo en el bautismo?

— Sí, pero en la confirmación lo recibimos con gracias más abundantes.

— ¿Cuáles son esas gracias?

— Los dones del Espíritu Santo (1).

— ¿Es necesario estar en gracia para recibir la confirmación?

— Sí; y se cometería un sacrilegio si se recibiese en pecado mortal.

— ¿Es necesario estar en ayunas para recibir este sacramento?

— No es necesario, pero es muy recomendable.

(1) Véase el tomo 1º pág. 123.

— ¿Se necesita padrino para recibir la confirmación?

— Sí, bajo culpa grave; y ha de ser: 1° uno solo; 2° confirmado; 3° del mismo sexo del que va á confirmarse y 4° distinto del padrino del Bautismo.

— ¿Se contrae parentezco entre el confirmado y su padrino?

— Sí, se contrae y también entre el padrino y los padres del confirmado.

Significado de las ceremonias de la confirmación. — El Obispo impone las manos sobre las personas que ha de confirmar, invocando al Espíritu Santo, para que descienda sobre ellas, las llene de sus dones y sea su constante protector.

Los atletas se ungen con aceite para combatir á sus adversarios: nosotros también tenemos necesidad de la unción divina del Sacramento de la Confirmación para combatir á los enemigos de nuestra alma.

El Santo Crisma es la mezcla del aceite de olivo y bálsamo que el Obispo consagra el Jueves Santo. Se mezcla el bálsamo con el aceite para enseñarnos á llevar por todas partes el buen olor de la santidad, virtudes y buenos ejemplos.

El Obispo hace en nuestra frente la señal de la cruz para que nunca nos avergoncemos de ser cristianos; da un ligero golpe en la mejilla del confirmado, para recordarle que se halla convertido en soldado, no para herir, sino para sufrir; no para injuriar, sino para recibir las injurias; pues en esto ha de consistir su combate y su victoria...

*
* *

Curaciones milagrosas. — Refiere San Bernardo que el Obispo Malco, tan respetable por su ciencia como por su virtud, administraba un día el Sacramento de la

Confirmación acompañado del Obispo San Malaquías. Entre las personas que se acercaron á recibir este sacramento, llegó un joven atormentado de una deplorable enfermedad, una calentura que le ponía delirante, un verdadero frenesí. Apenas el obispo le hubo impuesto las manos y ungido la frente fué súbitamente curado y volvió á su casa entonando al Señor cánticos de acción de gracias. (*Vida de San Malaquías.*)

Un niño, ciego, fué á recibir el sacramento de la Confirmación, de manos de Faro, obispo de Maux. Tan pronto como el obispo le hizo, con el Santo Crisma, la cruz sobre la frente, el ciego quedó perfectamente sano. Todos los concurrentes se sintieron conmovidos con tan extraordinario suceso y de lo íntimo del corazón alabaron á Dios y proclamaron el milagro. — (Huguet, *Modèle d'une bonne communion.*)

DEL SACRAMENTO DE LA CONFESIÓN

Ó PENITENCIA

— ¿Qué es la Confesión?

— Un sacramento instituído por Nuestro Señor Jesucristo, en el cual se perdonan los pecados cometidos después del Bautismo á los que arrepentidos los confiesan.

— ¿Cuántas cosas son necesarias para hacer una buena confesión?

— Cinco.

— ¿Cuáles son?

— Examen, dolor, propósito, confesión y satisfacción.

— ¿Qué es examen?

— Traer diligentemente á la memoria los pecados cometidos, desde la última confesión bien hecha hasta la que se va á hacer.

Para examinarse bien y con facilidad conviene que el penitente, después de encomendarse á Dios, á la Santísima Virgen y al Angel de Guarda, recorra los mandamientos de la ley de Dios, los de la Iglesia, los pecados capitales, los deberes de su condición y las circunstancias en que se haya encontrado, y procure conocer el estado de su conciencia con toda imparcialidad; pues Dios mismo, á quien nada se oculta, va á oír los pecados y á perdonarlos con la absolución del sacerdote.

Examen de conciencia. — « Aprended á conoceros, » dice el Apostol San Juan. Conocerse uno á sí mismo, añade San Clemente de Alejandría, es la más importante y hermosa de todas las ciencias; porque el que se conoce, conoce á Dios. Y el modo de aprender á conocerse es haciendo examen de conciencia. El labrador y el jardinero sin dar tiempo á que crezca la mala yerba, la arrancan de raíz. El negociante examina prolijamente sus deudas, sus pérdidas y beneficios. Esa debe ser nuestra conducta. San Juan Clímaco llevaba siempre consigo un memorial en el cual anotaba cualquiera falta que cometía, para poder hacer más fácilmente una buena confesión. San Ignacio, San Francisco Javier y otros santos hacían un breve examen á cada hora que daba el reloj.

Hay cristianos que para confesarse hacen sólo un examen superficial y dicen al acaso el número de sus pecados, cuando son preguntados por el confesor. Otros, al contrario, se ocupan en extremo en el pensamiento de sus faltas y descuidan excitarse al dolor.

Carlos V estando de viaje se confesó con el párroco del lugar que visitaba. Concluída la confesión el sacerdote, hombre de Dios, franca y respetuosamente dice al rey : « Habéis ya confesado los pecados de Carlos, confesad ahora los de Cesar. ¿Como se gobiernan las provincias? ¿Cómo se oyen las demandas? ¿Qué premio se da á los buenos y qué castigo á los malvados? ¿Cómo vigiláis sobre vuestros ministros? ¿Qué empeño ponéis en evitar los escándalos, en promover el culto divino, en favorecer la religión y mejorar las costumbres? Atónito quedó el monarca y muy edificado con la apostólica conducta de aquel buen sacerdote, y refiriendo esto á sus cortezanos les dijo : « Sólo hoy he aprendido á confesarme bien. »

— ¿Qué es dolor?

— Tener pena en el corazón pór haber ofendido á Dios.

— ¿De cuántas clases es el dolor?

— De dos : dolor de contrición, y dolor de atrición.

— ¿Qué es dolor de contrición?

— Es el aborrecimiento del pecado por ser ofensa de un Dios infinitamente bueno y digno de ser amado.

— ¿Qué es dolor de atrición?

— Es la detestación del pecado, no por amor de Dios, sino por temor al castigo que se merece.

— ¿Basta el dolor de atrición para hacer una buena confesión?

— Sí, basta; pero el dolor de contrición es mejor, pues que borra el pecado aun sin confesión, cuando se desea confesarse y se promete hacerlo luego que haya oportunidad.

Dolor de contrición y dolor de atrición. — « Una señora había quedado viuda con dos hijos : uno de trece años y otro de quince. Descuidaba á veces la vigilancia de estos, atestiguándoles cierta confianza de que hasta entonces se habían mostrado dignos. Con todo, un día abusaron de esa confianza y cometieron una falta grave. Al punto sintieron gran remordimiento y pesar.

Llenos de tristeza se comunicaron sus impresiones y resolvieron confesar la falta á su madre.

— ¡Dios mío! exclamaba Enrique, ¿qué dirá mi madre cuando sepa nuestra conducta? ¡Cuánto nos reconvendrá! ¡Qué castigo tan severo nos impondrá! Tú vas á ver, Pedro, que nos va á privar del paseo el próximo domingo...

— ¡Ah! si no fuera más que eso, responde Pedro, reproches, castigos, privaciones, no importaría nada,

porque todo eso y mucho más hemos merecido. Lo que más me aflige es el pesar que vamos á causarle á mi madre que nos ama tanto y nos hace tanto bien... Cuando ella sepa que hemos burlado su confianza, tal vez no nos dirá nada; pero al vernos culpados, sus ojos se llenarán de lágrimas; y yo, Enrique, tendría mucha pena si viese llorar á mi madre.

La madre lo había oído todo. Perdonó á Enrique, después de la confesión de su falta; pero á Pedro le abrió los brazos y lo estrechó amorosamente antes de oírlo. » — (Vergara A, *El Angel de la Primera Comunión.*)

El primero de esos niños es la imagen del cristiano que sólo tiene un temor servil, un *dolor de atrición;* el segundo representa al pecador que tiene el *dolor de contrición,* que se funda en el amor de Dios.

El dolor debe ser :

1° *Interior*, es decir, del alma, no del cuerpo;

2° *Sobrenatural,* excitado por la gracia de Dios, por un motivo sobrenatural, á saber : porque el pecado nos hace perder el cielo, es una rebelión contra Dios, ofende su bondad infinita, etc.;

3° *Universal*, que se extienda, por lo menos, á todos los pecados mortales;

4° *Soberano*, que nos haga detestar el pecado como el mayor de los males.

* * *

Dolor sobrenatural. — Cierto joven, contra la voluntad de su padre, entró en una casa de juego y perdió su dinero. Salió de allí muy triste y cuando se le preguntó la causa de su pesar respondió : « Este maldito juego me ha hecho perder mi caudal. » No le preocupaba el pecado que había cometido, desobedeciendo á su padre. Su dolor no tenía á Dios por motivo, no era sobrenatural.

Un niño, á pesar de las prohibiciones de sus padres, se divertía con una arma de fuego, y se hirió tan gravemente que tuvo necesidad de guardar cama. Entonces, reflexionando y reconociendo su falta, lloró amargamente. Estoy afligido, exclamaba, no por el dolor de mi herida, sino porque he ofendido á mi buen Dios con mi desobediencia. — (Schouppe, *La Primera Comunión.*)

*
* *

Dolor soberano. — Padre mío, decía un joven penitente á su confesor, me siento con la conciencia turbada porque no he tenido dolor soberano de mis pecados.

— ¿Por qué lo crees así, hijo mío?

— Porque he llorado muchas veces la muerte de mi madre, y por mis pecados no he derramado una sola lágrima.

— Observa, dijo el confesor, que estos dos dolores son de una naturaleza diferente; el uno es efecto de ternura filial, el otro es una voluntad producida por un motivo de fe. Si nada es más sensible para un hijo que la pérdida de su padre ó de su madre ¿no es la mayor desgracia perder á su Dios y el cielo por un pecado mortal?

— Sí, padre mío, el pecado mortal es un mal sobre todos los males y por nada del mundo puede pensarse en cometerlo.

— Consuélate, pues, hijo mío; el dolor que has sentido por tus pecados es un dolor soberano. *(Id.)*

*
* *

La Magdalena. — La pecadora pública del Evangelio, esa criatura desgraciada, que era ignominia de la ciudad, se atreve á presentarse en casa de Simón el fariseo, el austero, el rígido observador de la ley; arrostra su encolerizada mirada y la indignación de los convidados al banquete, que contamina con su presencia, y

se postra delante de Aquél que lo santificaba con la suya, del Maestro, del Santo, de Jesús, y aplícale sus prostituídos labios á los pies que los ángeles reverencian desde el cielo; y la Magdalena quedó purificada porque amó mucho, porque su dolor era interior, universal, sobrenatural y soberano.

Semejante fué el dolor del publicano, cuando en el templo, lejos del altar, sin atraverse á levantar los ojos y golpeándose el pecho exclamaba : « ¡Señor, tened piedad de mí, que soy un pobre pecador! »

« ¿Queréis recibir la absolución de todos vuestros pecados? *¡Amad!* El amor todo lo puede. ¿Qué infidelidad más atroz que renegar del Salvador? Sin embargo, San Pedro obtuvo el perdón. El Señor, queriendo probarlo, sólo le preguntó : ¿Pedro, me amas? Todas las noches, cuando cantaba el gallo, dice San Crisólogo, San Pedro se levantaba para llorar amargamente su infidelidad. Tantas fueron sus lágrimas que llegaron con dos surcos á señalar sus mejillas. » — *(Lefort.)*

*
* *

El dolor debe ser universal. — Leemos en la vida de San Sebastián que este gran servidor de Dios prometió á Cromacio, Prefecto de Roma, que, si destruía todos los ídolos de su palacio, sanaría de la gota. El Prefecto los quebró todos, con excepción de uno sólo, y lejos de sanar, se sintió tan atormentado como antes. El enfermo se quejó al Santo. San Sebastián le preguntó si había despedazado todos los ídolos. — No me queda más que uno muy pequeño de oro, le contestó; hace muchos años que se conserva en mi familia y lo he respetado como un recuerdo. — Aunque su valor igualase al del mundo entero, repuso el Santo, ¿podríais compararlo con Dios? Destruídlo, como los demás, sin lo cual no podréis sanar. Cromacio lo destruyó y recobró la salud.

Hay también gran número de pecadores que tienen su pequeño ídolo, una pasión favorita, un pecado que quieren conservar aún después de abominar todos los otros; y como el Prefecto romano, no pueden sanar; no consiguen la gracia de Dios. Su contrición adolece de un gran defecto : no es universal. (*Id.*)

— *¿Qué es propósito?*
— *La firme resolución de evitar todo pecado mortal.*

El propósito ha de ser sincero, firme, universal y eficaz. — Si un pecador supiese que en el momento de cometer un pecado mortal sería arrojado por manos irresistibles en una hoguera ardiente, por cierto que no se decidiría á cometerlo y procuraría constantemente evitarlo. Su resolución sería tan inquebrantable que nada sería capaz de hacerlo faltar á ella. « No quiero quemarme vivo, » diría. Así, y aun más firme, debe ser el propósito de no pecar más, porque caer en pecado mortal es el mal supremo, un mal todavía mayor que ser arrojado vivo en las llamas.

Este propósito, verdaderamente firme y sólido, comprende la fuga de las ocasiones de pecado y el empleo de los medios que indique el confesor para librarse de ellos. El que no quiere morir de la peste debe huír del contacto de los apestados; el que no quiere quemarse no debe arrojarse en las llamas; el que no quiere ser mordido por las serpientes no debe jugar con ellas; el soldado que quiere vencer debe tomar las armas y combatir valerosamente. — (*Schouppe.*)

*
* *

Fuga de las ocasiones. — Un jugador consuetudinario, que malgastaba lastimosamente el dinero, se dirigía cada día á una casa de juego en compañía de un

perro que llamaba Fílax. En cierta oportunidad le encontró un amigo que, extrañado de no verle con su compañero de costumbre, ¿qué se ha hecho tu fiel Fílax, le preguntó? — Tiene muy buenas razones para no querer venir conmigo, le contestó el jugador. La última vez que me acompañó le dieron una tunda feroz, y como no ha olvidado los palos, no he podido conseguir que vuelva. — Confiesa, replicó el amigo, con ruda franqueza, que Fílax es más sensato que su dueño, que vuelve siempre á la casa dónde arruina todos sus bienes.

Este hecho ofrece una útil lección á los que se encuentran habituados en el pecado. El animal se acuerda por mucho tiempo de los golpes recibidos, del lugar y ocasión en que los padeció y se aleja de allí; mas el hombre, que tantos desastres sufre en el alma, por el pecado, no abandona las ocasiones y perece en el peligro. — (*Melher.*)

*
* *

Semejanza. — Un hombre, cubierto de heridas, se dirige al hospital. El médico lo atiende con gran solicitud, le administra excelentes remedios y lo sana. Vuelve aquél á su casa, toma un cuchillo y se da tales tajos que queda peor que antes. Esto es lo que hacen algunos penitentes : en saliendo del confesonario vuèlven á las ocasiones de pecado y son mayores sus desgracias. — (*El Cura de Ars.*)

Se dice que el camino del infierno está sembrado de buenas resoluciones. No basta, pues, formularlas, es necesario ponerlas en práctica. — Un pecador entregado á todos los desórdenes de la vida mundana, encuentra un día á uno de sus amigos recién convertido. « ¡Pero, hombre! le dice, ¿qué no me conoces? yo soy fulano. — Sí, respondió el cristiano; tu eres siempre

fulano; pero yo no soy ya el mismo. » — *(Cat. du Frère Philippe.)*

Después que el vizconde de Turena hubo abrazado la religión católica, fué un día á confesarse. El sacerdote le preguntó si no había recaído en las faltas que le eran habituales antes de su conversión. Turena respondió : « Yo no he faltado jamás á la palabra empeñada á los hombres ¿cómo podría faltar á la que he dado á Dios? » — *(El Ángel de la Primera Comunión.)*

*
* *

Los propósitos han de ser prácticos. — Los propósitos vagos ó generales, como de evitar el mal y hacer el bien, raras veces se cumplen; es necesario que sean determinados. En cada persona hay una pasión ó defecto dominante que es raíz y origen de muchos pecados. Debe, pues, ponerse particular empeño en vencer aquella pasión ó mala inclinación; porque mientras no muera la raíz han de producirse retoños.

Roma y Alba eran dos ciudades rivales que lucharon largo tiempo por adquirir la supremacía.

Al fin resolvieron que un combate singular decidiese á cuál de las dos correspondía el imperio ó la servidumbre. De una y otra parte fueron escogidos tres hermanos : los tres Horacios representaron á los Romanos, y los tres Curacios á los Albaneses. Los jóvenes combatientes, llenos de generosos bríos, en presencia de los dos ejércitos, se lanzaron á la pelea. Dos romanos cayeron heridos de muerte, en tanto que los tres albaneses quedaban levemente heridos. La suerte de Roma dependía del único Horacio que permanecía en pie. Éste simuló una retirada y los albaneses lo persiguieron; pero en la persecución no pudieron correr igualmente. El romano, al verlos separados, vuelve atrás, derriba sucesivamente á cada uno de sus adversarios y canta victoria.

De la misma manera, para extirpar los defectos, con éxito seguro, se les ha de atacar uno á uno separadamente. — (*El Ángel de la Primera Comunión.*)

— *¿Qué es confesión?*

— *Es la acusación* HUMILDE, SINCERA, PRUDENTE Y ENTERA *de los pecados, hecha al sacerdote para recibir la absolución.*

La acusación de los pecados debe ser :

1° *Humilde*, como si se hiciera á los pies de Nuestro Señor Jesucristo;

2° *Sincera*, como si fuera la última de la vida, sin disminuír, ni exagerar *ni excusar* los pecados. Al que llegase á ocultarlos ó disfrazarlos podría decírsele lo que San Pedro á Ananías : *No es á los hombres, sino á Dios á quien intentas engañar;*

3° *Prudente*, expresando las faltas de una manera decorosa, evitando nombrar terceras personas, suprimiendo pormenores inútiles y cosas ajenas á la confesión;

4° *Entera,* de todos los pecados mortales cometidos después de la última confesión, expresando el número exactamente, y si no se recuerda, se dirá el número aproximado, añadiendo las palabras *poco más ó menos.*

Deben declararse las circunstancias que cambian la especie del pecado; por ejemplo : el que robase, si ha tomado una suma considerable que constituye pecado mortal, ó si lo que robó fué un objeto sagrado, porque en este último caso hay doble pecado : robo y sacrilegio.

Si no se tiene como restituír todo lo que se debe inmediátamente es necesario devolver, por lo pronto, cuanto es posible y poner en seguida todo empeño en no demorar la restitución de lo restante.

No es necesario, pero sí muy útil confesar los pecados veniales.

Si el penitente sólo tiene que acusar pecados veniales, conviene renueve la acusación de alguna falta grave de la vida pasada. De este modo le será más fácil excitarse á la verdadera contrición, y disminuirá más y más la pena debida por sus pecados.

El pecado mortal olvidado involuntariamente queda perdonado con los demás; pero si después se recuerda, se debe acusarlo en la confesión inmediata.

El que oculta un solo pecado mortal hace una confesión mala, y lo que es peor, comete un sacrilegio. Para repararla debe declarar esta falta, confesar de nuevo los pecados de que entonces se acusó y agregar los que hubiere cometido después. — ¡El que hace una confesión sacrílega, dice San Crisóstomo, lleva el infierno en su conciencia!

*
* *

Integridad de la confesión. — Debemos confesar todos los pecados graves y sus circustancias principales, porque ¿de qué serviría tapar la abertura por donde se entra el agua á un barco, si se le deja aún otra más grande para que se sumerja? Así no se evitaría la muerte. Lo mismo sucede con la confesión incompleta. De nada sirve declarar al médico espiritual las heridas del alma si no se le manifiesta la más grave de todas, dice San Buenaventura.

¡Es bien consolador el pensar que tenemos un sacramento que cura todas las llagas del alma! Pero es necesario recibirlo con buenas disposiciones, porque de otro modo él abre nuevas llagas sobre las antiguas. — (*El Cura de Ars.*)

*
* *

La acusación de los pecados no es tan difícil como

SUELEN ALGUNOS IMAGINARSE. — Un viejo militar, después de una vida disipada, quiso consagrarse á la práctica de la religión. Todo le parecía muy bien; sólo una cosa le espantaba : la confesión. Él, que no había temblado delante de las balas, temblaba á la vista de un confesonario. Al fin, después de muchas vacilaciones, fué á visitar á un sacerdote y á exponerle sus buenas resoluciones.

— Yo quiero, le dijo, ser buen cristiano; pero es imposible.

— Y ¿por qué? le preguntó el sacerdote.

— Porque para serlo es preciso confesarse, y yo os declaro que no me confesaré jamás.

— ¿Y por qué?

— Porque me moriría de vergüenza.

— Vaya, le dijo el sacerdote, os ahogáis en un vaso de agua.

Vos no habéis sido tan malo como os imagináis ¿qué podéis haber hecho?

— Sabéis lo que es la vida de un soldado. Yo dejé mi familia á la edad de... me encontré después en tal circunstancia... hice tal cosa... malos compañeros me arrastraron á tal vicio...

Y así continuó hasta completar la historia de su vida.

— Y bien, exclamó el sacerdote, ¿cómo decís que es tan difícil la confesión? Ya esta hecha. Sólo falta que os arrodilléis y arrepentido me digáis que os acusáis de todo lo que acabáis de contarme, y terminaremos con la absolución.

El viejo coronel se arrodilla y recibe con grandes muestras de dolor la absolución. En seguida, estrechando al sacerdote entre sus brazos, le dice : — No creía que fuera tan fácil y tan dulce la reconciliación

con Dios. — (MULLOIS, *Retraite prépar. à la première communion.*)

*
* *

PREOCUPACIÓN. — Una señora protestante iba á ver con frecuencia al Cardenal de Cheverús, con el objecto de confiarle sus penas. Díjole un día que lo que más le repugnaba en la religión católica y se oponía á que la abrazase era la confesión. « No, señora, le respondió el Cardenal, con amable sonrisa; Ud. no tiene por la confesión tanta repugnancia como cree; Ud. experimenta por el contrario su necesidad, porque hace ya mucho tiempo que, sin saberlo, se confiesa conmigo. La confesión no es otra cosa que la confidencia de las penas ó angustias de conciencia que Ud. quiere hacerme para recibir mis consejos. » (*Vida de Monseñor de Cheverús.*)

*
* *

¡QUÉ PENSARÁ EL CONFESOR SI ME ACUSO DE TAN GRANDES PECADOS! — ¡Ah! vosotros no tenéis idea de lo que es el corazón de un eclesiástico, el corazón de un confesor; él se eleva de un solo impulso á la altura del ministerio sublime que va á desempeñar. ¿Sabéis acaso cuál es el día más feliz de la vida de un sacerdote? — ¡Será cuando, terminados sus largos y penosos estudios, recibe de manos de su venerable obispo el carácter sagrado! — No. — ¡Será aquel en que en el altar de la parroquia que le vió nacer y en medio del júbilo de su familia y del encanto de sus padres y del regocijo de sus hermanos celebra su primera misa! — Hermoso día, que deja en el alma imperecedero recuerdo, ¿pero es el más feliz?... No, no. El día más feliz de la vida de un sacerdote es aquel en que mayor número de pobres culpados van á decirle : Padre mío, yo soy un gran pecador; quiero abriros mi conciencia y confesaros to-

das mis miserias para enmendarme... ¡Oh! ¡hé ahí el más bello día de la vida de un sacerdote!... Para hallar ese día lo ha sacrificado todo, ha renunciado á los goces de familia y ha dejado á sus padres... ¿Quién nos dará pecadores que oír, consolar y bendecir?... ¿quién nos dará la satisfacción de tomarlos en brazos y llevarlos á la verdad, á la felicidad, al cielo?... No temáis. ¡Proporcionadnos tan dulces consuelos! ¡Hacednos felices!... — (*Mullois*).

Un viejo pecador resolvió hacer con San Francisco de Sales una confesión general, venciendo para ello la extrema dificultad que le detenía. Logrólo en fin, y lo hizo refiriendo un largo catálogo de los pecados de su juventud. Muy satisfecho el Santo de esta confesión, por la buena disposición que manifestaba el penitente, le expresó su contento y alegría.

— Eso lo diréis, le respondió el penitente, para mi consuelo; pero ¿será posible que estiméis interiormente á tan gran pecador como yo? — El Santo le replicó: Sería yo un verdadero fariseo, si después que habéis recibido la absolución, os mirase como á pecador; pues á mis ojos estáis más blanco que la nieve, y tan limpio como Naamán al curarse de la lepra en el Jordán. Fuera de esto, yo debo amaros ahora el doble que antes; porque por el amor y confianza que Dios os ha inspirado hacia mí, os miro como un hijo que acabo de engendrar en Jesucristo, ó por mejor decir, como un hijo dentro del cual acaba de formarse Jesucristo por medio de mi ministerio.

En cuanto á la estimación, ésta se redobla á proporción del amor que os tengo; pues de vaso de ignominia os veo ya convertido en vaso de honor y de santificación. No porque San Pedro pecó, mudó Jesucristo la voluntad que tenía de ponerle por cabeza de toda su

Iglesia ; y esto fué porque miró más á sus lágrimas que á su caída, más á su penitencia que á su pecado. Fuera de que sería yo tan insensible como una piedra si no participase del gozo y alegría con que los Ángeles del Señor celebran en el cielo la conversión y purificación de vuestra alma.

Salió aquél hombre del tribunal de la penitencia tan satisfecho, que decía después, que en nada tenía mayor complacencia que en confesarse; su continuo clamor era el del Profeta : *Amplius lava me.* Lavadme, Señor, más y más; y llamaba al Santo el Ángel de la *probática piscina.* (*Espíritu de San Francisco de Sales.*)

*
* *

Restitución del demonio. — « ¿Qué haces ahí? dijo San Antonino al demonio, cierta ocasión en que por providencia de Dios le vió junto á un confesonario. — Yo restituyo. — ¡Con que restituyes! ¡vaya que estás discreto! — Sí, cuando quise hacer caer á este pecador, le quité toda vergüenza, y ahora que quiere confesarse, se la devuelvo. » — (*Vida de San Antonino Arzobispo de Florencia.*)

Desconfiemos del espíritu del mal y comprendamos su táctica : hacer pecar, es para él una victoria; retener al pecador con el corazón endurecido y sin valor para confesar el pecado, es el colmo de su alegría.

David, San Pablo, la Magdalena, San Agustín, etc., ¿se han deshonrado acaso haciendo una confesión pública?

*
* *

No temamos. — Nuestro Señor Jesucristo no vino á salvar á los justos sino á los pecadores. Él mismo nos dice que es el buen pastor, que abandona las noventa y nueve ovejas del rebaño para correr en busca de la centésima, que se le ha extraviado. Nosotros somos

esa oveja de predilección. ¡Qué honor y qué júbilo! Jesús nos busca, sin cesar y por todas partes, para cargarnos sobre sus hombros, llevarnos en su corazón y volvernos al redil y al gremio de los elegidos. Y ¡qué! ¿huiremos de él? — *(Augusto Nicolás)*.

*
* *

Parábola del Hijo Pródigo. — Atraídos por la bondad de Jesucristo, se le acercabán á menudo los pecadores para escucharle; y el Evangelio hace notar que los fariseos murmuraban entre sí, diciendo:

— ¡Ved como ese hombre acoge á los pecadores y hasta come en su misma mesa!

Y Jesús, que conocía sus pensamientos, les contó esta parábola:

« Un hombre tenía dos hijos.

Y dijo el más joven á su padre: « Padre mío, dadme la parte de vuestros bienes que debe corresponderme. » Seducido por malos amigos, quería alejarse de la casa paterna para entregarse con más libertad á los desórdenes. El padre hizo la partición de sus bienes. En vano procuró detener á su hijo. Reuniendo éste todo lo que tenía, partió para una región extranjera y lejana, y en ella disipó cuanto llevaba, en una vida de excesos y liviandades.

Cuando lo hubo consumido todo, sobrevino una grande hambre en aquél país, y comenzó á sufrir en la pobreza.

Se puso entonces al servicio de uno de los habitantes de aquella región el cual le envió á una casa de campo á guardar cerdos.

El infortunado se encontraba hambriento, deseando alimentarse con lo que comían los puercos y era espantosa su miseria.

Concentrándose entonces en sí mismo, dijo: « ¡Cuán-

tos mercenarios, en la casa de mi padre, tienen pan en abundancia, y yo aquí me estoy muriendo de hambre! Me levantaré, é iré á mi padre, y le diré : Padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos y no merezco ser llamado hijo vuestro; tratadme como á uno de vuestros criados. »

Y levantándose, se fué á su padre...

Un día, estando lejos todavía, el anciano padre vió venir hacia él un mendigo en quien, no obstante los harapos que vestía, reconoció á su hijo; y movido de compasión, corrió, abrazóle y le cubrió de besos... Y el pródigo le dijo :

— « Padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos; no soy ya digno de ser llamado hijo vuestro. »

Mas el padre dijo á sus servidores : « Traedle de prisa el mejor vestido; ponedle al dedo el anillo — signo de nobleza — y buscadle calzado. Coged después una ternera gorda, matadla, y comamos y regocijémonos; porque mi hijo había muerto y ha resucitado; estaba perdido y lo he encontrado. »

Y comenzaron á regocijarse.

Así será la alegría de los ángeles en el cielo por el pecador que hará penitencia. »

¿No es ésta nuestra historia?

Si, como el pródigo, hemos abandonado á nuestro Dios y nuestro Padre, apresurémonos á volver á sus brazos. Él nos espera y lamenta la pérdida de su hijo. No tardará en hacerse oír la palabra de perdón :

— Hijo mío yo te absuelvo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ¡Anda en paz y no vuelvas á pecar!

*
* *

¡La misericordia de Dios es infinita! — Cierta mujer, de mala vida, atravesaba un día una iglesia, con el fin

de acortar camino, y viendo gran número de personas que allí acudían, como en busca de una función extraordinaria, curiosa de ver lo que sería, tomó asiento entre las demás, y pronto se halló rodeada, de tal modo, que le fué imposible retirarse. Al cabo de un rato, subió al púlpito un misionero, que predicó sobre la misericordia de Dios para con los pecadores, y repitió muchas veces estas palabras: *Para todo pecado hay perdón, con tal que uno se arrepienta de él.* — La mujer que había escuchado con mucha atención, fijándose particularmente en las últimas palabras, concluído el sermón, rompió por la muchedumbre, y acercándose al predicador que bajaba del púlpito: « ¿Es verdad, padre mío, le dijo, que para todo pecado hay misericordia? — Nada más cierto, le contestó el sacerdote; Dios perdona á todo pecador con tal que arrepentido se confiese. — Pero hay pecadores de todas especies, replicó la mujer; ¿perdona Dios á todos indistintamente? — Sí, dijo el religioso, si detestan los pecados, Dios los perdona á todos sin excepción. — ¿Y me perdonará á mí, insistió ella, que hace quince años que cometo los más enormes pecados? — Sin duda, la perdonará á Ud. y la colmará de paz y de bendiciones. — Si es así, tenga la bondad de señalarme hora para oírme en confesión. » Le indica el misionero su confesonario, y vuelve algún tiempo después para oirla. La confesión fué edificante. « Padre, dijo la penitente al confesor, antes de retirarse, yo no puedo volver á casa; me expondría á caer de nuevo en pecado; permita que la iglesia me asile por esta noche. Me quedaré dando gracias á Dios hasta el amanecer. »

Al día siguiente, por la mañana, la hallaron sin vida, en una capilla dedicada á la Santísima Virgen. Estaba de rodillas, el rostro pegado en el suelo, y todo el pavi-

mento bañado en lágrimas; había llorado tan amargamente sus pecados, que quedó muerta de dolor. — (*Los Tesoros de la Gracia.*)

Sí ¡la misericordia de Dios es infinita! No es Él quien nos condena, sino nosotros con nuestros pecados. Los condenados no acusan á Dios, sino á sí mismos. Hé aquí lo que dicen: « He perdido á Dios, el alma y el cielo por mi culpa. » *Nadie se ha condenado jamás por haber hecho mucho mal, sino por no haberse arrepentido.* Si un condenado pudiese decir una sola vez: « Dios mío, yo os amo », ya no habría infierno para él. Pero esa pobre alma ha perdido el poder de amar que había recibido, y del cual no supo aprovecharse. Su corazón está seco, como el racimo exprimido en la prensa. Ya no hay paz, ni felicidad para esa alma, porque no le es posible el amor. — (*El Cura de Ars.*)

*
* *

Judas. — Si el pérfido Judas, en vez de desesperar y de ahorcarse, hubiera ido á San Pedro y le hubiera dicho: « Deseo me oigas en confesión; » San Pedro le habría contestado: — « Arrodíllate y acúsate. » — « ¡Oh! Pedro, soy muy desgraciado, he vendido y traicionado á mi maestro. » — ¿Nada más has hecho? Yo soy mucho más criminal que tú, pues que le he negado tres veces. Haz un acto de contrición mientras te absuelvo.

De este modo Judas, en el sacramento de la penitencia, habría encontrado la puerta del cielo, abierta por la misericordia de Dios aun para los más grandes pecadores. — (*P. Milleriot.*)

— *¿Qué es satisfacción?*
— *Cumplir la penitencia impuesta por el confesor.*

Aun cuanda no es necesario cumplir la penitencia

antes de comulgar, no puede diferirse largo tiempo y conviene pagarla cuanto antes. Si el confesor ha fijado el tiempo, hay que conformarse á su prescripción.

*
* *

Pecador bien dispuesto á cumplir la penitencia. — Un gran pecador fué á confesarse con el venerable Pedro de Corbeil, Arzobispo de Sens. Hizo, entre sollozos, una acusación sincera de todos los crímenes que había cometido. Luego, deshecho en lágrimas, preguntó humildemente al Arzobispo si Dios le perdonaría tantos pecados. El prelado le respondió : « No lo dudéis, hijo mío, con tal que os resolváis á no volverle á ofender y hagáis penitencia. » — ¡Ah, Illmo. Sr., con qué penitencia podré yo satisfacer á mi Dios! Imponedme la que vos queráis. Estoy pronto á cumplirla, por toda mi vida. El venerable prelado, profundamente conmovido con la buena disposición de aquel penitente, le dijo :

— « Vuestra penitencia durará sólo siete años. — ¡Cómo! siete años solamente por tantos crímenes y tan enormes! — Será todavía menor, hijo mío; yo no os obligo sino á ayunar tres días á pan y agua. — ¡Ah! padre mío, yo no merezco tanta caridad. Proporcionad, en lo posible, la penitencia con mi maldad. Estoy dispuesto á hacer todo lo que me mandéis para obtener la misericordia y el perdón de que me reconozco indigno. El prelado, inspirado de Dios y admirando el poder de la gracia, le dijo : — Rezad únicamente el Padre Nuestro y tened confianza de que vuestros pecados quedan perdonados. — Entonces el penitente, que sentía destrozársele el corazón de dolor, no halla cómo manifestar su asombro y reconocimiento hacia el Dios de infinita bondad y cae muerto de contrición á los pies del Arzobispo. Su alma fué sin duda al Cielo sin pasar por el Purgatorio. — (*Tomás de Cantimpré.*)

Penitencia del emperador Teodosio. — La ciudad de Tesalónica se había sublevado contra su gobernador, quien perdió la vida en esta sedición. La noticia de tal revolución excitó la ira de Teodosio, Emperador de Roma, y en vez de emplear los medios severos que aconseja la justicia, inmediatamente mandó pasar à cuchillo á los habitantes de aquella ciudad, sin distinción de inocentes ni de culpados. Siete mil hombres perecieron en ella.

Teodosio se hallaba entonces en Milán.

San Ambrosio, Obispo de esta ciudad, escribió al Emperador para representarle la enormidad de su falta. Concluía con advertirle que, hasta tanto que no la hubiese expiado por la penitencia, no podría asistir á los santos misterios. Teodosio no dejó por esto de encaminarse á la iglesia; pero el santo Obispo le salió al encuentro : « Deteneos, Príncipe, le dijo; vos no sentís aún la enormidad de vuestro pecado; reflexionadlo bien. ¿Con qué ojos veréis el templo santo? ¿ Cómo entraréis en el santuario del Dios terrible? Vuestras manos están todavía manchadas con la sangre inocente. Retiraos, y á tantos homicidios, no añadáis el sacrilegio. » Y como quisiera el Emperador excusar su falta con el ejemplo de David, « Vos le habéis imitado en su pecado, imitadle, pues, en su penitencia, » replicó San Ambrosio.

Teodosio recibió esta sentencia cual si saliese de la boca del mismo Dios. Volvióse conmovido á su palacio y permaneció allí encerrado durante ocho meses. A las inmediaciones de las fiestas de Navidad sentía redoblarse su dolor, y exclamaba con el más profundo pesar : « ¡Ay de mí! el templo del Señor está abierto al último de mis vasallos, y á mí me está prohibida su entrada! » Se marchó, no á la iglesia, sino á una sala

inmediata, en la que rogó al santo Obispo que le absolviese. Ambrosio le hizo presente que no podría asistir á los santos misterios sino después de haberse sometido á la penitencia pública. Teodosio aceptó la condición. El santo Obispo le exigió también que dictase una ley que suspendiera durante treinta días la ejecución de las sentencias de muerte. Teodosio la firmó al instante y prometió observarla. Entonces San Ambrosio, en vista de su docilidad y de su ardiente fe, le alzó la excomunión, y le permitió la entrada en la iglesia. Teodosio, de rodillas, bañando el suelo con sus lágrimas y golpeándose el pecho, pronunció en voz alta estas palabras de David : *Mi alma ha permanecido clavada y postrada contra la tierra : volvedme la vida, Señor, según vuestra promesa.* El pueblo entero, enternecido á vista de tan sublime ejemplo, le acompañaba en sus oraciones y en sus lágrimas. Esta majestad soberana, cuya impetuosa cólera había hecho temblar á todo el imperio, ya no inspiraba sino sentimientos de compasión... Teodosio sintió por este crimen tan vivo dolor, que lo conservó todo el resto de su vida. (*San Ambrosio. — Teodoreto. — Sozomeno.*)

— *¿Es mala la confesión en que no se cumple la penitencia?*

— *Cuando se recibe la penitencia con intención de no cumplirla, la confesión es mala; pero si se tuvo intención de cumplirla, aunque voluntariamente no se cumpla después, no es mala la confesión.*

— *¿Cuál es la materia de la confesión?*

— *Los pecados cometidos después del bautismo, aunque estén ya perdonados, y la contrición, acusación y penitencia del pecador.*

— *¿Cuál es la forma?*

— *Las palabras con que el sacerdote perdona los pecados.*

— *¿Cuál es el ministro?*

— *Todo sacerdote aprobado con jurisdicción.*

— *¿Cuál es el sujeto?*

— *Todo cristiano que hubiere pecado después del bautismo.*

— *¿Conviene confesarse con frecuencia?*

— *Sí, porque siempre estamos inclinados al mal y la confesión frecuente preserva del pecado.*

Curación de Naamán. — El rey de Siria tenía un general, llamado Naamán, esforzado y rico, pero leproso. Como éste hubiese oído hablar de los milagros de Eliseo se presentó á él para que le sanase. « Vé, le dijo el Profeta, lávate siete veces en el Jordán, y sanarás. »

Naamán se alejaba irritado, diciendo : « Yo creía que el Profeta invocaría el nombre de Dios, tocaría con su mano mi lepra, y me curaría. » Mas sus servidores se llegaron á él y le dijeron : — « Señor, aun cuando el Profeta os hubiese mandado alguna cosa difícil, en verdad debierais hacerla ¿cuánto más ahora que os ha dicho : « Lávate y sanarás? »

Naamán bajó entonces, se lavó siete veces en el Jordán y quedó perfectamente curado.

Nosotros también curamos de las enfermedades del alma en el Jordán de la penitencia. Pero, como nadie es impecable y siempre subsiste la inclinación al mal — para extirpar nuestros vicios y malas inclinaciones — debemos confesarnos con frecuencia.

Santa Catalina de Svezia, santa Brígida, santo Toribio, santa Coleta, santa Catalina de Siena, san Francisco de Borja, san Lorenzo de Brindis, san Leonardo de Porto Mauricio, san Carlos Borromeo y otros santos se confesaban cada día, no por escrúpulo, sino para obte-

ner mayores gracias, detestación del pecado y pureza de conciencia.

Conviene tener presente que el Sacramento de la Penitencia á más de borrar los pecados cometidos, infunde un vigor propio de la gracia sacramental, que sirve de gran preservativo para no cometer nuevos pecados.

Para tomar la ciudad de Betulia bastóle à Olofernes hacer cortar los canales que daban agua à la población. La Confesión es el precioso canal de gracia para recobrar la vida sobrenatural del alma y obtener creciente ayuda y fuerza; si se corta, aunque no sea por largo tiempo, siempre se sufre una considerable pérdida.

— *¿ Cuándo debe hacerse confesión general?*

— *Cuando las confesiones precedentes han sido nulas, ya por falta de sinceridad, ya por falta de arrepentimiento. Mas, en caso de duda, se han de suponer buenas y válidas.* — (*Frassinetti.*)

— *¿ Cuáles son las causas que alejan de la confesión?*

— *1° La ignorancia; 2° la pérdida de la fe; 3° las pasiones; 4° los malos hábitos y la falta de voluntad para renunciarlos.*

La confesión fué instituída por N. S. Jesucristo. — Los cristianos comenzaron á confesarse desde el tiempo de los apóstoles. Así, leemos en las Sagradas Escrituras, que *muchos de los que creían, llegaban á San Pablo para confesar y declarar lo que habían hecho* (*Actas*, xix, 18). Por esto el apóstol Santiago escribía en su epístola (v, 16) : *Confesad vuestros pecados* (no solamente á Dios, sino), *los unos á los otros*, es decir, el rebaño al pastor, los fieles al sacerdote, el ministro de Dios á otro de sus ministros. *Dios nos ha confiado el ministerio de la reconci-*

liación, dice S. Pablo (II, 18). Nuestro Señor Jesucristo dijo á los apóstoles : *Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonareis los pecados les serán perdonados y á los que los retuviereis les serán retenidos.* (*Joan.*, XX, 19-21.)

Habiendo una joven oído decir á un impío que la confesión era invención de los sacerdotes, le argumentó de este modo : « Pretende Ud. señor, que la confesión es invención de los hombres; pues bien, se conoce el origen é historia de todos los inventos, de todos los descubrimientos, del juego del pique, por ejemplo, en que se ocupa Ud. en este momento y que fué inventado en el reinado de Carlos VII; tenga, pues, la bondad de decirme en qué época y por quién fué inventada la confesión. » — El libre pensador nada pudo responder, y desde entonces, se abstuvo prudentemente de hablar de religión. — (*Guillois.*)

*
* *

Piscina Probática. — Había en Jerusalén, inmediata al templo de Salomón, una piscina que servía para lavar y purificar las reses destinadas á los sacrificios, y al rededor de la cual se agrupaban innumerables enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento del agua; porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo á la piscina y removía el agua, y el primero que entonces entraba en ella, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. — (*Joan.*, IV, 2-4.)

Esta piscina es la confesión, con la notable diferencia de que la piscina de Jerusalén no curaba más que una vez al año (1), á un enfermo, y sólo del cuerpo; mientras que la piscina de la confesión cura siempre, á todos los pecadores y de todas las llagas del alma, mucho más terribles y peligrosas que las del cuerpo.

(1) San Cirilo cree que esto acaecía en la fiesta de Pentecostés.

La confesión es una resurrección. — El pecado mortal da muerte al alma; la confesión lo perdona, lo borra y devuelve la vida al alma. De suerte que quien se confiesa puede decir con el Apocalipsis: « Yo había muerto; he resucitado, y tengo en mi poder las llaves del infierno y de la muerte. » *Fui mortuus et ecce sum vivens, et habeo claves mortis et inferni* (I, 18). — « *Lázaro sal fuera,* » dijo Jesucristo; y de repente el muerto se levantó. El sacerdote, con la absolución, repite el mismo milagro.

*
* *

La confesión corresponde al clamor de la conciencia. — El alma, dice San Agustín, es como un barco de madera en el cual siempre se infiltra el agua. De tiempo en tiempo es necesario vaciarlo por medio de una bomba, y la bomba es la confesión.

En una misión, que se daba á unos presidarios, se encontraba un reo, que á la edad de doce años había abrazado el protestantismo. Seguía las prácticas de esta religión y aun en la cárcel asistía con frecuencia á las predicaciones del ministro protestante. Mas, desde que llegaron allí los misioneros, se presentó á uno de ellos y le declaró que, á fin de confesarse, quería volver al seno de la religión católica. — « He cometido muchas faltas durante mi vida, le dijo, y mi conciencia no puede estar tranquila. He preguntado á mi pastor qué debo hacer para calmar mis remordimientos, y me ha aconsejado que me confiese con Dios. Lo he hecho, pero no sé si Dios me ha perdonado. Sin hallar reposo, he vuelto á ver al ministro de mi religión. Leed la Biblia me, ha dicho, ella os enseñará lo que debéis hacer. Leyéndola, he encontrado estas palabras del apóstol Santiago: « Confesad vuestros pecados los unos á los otros y orad recíprocamente para que os salvéis. » He querido confesarme con mi ministro, mostrándole este

pasaje; pero se ha negado obstinadamente. Pues bien, padre mío ¿qué queréis que haga? La religión protestante no llena las exigencias de mi corazón. Aunque mucho me cueste, quiero confesarme, quiero tener el convencimiento de mi perdón, tengo necesidad de que alguien me lo declare en nombre de Dios! Cuando me haya escuchado un sacerdote, cuando me haya dicho que Dios me perdona, espero que consideraré con menos terror la eternidad. — (AUBINEAU, *Les Jésuites au bagne.*)

A su vez, un viejo militar protestante exclamaba : « ¡Qué felices sois los católicos! Cuando cometéis alguna falta vais á declararla al sacerdote y vuestro corazón queda tranquilo. Y yo hace cuarenta y cinco años que cometí un enorme pecado, y hace cuarenta y cinco años que me siento devorado por él. » — (MULLOIS, *Eloquence sacrée.*)

*
* *

PENSAMIENTOS DEL CURA DE ARS. — El paraíso, el infierno, el purgatorio se gustan anticipadamente en esta vida. El purgatorio está en las almas que no han muerto aún á sí mismas; el infierno en el corazón de los impíos, y el paraíso en el corazón de las almas perfectas, que viven completamente unidas á Dios Nuestro Señor.

— Si los pobres condenados tuviesen el tiempo que nosotros perdemos, ¡cómo lo aprovecharían! Si tuvieran solamente una media hora, esta media hora despoblaría el infierno. Si se dijera á los condenados que allí están hace tanto tiempo : — « Vamos á poner un confesor á las puertas del infierno; todos los que quieran confesarse pueden salir en su busca, » ¿creéis que quedaría uno solo que no lo pidiera? ¡Cuán pronto el infierno quedaría desierto, y se llenaría el cielo: Pues bien, nosotros tenemos el tiempo y los medios que los pobres condanados no tienen...

— Si vierais un hombre preparar combustible, amontonando leña y más leña y os dijera : « dispongo la hoguera que ha de abrasarme; » ¿qué pensaríais de él?... Si le vierais aplicar con su mano el fuego, y arrojarse en las llamas, ¿qué diríais? Pues esto hacemos cuando pecamos.

— Cuando nos vamos á confesar, es necesario saber lo que vamos á hacer. Puede decirse que vamos á desclavar á Nuestro Señor. El que hace una buena confesión, encadena al demonio. Los pecados que ocultamos reaparecerán á la vista de todos. Para ocultarlos bien, es necesario confesarlos bien.

— Nuestras faltas son un grano de arena, al lado de la gran montaña de las misericordias de Dios.

— Al pecador arrepentido Dios le perdona más pronto que una madre saca á su hijo del fuego en que le ve caer.

— En cierta ocasión pasó cerca de nosotros un lobo rabioso, que deboraba cuanto veía. Halló en el camino un niño, le cogió entre sus dientes y se lo llevó. Salieron á su encuentro unos hombres que estaban podando unas viñas; corrieron tras él y le arrancaron la presa. Del mismo modo el sacramento de la penitencia nos arranca de las garras del demonio.

— Cuando nos abandonamos al pecado metemos el corazón en un matorral de espinas.

— Los pobres pecadores están adormecidos como las culebras durante el invierno.

— ¿Qué diríais de un hombre que trabajase el campo de su vecino y dejase el suyo sin cultivo? Eso es precisamente lo que hacemos cuando miramos las faltas de nuestros prójimos y nos olvidamos de las que gravan nuestra conciencia. ¡Oh! cuán grande será nuestro dolor á la hora de la muerte por haber pensado tanto en

los demás y tan poco en nosotros! En el tribunal de Dios no daremos cuenta de los otros, sino de nosotros. Pensemos en nosotros mismos, y en nuestra conciencia, la cual debiéramos mirar siempre, como miramos nuestras manos para ver si están limpias.

— Siempre tenemos á nuestro lado dos secretarios : el demonio, que escribe nuestras malas acciones para acusarnos, y nuestro ángel custodio, que escribe las buenas para defendernos en el día del juicio. — (Monnin, *Vida del Cura de Ars.)*

*
* *

La válvula de seguridad. — El Il^mo^ Sr. Gaspar Mermillod, Obispo de Hebrón, en una de sus admirables instrucciones á la Sociedad de San Vicente de Paul, refería el hecho siguiente, que le ocurrió cuando sólo era Cura de Nuestra Señora de Ginebra.

Una actriz tenía una hija de once á doce años. A pesar de que la madre era muy descuidada en el cumplimiento de sus deberes cristianos se acordó, felizmente, de que era católica, y quizo que su hija hiciese la primera comunión y la hiciese de una manera conveniente. Fué á verme y me ofrecí para instruírla y prepararla. Algunos días después, al pasar por la calle en que ella vivía golpeé á la puerta. Mi visita esperada, pues que cuando una sirvienta vino á abrir, apenas di mi nombre, me instó para que entrase, diciéndome que su señora había ordenado introdujeran al señor cura siempre que se presentara. Esta buena mujer lo había entendido al pie de la letra, y me condujo á la presencia de la señora, que á la sazón se encontraba en la mesa con una docena de actores y actrices... No sabía que partido tomar. Di algunas excusas y quise retirarme. Pero tantas fueron las instancias que me vi obligado á quedarme y á aceptar un asiento. Se entabló conversación. La situación

no dejaba de ser original. Los actores, acostumbrados á dar espectáculos, debían de estar encantados de tener uno. — De repente la niña, verdaderamente mimada, se acerca á mí y me dice que, allá al extremo, hay una señorita que tiene vivo interés en hablarme; pero que no se atreve. Era una joven actriz de veinticinco años que, sonrojada al verse de improviso introducida en la escena, no encontró más recurso que hacer recaer la conversación sobre la joven educanda, diciendo que tendría mucho gusto en acompañarla á su primera comunión. — Es un buen pensamiento, le dije, pero aun sería más laudable que la imitaseis en tan importante acto. — Sonrojóse aún más la pobre actriz. « Desgraciadamente no puedo, me dijo, porque estoy excomulgada. — Sea, mas para todo hay remedio, y sin duda que no estáis *ex-confesada!*... Estas palabras, en medio de tal sociedad, produjeron el efecto de una bomba y estallaron en risas y chistes... — Todavía no he hecho la primera comunión. Al presente es demasiado tarde para efectuarlo, replicó ella. — Nunca es demasiado tarde para volver á Dios; y á vuestra edad, no es imposible abandonar una profesión para tomar otra mejor y más cristiana. — A fe mía que tiene razón el señor cura, dijo riendo un actor, y debería Ud. confesarse. La actriz no respondió nada. — « A la verdad que es más cómodo confesar que confesarse, » dijo otro.

La conversación se animaba; cada cual se chanceaba, pero sin acritud.

Se me hicieron preguntas sobre la confesión y sobre la posición de los actores con respecto á la Iglesia.

Las ventanas del comedor daban á un magnífico lago. Acertó á pasar en esos momentos un barco á vapor. Señores, les dije, hé aquí una comparación que les hará comprender perfectamente para qué sirve la

confesión. Uds. ven ese barco. Una fuerza poderosa pone en movimiento la máquina que rápidamente lo hace avanzar; pero esa misma fuerza es un peligro, un principio cierto de explosión y de destrucción sin lo que se llama *válvula de seguridad*. Por esta válvula se escapa el exceso de vapor contenido en los calderos, y así quedan seguros el barco y los navegantes. ¡Y bien! el corazón humano es también un caldero sometido á la presión de nuestras faltas, pasiones y desengaños; necesita de una válvula sin la cual estamos perdidos, y esa válvula es la confesión. De ahí es que donde no es conocida la confesión, cuando el corazón se siente oprimido por las penas y remordimientos, sobrevienen las enajenaciones mentales ó se ocurre al suicidio.

Estas palabras fueron escuchadas con atención y benevolencia... Me despedí. Mas, al retirarme, la joven actriz se acercó á mí, manifestando la intención de acompañarme hasta la puerta. — ¡Hola! ¿vais á la iglesia á confesaros? le dijo uno de los actores. — No digo que no; no veo quien podría impedírmelo, respondió ella. Salió conmigo. Apenas nos encontramos á solas, se echó á mis pies y con voz sofocada por los sollozos exclamó : « Señor cura, Ud. me ha salvado. Es Dios mismo quien le ha enviado por mí á esta casa; yo no sé si Ud. ha leído en mi corazón; yo estaba desesperada; tenía formada la resolución de suicidarme ahora mismo para acabar las penas de mi vida. Hace siete años que no me confieso. Huérfana y sin recurso alguno me entré en una compañía teatral. ¡Sólo Dios sabe cuánto he sufrido! Mas los golpes, que he tenido que soportar últimamente, han sido demasiado violentos para poder resistir... Me sentía halagada con una amistad que creía sincera; se acercaba el momento de contraer matrimonio y he sido indignamente traicio-

nada. Silbada ayer en las tablas, las amarguras de la humillación y vergüenza han venido á unirse con las de la perfidia... Sola en el mundo, silbada y traicionada, iba á concluír con mi existencia. Esta tarde, después de haber aceptado una invitación á comer, y la cual yo consideraba como el último adiós, estaba resuelta á arrojarme en el lago. Vuestras palabras, vuestra alternativa de la confesión ó el suicidio, han sido como dardos de fuego... ¡Tened compasión de mi miseria! »

A la mañana siguiente, la joven abandonaba el teatro. La niña que se preparaba para la primera comunión y su madre, pocos días después, hacían otro tanto. — (*Segur. — Mullois.*)

*
* *

Consuelos que próduce la confesión. — Cuando oís hablar de las lágrimas de la contrición, dice San Crisóstomo, no os figuréis que sean la imagen del dolor y de los padecimientos; son más dulces que todas las delicias que pueden gozarse en el mundo. Una sola lágrima de arrepentimiento es más agradable que todas las pretendidas alegrías que pueden dar los deleites. El pródigo, cuando derramaba un torrente de lágrimas á los pies de su padre, experimentaba una felicidad infinitamente mayor que cuando, entregado á su loca libertad, malgastaba en orgías su salud y su caudal. Cuando Magdalena á los pies de Jesucristo regaba los de su Dios, gozó de mayor consuelo en aquel momento supremo que durante toda su vida escandalosa. — (*A Lápide.*)

« Padre mío, padre mío, ¡qué feliz soy! decía un pobre pecador al venerable Cura de Ars. No quisiera por mil francos haber dejado de confesarme. Hasta ahora tenía un vacío en el corazón; vos lo habéis lle-

nado; ya no lo siento; nada me falta y estoy satisfecho. »

Un antiguo oficial de caballería pasó por un lugar donde el Padre Brydaine daba una misión. Tuvo curiosidad de oír á tan famoso predicador y entró en la iglesia, á tiempo que el misionero desarrollaba en una plática la utilidad y el método de una buena confesión. Conmovido el militar, toma al instante la resolución de confesarse, habla con el padre Brydaine y se decide á quedarse hasta el fin de la misión. Se confesó con los afectos que animan al sincero penitente. Parecíale, según decía, que le habían quitado de encima un peso insoportable... Cuando el alma ha arrojado el fardo de sus faltas á los piés de Dios, se siente placentera y como si le nacieran alas. El día en que tuvo la felicidad de recibir la absolución, salió del sagrado tribunal, derramando, á vista de todos, copiosas lágrimas que corrían, sin esfuerzo, á impulsos del amor y del reconocimiento. Siguió al religioso cuando este se dirigía á la sacristía, y allí, en presencia de varios misioneros, expresó en estos términos los afectos que animaban su corazón : « Os declaro, con toda ingenuidad, que jamás en mi vida he saboreado placeres tan puros y tan dulces como los que experimento desde que estoy en gracia de Dios. No creo en verdad que Luis XV, á quien he servido por espacio de treinta años, sea más feliz que yo. No, este príncipe, con todo el brillo que rodea su trono, en medio de todos los placeres á que se entrega, no está de seguro, tan contento, tan gozoso como yo lo estoy desde que me he descargado del horrible peso de mis pecados. » — *(Gridel.)*

*
* *

Vida Apostólica del cura de Ars. — No sé quien ha dicho, que para los que aman á Dios de veras, no hay

en todas las lenguas más palabra que ésta : *convertir*. Por eso todos los santos se han consagrado á la conversión de los pecadores. Este era el fin hacia el cual se dirigían todos los pensamientos del Párroco de Ars, y la obra en que gastaba todo su tiempo y todas sus fuerzas. ¡Con qué ternura abría su alma á los pobres pecadores! La primera necesidad que estos sentían en su presencia era de llorar. Había en sus ojos, continuamente llenos de lágrimas, una cosa tan dulce y penetrante, que convertía con la mirada tanto como con la palabra. Mas cuando hablaba era con palabras que derretían los corazones. Las lágrimas del buen padre caían sobre las llagas de la conciencia como el aceite del Samaritano; al mismo tiempo que las sondeaba, las curaba... ¡Qué desgracia! decía; ¡Pobres pecadores! ¡Qué dolor! ¡Si Dios no fuese tan bueno!... ¡Pero es tan misericordioso y tan bueno!... No, no se puede comprender tanta maldad y tanta ingratitud... Eso es porque falta la fe... Algún día comprenderemos esta verdad; pero ya será tarde. ¡Oh Dios mío! ¿qué amaremos, pues, si no amamos el amor?... ¡Huímos de nuestro mayor amigo y nos arrojamos en brazos de nuestro verdugo!...

Con la autoridad de su virtud, con el encanto de su palabra, con la misteriosa fuerza de su mirada, el Cura de Ars atraía y fascinaba á los más descreídos y pecadores. Las conversiones de Ars se distinguían porque eran de ordinario sólidas y durables. Tal fué la que se obró en el sábio *Messiat*. He aquí cómo el mismo convertido la refiere : « Ocho días hace que salí de León para hacer una expedición geológica por las montañas del Beojolés y del Maconnes. En el coche que me llevó á Villafranca, venía, por casualidad, un anciano que iba de paso á Ars, y me instó mucho para que le acom-

pañase. Venid, me dijo, y veréis á un Párroco que hace milagros. — ¿Milagros? le contesté sonriendo; no creo en milagros. — Venid y entonces veréis y creeréis. — ¡Oh! desde luego afirmo, que si conseguís hacer de mí un creyente, será forzoso humillarse, creer, confesar y exclamar : *¡Milagro!...* ¡Pues bien! daremos un paseo por Ars, ya que no está lejos del país que debo explorar. Os acompaño.

Llegamos por fin á Ars, y nos hospedamos en casa del señor Gellard. Ambos ocupamos una misma habitación. Por la mañana muy temprano el buen amigo me despertó y me dijo : Messiat. ¿queréis darme el gusto de acompañarme á misa? — ¿A misa? no he ido á misa desde mi primera comunión. ¿No pudierais pedirme otro favor cualquiera? — Os ruego que tengáis la bondad de acompañarme á misa, porque es la mejor ocasión para que podáis caracterizar al Párroco de Ars. No os encargo más que lo miréis bien; yo os proporcionaré un sitio desde donde le veréis á vuestra satisfacción. — Eso poco me interesa; lo que deseo es no desagradaros, y pues queréis llevarme á misa, sea; estoy á vuestras órdenes.

Llegamos á la iglesia, y el buen anciano me colocó en el banco que está enfrente á la sacristía. A poco se abrió la puerta, y el Párroco de Ars salió á misa. Sus ojos se encontraron con los míos; fué sólo una mirada, pero con ella penetró hasta el fondo de mi corazón. Yo me sentí dominado por el poder misterioso de aquella mirada; me incliné profundamente y cubrí mi rostro con las manos.

Permanecí inmóvil todo el tiempo que duró la misa, y terminada, traté de salir; mas al pasar junto á la sacristía, donde se algolpaba la gente, oí estas palabras *¡Salid todos, salid!* Al mismo tiempo una mano seca

estrechó la mía, y me sentí llevado como por fuerza invisible. Cerróse la puerta y me hallé frente á frente de aquella mirada que me había subyugado. Apenas pude balbucear estas palabras : — « Señor Párroco, siento sobre mí un peso que me abruma. » Una voz de angélica dulzura, de timbre desconocido, que no parecía salir de pecho humano, me respondió : — « Amigo mío, es preciso que os descarguéis de ese peso cuanto antes ; arrodillaos, manifestadme vuestra triste vida, y Dios Nuestro Señor cargará con vuestro peso ; porque Él ha dicho : *Venid á mí todos los que os encontráis agobiados y yo os aliviaré.* »

Al oír este lenguaje, mi turbación desapareció en parte; me arrodillé y, sin pretender hacer una confesión, comencé á contar á aquel santo hombre la historia de mi vida desde la primera comunión. Mientras esto hacía, me rociaba él con sus lágrimas y de cuando en cuando exclamaba : « ¡Oh! ¡Y qué bueno es Dios! ¡Cuánto os ha amado! » — Me levanté de sus pies lleno de gozo y enteramente consolado. « Buen amigo, me dijo el Párroco de Ars, volved mañana. Id al altar de Santa Filomena, y rogadle interceda con Nuestro Señor, para que os conceda la gracia de vuestra conversión. » Confieso que no lloré en la sacristía, pero á los pies de Santa Filomena derramé muchas lágrimas. ¡Oh Dios mío! ¡cuán dulces son tales lágrimas y cuánto descargan el peso del corazón!

Volví á ver al Santo Párroco y le dije : — « Señor Cura, ya que mañana, Dios mediante, he de confesarme y comulgar, para que el Señor me perdone, ¿tendríais la bondad de aplicar la misa por mí, á fin de que no sea enteramente, indigno de tan soberano favor? » — Sí, amigo mío, con mucho gusto, me contestó. Asistí al santo sacrificio que el venerable Párroco ofreció por mi

intención, y luego fuí á recibir la gracia de mi reconciliación con Dios. No puedo explicar el consuelo que sentí... Permanecí en Ars algún tiempo. Renuncié á la expedición científica y volví á casa á saborear en la soledad las alegrías de mi conversión... » Por mucho que en contrario se diga ó haga, la santidad es el primer poder de este mundo. — (MONNIN, *Vida del Cura de Ars.)*

*
* *

OTRO EPISODIO. — Un marido indiferente y una mujer cristiana : tales son frecuentemente las condiciones del matrimonio en nuestra época. Difícil es apreciar la suma de dolores que se hallan en el fondo de esos contrastes, que á cada paso nos ofrece la sociedad actual. El hombre de quien vamos á hablar, era el más débil y reprensible de los maridos, y su esposa la más amante y desgraciada de las mujeres. La desgracia de ésta estaba en relación de su amor y bondad, que eran superiores á todo encarecimiento. Diez años hacía, que con su virtud parecía hacer violencia al cielo en favor de aquella alma tan amada... En su amarga aflicción, más de una vez se abandonaba á un verdadero desbordamiento de lágrimas y oraciones; y cuando así descargaba el corazón, se quedaba más tranquila. Renuncio á describir la violencia de tal estado. Los que hayan pedido á Dios la salud de un padre, de un esposo, de un hijo ó de un hermano, podrán figurárselo fácilmente. Mas una circunstancia imprevista hizo brillar á los ojos de esta señora cierto rayo de esperanza. Algunos intereses de comercio sacaron á su esposo de León, y ella le acompañó. Terminados los negocios dijo á su marido : « Esposo mío, si te parece, podemos á nuestro paso entrar en Ars, pues casi ningún camino perdemos. Aquí hay coches que llevan directamente y veremos á ese

santo Párroco de quien tanto se habla. » La proposición fué aceptada, y ésta fué ya una gracia del Señor.

Tan pronto como los dos esposos llegaron á Ars, la mujer tuvo una entrevista con el siervo de Dios. De vuelta en el hostal, dijo á su marido : « Amigo mío, debes ir á ver al señor Párroco ; es un hombre extraordinario, un santo de los tiempos antiguos. Te aseguro que no te arrepentirás de haberle conocido. » El marido no se hizo mucho de rogar; la gracia instaba, y sin darse cuenta, cedió á ella por segunda vez.

Fué á la iglesia, y entrando en la sacristía, se halló solo con el señor Párroco á quien ofreció sus respetos, como podía hacerlo una persona bien educada, y le felicitó por su reputación. El buen Párroco recibió sonrojado y con la timidez de un niño ese homenaje. Se habló de cosas indiferentes, y cuando el caballero iba á despedirse, el venerable Párroco le detuvo diciéndole : « ¿Os vais ya amigo mío? ¿No tenéis algo que decirme? — Señor Párroco, dispensadme, nada tengo que deciros; sólo he venido aquí para tener el honor de ofreceros mi respeto. » El santo sacerdote fijó sobre él una mirada profunda, una de esas miradas tiernas y penetrantes, que revelaban toda la ternura de un padre, y todas las luces de un profeta. — « *Arrodillaos ahí,* » le dijo, mostrándole su reclinatorio. — Señor Párroco, le respondió su interlocutor, visiblemente conmovido, no he venido á confesarme ; lo haré talvez en otra ocasión, pues en este momento no estoy dispuesto.

Esto no obstante, el santo Párroco tenía fija sobre él su mirada penetrante, y en ella parecióle al caballero leer esta queja amorosa : « ¿Por qué diferís la confesión hijo mío? No admito vuestras excusas y no saldréis de aquí hasta que seáis de Dios. » — Y replicó diciendo : « Pero, señor Párroco, os repito que no puedo... no he

pensado en eso... es preciso que me prepare y reflexione... No puedo... » Y al pronunciar estas palabras, una fuerza superior le rendía y le hacía arrodillarse, como involuntariamente, á los pies del santo Párroco para comenzar su confesión. Al día siguiente hubo una segunda entrevista, en la que el penitente hizo los últimos esfuerzos para resistir á la gracia. A poco de estar en el santo tribunal, salió precipitadamente de la sacristía, y sin arrodillarse ante el Santísimo Sacramento, atrevesó el coro y desapareció de la iglesia. Su pobre esposa, que estaba arrodillada en una capilla, al verle salir con tanta precipitación, quedó sorprendida, entre el temor y la esperanza, y salió tras él. — ¿Qué tienes? le dijo. ¿Estás malo? — No, respondió el marido con mal gesto; y, con cierto aire de despecho, añadió : « Vámonos pronto de aquí... »

Desconcertada la esposa por las últimas palabras de su marido, hizo heróicos esfuerzos para tranquilizarle y distraerle.

Pasada esta grande emoción, ya no habló de marchar; al contrario, consintió en asistir al día siguiente á la misa del santo Párroco, y al verle en el altar, sintió un cambio completo del corazón. Fué espontáneamente á la sacristía para continuar su confesión, interrumpida el día anterior, y desde este momento se le vió transformado en otro hombre. Durante muchos días seguidos, apenas salía de la capilla de la Santísima Virgen. Allí estaba, con el catecismo en la mano, estudiando, á los pies de la celestial abogada de los pecadores, aquellas verdades sublimes á las cuales no había dedicado, hacía mucho tiempo, un cuarto de hora de atención seria. El gozo y santa alegría de su mujer excedió entonces toda ponderación. Para perpetuar él mismo la memoria de tan señalado favor, hizo cons-

truír en su casa un pequeño oratorio donde colocó una imagen de la Santísima Virgen, y donde se rezaba todos los días la oración en familia... Cuando algunos amigos de confianza iban á visitarle, siempre les enseñaba el oratorio y con intéres les suplicaba rezasen un Ave María á la Madre de Dios por su perseverancia. — (*Id.*)

*
* *

Las primeras confesiones de Chateaubriand. — « La época de mi primera comunión se aproximaba. Mi piedad parecía sincera; yo servía de edificación á todo el colegio y mis frecuentes abstinencias llegaban hasta inquietar á mis maestros. Mi indiscreta devoción les inspiraba temores y una religión ilustrada procuraba templar mi fervor.

Tenía por confesor al superior del seminario de los Euditas, hombre de unos cincuenta años y de un aspecto rígido. Todas las veces que me presentaba al tribunal de la penitencia me interrogaba con esmero. En vista de la poca gravedad de los secretos que depositaba en su seno, no sabía cómo explicarse mi turbación. Mientras más se aproximaba el día de Pascua, más apremiantes eran las preguntas del religioso. — ¿No me ocultáis nada? me decía. Yo respondía : — No, padre mío. — ¿No habéis cometido tal falta? — No, padre mío. Él me despedía suspirando y examinándome hasta el fondo del alma; y yo me alejaba de su presencia pálido y desfigurado como un criminal. Yo ocultaba faltas.

Debía recibir la absolución el Miércoles Santo. Pasé la noche del martes al miércoles en oración y en leer con terror el libro de las *confesiones mal hechas*. El miércoles, á la tres de la tarde, partimos para el seminario acompañados de nuestros padrse. Al llegar á la

iglesia, me postré delante del Santísimo y quedé como anonadado. Cuando me levanté para dirigirme á la sacristía, donde me aguardaba el superior, mis rodillas temblaban. Me arrojé á los pies del sacerdote é hice una confesión, con voz entrecortada. « Y bien, me dijo el hombre de Dios, ¿no habéis olvidado nada? »... Yo quedé mudo. Sus preguntas volvieron á comenzar; y el fatal : *no, padre mío*, salió otra vez de mis labios. El sacerdote se recogió un momento, pidió consejos á Aquel que confirió á los apóstoles el poder de atar y desatar las almas, y haciendo un esfuerzo se preparaba á darme la absolución.

El rayo lanzado sobre mí me habría causado menos espanto; y exclamé : *No lo he dicho todo.* Ese terrible juez, ese delegado del Soberano Árbitro, cuya fisonomía me inspiraba tanto temor, se convierte en el pastor más tierno, y me abraza, y deja caer sobre mí algunas lágrimas : « Vamos, me dijo, hijo mío querido, ¡valor! »...

Yo no tendré jamás en mi vida un momento semejante. Si se me hubiese quitado de encima el peso de una montaña me habría aliviado menos; yo sollozaba de felicidad. Me atrevo á decir que ese fué el día en que se formó en mí un hombre honrado; yo comprendí que no habría podido vivir con un remordimiento. ¿Cuál no será el remordimiento del crimen, si yo he sufrido tanto por haber ocultado las debilidades de niño?... ¡Cuán divina es la religión, que de tal manera se apodera de todas las buenas facultades del hombre!

Hecha la primera declaración, lo demás no me costó trabajo. El sacerdote, levantando la mano, pronunció la fórmula de la absolución. En esta vez ese brazo levantado hizo descender sobre mi cabeza el roció del cielo ;

yo incliné mi frente para recibir la divina gracia y sentí que participaba de la felicidad de los ángeles. Entonces corrí á arrojarme en el seno de mi madre, que me aguardaba al pie del altar. Y al presentarme delante de mis maestros y camaradas llevaba la frente alta y el aire radioso; marchaba con paso ligero, satisfecho del triunfo de mi arrepentimiento. » — (*Memorias de Ultratumba.*)

*
* *

Triste fin. — Un hombre aparentemente virtuoso se confesaba mal. Habiendo enfermado de gravedad, fué advertido, y se llamó un religioso para que le administrara los sacramentos. El enfermo le dijo : *Padre, yo no quiero confesarme. — ¿Por qué, hijo mío? le preguntó admirado el sacerdote. — Porque estoy condenado, replicó aquél; pues nunca me he confesado de todos mis pecados y ahora, en castigo, Dios me priva de poderme confesar bien.* Dicho esto comenzó á dar terribles voces y á despedazarse la lengua, exclamando : *¡ Maldita lengua, que no quisiste confesar los pecados cuando podías!* Y así desesperado entregó el alma al demonio. — (*Anales de los P. P. Capuchinos.*)

*
* *

El secreto de la confesión es inviolable. — Hace algunos años que, en París, dos hombres se presentaron, durante la noche, á un sacerdote para suplicarle fuese á asistir á un amigo que se les moría. — « Estoy á vuestras órdenes, » les contestó el ministro del Señor.

Un coche aguardaba á la puerta. Montan en él, lo cierran, cierran también las persianas y parten. Durante el camino, los desconocidos declaran que tienen interés en que se ignore quiénes son y cuál es el barrio en que habitan.

Un cuarto de hora después, el sacerdote se encon-

traba á la cabecera del penitente. Recibe la acusación de sus faltas y lo dispone á comparecer ante Dios. Así que el eclesiástico hubo terminado su obra se le presentan los mismos hombres y, con el pretexto de acompañarlo, lo introducen en una pieza retirada. — « Señor, le dicen, necesitamos saber todo lo que os ha referido el moribundo. » — « Caballeros, yo no puedo responderos; vosotros no ignoráis que el secreto de la confesión es inviolable. » Sacaron entonces sus revólveres y los pusieron al pecho del sacerdote.

« No admitimos excusas, replicaron; si no declaráis, disparamos. » — « Podéis tirar, señores; yo no puedo complaceros. » A estas firmes palabras se siguieron algunos momentos de profundo silencio... Aquellos malvados se sintieron conmovidos. — « Bien, dijeron al fiel confesor, que generosamente aceptaba el martirio, bien señor, ahora respetamos vuestra fe, y nada tenéis que temer. » Le vendaron los ojos y lo condujeron á su domicilio. — (*Cat. du Frère Philippe.*)

El Señor vela por su Iglesia, muy especialmente en lo relativo al sigilo sacramental. Jamás se ha oído, dice San Juan Clímaco, que los pecados declarados en el tribunal de la penitencia, hayan sido divulgados. Dios lo permite así, á fin de que los pecadores no se aparten de la confesión, y no se vean privados de la única esperanza que les queda.

*
* *

San Juan Nepomuceno. — Wenceslao, Rey de Bohemia y Emperador de Alemania, uno de los tiranos más abominables que recuerda la historia, concibió, sin razón, horribles temores acerca de la fidelidad de su excelente esposa Juana de Baviera. Esta princesa tenía por director de conciencia á San Juan Nepomuceno, Canónigo de Praga, varón doctísimo y de gran santi-

dad. Cegado por su pasión, el Emperador formó el proyecto, tan inusitado como extravagante, de hacerse revelar por el santo Canónigo todo lo que la Emperatriz le declaraba en el tribunal de la penitencia. El sacerdote, sobrecogido de horror al oír la pretensión de Wenceslao, le manifestó respetuosamente que la religión le impedía acceder á tales deseos. El tirano le dijo: — « Contad con la seguridad de que yo guardaré en eterno secreto vuestras revelaciones y os colmaré de honores y de riquezas, si me complacéis. Pero si os obstináis en desobedecerme, os exponéis á los más horribles suplicios y á la muerte misma. »

— El Santo le respondió : « Sabed que las leyes más sagradas imponen silencio á mis labios y que nada, ni la muerte más cruel, será capaz de hacerme traicionar mi deber. »

El Emperador encolerizado ordenó le aplicasen en todo el cuerpo antorchas encendidas que lo dejaron expirante. Al cabo de algunos días, creyendo el tirano que los tormentos lo hubiesen doblegado, lo llama nuevamente y le dice : « Escoged entre morir ó revelar las confesiones de la Emperatriz.

— Ya he escogido, respondió el valeroso sacerdote.

— ¿Qué cosa?

— La muerte. » Entonces Wenceslao exclamó en trasportes de cólera : « Que se aleje á este hombre de mi presencia y que atado de pies y manos se le arroje en el río. »

El santo mártir fué pronto ahogado por las aguas del Moldau. Algunas personas piadosas recogieron su cuerpo y lo sepultaron en una tumba, célebre por los milagros efectuados en ella.

El 14 de abril de 1719, trescientos treinta y seis años después de aquel glorioso martirio, la tumba del Santo

fué abierta. Su cuerpo estaba completamente seco; mas su lengua se hallaba tan fresca y bien conservada como si la muerte hubiera ocurrido pocas horas antes. Todavía se guarda respetuosamente en la catedral de Praga, en Bohemia. — (*Feller. — Biogr. universelle, V.*)

DE LAS INDULGENCIAS

— ¿Qué es indulgencia?

— Es una gracia que hace la Iglesia perdonando la pena temporal merecida por los pecados.

— ¿Cuál indulgencia se llama plenaria?

— La que perdona toda la pena temporal debida por los pecados ya perdonados en cuanto á la culpa.

— ¿Cuál indulgencia se llama de días, de cuarentenas y de años?

— La que remite tanto de la pena debida por el pecado cuanto habrían remitido las penitencias de días, cuarentenas y años prescritas antiguamente por la Iglesia.

— ¿No es, según esto, una indulgencia de cuarenta días la liberación de cuarenta días de Purgatorio?

— No, es sólo la remisión de cuarenta días de la penitencia impuesta por los antiguos cánones (1).

— ¿Quiénes pueden conceder indulgencias?

(1) La Iglesia imponía en otro tiempo penitencias más ó menos severas, según la culpabilidad de los pecadores. Se debía, por ejemplo, ayunar un día, á pan y agua, por haber faltado á la ley de la templanza, comiendo con exceso; dos días, por no haber observado extrictamente la ley del ayuno; tres días, por haber trabajado en obras serviles en día de fiesta; siete días, por haber ofendido al prójimo en su reputación; diez días, por falta de respeto en el templo; cuarenta días, por el perjurio, ó por maldición, á los padres; cien días, por haber guardado rencor al prójimo; un año, por robos; dos años, por prácticas supersticiosas; tres años, por haber cometido alguna impureza; siete años, por haberse hecho reo de alguno de los siete pecados capitales en materia grave. — (*Gridel.*)

— 1° El sumo Pontífice en toda la Iglesia; 2° los obispos en sus diócesis; 3° los cardenales en las iglesias de sus títulos; 4° los nuncios en el lugar de su legación, y 5° los sacerdotes delegados por el Pontífice para concederlas.

— ¿Pueden ganarse indulgencias por las almas del Purgatorio?

— Sí, y la Iglesia nos recomienda hacerlo.

— ¿Qué se necesita para ganar las indulgencias?

— Se necesita: 1° la INTENCIÓN, *que conviene renovar diariamente en las oraciones de la mañana: 2°* ESTADO DE GRACIA, *á lo menos al hacer la última obra: pues el que ha pecado mortalmente y no ha recobrado la amistad de Dios, es un miembro muerto; 3°* FIEL CUMPLIMIENTO DE LAS OBRAS *á las cuales se han asignado las indulgencias. En lo tocante á las indulgencias plenarias es preciso además detestar aún los pecados veniales, confesarse, comulgar y rogar por la intención del Sumo Pontífice.*

— ¿Cuál es la principal y más solemne de las indulgencias?

— La del jubileo.

— ¿Qué es el jubileo?

— Una indulgencia plenaria que decreta el Sumo Pontífice y en cuya ocasión concede á los confesores jurisdicción extraordinaria para absolver de varios casos reservados, etc.

— ¿Qué significa la palabra Jubileo?

— Significa gozo, alegría, remisión, libertad.

— ¿Qué se llama altar privilegiado?

— El altar en que el Sumo Pontífice ha concedido el privilegio de que todo sacerdote que celebre misa en él gane una indulgencia plenaria aplicable al alma del difunto por el cual se ofrece el santo sacrificio. Los sacerdotes que hacen voto de ánimas gozan siempre de este privilegio.

— ¿En qué se fundan las indulgencias?

— En la satisfacción y méritos infinitos de Jesucristo y

en los méritos superabundantes de la Santísima Virgen y de los Santos, cuya aplicación nos hace la Iglesia.

Es conveniente ganar muchas indulgencias. — Figúrese que visitamos una inmensa prisión en la cual se hallan encarcelados y cargados de grillos gran número de criminales, todos condenados á penas terribles, unos por diez años, otros por veinte, otros por cuarenta; y hé aquí que el rey, en su bondad, se digna acortar el plazo de las penas y aun remitirlas del todo con tal que los reos recen cierta oración ó llenen tal ó cual práctica muy fácil de cumplir. ¿Habría uno solo de aquellos infelices que rehusase aceptar condición tan ventajosa? Pues bien, los cautivos somos nosotros. Deudores á la justicia de Dios, dentro de poco... quizás muy poco... nos aguarda el Purgatorio, en comparación de cuyas penas nada son las que en el mundo se ponderan. Se nos propone sacarnos de ellas mediante las más fáciles condiciones; ¿no aceptaremos? ¿tan grande será nuestra locura? Después de esto, si vamos á padecer al Purgatorio, ¿no será nuestra la culpa?

Pero, si grandes son los motivos que tenemos para ganar indulgencias por nosotros mismos, no son menos poderosos para ganarlas en favor de las almas del Purgatorio.

A poca costa podemos alcanzar su eterna felicidad y que á su vez nos sirvan de propicios abogados en el cielo donde no hay ingratitud.

¡Ah! buen Dios, ¿qué precio ponéis á vuestras más insignes mercedes? Tal vez el hombre es omiso en merecerlas, porque es tan fácil lograrlas. Si para ello fuera necesario gruesas limosnas, austeros ayunos y severas penitencias, siempre sería un señalado beneficio tener el tiempo y los medios de expiar los pecados en esta

vida en vez de satisfacer estrictamente en la otra. Pero Dios, en su infinita misericordia, nos los abrevia y reduce de tal modo con las indulgencias, que bien mereceríamos nos confundiese un día con los mismos cargos que hacían sus oficiales á Naamán, lugar-teniente del rey de Siria, que se indignó de que el profeta no le mandase otra cosa sino que se lavara siete veces en el Jordán para curarse la lepra. « Si el profeta te hubiera ordenado una cosa difícil, le decían, debieras hacerla; pues, con cuanto mayor razón cuando te exige una cosa tan fácil (1). »

(1) Oraciones y devociones enriquecidas con indulgencias; véase el *Manual del Cristiano*, pag. 312.

DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

I

Presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía.

— *¿Qué es la sagrada comunión?*

— *Es un sacramento que contiene real y substancialmente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, bajo las especies de pan y vino.*

— *¿Cuál es la materia de este sacramento?*

— *El pan y el vino.*

— *¿Cuál es la forma?*

— *Las palabras que dice el sacerdote en la consagración.*

— *¿Quién es el ministro?*

— *El sacerdote.*

— *Después que el sacerdote dice las palabras de la consagración, ¿queda algo de pan y de vino?*

— *No, pero subsisten las especies ó accidentes.*

— *¿Cuáles son las especies de pan y de vino?*

— *Lo que aparece á nuestros sentidos, como el olor, la figura, el color, el gusto, etc.*

Institución de la Eucaristía. — El jueves, dos de Abril, encomendó Jesús á Pedro y á Juan que fuesen á preparar la cena de la Pascua que se celebraba en Jerusalén. Dijéronle ellos : « ¿Dónde quieres que lo hagamos? — Id á la ciudad, les respondió : encontraréis un

hombre con un cántaro de agua; seguidle, y decid al amo de la casa donde entrare, que el Maestro os ha encargado os muestre la sala en que ha de celebrar la Pascua con sus discípulos. » Fueron allá; y habiéndolo encontrado todo como Jesús había dicho, lo dispusieron según convenía á la solemnidad de la fiesta. El día señalado, mientras cenaban, después de celebrar la Pascua, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió, lo dió á sus discípulos y les dijo : *Tamad, y comed : este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí.* » De igual suerte, habiendo tomado el cáliz, dijo : « *Bebed todos de esto : ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados.* »

En las bodas de Caná, el Señor, tan sólo por un acto de su voluntad, convirtió el agua en vino. En otra ocasión multiplicó cinco panes y dos peces hasta saciar á más de cinco mil personas. ¿Quién podra dudar de que haya convertido el pan y el vino en su cuerpo y sangre cuando dijo : « Este es mi cuerpo, ésta es mi sangre. »

*
* *

El maná. — Después de las plagas de Egipto, cerca de seiscientos mil israelitas y sus mujeres y niños salieron de los dominios donde se encontraban cautivos, y en dirección á la tierra prometida, emprendieron camino al través de un vasto desierto. Pronto empezaron á faltarles los víveres, y el pueblo murmuró contra Moisés y Aarón, sus jefes. Moisés recurrió á Dios, quien le mandó dijera á su pueblo : Yo proveeré á los hijos de Israel de un alimento enviado del cielo. Moisés se apresuró á comunicar el oráculo de Dios. La promesa del Señor se cumplió á la alborada del día siguiente. Viéronse todas las cercanías del campo cubiertas de un rocío sobre el cual se hallaban esparcidos multitud

de pequeños granos blancos y espesos, semejantes á la nieve. Los israelitas se preguntaron asombrados *¿Manhu?* que quiere decir ¿qué es esto? por lo cual se dió á estos granos el nombre de *maná*. Nadie se atrevía al principio á tocarlo, y fueron á consultar á Moisés. — Ese es el pan, les dijo, que os ha prometido el Señor; cada cual recogerá por la mañana lo que le baste para el día, y el día sexto recogerá doble cantidad para que se pueda santificar el séptimo, que será el sábado. Todos los israelitas comenzaron entonces á recoger su parte; pero habiendo algunos reunido provisión para varios días, se pudrió lo que no se comió el primer día; pues *Dios quería que los hombres aprendiesen á no inquietarse más que de lo presente, y á dejar el cuidado del día siguiente á la Providencia.* Para alimentarse con el maná, lo molían lo reducían á pasta blanca, que se cocía en una vacija, y salía un pan de sabor exquisito. Aun más, aquellos cuya fe les hacía gratos al Señor, encontraban en el maná algo más agradable, pues tomaba todos los gustos apetecibles.

Era necesario recogerlo temprano, porque los rayos del sol lo derretían.

Este milagro es uno de los más notables que ha hecho el Señor y una de las figuras más admirables del Mesías. En efecto, el maná era un alimento que caía del cielo; Nuestro Señor es en la Santa Eucaristía el pan vivo que desciende del cielo. — El maná caía todos los días; la Santa Eucaristía es nuestro pan de cada día. — El maná sólo era para los israelitas, y la Santa Eucaristía sólo es para los cristianos. — El maná sólo fué dado á los israelitas después del paso del Mar Rojo, y la Santa Eucaristía sólo se da á los cristianos después del bautismo, figurado por el paso del Mar Rojo. — El maná reemplazaba todos los alimentos, y la Santa Eu-

caristía es el pan por excelencia, el pan que satisface todas nuestras necesidades. — El maná tenía todos los gustos, la Santa Eucaristía tiene todos los gustos : fortifica á los débiles, consuela á los afligidos, ilumina el alma é inflama el corazón... — (*Gaume.*)

*
* *

Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar. — Una joven protestante, perteneciente á la aristocracia de Inglaterra, refiere de este modo su conversión al catolicismo : « A la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía debo mi fe. Entre las enseñanzas de la Iglesia, la que me hizo pensar en su institución divina, fué la dichosa doctrina de la presencia de Dios en la Eucaristía. Me sentí sobrecogida por esta divina presencia en el momento en que puse mis pies en Nuestra Señora de París, — primera iglesia católica que visitara. Experimenté esto mismo con mayor intensidad en Chambery y en Bolonia, en la iglesia de San Petronio; fué tan viva esta impresión que apenas pude contenerme; y en todas las iglesias en que he entrado después me ha dominado siempre el mismo sentimiento. Y tan imperioso era que si no hubiera estado habituada á ejercer sobre mí misma un poderoso dominio, habría caído de rodillas sobre el pavimento cada vez que penetraba en una iglesia católica. En tales circunstancias, empleaba toda clase de ardides para arrodillarme sin ser vista. Ignorando que se conservaba la Eucaristía en el tabernáculo, no podía darme cuenta de esta extraña sensación, sino atribuyéndola á la santidad de un lugar en donde la plegaria era continua; y sólo por la ausencia de las oraciones me podía explicar la tristeza y el horror singulares que experimentaba cuando entraba en una iglesia, ya abandonada, ya en reparación, de tal modo que cuando quería expresar que un paraje me

parecía desolado decía *que se asemejaba á una iglesia desierta.* Sólo después de largo tiempo, y ya mejor instruída en la fe católica, llegué á comprender cuál era la causa de esta extraña y piadosa emoción : lo que yo experimentaba provenía de la presencia real; la doctrina de la Iglesia sobre este punto se había impuesto á mi fe. » — (M^me^ Augustus Craven, *La Obra de un alma.)*

*
* *

Obra de Dios. — La Princesa Palatina, inmortalizada por la elocuencia de Bossuet, estaba dotada de singular talento; pero, por desgracia, ese talento sólo le servía para burlarse de la fe. Cuando se hablaba de los misterios de la religión, le costaba mucho trabajo reprimir la risa desdeñosa que excitan las personas simples cuando se las ve creer en cosas imposibles; y decía : « Hubiera sido para mí el mayor de los milagros el hacerme creer en el cristianismo. »

Y sin embargo, ese milagro se hizo. Se hizo por medio de un sueño misterioso, en que se la apareció un ciego, creyendo en la luz del sol por efecto de su calor, poniendo por ejemplo esta verdad : « que hay cosas muy excelentes y muy admirables que se escapan á nuestra vista, y que no por eso dejan de ser verdaderas y dignas de desearse, aún cuando no se puedan comprender ni imaginar. » Y operándose el efecto en ella, por la impresión de aquel ejemplo, experimentó lo que soñaba. Por una iluminación repentina, percibió con tanta claridad y se difundió por su corazón un júbilo tan dulce y una fe tan sensible, que no hay palabras capaces de expresarlos... Despertóse en aquel estado y se observaba en sus acciones una mezcla de gozo y de actividad extraordinarios. « Todo cuanto leía acerca de la religión, decía, me enternecía hasta hacerme derramar lágrimas. » El misterio del amor infinito que reside

en nuestros altares, que opinaba lo más increíble, era lo que más la conmovía. « Me parecía sentir, decía, la presencia real de Nuestro Señor, casi como se sienten las cosas visibles y de que no se puede dudar. » Le parecía muy creible que un Dios que ama infinitamente dé pruebas de ello proporcionadas á la infinidad de su amor y de su poder, y que lo que es propio de la Omnipotencia de Dios ha de exceder con mucho á nuestra capacidad. « Desde que plugo á Dios, concluía, infundirme en el corazón que *su amor es la causa de todo lo que creemos*, esa respuesta me persuade más que todos los libros. » — (Augusto Nicolás, *El arte de Creer.*)

*
* *

Aparición referida por Santo Tomás de Villanueva. — Un judío convertido, enfermo de muerte, rogó encarecidamente le llamasen al Arzobispo de Valencia, en España, Santo Tomás de Villanueva. El Arzobispo le visitó con paternal caridad. Temía el enfermo, escribe el Santo, que viniese la muerte antes de haberme confiado la relación siguiente :

« Era yo niño todavía, me dijo, y aun no había abandonado la religión judía á que pertenecía mi familia. Yendo de camino, para cumplir un encargo de mi padre me, acompañaba un camarada, joven como yo, y con el cual nos pusimos á hablar del Mesías, siempre esperado por los hebreos. En nuestra conversación, animada de buena fe, expresamos el sincero interés en que el deseado de las naciones naciese en nuestros días para tener la dicha de contemplarle. A medida que más discurríamos, más se inflamaba nuestro deseo de ser de los primeros en saludar al Enviado de Dios. Era ya de noche. De repente una maravillosa claridad alumbró un costado del cielo. Parecía que en esa dirección se hubiera abierto el velo celeste. En varias oca-

siones mi padre me había recomendado que si yo llegaba alguna vez á presenciar algún extraordinario fenómeno me apresurase á pedir una gracia al Señor. Me acordé de su encargo. Mi compañero y yo nos pusimos de rodillas y suplicamos á Dios se dignase mostrarnos al Mesías prometido. Estábamos en oración cuando vimos aparecer, en medio de una luminosa aureola, un cáliz resplandeciente y encima una hostia. Asombrados primero con el prodigio, nos sentimos luego maravillosamente fortificados y comprendimos que era éste el verdadero, el único Mesías. La fe tomó posesión de nuestros corazones y dimos gracias á Dios por habernos alumbrado con la verdad. De regreso á casa, el temor me impidió exponer á mi padre lo ocurrido. Mas, cuando me encontré libre de su vigilancia, no demoré en recibir el bautismo y abracé la religión cristiana. En cuanto á mi compañero, nada he sabido de él. »

Tal fué, dice el Arzobispo, la interesante relación del israelita, quien me pidió publicara después de su muerte este prodigio. — *(Sermón del Santo sobre la Eucaristía.)*

*
* *

Adorable víctima de salud. — En la iglesia de Faverney, perteneciente á la diócesis de Bezansón, en Francia, todos los años acudía á la fiesta de Pentecostés inmenso concurso de fieles para ganar una indulgencia plenaria. En tan gran solemnidad era costumbre erigir, junto al coro, un altar de madera, ricamente decorado, en el cual se exponía el Santísimo Sacramento. El 25 de Mayo de 1608, por la noche, prendióse fuego en el altar, donde se conservaban dos grandes hostias encerradas en una custodia, y habiéndose reducido á cenizas el altar, las gradas, el tabernáculo, los lienzos, las colga-

duras, los adornos y hasta el tapiz, sólo la custodia en que estaba el Santísimo, permaneció en el mismo lugar, sin ningún apoyo, suspendida en el aire durante treinta y tres horas seguidas... Grande fué la admiración de más de diez mil personas que llegaron à contemplar el prodigio. Muchos herejes, discípulos de Lutero y Calvino se convirtieron en vista de tan patente milagro.

Pasadas estas treinta y tres horas, un cura de los alrededores, que con todo su pueblo había acudido en procesión, ofrecía el Santo Sacrificio. En el momento de la elevación, la custodia descendió lentamente, sin el auxilio de nadie, sobre un corporal colocado al efecto. Este nuevo prodigio ocurrió en presencia de gran muchedumbre de fieles que, á pesar de la santidad del lugar, prorrumpieron en ruidosas aclamaciones.

El Arzobispo de Bezansón, después de las más severas informaciones, consignó por acta pública la verdad del hecho y lo declaró incontestablemente milagroso. El Papa Paulo Quinto mismo publicó una bula en la que se expresan todas las circunstancias principales del milagro. Una de las hostias milagrosas fué dada á la ciudad de Dole, que comisionó una diputación compuesta de los más distinguidos magistrados y de trescientos de los principales ciudadanos para ir á buscarla. La sagrada hostia fué llevada en una litera forrada de damasco y sostenida por dos caballos blancos; á los lados marchaban cuatro caballeros vestidos de rojo, llevando antorchas encendidas y entonando himnos á la vez que la piadosa comitiva. La recepción en la ciudad de Dole, el 21 de Diciembre, fué de las más magníficas, y se decidió que semejante día, todos los años, habría una solemne procesión en la que hasta hoy en día es llevada en triunfo la hostia milagrosa. — *(Vida de San Francisco de Sales.)*

Todas las criaturas bendicen al señor. — Muchos cuadros se conservan en Italia que representan un milagro, del cual fueron testigos los habitantes de una ciudad entera, y que renombrados historiadores nos refieren minuciosamente. Encontrándose San Antonio de Padua, nos dicen, en una ciudad de la Rumania, donde muchos herejes negaban la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía, el Santo rogó á Dios diese una lección á esos desgraciados. Luego, con viva indignación, exclamó: « Puesto que vosotros rehusáis escuchar la palabra divina los irracionales mismos os enseñarán á respetarla. » Y dirigiéndose á las riberas del mar, adonde le siguió la multitud, llamó á los pescados y vióse, al punto, que acudían en gran número, colocándose en orden según su especie; los pequeños cerca de la orilla y detrás de ellos los más grandes, en diversas filas, hasta muy lejos. Todos y en particular los herejes, quedaron estupefactos. El Santo comenzó su discurso de este modo: « Hermanos míos, los pescados, que, siendo como nosotros obra del Creador, debéis también alabarle, considerad que os ha dado por vivienda el noble elemento del agua, dulce ó salada según vuestra necesidad. Él formó este elemento transparente, diáfano y claro, á fin de que pudierais conocer fácilmente lo que debéis buscar ó evitar; mas lo que particularmente empeña vuestro reconocimiento es que sólo vosotros, entre todas las criaturas, habéis sido preservados del diluvio universal. Fuisteis elegidos para salvar al profeta Jonás, y habiéndolo guardado tres días en vuestro vientre, lo devolvisteis vivo á la tierra. Pagasteis tributo por Jesucristo y por su primer apóstol San Pedro. Fuisteis alimento de Nuestro Señor antes y después de su resurrección. Por todas estas razones, y por otras que no tengo presente,

estáis en extremo obligados á dar gracias á Dios. » Los pescados aplaudieron estas palabras y manifestaron su asentimiento del modo posible, inclinando la cabeza, moviendo la cola y haciendo ademán de quererse acercar. Entonces San Antonio, volviéndose á los herejes, los confundió con este ejemplo, y alcanzó así que se convirtieran. — *(Postel.)*

*
* *

La Sangre divina. — En la pequeña ciudad de Bolsena, cerca de Orvieto, en Italia, un sacerdote muy piadoso se sentía inquietado con tentaciones sobre la fe en la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía. ¿Cómo es posible, decía para sí, que las palabras del sacerdote basten á que Dios le obedezca, descienda de los cielos y se obre el milagro de la transubstanciación? — Animado de viva confianza en el Señor, que no puede engañar á sus servidores, le suplicó fervorosamente que le diese á conocer de algún modo sensible lo que debiera creer á este respecto. Este eclesiástico era alemán; se dirigía en peregrinación á Roma y de una en otra jornada, se acercaba ya á la ciudad eterna. Encontrándose á la sazón en Bolsena, celebró la Santa Misa en la iglesia de Santa Cristina... ¡Cosa admirable! en el momento en que elevaba la hostia sobre el cáliz, en lugar del pan, ve y toca una carne real, cubierta de sangre, que mana en tal cantidad que cubre el lienzo llamado *corporal*. Bien puede comprenderse su espanto. Mas, ¡oh nuevo é inconcebible prodigio! Cada gota deja impresas en aquel lienzo las facciones de un rostro humano... El sacerdote no tuvo fuerza para concluír el sacrificio; abre el tabernáculo, guarda el corporal y se retira medio muerto de terror. Corre á arrodillarse á los pies del Papa Urbano IV, que estaba en Orvieto, y le pide lo absuelva de su duda contra la fe,

que sólo había sido imperfectamente voluntaria. El Papa lo absuelve y ordena, en seguida, que se lleve procesionalmente á Orvieto el corporal milagroso. Lo hace colocar con gran pompa en la catedral, donde desde aquella época, no han cesado los fieles de venerarlo. Una inscripción, esculpida en mármol, atestigua constantemente el milagro.

La iglesia de Santa Cristina, que había sido teatro del prodigio, no quedó privada enteramente de aquel precioso recuerdo. Cuando, como se ha dicho, el sacerdote dejó el altar, la sangre que aun manaba y corría, cayó sobre varias gradas de mármol, en el pavimento del templo, y las manchas, que allí quedaron, permanecieron grabadas de tal modo, que son tan visibles hoy en día como en 1263. — Rafael ha hecho de este milagro el asunto de uno de sus cuadros más célebres y que incesantemente visitan los peregrinos y extranjeros en el Vaticano. — *(Id.)*

*
* *

Niño preservado del fuego. — Era costumbre en Constantinopla, cuando se quería renovar la Santa Eucaristía, dar á manera de comunión, á los niños inocentes, las partículas consagradas que se contenían en el copón. El historiador Nicéforo asegura que él mismo fue llamado muchas veces, en su infancia, para comulgar de este modo. Un día que con tal objeto fueron llamados algunos tiernos escolares, encontróse entre ellos un pequeño judío que comulgó con sus compañeros. Su padre, vidriero de profesión, quiso saber por qué se había demorado en volver á casa; y habiéndose informado de que acababa de recibir la Eucaristía, se encolerizó de tal manera que arrojó á su hijo en un horno encendido. Nada supo la madre, que consternada, ignorando el paradero de su hijo, hacía oír en

toda la casa sus lamentos. Mas, al cabo de tres días, cuando todavía inconsolable pasaba junto á aquel horno, sorprendióse al oír la voz del niño. No atinaba, desde luego, á explicarse de dónde podía salir esa voz. Abre el horno y ve allí á su propio hijo, sano y salvo sin que el fuego le hubiera causado el menor daño. Lo saca y le pregunta cómo es que no ha sido consumido por las llamas. « Una señora vestida de púrpura, respondió él, se me apareció, ha derramado agua á mi alrededor, ha estinguido el fuego, y me ha alimentado todo este tiempo. » La ciudad entera fué instruída de este prodigio. La madre y el hijo abrazaron la fe católica; mas el padre, obstinado en no querer convertirse, fué castigado por su crimen, el año 552 de Nuestro Señor Jesucristo.— Un milagro semejante á este ocurrió en Bourges, en el año 560. — (*Evagro.— Baronio.— Simmonet.*)

*
* *

El divino niño. — La ciudad de Colonia se conmovió profundamente con un prodigio ocurrido en 1153. Un joven, hijo de un judío convertido al cristianismo, habiéndose acercado mal dispuesto á la sagrada mesa, en la festividad de pascua, quiso llevar á su casa la Santa Hostia con la intención de servirse de ella para un sortilegio. Mas, apenas hubo salido de la iglesia, sintióse apoderado de un terrible estupor, y no sabiendo qué hacer con las especies sacramentales, se dirigió al cementerio y las enterró allí. El sacerdote que le había dado la comunión, advertido secretamente del sacrílego intento de aquel joven, le había seguido de cerca. Entró á su vez en el cementerio, y al quitar la tierra que cubría la divina Eucaristía, encontró la Santa Hostia cambiada en un niño de admirable belleza. Lo tomó en sus brazos, con profunda reverencia, para conducirlo á la iglesia; pero, de repente, una luz extraordinaria

rodeó al niño qué, saliendo de los brazos del sacerdote, se elevó al cielo. — (*Joan Trith. — Stirsans.*)

*
* *

Ciudad del Santísimo Sacramento. — Este es el nombre que se da á la ciudad de Turín, á consecuencia del siguiente público y solemne milagro. En la tarde del 6 de junio de 1453, pasaban por Turín, conduciendo un asno cargado de mercancías, unos ladrones cuyo oficio no era conocido. Venían de Exilles, plaza fuerte, vecina á Susa, y entregada á saco después de graves desórdenes de guerra. Despojada hasta la misma iglesia, la custodia con la Hostia Sagrada y otros objetos robados eran llevados sobre aquel asno. Cuando los ladrones llegaron á Turín, al pasar cerca de la iglesia de San Silvestre, el asno se detiene, se alebresta y cae en tierra. En vano furiosos le golpean los conductores. El asno no se mueve. En tales momentos rómpese la carga, la custodia se eleva en el aire y la Santa Hostia aparece resplandeciente y más hermosa que el sol á la vista de los circunstantes. El Obispo Luis de Romañano, acude con el clero seguido de una muchedumbre inmensa de pueblo. Llegado allí se abre la custodia y cae; mas la Hostia Divina queda radiante y suspendida en el aire. La multitud llena de asombro y religioso sentimiento exclama: *¡Señor, quedad con nosotros!* ¡Nuevo prodigio! La Hostia Santa poco á poco desciende hasta posarse en un cáliz que el Obispo tiene en las manos y en el cual con toda solemnidad la conduce á la catedral. En el lugar donde se efectuó el prodigio erigióse la iglesia intitulada *Corpus Domini*. He aquí el origen de la singular devoción que en Turín se tiene al Santísimo Sacramento. — (Don Bosco, *Storia Ecclesiastica.*)

*
* *

El Sagrado Corazón de Jesús. — Vivía, en el monas-

terio de la Visitación de *Paray-le-Monial*, una humilde religiosa, Margarita María Alacoque, muy querida de Dios por su gran pureza. Un día, mientras adoraba al Santísimo Sacramento, Jesús le manifestó su divina presencia y amor. Vió, Margarita, á su celeste Esposo que, descubierto el pecho, le mostraba el Sacratísimo Corazón, transparente, mas brillante que el sol, ardiente, herido, coronado de espinas y con una cruz encima. Llamada en seguida, como el discípulo amado en la última Cena, á reposar largo rato sobre aquel corazón divino, oyó las quejas de Nuestro Señor que, en su infinito amor, lamentaba la ingratitud de los hombres. (1675. — *Bougaud.*) En otras revelaciones, el Sagrado Corazón de Jesús hizo á Margarita María las siguientes promesas :

« *Los devotos de este Sagrado Corazón jamás perecerán.*

Daré la paz á sus familias.

Los consolaré en todas sus penas.

Seré su seguro refugio durante la vida y sobre todo en la muerte.

Llenaré de bendiciones sus empresas.

Los pecadores encontrarán en mi corazón el fecundo manantial y el océano infinito de misericordia.

Las almas tibias se harán fervientes.

Las fervorosas se elevarán rápidamente á una gran perfección.

Yo mismo bendeciré las casas en que se tenga expuesta y se honre la imagen de mi Sagrado Corazón.

Á los sacerdotes les daré el talento de mover los más empedernidos corazones.

Inscribiré para siempre en mi corazón el nombre de las personas que difundan esta devoción. »

*
* *

Jesús nos bendice. — El domingo de Septuagésima,

3 de febrero de 1822, á las cuatro y media de la tarde, el abate Delort exponía, en Nuestra Señora de Loreto, en Burdeos, el Santísimo Sacramento. Hé aquí cómo refiere un milagro que entonces tuvo lugar : « Luego que hube llegado á Nuestra Señora de Loreto, me preparé á dar la bendición, y con este fin expuse el Santísimo Sacramento. Terminada la primera incensación, en vez de la forma consagrada, vi á Nuestro Señor Jesucristo mismo en medio de la custodia. Su blanco rostro representaba un hombre como de treinta años y de extraordinaria hermosura; hallábase revestido de una banda de color rojo y se inclinaba ya á derecha, ya á izquierda, ya hacia adelante — bendiciendo á todos y con marcada preferencia á los niños (1). Asombrado en presencia de este prodigio y cuando apenas podía creer lo que veía con mis propios ojos me imaginé al principio que me alucinaba. El milagro continuó... Sin poder yo permanecer en semejante incertidumbre, llamé al acólito que tenía el incensario y le pregunté si veía algo extraordinario. Como me contestase que había visto y aun veía el prodigio le pedí lo advirtiera á la Superiora. Hízolo notar á la Sacristana la que, estupefacta ante tal espectáculo y absorta en los sentimientos que Nuestro Señor le inspiraba, no pudo desempeñar la comisión que se le había dado. Yo, entretanto, confuso y prosternado, no me atrevía á levantar los ojos sino para humillarme en la presencia del Señor, derramando lágrimas de gozo, reconocimiento y contrición. Continuó el milagro mientras se cantó el himno del Santísimo Sacramento, el *Domine salvum me fac*, las oraciones y un cántico. Terminado éste, y animado de fuerza divina — pues no fué valor natural — subí al altar,

(1) Esto han afirmado unánimemente los circunstantes, muchos de los cuales viven todavía.

tomé la custodia y di la bendición, sin dejar de contemplar al Divino Salvador á quien tenía visiblemente en mis manos. Luego que di esta milagrosa bendición, coloqué la custodia sobre el ara, y abierto el tabernáculo, ya no vi sino las santas especies en que Nuestro Señor acababa de ocultarse. Salí de la capilla sumamente conmovido y sin poder contener las lágrimas... Extrañaba la calma con que los fieles habían presenciado tan largo prodigio y sólo he podido explicármela por el estado de emoción y profundo respeto que todos debían de sentir al contemplar tan extraordinario espectáculo. No bien hube salido de la capilla cuando vi venir á mí todas las personas de la casa para preguntarme si había visto el prodigio y proponerme mil cuestiones á ese respecto... Me retiré después á casa y durante toda la noche sólo pude pensar en aquel milagro. » — (*Delort.*)

*
* *

Un sacerdote libertado por la Santísima Virgen de las tentaciones contra la fe. — Un sacerdote, muy devoto de María Santísima, sentíase continuamente inquietado por tentaciones contra la fe en la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía. En sus aflicciones invocaba lleno de confianza á la Santísima Virgen, y le rogaba fervorosamente le librara de estas angustias que desolaban su vida.

Un día, al celebrar Misa, poco antes del *Pater noster*, la santa hostia desapareció. Profundamente sorprendido, sobrecogióse á la vez de la mayor tristeza. Invocó á María y esta piadosa Madre, en virtud de la confianza y devoción con que le había honrado, se le apareció con su Divino Hijo en los brazos y le dijo estas consoladoras palabras : « Hé aquí al Hijo de mis entrañas; hé aquí á Aquel que á tí viene en la consagración, que

has tenido en tus manos y mostrado al pueblo para que le adorase; hé aquí á Aquel cuyo sagrado cuerpo te ha servido de sustento y cuya sangre de bebida, en el santo altar; yo le pongo de nuevo en tus manos para que le recibas con devoción. » Presentóle María al divino niño que al instante tomó las apariencias de pan. El sacerdote lo recibió con viva piedad y desde aquel momento jamás le asaltó duda alguna sobre el misterio adorable de la presencia real. — (*Joannes Mespret. — Hortulum Reginæ, seu de Cœna Domini.*)

*
* *

Santo misterio. — Se lee en las *Crónicas de la Orden de San Jerónimo* (del año 900), que el venerable Pedro, Prior de Guadalupe, en Mantua, experimentaba muy graves tentaciones contra la fe en el augusto Sacramento. Hé aquí el punto que principalmente le atormentaba: ¿Cómo puede hallarse la sangre de Cristo en la hostia? Y si está en élla, ¿cómo es que el pan consagrado no cambia de color, sino que queda siempre tan blanco después como antes de la consagración? Sin duda que era bien fútil la dificultad; porque con semejante razonamiento también podía preguntarse por qué el cuerpo de Nuestro Señor no da á la hostia el color, la forma y el peso de la carne. Mas una preocupación, sugerida por el infierno, tanto más atormenta cuanto menos se justifica. Por mucho que el venerable Prior se empeñaba en disipar esta idea, noche y día se le presentaba á su espíritu. Al fin Dios tuvo compasión de sus penas y le curó por medio de un prodigio, debido á la intercesión de la Santísima Virgen, de quien el religioso era en gran manera devoto. Un sábado, mientras celebraba la Misa de la *Inmaculada*, é inmédiatamente después de la consagración de ambas especies, al inclinarse para recitar la oración *Supplices te*

rogamus, vió descender una nube milagrosa, que de tal modo cubrió el altar, que no le permitió siquiera distinguir el caliz, ni la hostia ni la patena. El sacerdote quedó estupefacto, sin poder moverse ni articular una palabra. Una sensación indefinible estremecía su cuerpo, y no sabía cómo poder continuar el Santo Sacrificio. Anegados los ojos en lágrimas, y movido de profunda contrición, recurrió á la bondad divina y le suplicó que le ayudase en su aflicción, le perdonase sus faltas, especialmente contra la fe, y despejase el altar de aquella nube, imagen fiel de la oscuridad de su alma. Aun no había concluído su oración, cuando la nube principió á remontarse lentamente hasta desaparecer. El buen religioso recobraba ya la confianza, cuando sobrevino un nuevo prodigio que le llenó de mayor turbación. Al fijar los ojos en el altar, observa que la hostia ha desaparecido y que en el cáliz nó hay una gota de la preciosa sangre. Repite con más vivo fervor su humilde plegaria y confiesa que merece este castigo, que no es digno de participar de tan sublime misterio y que en lugar de la Víctima Adorable, que desaparecía de sus manos, sólo podía ofrecer su corazón arrepentido. En seguida, dirigiéndose á la Reina de los Ángeles solicitó su intercesión para que cesara aquel prodigio que casi le enloquecía de espanto. No fué vana su confianza. Eleva sus ojos al cielo y ve descender una patena resplandeciente. La santa hostia que en ella se encontraba, fijándose por sí misma en el cáliz y elevada sobre sus bordes, comenzó á destilar sangre gota á gota hasta igualar la que había contenido el vaso sagrado y en seguida se posó en el corporal.

Esta sucesión de maravillas habían dejado en suspenso y como fuera de sí al venerable Pedro. Su corazón se dividía entre el temor y la confianza, cuando

oyó una voz que le dijo : « Concluye el Santo Misterio y á nadie refieras este milagro que sólo ha sido hecho para tu edificación y para confirmar tu fe en la Eucaristía. No dudarás ya de que la sangre del Señor está en la hostia lo mismo que en el cáliz. » El religioso guardó el silencio que le había sido impuesto ; lo que no le fué difícil, pues ni el acólito ni otro alguno de los asistentes á misa habían visto el prodigio. Todos, sin embargo, se preguntaban el motivo de la interrupción de la misa y de las lágrimas del celebrante. La razón sólo fué conocida á la muerte del religioso. Al abandonar este mundo, el venerable Prior dejó un escrito, firmado de su mano, en el que refería el suceso, añadiendo que desde entonces el demonio no había sido capaz de debilitar su fe. — *(Serpa.-Corbín.)*

*
* *

Gloria al hijo de Dios. — El año de 1254, en la iglesia de San Amado, en Dué, un sacerdote, que acababa de distribuír la sagrada comunión, vió, cuando subía al altar, que una hostia había caído en tierra. Turbado con este accidente, se inclinó para tomarla con gran respeto; mas la hostia, elevándose sola, fué á posarse en el altar. La iglesia era servida por canónigos á los cuales inmediatamente se avisó lo ocurrido... Acudieron en el acto y todos á un mismo tiempo, en lugar de la hostia, vieron un niño de extraordinaria hermosura. Un grito se escapa involuntariamente de sus pechos, y el pueblo entero se agolpa en la iglesia á presenciar el prodigio. El niño permanece tranquilo, dulce, resplandeciente, bello como un astro. Al fin la santa hostia fué guardada en un copón; pero, cada vez que era abierto, la aparición volvía á repetirse. Un religioso, célebre escritor y muy apreciado por sus contemporáneos, Tomás de Cantimpré, habiendo oído hablar del milagro quiso

verificarlo personalmente y vino á Dué con ese objeto. « Me dirigí, escribe el mismo, á la iglesia de San Amado, visité al Deán, á quien ya conocía, y le rogué que me permitiese contemplar aquella hostia. Accedió á mis deseos; entré en la iglesia, y abierto el copón, en el mismo momento varias personas que estaban presentes exclamaron : « ¡Ah! ¡Hé aquí á nuestro Dios! ¡Hé aquí á nuestro Salvador! » Entretanto, yo no veía más que las sagradas especies. Consulté mi conciencia. Estaba en paz y nada me reprochaba... Me sentí inquieto, pero sólo por un momento; pues pasados breves instantes, vi claramente la faz de Nuestro Señor Jesucristo; mas no como la de un niño sino como un hombre formado; su cabeza estaba coronada de espinas y de la frente le corrían gotas de sangre, que descendían por sus mejillas. Me arrodillé al punto y las lágrimas brotaban de mis ojos, mientras daba gracias á Dios, que se dignaba manifestarse á un pobre pecador como yo. Cuando me levanté, no vi ya ni corona de espinas, ni gotas de sangre. La faz divina, siempre visible, inspiraba sólo confianza y extraordinario respeto. » — (*Tomás de Cantimpré.*)

*
* *

Bendito sea Dios! — El año de 1290, acaeció en París, un suceso extraordinario, uno de los más sorprendentes milagros. Una pobre mujer, que había recibido de un judío el pequeño valor de treinta centavos, dejándole en prenda su vestido de gala, al aproximarse la Pascua le rogó que se lo devolviese, tan solo por un día, para presentarse decentemente en la iglesia. « Con mucho gusto, le dijo el judío, os lo entregaré no sólo por un día sino para siempre y sin interés si os comprometéis á traerme el pan misterioso, que vosotros los cristianos recibís en la iglesia y al cuál llamáis vuestro Dios. Yo

desearía ver si lo es, en efecto. La infeliz mujer, bien que indigente, era vanidosa; así la miseria y la vanidad ensordecieron su conciencia, que naturalmente se rebelaba á aceptar aquella criminal proposición. El trato quedó hecho. Llegado el día de Pascua se dirigió á San Mery, su parroquia, y recibió la comunión; mas, en vez de tragar la hostia sagrada, la guardó y, apenas concluída la misa, se la llevó al judío. Éste, colocándola sobre una mesa, le clavó repetidas veces la punta de un cortaplumas y quedó sorprendido al ver que brotaba sangre. No bastó sin embargo este milagro para abrirle los ojos. Por el contrario, se redobló su encono y tomando un clavo y un martillo la traspasó con diabólico furor. La sangre corrió con mayor abundancia. Poseído de espantoso vértigo, y queriendo á todo trance desembarazarse del objeto augusto de su odio, el desgraciado sacrílego arroja la hostia en el fuego. Mas, elevándose intacta de allí, comenzó á moverse en el aire al rededor de la pieza. Tomóla el judío y la introdujo en un caldero de agua hirviendo. La hostia se elevó sobre el caldero y dejó enrojecida el agua... En esto llegó la mujer del judió y vió la hostia transformada en Jesús crucificado... El judío, entonces, se retiró confuso... Poco después las campanas de la iglesia llamaban á misa mayor. Uno de los hijos del judío, que salió á jugar á la calle, viendo pasar muchas personas, les preguntó adónde iban. « Vamos á la iglesia á adorar á Dios, » le respondieron. — « No vayáis inútilmente, les replicó, porque vuestro Dios no está en la iglesia; mi padre acaba de matarlo. » Los transeuntes, sin atender á lo que les decía, siguieron su camino; sólo una mujer, más suspicaz ó más curiosa que los demás, quiso saber lo que estas palabras significaban, y, con pretexto de pedir fuego, entró en la casa del judío. Atónita vió allí

la hostia en el aire. La adoró y, sin dilación, avisó al Cura de su parroquia, en la iglesia de San Juan.

El Párroco en el acto dió cuenta al arzobispo de París. El judío y su mujer, tomados prisioneros, confesaron todo lo ocurrido. En vano se instó al judío para que se convirtiera. Se resistió empedernido... La justitia lo condenó á la pena de muerte. En cuantó á su mujer y sus hijos, iluminados con la evidencia del milagro que habían presenciado, recibieron el bautismo. La hostia milagrosa fué guardada preciosamente en San Juan, donde se conservó hasta que vino la Revolución. En el lugar de la casa sacrílega se edificó una iglesia, llamada hoy *San Germain des Billetes*. El Rey Felipe el Hermoso estableció allí á los hermanos hospitalarios de Nuestra Señora, á quienes sucedieron los Carmelitas. Las declaraciones de este milagro fueron tan claras, notorias é incontestables que hasta el mismo historiador contemporaneo Juan Villani, más inclinado al descreimiento que á la admiración, lo refiere en su historia de Florencia. — En 1369, ocurrió, en Bruselas, una profanación semejante y á la cual se sucedieron cuarenta y cinco milagros. En tal sitio se edificó un santuario, llamado *Capilla del Milagro*. — (*S. Antonino. — Serpa. — Corbín. — Idens.*)

* * *

El cuerpo de Cristo. — En 1331, en la ciudad de Colonia, como comulgara una persona sin fe, no pudo tragar la sagrada hostia, y la arrojó en el suelo. Al momento la hostia quedó transformada en un tierno niño. Una multitud inmensa fué testigo de este prodigio. Los enfermos que se acercaban á aquel lugar quedaban al punto sanos. Se construyó allí mismo una iglesia, en cuyo frontispicio se grabó esta inscripción : *Corpus Christi*, el cuerpo de Jesucristo. — (*A Lápide.*)

Fe de San Luis en la presencia real. — Se refiere en la vida de San Luis, Rey de Francia, que un sacerdote, en París, tuvo un éxtasis, mientras celebraba la misa en la Santa Capilla. Los que asistían á ella vieron llenos de sorpresa, entre las manos del sacerdote, al más hermoso y admirable de los niños. Anunciaron al punto á San Luis este milagro, y le rogaron tuviese á bien testificarlo en persona. El Santo respondió : « Creo firmemente que Nuestro Señor Jesucristo está realmente en la Eucaristía y no necesito ver el milagro para persuadirme. Mi seguridad es completa; y no iré á verlo para no perder el mérito de mi fe. »

Cuando á la hora de la muerte, el sacerdote, llevándole el Viático, le preguntó si creía que ése era el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, respondió : « Lo creo, y si viera al Señor, como lo vieron los apóstoles el día de la ascensión, no por eso podría creer más de lo que creo. » — (*Guillois.*)

*
* *

Terrible castigo que prueba la presencia real. — Algunos niños, que se preparaban para hacer la primera comunión, fueron conducidos por su profesor á Marly, con el fin de visitar la colosal máquina hidráulica que lleva las aguas al parque real de Versalles. Entre los estudiantes se encontraba uno que decía no creer en la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía y que con impíos discursos se empeñaba en hacer perder la fe á sus condiscípulos. « Está bien, dijo él, si Jesucristo se halla en la Eucaristía, que me destrocen las ruedas de esta máquina. » En aquel momento la máquina no funcionaba. El profesor les hacía subir y bajar para que admirasen tan precioso mecanismo. Llega la hora de partida y advierten que falta un niño. Van á buscarle y ven la máquina en movimiento á la vez que oyen gritos

agudos y lastimeros. Paran la máquina y encuentran horriblemente destrozado al estudiante que buscaban. Era el niño impío que había dicho : « Si Jesucristo se halla en la Eucaristía que me destrocen las ruedas de esta máquina. » — (*Huguet.*)

II

Honor que se debe á la Santa Eucaristía.

— *¿Debemos adorar á Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía?*

— *Sí; porque es verdadero Dios á quien adoran los ángeles.*

— *¿Qué significa la palabra Eucaristía?*

— *Acción de gracias.*

— *¿Por qué se llama así?*

— *Porque Nuestro Señor Jesucristo al instituírla dió gracias á su Eterno Padre, y porque es el medio más eficaz de manifestar á Dios nuestro reconocimiento.*

— *¿Qué otros nombres se dan á la Eucaristía?*

— *Los de* COMUNIÓN, SANTÍSIMO SACRAMENTO, SACRAMENTO DEL ALTAR, SANTA MESA, SANTA CENA, SAGRADA HOSTIA, SANTOS MISTERIOS, PAN DEL CIELO, PAN DE LOS ÁNGELES, SAGRADO VIÁTICO, VIDA, PERFECCIÓN, *etc.*

— *¿De qué procede que se den tantos nombres á este sacramento?*

— *De su grande excelencia, sin poder ser expresada con una sola palabra, ni con varias, tantas son las gracias, favores y virtudes que contiene.*

— *¿Cuánto tiempo dura Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía?*

— *Mientras las especies de pan ó de vino permacen en su estado natural.*

CUAN AGRADABLE Á DIOS ES LA COSTUMBRE DE MANTENER LÁMPARAS ENCENDIDAS DELANTE DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO. — El año de 1640 un niño de quince años, hijo de un labrador, habiéndose fracturado una pierna, fué conducido al hospital de Zaragoza, en España. Como no se encontrase remedio capaz de curar al enfermo, se le hizo la amputación de la pierna y en su lugar se le puso una de madera. Durante dos años vióse á aquel joven, á las puertas de una iglesia, pidiendo limosna. Todos los días el pobre entraba en el templo y humedecía la cicatriz de la amputación con el aceite de la lámpara que alumbraba al Santísimo. El 29 de Marzo de 1640, de vuelta á casa de sus padres, más fatigado que de ordinario, se acostó y se durmió con sueño profundo. Su padre y su madre, que estaban á su lado mientras dormía, advirtieron asombrados que tenía las dos piernas en el mismo estado que antes de que una le fuera cortada. Lo despertaron y él lleno de sorpresa se persuadió del favor que Dios le había hecho. Penetrado de alegría y reconocimiento anda por las calles de Zaragoza y va á solicitar del Arzobispo que el milagro sea jurídicamente examinado. La autoridad eclesiástica ordenó instruír un expediente. Comenzadas las informaciones, se recibieron las declaraciones del cirujano que había cortado la pierna, de los empleados, que la habían enterrado, de los practicantes que habían asistido á la operación, de los enfermeros y en fin de tantas personas que habían visto durante dos años á aquel joven arrastrando una pierna de palo y pidiendo limosna á las puertas de la iglesia. Examinados y discutidos severamente, en presencia de tres facultades, todos los documentos, el Arzobispo de Zaragoza pronunció la sentencia que declaraba el hecho milagroso. Bergier y Feller han afirmado la verdad de este

milagro que ha sido también consignado en las *Memorias del Cardenal de Retz.* — (*Archivo del Arzobispado de Zaragoza.*)

*
* *

Homenajes que se tributan á la Santa Eucaristía. — Cuando, en la católica España, un regimiento encuentra un sacerdote que lleva el Santo Viático, rinde armas é inclina reverente la bandera nacional.

El Emperador José II, en Gantes, encontró en una calle al Santo Viático. En el acto hizo parar su carruaje y bajándose de él se puso de rodillas para adorar á Nuestro Señor.

El Delfín, padre de Luis XVI, yendo de paseo por las avenidas de París, en momentos en que pasaba la procesión del Santísimo Sacramento, hizo detener su coche y se unió á la multitud para acompañar á pie la procesión y arrodillarse en cada estación que se hacía, llenando así de edificación al pueblo.

Cuando Leopoldo, Archiduque de Austria, se encontraba por las calles con algún sacerdote que llevaba el Sacramento á los enfermos, al punto se desmontaba del caballo ó saltaba del carruaje, y aunque estuviese el suelo húmedo ó lleno de lodo, se arrodillaba en tierra para adorar á Dios, y después, tomando una vela, lo acompañaba con suma reverencia. Sucedió una vez, que descubierta la cabeza, y siguiendo al sacerdote, empezó á llover. Los cortesanos le instaron para que en atención á su salud, se cubriese la cabeza, ó se cobijase debajo del palio de la Santa Eucaristía. Mas él respondió : no se debe temer la lluvia delante del Señor que por nosotros derramó su sangre y por quien nosotros debiéramos derramar la nuestra.

Cuando tenía el mando de las armas, antes de salir al campo de batalla, ordenaba una solmne procesión

del Santísimo Sacramento. Había hecho componer y aderezar un riquísimo carro, donde, como en una capilla portátil, se colocaba la divina Eucaristía, porque no quería que marchasen sus ejércitos sin llevarla consigo, no de otra suerte que los Israelitas el Arca Sacratísima de Dios. Y no fué vana su confianza. En Salfield, en la Basea y en Naumburg fué favorecido con grandes prodigios y preservado de inminentes peligros. Tan manifiesta era la protección con que le regalaba el cielo que corría voz entre los soldados que quien en el más nutrido fuego estaba detrás del Archiduque, se hallaba más seguro de las balas que si estuviese detrás de un muro de bronce. — (*Verdades eternas.*)

*
* *

Adoremos al Santísimo Sacramento. — La venerable sierva de Dios Teresa Mejía, de la orden de Santo Domingo, tenía extraordinaria devoción al Niño Dios.

Cada vez que veía una de sus imágenes se enardecía en los sentimientos de amor más tierno. En el convento en que vivía se encontraba una estatua de la Santísima Virgen con su Hijo divino en los brazos y á menudo se veía delante de ella á Teresa ofreciéndole sus afectos y súplicas. Su piedad se entretenía en revestir con preciosos adornos aquella imagen querida, y tenía un traje de diferente calidad para honrarla en cada uno de los meses del año. Un día que habiendo concluído un ornamento mas hermoso lo ofrecía á su imagen, exclamó en un transporte de fervor : « Ven, amado mío, recibe esta túnica que te ofrezco : no está realzada de oro, porque tu servidora es pobre; pero lo estaría y de piedras preciosas, si mi amor poseyera los tesoros del mundo. » Aun no había terminado cuando el Niño Dios descendiendo de los brazos de María fué á estrecharse al cuello de Teresa. Embargada su voz á causa del

asombro y felicidad que le dominaban, reclinó al niño en su corazón y le ofreció su vida...

Mas como siempre se ocupase casi enteramente en el culto del Niño adorable y no pusiera mayor atención en decorar el altar del Santísimo Sacramento, en otra ocasión, en que llevaba un bello traje á la estatua, oyó una voz celeste que le dijo : « Teresa mucho piensas en la imagen ¿te has olvidado acaso de la realidad ? » Esto hizo reflexionar á Teresa, y desde entonces, con todo su celo, se aplicó á decorar el santo altar. El vivo ardor con que á ello se consagró le atrajo las más singulares gracias. Varias veces vió á Nuestro Señor que se le aparecía lleno de bondad en el santuario. Otra vez mientras lavaba con sumo respeto los manteles del altar, vió delante de sí, de pie, al Salvador, que mirando su trabajo parecía complacerse en tal obra y bendecirla. — (*Postel.*)

*
* *

Ornato del templo. — El Señor se apareció un día á Moisés y le dijo : « Yo soy el Dios de cielos y tierra y quiero que se me honre como es debido. Erigirás un tabernáculo que sirva de trono á mi grandeza, para dar mis oráculos y manifestar mi voluntad. No ahorrarás tiempo, ni trabajo ni riquezas. El arca de la alianza ha de ser de madera preciosa é incorruptible. Dos querubines prosternados lo cubrirán con sus alas. Toda la ornamentación será del oro más fino y del esmalte más puro. Un candelero de siete luces y lámparas con perfumes arderán delante de ella para realzar su majestad... » Moisés obedeció.

Si Dios ha exigido tantas riquezas y esmero para la construcción de un tabernáculo que sólo debía contener símbolos y emblemas ¿cómo deberá honrarse al dueño y Señor de cielos y tierra que se encuentra real

y verdaderamente en la Santa Eucaristía? — (*Sibillat.*)

Las almas cristianas sienten inefable placer en contribuír generosamente á la construcción, hermosura y esplendor de la casa de Dios; y Dios, que es magnífico en sus recompensas, bendice sus hogares y les reserva el más rico galardón en la morada eterna de la gloria. « Un día pedía yo limosna para la construcción de un templo. Cuando bajaba del púlpito vi venir hacia mí una pobre y anciana mujer que me dijo : « Ill^mo^ Sr., yo soy pobre, gano día á día el sustento con mi trabajo. Sin embargo, tengo una economía de cincuenta francos. Los guardaba para mi sepultura y para que se aplicara alguna misa por mi alma después de mi muerte. Mas no puedo resistir á vuestra solicitud y quiero ayudar, en la medida de mis fuerzas, á que se levante el templo donde se dé gloria á Dios y donde las almas reciban su alimento y consuelo. Aquí tenéis mis cincuenta francos. Después de mi muerte, no faltará quien entierre mi cuerpo y las piedras de la iglesia intercederán por mi alma. » — (*Mermillod.*)

*
* *

Celo por el decoro del culto divino. — Horacio Giannópoli, noble ciudadano y abogado de Nápoles, á fines del siglo XVII, se había puesto á la cabeza de las obras de beneficencia y muy en especial de las que tienden al ornato de las iglesias y al esplendor del Santísimo Sacramento. Cuantiosas eran sus limosnas. Sin embargo, lamentaba profundamente la miseria á que se encontraban reducidas ciertas parroquias, donde no se cuidaba convenientemente del Santísimo Sacramento. Este motivo lo determinó á hacer un llamamiento á la caridad de los fieles. Sin respeto humano, recorrió la ciudad de puerta en puerta, dirigiéndose á todo el mundo, abogados, banqueros, nobles, comerciantes,

militares, marinos, etc.; y bien conocido era ya su saludo : « *¡Sea siempre alabado el Santísimo Sacramento del altar!* » Muchos le daban con placer. — Una mañana, encontrándose cerca de la iglesia de San José, en el barrio más rico y frecuentado por los extranjeros, vió salir de un hotel á un caballero elegantemente vestido, á quien no conocía. Va á su encuentro, lo saluda, y le hace su exposición acostumbrada : « Se trata, le dijo, de que el Santísimo Sacramento reciba grandes honores en Nápoles. » El desconocido le oye con sorpresa y mirándole con soberbia altivez, le contesta : « Sin duda, señor, sufrís una equivocación. Yo soy inglés. Me llamo Tomás Acton; soy ciudadano de Londres y sólo mis intereses me han traído á Nápoles. Mi religión es bien diferente de la vuestra y yo no creo en vuestro Sacramento. »

Sorprendióse Horacio á su vez, y alzando las espaldas, como si no comprendiese que un hombre razonable pudiera gloriarse de no creer en la Eucaristía, saludó cortésmente al ingles y se retiró. Un minuto después, oye que lo llaman. Tomás Acton se le acercaba para pedirle no tomara á mal su declaración. « Es mi conciencia la que os ha hablado. No reconozco lo que haya hermoso, grande y popular en vuestro culto y en vuestras procesiones. Yo no puedo concebir que la hostia que paseáis con tanta pompa contenga nada de Nuestro Señor. » No obstante con exquisita atención le pasa unos sesenta francos, advirtiéndole que no se los da, de ningún modo para el Sacramento, sino para que disponga de ellos como guste. — Horacio agradeció al extranjero y perplejo sobre lo que debiera hacer se dirigió luego á tomar consejo del arzobispo de Nápoles, á fin de saber si podría dedicar al servicio del santuario un dinero ofrecido con tales observaciones y restriccio-

nes. Contestóle el prelado que sin duda alguna podía emplearlo, puesto que lo habían hecho dueño de tal cantidad; pero que convenía rogar á Dios para que alumbrase al caballero que había presentado la limosna. Un año pasó. Cierta mañana que acababan de llevar el Viático á un enfermo se esparció la voz que el hereje Acton, bien conocido en la ciudad, consumido por una fiebre maligna, se hallaba en peligro de muerte. Redobláronse las oraciones de las almas piadosas á las cuales Horacio había dado á conocer la caridad del moribundo.

Fué á visitarle el Cura de la parroquia. Con no poco trabajo, consiguió se le abrieran las puertas por breves instantes. El Pastor, sin desmayar, volvió repetidas veces. Las disposiciones del enfermo no por eso eran mejores. « Ya sé lo que necesitáis, le dijo al Párroco; queréis que presenten mi cuerpo en vuestra iglesia á fin de ganar la cera y los honorarios de mi entierro. » El buen sacerdote se empeñó en desengañarle, en hacerle comprender que por nada entraba el interés y que sólo procuraba la salvación de una alma en manifiesto peligro de condenarse. Escuchábalo el enfermo, ya con curiosidad ya con enfado, cuando le sobrevino un síncope, por lo que el sacerdote, con profundo dolor, se retiró, creyéndolo muerto. — El inglés volvió en sí y al punto envió á buscar al Señor Cura. Luego que llegó le dijo sonriendo y gozoso : « Señor Cura, héme aquí pronto á seguir vuestros santos consejos. Estoy decidido á abjurar la herejía; quiero ser católico. » El ministro del Señor, sin poderse explicar lo sucedido, bendijo al cielo por esta conversión y comenzó á instruír al doliente en los misterios principales de la fe. En seguida recibió la abjuración y oyó la confesión de Tomás Acton, que parecía animado de la más viva contrición. — « Dignaos, por piedad, traerme el Santo Viático,

dijo el enfermo; yo juro reconocer y confesar la presencia real de Jesucristo. ¡Ah! ¡Cuánto me pesa haberla negado hasta ahora! »

El Párroco se informó de los motivos que habían determinado tan extraordinaria conversión.

El enfermo le dijo que, mientras estaba poseído del síncope y se le creía muerto, había visto entrar un ángel trayendo en la mano un escrito, semejante á letra de cambio, como quien se propone pagar una deuda, y después otro que le ofreció un precioso ramo de flores diciéndole : « Si quieres que te lo dé, para que siempre sientas su fragancia, abraza la religión católica. » Comprendió que esta letra de cambio era un símbolo de la limosna hecha el año anterior, consagrada al Santísimo Sacramento, y que las flores eran la imagen de la felicidad de que gozan los bienaventurados en el Paraíso. Acton murió con las más edificantes disposiciones, y Horacio Giannópoli se sintió más estimulado en su celo por la majestad del Santísimo Sacramento. — (*Id.*)

*
* *

Visitas al Santísimo Sacramento. — Nuestro Señor Jesucristo, solamente por amor á nosotros ha establecido su trono en el altar. Adviértenos que sus delicias son estar con los hijos de los hombres. En el Santísimo Sacramento es padre que vela por sus hijos y escucha con ternura sus plegarias; pastor que alimenta á sus ovejas; médico que sana todas las heridas. Nadie se acerca á él sin encontrarle generoso. A todos recibe con la misma bondad que á Juan su discípulo amado, que á Magdalena cuando, con lágrimas de arrepentimiento, le riega los pies, que á Pedro después de la negación, que al hijo pródigo á quien abraza y que al Buen Ladrón á quien abre las puertas del cielo. « *Venid todos*

á mí, nos dice, *venid y yo os aliviaré,* » « *el que venga á mí nunca tendrá hambre y el que que crea en mí nunca tendrá sed.* » ¿Qué significan los milagros de la Santa Eucaristía, tantas veces repetidos, sinó la manifestación sobrenatural del infinito amor que Dios tiene á todos y á cada uno de los hombres?

¡Ah, qué dicha! ¡El Corazón de Jesús, que palpita de amor en el Cielo, palpita igualmente en el Santísimo Sacramento! Me ama; me ama tanto que se da todo á mí.

La omnipotencia de Dios — si miro mi infidelidad — la temo. Su santidad — en vista de mi miseria — me confunde. Sólo su bondad invenciblemente me atrae.

Perdí las alas de la inocencia con que subir hasta el cielo; pero el Corazón de Jesús, lleno de misericordia, compasión y ternura viene á mí, me llama en el altar ¿Qué temes?, me dice; yo estoy contigo; quiero hacerte feliz, quiero santificarte y salvarte. Si esto no quisiera no habrías recibido la vida, ya la habrías perdido, no estarías aquí...

*
* *

Los discípulos de Emaús. — Después de la Pasión y muerte de Jesús, el domingo diez y seis de Abril, dos de sus discípulos iban á Emaús, dos leguas y media distante de Jerusalén, y hablaban por el camino de los acontecimientos recién ocurridos en la ciudad deicida. De repente se juntó á ellos un viajero desconocido — era el Salvador en forma de peregrino — y les preguntó de qué estaban platicando. Respondióle Cleofas, uno de ellos : ¿Tú sólo ignoras lo que ha pasado en Jerusalén? — ¿Qué ha ocurrido? repuso el Señor. — Hablábamos de Jesús de Nazaret le dijeron; y le refirieron la pasión, terminando con estas palabras : Nosotros esperábamos que libertaría á Israel; y he aquí que

hace ya tres días que le crucificaron. — Tomando entonces el Señor la palabra, y recorriendo las profecías, les hizo ver como el Salvador debía sufrir los tormentos que ya estaban anunciados en las Escrituras y entrar después en la gloria. Así que llegaron á Emaús, como el Redentor aparentase pasar adelante, le invitaron á que se quedase con ellos. Aceptó Jesús el ofrecimiento. Y estando en la cena, el Divino Maestro tomó el pan, lo bendijo y después de haberlo partido lo dió á comer. En aquel mismo instante se abrieron los ojos de los dos discípulos y reconocieron en el viajero al Redentor, que al ser descubierto desapareció. Decíanse entoces uno á otro llenos de admiración : En verdad ¿no se inflamaban nuestros corazones como si tuviesen carbones encendidos cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?

Cuando se visita á Jesús Sacramentado y en especial cuando se le recibe en comunión, se siente, por modo extraordinario, un bienestar que se dilata por el cuerpo, y se extiende hasta las extremidades. ¿En qué consiste ese bienestar? Es Nuestro Señor que se comunica íntimamente á nosotros, nos conmueve, y como los discípulos de Emaús, nos vemos precisados á reconocerle y bendecirle.

*
* *

JESÚS, MANANTIAL DE TODO BIEN. — El fundador de un célebre asilo de huérfanos consultó al Venerable Cura Vianney sobre la oportunidad de conciliarse la atención y favor del público por medio de la prensa. « En vez de hacer ruido en los diarios le respondió el Siervo de Dios, hacedlo á la puerta del tabernáculo. »

*
* *

¡QUÉ TARDE OS HE CONOCIDO! — Nada más bello, tierno y patético que la aplicación que el Párroco de Ars hacía

de la leyenda de San Alejo á la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de su amor. — Pertenecía San Alejo á una opulenta familia. Mas deseando sacrificarse voluntariamente, según las máximas de Jesús, renunció los bienes de la tierra, abandonó secretamente la casa de sus padres, y se fué á ciudades lejanas á conseguir el sustento diario, como humilde pordiosero. Pasados largos años en esta triste condición y desfigurado ya el semblante por las asperezas de la penitencia, volvió á la ciudad natal, y sin darse á conocer recibió un pobre albergue en el palacio mismo de sus padres. Treinta años había vivido allí bajo la escalera, cuando Dios le llamó á la participación de su gloria. Al amortajar su cuerpo inanimado, la madre de San Ajelo reconoce á su propio hijo y exclama : « ¡Oh, hijo mío, qué tarde te he conocido!... » — El alma al salir de esta vida, verá por fin á Aquel que poseía en la Eucaristía, y á la vista de los consuelos, de las bellezas y de las riquezas que ha desconocido, exclamará también : ¡Oh Jesús! ¡Oh Dios mío! ¡será posible que os haya conocido tan tarde!

*
* *

La Condesa de Feria. — Tanta era la devoción que esta piadosa señora tuvo á Nuestro Señor Sacramentado, que mereció le llamasen la *esposa del Santísimo Sacramento*. Como se la preguntase en que se ocupaba en tan largas y frecuentes adoraciones, al punto respondió : « ¿Queréis saber qué es lo que hago durante tan dulces horas? ¡Ah! ¿qué es lo que hace un cortesano en presencia de su rey, un enfermo á vista del médico, un pobre delante del rico, un hambriento junto á una mesa bien servida? ¿Os parecen muy largas mis visitas? Yo, al contrario, encuentro que el tiempo me falta para acercarme á mi Dios tanto como quisiera. » — (*Postel.*)

ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO. — Había en Ars, en 1830, un buen padre de familia, un simple labrador, cuya sencilla é interesante historia refería muchas veces el Venerable Vianney con lágrimas en los ojos. Ora fuese al campo, ora volviese de él, jamás aquel buen hombre pasaba junto á la iglesia sin entrar en ella. Dejaba á la puerta sus instrumentos de labor, y permanecía largas horas sentado ó de rodillas en presencía del Dios de la Eucaristía. Gran consuelo causaba al Párroco la presencia de un alma tan bella adorando á Dios al pie del tabernáculo. Pero había una cosa que no se cansaba de admirar en aquel hombre, y era que jamás le había visto el más imperceptible movimiento de labios en la oración. Buen amigo, le preguntó un día ¿qué decís á Nuestro Señor en las largas visitas que le hacéis? — « No le digo nada : *le miro y me mira...* » ¡Bella y sublime respuesta! Aquel buen hombre nada decía, no abría ningún libro, ni sabía leer; pero tenía ojos, los del cuerpo y los del alma ; abría sobre todo los del alma , y miraba á Nuestor Señor : « *¡ Yo le miro!* » En Él fijaba todo su espíritu, todo su corazón, todos sus sentidos y potencias; quedaba absorto en ardiente y silenciosa contemplación, y en ella se perdía deliciosamente. En ese coloquio íntimo, en esa palabra muda, que iba y venía del corazón del siervo al de su Maestro, había un cambio de inefables sentimientos y de misteriosas miradas. Hé aquí el secreto, el gran secreto para llegar á la santidad. Ser santo es hacerse semejante á Jesucristo; ¿y qué es necesario hacer para parecerse á Jesucristo? Mirarle muchas veces, y mirarle mucho tiempo; porque cuanto más se le ame, más se siente uno inclinado á imitarle. — (*Vida del Cura de Ars.*)

*
* *

COMUNIÓN ESPIRITUAL. — De tal modo me agrada que

un corazón desee recibirme en mi sacramento de amor, que cuantas veces tiene esta aspiración otras tantas lo atraigo amorosamente hácia mí. *(Nuestro Señor á la B. Margarita María).* El Sagrado Corazón nos santificará más y más á medida que mayor sea nuestro empeño en unirnos á él y glorificarlo. — (*Margarita María.*)

*
* *

PROFANADORES CASTIGADOS. — San Optato, Obispo de Mileva, en Numidia, refiere que en Cartago los donatistas movidos por odio á la Iglesia Católica, asaltaron los templos, se entregaron al pillaje y arrojaron las hostias consagradas á los perros. En el mismo momento experimentaron los efectos de la justicia divina. Los perros se volvieron rabiosos y con espantoso furor devoraron á los profanadores, vengando así la injuria que se hacía al Santísimo Sacramento. — (OPTATO DE MILEVA, *Cisma de los donatistas*, año 366.)

*
* *

OTRO EPISODIO. — El año de 1280, en Maestricht (Holanda), un sacerdote que llevaba el Viático á un enfermo pasó por un puente donde alguna gente del pueblo se encontraba bailando. Al oírse las campanillas que anunciaban el paso del Santísimo, algunos dijeron: *Esperemos, que viene el Sacramento.* Una mujer sin religión respondió con una horrible blasfemia. Todos aplaudieron la impiedad y continuaron el baile. De repente el puente se hunde y sepulta á más de doscientas personas. — *(Surius. — Mayole.)*

*
* *

DESAFIAR AL CIELO. — En 1793, en momentos en que un regimiento francés, que se encontraba en Italia, atravesaba una ciudad, se desencadenó una tormenta. Los soldados encontraron abierta una iglesia y entraron en ella para ponerse al abrigo del agua que caía á to-

rrentes. Eran tiempos de persecución religiosa. No sólo se debilitaba la fe y la piedad sino que había quienes estimaban como una gloria manifestarse impíos. Los soldados se condujeron en el templo del Señor como si estuvieran en un lugar profano. Quisieron algunos darse á un funesto entretenimiento. Propusieron hacer una parodia sacrílega de la Eucaristía bendiciendo el vino. La idea fué aceptada; buscaron vino, y como no hallaran bastantes jarros en que beber, hubo un soldado harto impío para subir al altar, reventar la cerradura del Sagrario y tomar en la mano el copón, echando por tierra las santas hostias. La ira del Señor no tardó en manifestarse. El sacrílego cayó muerto en el momento que llenaba de vino el copón; el vaso sagrado le quedó tan unido á la mano que nadie pudo después desasirlo, hasta que vino á tomarlo el cura de la parroquia. Muchos habitantes de la ciudad fueron testigos de este sacrilegio y de su inmediata consecuencia. — (Noel, *Cat. de Rodez.*)

*
* *

Profanación y público desagravio. — El 1° de Setiembre de 1274, bajo el reinado de Felipe el Atrevido, hijo de San Luis, un ladrón penetro de noche en la iglesia de San Gervasio en París; sacó el copón que contenía la Santa Eucaristía y lo llevó al campo, cerca de San Dionisio, á dos leguas de la capital. Sólo allí vino á abrir el vaso sagrado. Apenas lo destapó, la única hostia que había dentro se elevó y voltejeando sobre la cabeza del sacrílego le siguió á todas partes. En vano procura evitarlo, ya corriendo, ya apartándose del camino : la hostia permanece elevada sobre su cabeza sin abandonarle un instante. Sobrecogido de temor se aleja de la población y de toda vivienda; mas al fin, rendido de cansancio, siente la necesidad de

detenerse. También la hostia se detiene. Algunas personas acierlan á pasar por allí y asombradas se preguntan lo que esto significa. El crimen se descubre. Se avisa al párroco de San Dionisio, quien en el acto da cuenta al Arzobispo de París. Mientras es detenido el ladrón, sale de San Gervasio una procesión de todo el clero seguido de numerosísimo pueblo. Cuando ésta hubo llegado cerca del criminal, la hostia por sí sola fué á colocarse en manos del cura de aquella parroquia; él mismo la había consagrado. Millares de personas que presenciaban el milagro bendijeron á Dios y volvieron procesionalmente á San Gervasio. Para perpetuar tan gran prodigio se fundó una misa semanal y perdurable en honor del Santísimo Sacramento. Todavía se conserva en el muro izquierdo de la iglesia, una vieja inscripción que atestigua el hecho, y todos los viernes del año sigue celebrándose la misa establecida para bendecir á Dios y reparar aquella profanación de su cuerpo adorable. — (*P. Giry. — Tesnières.*)

III

Su Excelencia.

DISPOSICIONES QUE SE REQUIEREN PARA COMULGAR.

— *¿Quién es el sujeto del sacramento de la eucaristía?*
— *Todo cristiano que tiene uso de razón.*

Primera Comunión. — En la primitiva Iglesia acostumbrábase dar á los niños, que aun no habían llegado al uso de razón, las hostias consagradas restantes á la comunión pascual.

Esto manifiesta cuan grande interés tiene la Iglesia en que ninguno demore en recibir á Nuestro Señor.

Desde que un niño distingue la diferencia entre pan y pan y tiene la instrucción indispensable, sin atención á la edad, ¡reine pronto en su alma el Celeste Soberano! — (*Don Bosco.*)

— *¿Cuántas disposiciones se requieren para comulgar?*

— *Tres: dos de parte del alma y una de parte del cuerpo.*

— *¿Cuáles son las de parte del alma?*

— *1° Estar en gracia de Dios y 2° saber á quién se va á recibir.*

— *¿Cuál es la de parte del cuerpo?*

— *Estar en ayunas desde las doce de la noche antes del día en que se va á comulgar; pero si la comunión la recibe un enfermo en forma de* VIÁTICO *no es necesario que se encuentre en ayunas.*

— *¿Cuáles son los efectos que produce una buena comunión?*

— *Estos: une estrechamente al alma con Jesucristo, la fortalece, aumenta la gracia, debilita los estímulos de la carne, borra los pecados veniales, etc.*

— *¿Qué pecado comete el que recibe la Santa Comunión en pecado mortal?*

— *Un horrendo sacrilegio.*

— *¿Qué es comunión espiritual?*

— *El deseo ardiente de unirse espiritualmente á Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado.*

EXCELENCIA DE LA SANTA EUCARISTÍA. — Nuestro Señor ha dicho: « Todo lo que pidiereis á mi Padre en mi nombre se os concederá. » Jamás hemos pensado en pedirle á Dios que su propio Hijo se humillara hasta hacerse hostia y que nosotros nos realzáramos hasta servirle de morada, y sin embargo, lo que el hombre no hubiera podido imaginar siquiera, Dios lo ha hecho;

lo que el hombre no puede decir, ni concebir, ni se hubiera atrevido á desear, Dios en su amor sin límites, lo ha dicho, lo ha concebido y lo ha ejecutado...

Los seres de la creación tienen necesidad de alimentarse para vivir; por eso Dios Nuestro Señor ha hecho crecer los árboles y las plantas; es la tierra una mesa perfectamente servida, donde todos los animales vienen á tomar el alimento que les conviene. Pero es necesario tambien que el alma se alimente. Cuando Dios quiso dar alimento al alma para sostenerla en la peregrinación de la vida, echó una mirada sobre la creación, y no encontrando nada que fuese digno de ella, resolvió ser él mismo su alimento... ¡Oh, alma mía, cuán grande eres, pues sólo Dios puede satisfacerte, sólo Dios puede saciarte!

Al lado de este precioso Sacramento, nosotros somos como aquel que se muere de sed á la orilla de un río, necesitando sólo inclinarse para apagarla; como aquel que encontrándose junto á un tesoro, que se le ofrece, sigue siendo pobre, cuando para participar de él, le basta extender la mano. — (*El Cura de Ars.*)

*
* *

Nada hay más grande que la Santa Eucaristía. — Comparad todas las buena obras del mundo con una sola comunión bien hecha: serán como un grano de arena delante de una montaña. ¡Oh! ¡qué hermosa será en la eternidad el alma que haya recibido dignamente á Dios? El cuerpo de Nuestro Señor brillará á través de nuestro cuerpo, su sangre adorable á través de nuestra sangre; nuestra alma quedará unida al alma de Nuestro Señor por toda la eternidad, gozando así de una felicidad pura y perfecta. Cuando el alma de un cristiano que ha recibido á Nuestro Señor entra en los cielos los ángeles y la Reina de los ángeles salen á su

encuentro porque en aquella alma reconocen al Hijo de Dios. — *(Id.)*

*
* *

Arma poderosa. — Se refiere que Judas Macabeo, en la víspera de un gran combate, tuvo un maravilloso sueño : un bello y majestuoso anciano se presenta ante sus ojos. Es Jeremías, quien extendiendo la mano derecha le ofrece una espada y le dice : Acepta esta espada de oro; es un don que te hace el Señor; con ella vencerás á los enemigos de Israel : *Accipe Sanctum gladium.*

Esa gloriosa aparición parece renovarse en el recinto sagrado. En lugar de Jeremías, es el sacerdote quien nos da el cuerpo y sangre del mismo Dios para vencer al mundo, al demonio y las pasiones. — *(Sibillat.)*

*
* *

El pan de los fuertes. — El profeta Elías era perseguido de muerte por la impía Jezabel. Para sustraerse á la venganza de esta reina, vióse obligado á huír y á retirarse á un desierto... Allá, fatigado, rendido y casi exánime, prosterna la frente en tierra y, después de rogar al Señor que se compadezca de su suerte, se queda dormido á la sombra de un árbol. Mas, hé aquí que un ángel desciende del cielo, le despierta y le dice : Elías, Elías, levántate y come. El profeta se levanta y ve junto á sí un pan milagroso y un vaso de agua. Se alimenta y de nuevo se duerme. El ángel le despierta por segunda vez y le dice : levántate y come, porque te queda largo camino que recorrer. El profeta obedeció, y fortificado con el celestial alimento, anduvo cuarenta días y cuarenta noches, sin sustentarse, hasta llegar á la montaña de Horeb, término de su viaje y de sus peligros. Allí encontró la paz y bienestar que deseaba.

Hé ahí la imagen de un cristiano en la tierra. Las persecuciones que sufre ¿no son acaso las tentaciones? y el pan que sostiene su alma ¿no es la Santa Eucaristía? Sí, ella es el pan de los fuertes que da valor y energía al que lo recibe. Como Elías tenemos, desde la cuna hasta la tumba, largo camino que recorrer; pero alimentados con el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo llegaremos á la montaña santa, al cielo, término de nuestro viaje. — (*Bede Weber.*)

*
* *

El pan de los ángeles. — Santa Catalina de Siena, desde la edad de veinte años, se abstuvo de todo alimento. No comía ni siquiera un pedazo de pan y jamás sufría la menor debilidad. Jesús sacramentado era su vida : él solo le bastaba. Y este manjar divino á la vez que avivaba en su corazón las llamas del puro amor, le hacía más dolorosa la vida que la separaba de su bien amado, de tal modo que después de cada comunión se sentía poseída de singular tristeza. No obstante, al mismo tiempo recibía inefables consuelos, que le quitaban no sólo el deseo sino hasta la posibilidad de tomar cualquier alimento exterior. Cuando ensayaba comer alguna cosa, sufría agudos dolores y no podía retenerla. — (*En su vida.*)

San Gerásimo, Juan el anocoreta, Santa Inés y Santa Ángela de Foliño, durante largo tiempo, sólo se alimentaron con la Santa Eucaristía. — (*Statistique du Musée Eucharistique de Paray-le-Monial.*)

« Dios se ha hecho hombre á fin de que el hombre se divinice; y para que el hombre coma el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se ha hecho hombre, » dice San Agustín.

*
* *

El Cordero de Dios. — Imagínanse algunos que los

Santos al marchar por el áspero sendero de la vida caminan en perpetua alegría y como sin tocar la tierra. Olvidan que la naturaleza jamás muere del todo en el hombre y que mientras dura este destierro Dios proporciona mil ocasiones de enriquecer con méritos una inmortal corona.

Cuando el Señor elige un alma y la predestina para eternas victorias, luego — como á sus apostoles y discípulos, como á su misma Madre inmaculada — la regala con la cruz; pero junto con la virtud de la cruz que cual á los mártires hace fuertes hasta el mayor heroismo, necesario es tener la dulzura del Divino Cordero, y en consecuencia la invita á beber su sangre y acercarse á su corazón en la Hostia.

Santa Francisca Romana vió un día en el Santísimo Sacramento, un Cordero inmaculado, de cuyo corazón herido irradiaba clarísima luz, y á la vez oyó una voz que decía: « El que tenga sed venga á mí y beba. » Recibió entonces la sagrada comunión y se sintió embriagada de amor, al propio tiempo que Jesús le dijo: « Yo soy el Amor hermoso, único digno de ser amado, ayuda y fuerza de los que me aman. »

*
* *

Prodigios de la Santa Eucaristía. — « He venido á poner fuego á la tierra, dice Jesucristo, y quiero que la abrase. » Como el espejo de Arquímedes, que reuniendo en su vivísimo foco el fuego de la bóveda celeste, lo despedía muy adentro de los mares é incendiaba las flotas de los enemigos, así puede decirse que desde la Santa Eucaristía se desprenden las llamas del divino amor que con ellas abrasa la tierra. De ahí los prodigios de ese amor en el corazón de los hombres que adoran á Jesucristo; de ahí esas legiones de mártires, de apóstoles, de confesores, de vírgenes y de santos de ambos sexos.

Un príncipe protestante decía á un católico : « Yo no me explico la incontestable ventaja de vuestras hermanas de la caridad sobre nuestras enfermeras; las vuestras son abnegadas y parecen movidas de fuego sagrado para cumplir su piadosa misión; las nuestras carecen de celo y siempre se nota su espíritu mercenario y egoista. — Varias razones podrían explicar esa diferencia, contestó el católico; pero esta sola es suficiente : nuestras hermanas de la caridad reciben con frecuencia la Santa Eucaristía; en ella aprenden la abnegación y el sacrificio y sostienen la debilidad natural con la gracia del Sacramento. »

« Cuando el viajero que recorre el Egipto ve entrelazarse las datileras con los cedros, sicomoros y olivos, en las campiñas donde se hacen dos y tres cosechas al año, admirado de la feracidad de aquellas florestas, pregunta la causa de tan exuberante vegetación, el egipcio, con noble orgullo, le señala el río Nilo y le dice : « Cada año hay una estación en que desbordándose el río pasa por sobre las barreras que forman su cauce é inunda todos los campos de Egipto. Se retira después y deja la tierra cubierta de fecundo limo : hé aquí el manantial de nuestras riquezas... » Así, cuando se pregunta á la Iglesia la causa de ese rico tesoro de virtudes que germina en las almas, responde, como los egipcios, señalando el tabernáculo : hé ahí la fuente de todo lo grande que hay en el cristianismo. »

*
* *

La Hemorroísa. — La curación de la hemorroísa es una elocuente figura de los saludables efectos de la santa Comunión. — « Tan sólo con tocar la vestidura de Jesús seré sana, » decía aquella mujer. Y en verdad llena de fe se acercó á Jesús, le tocó el ruedo del vestido y sanó al instante.

En la santa Comunión hacemos más, mucho más que tocar el vestido de Nuestro Señor Jesucristo... nos alimentamos con su propio cuerpo y sangre, ¿quién podrá imaginar la virtud de ese manjar divino? Y ¿cuántas serán las gracias y bendiciones que el alma bien dispuesta atesore al recibirlo?

*
* *

JESUCRISTO NOS AMA MÁS QUE UNA MADRE Á SU HIJO. — Una madre, que llevaba en sus brazos á un niño de seis meses, se embarcó en Inglaterra con dirección á América. En alta mar se desató furiosa tempestad que puso al navío en riesgo inminente de naufragar. En la confusión, arrojan al mar las mercaderías y parte de los víveres con el objeto de aligerar la embarcación.

Pasó al fin la tempestad, pero sobrevino un azote no menos terrible, el hambre. Cada pasajero fué reducido á la tercera parte de su ración, y á la pobre madre, privada de alimento, se le agotó la leche para su hijo. Entretanto el niño pide con tiernos lamentos el sustento acostumbrado y élla no tiene que darle. Á la vista del hijo debilitado, macilento, próximo á perecer de hambre, la madre siente que su corazón se destroza y sus ojos se bañan en lágrimas. El niño nada comprende. Continúan sus gemidos... ¿Qué hacer?... La madre toma una resolución heroica; armada de un cuchillo, se abre una vena de los brazos y aplica á la herida los labios hambrientos de su hijo, el cual bebe con deleite la sangre de su madre... Mas, ¡ay! el hijo recobra la vida, pero la madre la pierde. Extinguidas sus fuerzas cae exánime y expira junto al hijo, contenta de sacrificarse por él.

Hé ahí un rasgo de heroísmo maternal que enternece y asombra.

Cuando ese niño haya crecido, cuando sepa como ha

sido salvado, ¿cuál será el cariño que sienta por su madre? Elevando sus manos al cielo, exclamará enternecido: ¡Dios mío, tened piedad de mi madre, que tanto me ha amado!...

Pues bien, lo que esa madre hizo por su hijo lo ha hecho Jesucristo por cada uno de nosotros. Nosotros, arrojados en el mar de este mundo ibamos á perecer. Jesucristo, compadecido de nuestra triste suerte no abre solamente una de sus venas, sino su corazón, todo su corazón. Y la humanidad se acerca allí, aplica sus labios hambrientos, y cada día, en la Santa Eucaristía, bebe la vida, la salvación, la fuerza, la virtud y la felicidad.

¿Cómo extrañar entonces que haya almas generosas, verdaderos santos que lo amen hasta sacrificarse y dar su vida por Él? — (*Mullois.*)

*
* *

La Santa comunión inspira valor. — En Sebastopol un coronel francés recibe orden de salvar un reducto. Se lanza á la cabeza de un regimiento, en medio de las metrallas y bayonetas y con arrojo invencible toma una batería. El general, maravillado, le dice entre su estado mayor: — ¡Coronel! qué sublime presencia de espíritu! ¿Cómo habéis podido conservar tanta calma delante de tan gran peligro? — *Mi general*, respondió el coronel, *yo he comulgado esta mañana.* — (*Cat. en exemples du Frère Philippe.*)

*
* *

Preparación para comulgar. — Cuando una persona espera á otra de distinción, procura adornar tanto mejor su casa cuanto más digna y respetable es la visita; deja á un lado los asuntos que no son urgentes; sólo se preocupa con la idea de la persona á quien va á recibir; sólo piensa en el honor que con tal visita va á al-

canzar, y examina si todo está bien dispuesto á fin de agradarle. Del mismo modo debe proceder un cristiano que se prepara para recibir la santa comunión : sólo debe pensar en este grande acto, debe dejar á un lado cualquier otro pensamiento y atender únicamente á Nuestro Señor Jesucristo que le va á visitar y que va á establecer su morada dentro de su alma. — (*F. Luis de Granada.*)

*
* *

Maravillosa Comunión de San Estanislao de Kostka. — Para comulgar santamente, el cristiano debe excitar en su corazón vivos sentimientos de humildad, de fe, de amor, de arrepentimiento y desear con ardor unirse á Nuestro Señor Jesucristo.

En 1566, Estanislao de Kostka, tenía diez y seis años y hacía sus estudios en Viena, cuando cayó gravemente enfermo. El dueño de la casa en que vivía Estanislao era hereje luterano, y no quiso consentir en que á ella se trajese la Santa Eucaristía. Privado de tan deseado consuelo, Estanislao recurrió á los santos de su devoción y en especial á la gloriosa virgen y mártir Santa Bárbara, en cuya vida había leído que ninguno de sus devotos moría sin recibir los sacramentos. Y en efecto, una noche en que pedía á la Santa, con singular fervor, que le alcanzase de Dios el poder comulgar, vió bañarse de luz el aposento, y entre celestiales resplandores aparacer la gloriosa mártir acompañada de dos ángeles, que le trajeron el Santísimo Sacramento.

*
* *

Admirable fervor. — Tan excelentes eran las disposiciones con que la hermana María Genoveva Hautín se preparaba para recibir la Santa Comunión que Dios la premió con una gracia extraordinaria : al presentarse en una ocasión á la mesa eucarística la sagrada hostia,

escapándose de manos del sacerdote, voló á la boca de la piadosa hermana, con admiración general de cuantos estaban presentes.

Dios favoreció de un modo parecido á San Francisco de Sena, y todavía más extraordinariamente á Santa María Magdalena de Pazzi y á San Henrique de Alemania.

* * *

San Buenaventura. — Se refiere que este santo, antes de ser sacerdote, asistía á la Santa Misa abismado en profundos sentimientos de humildad. En cierta ocasión, después que el sacerdote partió la hostia, descendió un ángel que tomando uno de los fragmentos que estaban sobre la patena lo dió á comulgar al Santo. Toda la comunidad presenció el milagro.

Años después, encontrándose en el lecho de muerte — siendo cardenal y obispo — á causa de continuos vómitos, se veía imposibilitado para comulgar. Suplicó, sin embargo, á su superior le llevara el Santísimo Sacramento para adorarle y tener el consuelo de rendir el alma en su misma presencia. Se accedió á sus deseos; mas el moribundo pidió otra gracia manifestando gran interés en que se acercara el copón cuanto fuera posible á su pecho. En el momento en que esto se ejecutaba se vió aparecer un ángel, que con sólo tocarlo le abrió el costado, y en seguida tomando una hostia del copón la introdujo en el corazón de Buenaventura. La herida se cerró, al punto, por sí misma y Jesús llenó de inefables consuelos á su amante servidor.

En la vida de otros santos se refieren milagros semejantes : San Onufre en el desierto de Egipto, Marcos en Palestina, la Beata Emilia dominicana, Santa Inés y San Magloire obispo de Dol recibieron la sagrada hostia ofrecida por un ángel. — (*Statistique du Musée Eucharistique de Paray-le-Monial.*)

— El año de 1250, en Gaeta, dos religiosos franciscanos, que el día Jueves Santo se preparaban para comulgar, advertidos por su superior de que faltaba el pan á la comunidad, según la costumbre de la orden, fueron enviados á pedir limosna de puerta en puerta. De vuelta al convento, ya la misa había terminado, se había distribuído la santa comunión á los religiosos y al pueblo, y las formas restantes, conforme á la disposición litúrgica, se habían reservado en el *monumento*. Mucho sintieron los dos padres mendicantes verse privados del pan de los ángeles en tan solemne día. Entraron en la iglesia para hacer una visita á Jesús Sacramentado. Allí al pie del altar le exponen sus amorosas quejas diciéndole : « ¡Oh! Jesús ; bien conocéis nuestro dolor ; somos hijos de obediencia y ella nos ha privado del consuelo de recibiros ; pero no nos privéis, al menos, de vuestra divina bendición. » Orando estaban cuando ven salir del altar del monumento á un hombre admirable, lleno de majestad y modestia, que con indecible ternura los invita á acercarse á él, y les dice : « Yo soy el Salvador á quien invocáis ; he escuchado vuestros deseos y voy á satisfacerlos. » El Salvador dió la comunión á cada uno de ellos y desapareció. — Milagro es éste muchas veces repetido : San Clemente de Ancira en Roma, San Dionisio Obispo de París, la beata Dorotea y Santa Coleta en Italia y el Beato Alfonso de Orosco en Sevilla recibieron la santa comunión de la propia mano de Nuestro Señor. — (*Statistique du Musée Eucharistique de Paray-le-Monial.*)

Vueltos los religiosos de su asombro advirtieron un nuevo prodigio. Jesús había dejado impresas en el pavimento del altar las huellas de los piés, como en el monte de los Olivos el día de su gloriosa ascensión. El pueblo se apresuró á venir á contemplar las milagrosas

huellas, que hasta ahora se conservan, circundadas de una reja, y son objeto de la constante veneración de los fieles. — (*Bolland.*)

*
* *

Acción de gracias después de la Comunión. — ¡Cuán grande era el amor que ardía en el corazón del anciano Simeón durante su éxtasis! Porque estaba verdaderamente en éxtasis cuando tenía en brazos al Niño Jesús. Había pedido á Dios no le dejase morir sin ver al Salvador del Mundo, y el Señor se lo prometió. Cincuenta años estuvo esperando y anhelando su venida, cuando al entrar María y José en el templo le dijo Dios : « Ahí le tienes ya; » y tomándolo entonces en los brazos y estrechándole sobre el corazón, inundado de amor, exclamó el santo anciano : « Ahora, Señor, ya puedo morir en paz; » y luego lo entregó á María sin poder mirarle sino algunos instantes. Pero nosotros ¿no somos mucho más felices que Simeón? Nosotros podemos mirarle siempre, si queremos, pues no viene solamente á nuestros brazos, sino á nuestro corazón. ¡Cuán inefable es nuestra dicha! pero ¡ay! que poco la comprendemos. Si la comprendiésemos no podríamos vivir; moriríamos de amor! El buen Dios se da á nosotros todo entero. Podemos llevarle á donde queramos, como queramos y cuando queramos, porque se une íntimamente á nosotros.

Si después de haber comulgado, al retirarnos del templo, alguno nos dijera. ¿Qué lleváis á vuestra casa? Podríamos muy bien responderle : « ¡Llevo el Cielo! » Al retirarnos de la mesa santa, somos tan felices, como lo habrían sido los Reyes Magos, si después de adorar al Niño Jesús, hubiesen podido llevarle consigo. ¡Cuán grande debe ser nuestro agradecimiento! — *(El Cura de Ars.)*

La acción de gracias es el momento más solemne de la vida cristiana. — Cuando Temístocles, aunque inocente, desterrado de Grecia, su patria, fué á refugiarse bajo el poder de Artajerjes, rey de Persia, fué tanto el contento de este rey, por tener en su casa á tan ilustre huésped, que se levantó tres veces durante la noche, exclamando lleno de alegría : « ¡Tengo conmigo á Temístocles! ¡tengo á Temístocles! »

¡Cuánto mayor razon para alegrarnos tenemos nosotros cuando recibimos á Jesús en la Santa Eucaristía! « Está entonces á nuestra disposición el Rey de Cielos y tierra. Se nos da sin reserva. Podemos pedir al Eterno Padre todo lo que queramos y pagar todas nuestras deudas.

Un santo sacerdote rogaba por un amigo suyo difunto. Dios le había dado á conocer que estaba en el Purgatorio. Ocurrióle el pensamiento de que nada mejor podría hacer por su amigo que ofrecer por su alma el Santo Sacrificio. Á tiempo de consagrar tomó en las manos la hostia y dijo : « Padre santo y eterno, » escuchadme. Vos tenéis en el Purgatorio el alma de » mi amigo y yo aquí tengo el cuerpo de vuestro Hijo ; » libertad de sus penas á mi amigo y yo os ofrezco » vuestro Hijo con todos los méritos de su pasión y » muerte. » En efecto al alzar la hostia vió el alma de su amigo, que radiante de gloria subía al Cielo.

No de otra suerte cuando queramos obtener algo de Dios, después de la santa comunión ofrezcámosle su amado Hijo con sus infinitos méritos. Nada podrá entonces rehusarnos; por muchas que sean las gracias que le pidamos, por muchas las que nos conceda y entre éllas el mismo cielo, Jesús vale más, infinitamente más que todos los dones imaginables. — (*El Cura de Ars.*)

Comunión frecuente. — Ahora, mucho más que en otros tiempos, tenemos necesidad de santos, y *sólo la comunión frecuente hace los santos.* La comunión aun cotidiana está absolutamente aprobada por la Iglesia hasta para los fieles débiles é imperfectos (1). El venerable Cura de Ars creía con toda la tradición que la adorable Eucaristía es el *pan de cada día* que pedimos á Dios en la oración dominical; con Fenelón, que si Jesucristo se da á nosotros bajo la apariencia de pan, que es el alimento más familiar del hombre, es para que á menudo recibamos su cuerpo resucitado y glorioso; con San Juan Crisóstomo, que la temeridad no consiste en aproximarse muy frecuentemente á la mesa del Señor, sino en hacerlo sacrílegamente, aunque no fuese más que una vez en el curso de la vida; que para los verdaderos fieles la Pascua dura todo el año. Id á la comunión, hermanos míos, decía, ¡id á Jesús con amor y confianza! Id á vivir de Él, á fin de que viváis para Él. No digáis que tenéis mucho que hacer; eso no puede serviros de excusa; reprobado está en la parábola de los invitados á la gran cena, excluídos del banquete eterno por haber alegado vanos pretextos, y el divino Salvador ha dicho también : *Venid á mí todos los que os encontráis agobiados y oprimidos por el peso del trabajo, y yo os aliviaré.* ¿Podéis resistir á una invitación tan amistosa, tan llena de ternura y amor? — Tampoco digáis que no sois dignos : es verdad que no lo sois; *pero tenéis necesidad del divino manjar para alimentar vuestra alma.* Si Jesús hubiese tenido en cuenta nuestra indignidad, jamás hubiera instituído tan adorable sacramento de amor; porque nadie en el mundo es digno de ese misterio inefable, ni los santos, ni los ángeles, ni

(1) Frassinetti (Preciosísima es la disertación que á este respecto hace en su *Teología moral*).

los arcángeles, ni la Madre de Dios; pero ha atendido á nuestras necesidades y todos la tenemos grande de Él. — Ni digáis que sois pecadores, que estáis llenos de imperfecciones y miserias y que por eso no os atravéis á aproximaros á la sagrada mesa. Eso es como decir que estáis demasiado enfermos, que tenéis necesidad de medicinaros, y que por eso no queréis recurrir al médico, ni hacer uso de remedios ni de medicina. — Don Bosco exhorta encarecidamente á los niños á que reciban con frecuencia la sagrada comunión, y en su *Joven Instruido* les dice : « Así como el maná sirvió de alimento diario á los hebreos, durante todo el tiempo que estuvieron en el desierto hasta el diá en que entraron en la Tierra Prometida, así la santa comunión debiera ser nuestro sostén, nuestro pan cotidiano, en medio de los peligros que nos rodean en este mundo, hasta que consigamos la verdadera tierra prometida, el paraíso... No os excuséis con decir : *Yo comulgo pocas veces para hacerlo con más fervor*. Esto es un engaño. Generalmente se hace mal lo que se hace raras veces... Nuestro Señor Jesucristo, viniendo frecuentemente á nosotros, nos da las gracias que necesitamos para no caer en faltas graves y nos borra las culpas veniales. En efecto, se ve cuanto menos perfectas son las personas que comulgan raras veces, que las que lo hacen á menudo. ¿Ánimo pues? Si queréis hacer el acto más agradable á Dios, el más eficaz para vencer las tentaciones y perseverar en el bien, acercaos con frecuencia y bien dispuestos á la Santa Mesa. »

*
* *

Una comunión menos. — El Padre Lacordaire, encontrándose en Sorèze, hizo viaje á París con intención de regresar en la misma tarde. Se trataba de su candidatura como miembro de la Academia. Uno de sus amigos

le rogó encarecidamente demorara un día más en la capital. La exigencia era tan noble como razonable. Mas el Padre Lacordaire confesaba los sábados en Sorèze y habría sido menester diferir hasta el domingo. Toda las glorias y ambiciones del mundo tenían que fracasar. « No, dijo el Padre Lacordaire; hay penitentes que me esperan. *No puede calcularse el efecto de una comunión menos en la vida de un cristiano.* » Y partió al instante. — *(L'abbé Perreyve.)*

*
* *

El día mas feliz de la vida. — El Emperador Napoleón I conversaba un día familiarmente con muchos de sus ilustres compañeros de armas. Preguntábanse unos á otros cuál era el día que cada cual consideraba como el más dichoso de la vida. Este respondía que el de la batalla de Marengo, aquel el de la de Austerlitz, quien el de la de Jena, quien el de la de Wagram, todos citaban alguno de esos nombres de batallas que para el mundo entero han venido á ser sinónimos de gloria y honor. El Emperador estaba pensativo y había dejado de mezclarse en la conversación. Uno de los presentes tomóse la libertad de interrumpirle sus meditaciones y le dijo : ¿Y vos, Alteza, podréis decirnos cuál es el más hermoso día de vuestra vida? Indudablemente que Vuestra Majestad tendrá dificultad en escoger entre tantos días de triunfo. — « El día más hermoso de mi vida, respondió con gravedad el Emperador, ha sido el día de mi primera comunión. » — (Segur, *Veladas.*)

*
* *

Cuanto puede el sólo recuerdo de la primera comunión. — En 1841, vivía yo en París; era miembro de las conferencias de San Vicente de Paul, y había recibido la comisión de visitar á los enfermos del hospital Necker, situado en la calle de Sevres. Cierto día una her-

mana de caridad me recomendó seis ó siete enfermos, y después añadió : vaya Ud. al número 39; es el de un hombre de treinta y dos á treinta y tres años, tísico en el último grado, que dentro de tres días habrá ya muerto. Por más que he hecho, nada he podido conseguir de él; tres ó cuatro veces me ha enviado á paseo, y hasta ahora ha recibido siempre con expresiones groseras al capellán del hospital. Un hermano de San Vicente de Paul, que le ha visitado muchas veces, no ha obtenido mejor resultado que nosotros. Es probable que también á Ud. le despida; pero es menester no perdonar medio tratándose de la salvación de una pobre alma.

— ¡Bah! querida hermana, le respondí, si me manda á paseo, me voy á paseo y tendré siempre el mérito de la buena obra. Sólo os ruego que recitéis un *Ave María* mientras voy á hablarle.

Hice mi visita, y de cama en cama llegué al número 39. Quedé estupefacto delante de mi recomendado. La muerte parecía retratarse en su rostro. Permanecía sentado en la cama, reclinado sobre tres ó cuatro almohadas; lívido, demacrado, entreabiertos los labios, parecía próximo ya á dejar escapar el último aliento.

Me acerqué á su cama y le saludé. Me miró fijamente sin decirme nada. Le pregunté por su salud : « Querido amigo, le dije, la Hermana me ha manifestado que Ud. padece mucho y que su enfermedad es ya larga. »

No me responde; sólo la mirada de aquel hombre se hacía por momentos más y más dura, y parecía decirme : « Nada me importa tu compasión; déjame en paz. »

Hice como que no lo advertía y proseguí otra vez :

« Padece Ud. mucho ahora, ¿podría yo aliviarlo en algo? »

Ni una palabra.

« ¿Qué quiere Ud. pobre amigo mío? Es necesario hacer de la necesidad virtud y ofrecer los padecimientos al buen Dios en expiación de las propias faltas; á lo menos así le serán provechosos. »

Siempre el mismo silencio y la misma acogida. El enfermo me miraba cada vez con ojos más amenazadores, y yo conocía que estaba á punto de prorrumpir en injurias contra mí... La Providencia de Dios me envió una súbita inspiración. Me aproximé al desgraciado y le dije á media voz : « ¿Ha hecho Ud. una buena primera comunión? » Esta pregunta produjo el efecto de una conmoción eléctrica. Hizo un ligero movimiento como de sorpresa; cambió la expresión de su semblante y con voz apenas perceptible murmuró : — « Sí, Señor. »

— ¡Y bien! amigo mío, repliqué, ¿no es verdad que entonces era Ud. feliz? — Sí, Señor, me respondió con voz conmovida, y al propio tiempo vi surcadas sus mejillas por dos gruesas lágrimas.

Le cogí las manos. « ¿Y por qué entonces era Ud. feliz sino porque su alma era pura, casta, amante y temerosa de Dios, en una palabra, porque Ud. era buen cristiano? Pero aquella felicidad puede volver todavía y Dios es el mismo... » Él continuaba llorando. « ¿No es verdad, añadí, que quiere Ud. confesarse? »

— « Sí, Señor, » dijo entonces haciendo un esfuerzo, y enderezándose espontáneamente hacia mi para abrazarme. Lo estreché con toda la efusión de mi alma. Le di algunos sencillos consejos para facilitarle la ejecución de su buen propósito y me despedí.

Manifesté á la Hermana el triunfo de la gracia. No sé lo que sucedió después; pero lo que quedó profundamente grabado en mi alma es la maravillosa fuerza, el admirable poder de la misericordia de Dios que con

una palabra mudó en un instante aquel corazón duro como una roca. El solo recuerdo de su primera comunión bastó para convertir y probablemente para salvar á aquel infeliz moribundo. ¡Dichoso él, que la había hecho bien; porque si hubiese ejecutado con negligencia este grande acto de la vida cristiana, muy insignificante impresión habría causado en su corazón la memoria que le hice del mismo! — (*Id.*)

*
* *

La Beata Imelda Lambertini. — Vivía Imelda en Bolonia, en Italia. Desde su más tierna infancia se notó el atractivo extraordinario que para ella tenían todos los ejercicios de piedad. Los ojos se le llenaban de lágrimas cuando oía alguna historia edificante. A la edad de diez años obtuvo permiso de sus padres para entrar en el monasterio de las religiosas dominicanas. Con inexplicable placer abandonó la opulencia y regalo de su casa para entregarse al retiro y á la mortificación, esperando llegase la edad en que pudiera consagrarse á Dios con votos irrevocables.

En la vida religiosa era ejemplar su conducta y rápidamente avanzó en el camino de la perfección. Imelda se distinguía particularmente por su gran devoción á Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado, y lo que sobre todo la afligía era no tener permiso para comulgar con las religiosas. Atendida su edad, habíase diferido concederle el beneficio que más ambicionaba; más Nuestro Señor no tardó en colmar sus deseos. Un día que Imelda, durante la comunión de las religiosas, lamentaba en secreto no poder acercarse á la santa mesa, se vió descender del cielo una hostia que quedó suspendida sobre la cabeza de la piadosa niña. A la vista de tal prodigio creció su ardor é interés. Las religiosas, testigos de esta maravilla, llenas de estupor, advirtieron

al capellán. El sacerdote, se acercó y recibiendo la hostia en una patena dió la comunión á la angelical virgen, ya que Nuestro Señor Jesucristo mismo manifestaba así su voluntad de visitarla.

Imelda, en el colmo de su felicidad, cerró los ojos, como si se rindiera á un dulce sueño, y luego entregó su alma á Dios y voló al cielo el 12 de Mayo de 1333.— *(Postel.)*

*
* *

Un cristiano fiel a su primera comunión. — Una piadosa familia de Ruán contaba entre los suyos á un niño llamado Jorge, que sabía corresponder al cariño de sus padres. Laborioso é inteligente, era el primero en sus clases. De hermosa figura, de complexión vigorosa, ágil en los ejercicios gimnásticos, era á la vez inocente y modesto como un ángel. Llegada la edad conveniente, hizo con gran fervor su primera comunión. En la mañana de ese santo día, según estaba prescrito, mostró á su director el cuaderno de sus resoluciones. Entre ellas había una concebida en los términos siguientes :

« Yo tomo la resolución de llevar corbata blanca de primera comunión hasta el día en que llegase á cometer un pecado mortal. »

Sorprendido el director le dijo : Hijo mío, vuestra resolución es bien extraña, ¿quién ha podido aconsejárosla? — El niño explicó el interés que tenía en hacerla. Pidió á su madre le ayudara en tal empeño, y el confesor le dejó seguir su inspiración.

Quince días después uno de sus condiscípulos le tiraba la corbata blanca; otros le hacían distintas bromas. Jorge no varió de propósito. En fin uno de sus compañeros se le acercó una vez y le dijo : Amigo mío, ¿por qué no usas otra clase de corbata? ¿No temes que te llamen extravagante ó te digan algo peor? — Jorge le

confió su secreto, recomendándole absoluta reserva; mas, á la mañana siguiente, ya todo el colegio lo sabía. De las chanzas se pasó entonces al respeto. Nadie le hacía ni la menor broma.

Jorge, por su parte, les daba ejemplo con su virtud. Cada domingo recibía con vivo fervor la sagrada comunión.

Llegaron las vacaciones y se presentó á sus padres con corbata blanca. Volvió al colegio; lo mismo. Se sucedieron los años y hasta hacer el estudio de filosofía, Jorge no cesó de llevar corbata blanca.

Concluyó sus clases; se recibió de bachiller, en 1870, á la edad de diez y ocho años. Estalló entonces la guerra y pidió permiso á su padre para unirse á los zuavos pontificios del general Charette. Había servido de modelo en el colegió y siguió siéndolo entre sus compañeros de armas. Comulgaba todos los domingos y fiestas. Al llegar cerca de Mans, se acordó asaltar un reducto del ejército prusiano. Quinientos zuavos fueron escogidos para acometer esta empresa. Doscientos perecieron. Los trescientos restantes quedaron dueños del reducto. Jorge era del número de los vencedores; mas, de repente, silba una última bala perdida y le hiere mortalmente.

Pocos momentos después pasa junto á él un capellán de ejército y le ofrece los socorros de su ministerio. — Gracias, señor capellán, le contesta Jorge. Hace dos días que me confesé y comulgué; por el momento nada pesa sobre mi conciencia. Hacedme la gracia de tenderme sobre un poco de paja y administrarme la santa comunión. También voy á pediros otro servicio. Tomad mi saco y en él encontraréis una corbata blanca, una cinta blanca y un rosario blanco: son mis recuerdos de primera comunión. Tened la bondad de traérmelos.

Cuando el capellán hubo vuelto, Jorge le dijo : « Os ruego que me pongáis al cuello esa corbata. » En seguida, después de recibir el Santo Viático, añadió : « Luego que yo haya muerto dignaos quitarme la corbata, enviarla á mi madre y escribirle de mi parte que *esta corbata de mi primera comunión jamás ha recibido otras manchas que las de esta sangre derramada por nuestra patria. — (Huguet; — Importance de la première communion.)*

*
* *

La conversión de Luis Veuillot. — Mi educación en punto á religión ha sido la peor del mundo; pues no sólo ignoraba la verdad, sino que tenía gusto, respeto y veneración por el error. Cuando concluí mis estudios, salí pertrechado de argumentos contra Dios y la Iglesia Católica. Después viví como un verdadero hijo de París, como verdadero ciudadano del barrio de Montmartre, ocupadísimo en mis negocios y consagrado á mis diversiones y á la política todo el tiempo que aquellos me dejaban. Me casé. Permitió Dios que, donde yo no buscaba más que belleza, talento y dinero, encontrase una buena y honrada mujer. Educada como yo, tan ignorante como yo, mi mujer era mucho mejor. Tenía el sentimiento religioso.

Éste se desarrolló cuando fué madre : nacido el primer niño, entró de lleno en el camino. Cuando pienso en esto siento en el corazón un afecto de gratitud hacia Dios, afecto sobre el cual me parece que estaría siempre hablando y que nunca sabría expresar. Entonces no pensaba en ello. Si mi mujer hubiera sido como yo, creo que ni me hubiera ocurrido hacer bautizar á mis hijos. Crecieron los niños ; los mayores hicieron la primera comunión sin que yo lo advirtiera. Dejaba que la madre gobernase en este pequeño mundo, confiado

completamente en ella y modificado, sin saberlo, por el contacto de sus virtudes que yo sentía y no veía.

Vino el más pequeño. Este pobrecito era de un genio salvaje, sin grandes facultades, y si bien lo atendía tanto como á los demás, me sentía dispuesto á usar con él de más severidad. La madre me decía : « Ten un poco de paciencia; cambiará al tiempo de la primera comunión. »

Muy inverosímil me parecía este cambio á hora fija. Sin embargo, comenzó el niño á asistir á la explicación de la doctrina cristiana, preparatoria para aquel acto, y le vi, en efecto, mejorar muy sensible y rápidamente. Paré en ello la atención; veía desarrollarse su espíritu, luchar aquel pequeño corazón, suavizarse su carácter y llegar á ser dócil, afable y respetuoso. Admiraba este cambio que la razón no obra en los hombres; y el niño á quien menos había amado empezaba á ser el más querido.

Al mismo tiempo, esta maravilla me inspiraba serias reflexiones. Me puse á oírle la doctrina; al escucharla, recordaba mis cursos de filosofía y de moral, y comparando esta enseñanza con la conducta que yo había observado, no pude menos que lamentar en el fondo de mi corazón mis pasados extravíos. El problema del bien y del mal, que siempre había evitado profundizar, por imposibilidad de resolverle, se me ofrecía con una luz terrible.

Preguntaba sobre esto al niño y me daba respuestas que me admiraban. Conocía que las objeciones habrían sido vergonzosas y reprensibles. Mi mujer observaba y callaba; pero yo veía su asiduidad en la oración; pasaba las noches sin poder conciliar el sueño; comparaba estas dos inocencias con mi vida, estos dos amores con el mío, y decía : « Mi mujer y mi hijo aman en mí algo

que nunca he amado en ellos ni en mí mismo, y este algo es mi alma. »

Llegó la semana de la primera comunión. No era sólo afección lo que el niño me inspiraba, era un sentimiento que no podía explicarme, que parecía extraño, casi humillante, y que se traducía á veces en una especie de irritación. Me causaba respeto, me dominaba.

Temía manifestar en su presencia ciertas ideas producidas en mi espíritu por el estado de la lucha en que me encontraba. No hubiera querido que se hubiese atrevido á combatirlas, ni que hicieran impresión sobre él. Sólo faltaban cinco ó seis días.

Una mañana, después que el niño hubo oído misa, vino á buscarme á mi bufete, en que estaba solo.

— Papá, me dijo, el día de mi primera comunión no subiré al altar sin haberle pedido perdón por todas las faltas que he cometido y por todos los pesares que le he causado, y Ud. me dará su bendición. Procure Ud. recordar todo el mal que he hecho para reprobármelo, y para no volverlo á hacer. Le ruego que me perdone.

— Hijo mío, respondí, un padre perdona todo aun al niño que no es bueno; pero me es grato poderte decir que en este momento nada tengo que perdonarte; estoy contento de tí. Sigue trabajando, ama siempre á Dios, sé fiel á tus deberes, y tu madre y yo seremos muy felices.

— ¡Oh, papá! el buen Dios me sostendrá, como se lo pido, para no darle á Ud. jamás ningún pesar.

Ruegue por mi, papá.

— Sí, querido hijo mío.

Me miró, húmedos los ojos, y se echó á mi cuello; yo mismo estaba enternecido.

— Papá... continuó.

— ¿Qué, hijo mío?

— Papá, tengo una cosa que pedir á Ud.

Ya veía yo que quería pedirme algo y lo que él quería pedirme ya lo sabía yo;... ¿deberé confesarlo; me asustaba? Tuve la cobardía de querer aprovecharme de su perplegidad.

— Mira, vete; tengo unos negocios en este momento; esta noche ó mañana me dirás lo que deseas, y si á tu madre la parece bien, yo te lo daré.

El pobre niño, confuso y falto de valor, después de haberme abrazado, se retiró desconcertado á una pequeña pieza donde se acostaba, entre mi gabinete y el cuarto de su madre.

Estaba arrepentido del disgusto que le había dado, y sobretodo del sentimiento á que yo había obedecido. Seguí de puntillas á este buen hijo, á fin de consolarle con alguna caricia, y lo observé muy afligido. La puerta de su cuarto se hallaba entreabierta. Miré sin hacer ruido. Estaba de rodillas delante de una imagen de la Santísima Virgen, y oraba con todo corazón. ¡Ah! ¡Os aseguro que en este día comprendí el efecto que puede hacer en nosotros la aparición de un ángel!

Volví á mi escritorio, la cabeza entre las manos y á punto de llorar. Así permanecí algunos instantes.

Cuando levanté los ojos, mi pequeñuelo estaba delante de mí con un semblante lleno de ternura, resolución y amor.

— Papá, me dijo, lo que yo tengo que pedir á Ud. no puede dilatarse y mamá lo encontrará bueno; y es que el día de mi primera comunión venga Ud. con mamá y conmigo. No rehuse, papá. Hágalo por Dios, que tanto le ama.

No pensé siquiera en replicar contra el gran Dios que se dignaba llamarme de aquella manera. Estreché derramando lágrimas á aquel hijo entre mis brazos.

— Si, sí, le dije; sí, hijo mío, lo haré. Cuando quieras; hoy mismo, me tomarás de la mano me llevarás á los pies de tu confesor, y le dirás : « Ved aquí á mi padre. » — (*Luis Veuillot.*)

*
* *

El Sacrilegio es el más enorme de los crímenes. — Cualquiera que coma el pan del cielo ó beba el cáliz del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre de Cristo. El que come y bebe indignamente come y bebe su condenación, dice San Pablo.

« Un religioso de San Francisco, arrobado su espíritu, vió una vez á Nuestro Señor que tenía en la mano una copa trasparente, en la cual brillaba celestial licor que parecía dotado de vida. Era una bebida que Jesús ofrecía á los hombres. Entre los que bebían de este precioso licor, unos quedaban más bellos que los ángeles, resplandecientes como soles, fuertes como leones que se lanzan al combate; y por el contrario otros quedaban trémulos y vacilantes, negros, disformes, monstruosos como los demonios.

Fué ésta una imagen de los efectos que produce la santa comunión. En aquellos que la reciben indignamente, es como una bebida envenenada, un brebaje de muerte; para los que la reciben con la debida preparación es el cáliz de fuerza y vida eterna. — (*Schouppe.*)

Si un ladrón robase un cáliz del altar y en seguida se sirviera de él para beber en una orgía, os estremeceríais de horror, os indignaríais contra el impío; y ¿por qué? Porque ése cáliz ha tocado el cuerpo y sangre adorables de Jesucristo. ¡Ah! el que profana la Santa Eucaristía, haciendo una comunión sacrílega, comete un crimen todavía mayor; puesto que el cuerpo y sangre de Jesucristo son más santos, más augustos, más

venerandos que el cáliz que sirve para la celebración de los sagrados misterios. — (*Lejeun.*)

Yo afirmo sin trepidar, dice el célebre Padre Bourdaloue, yo sostengo sin temor de exceder los límites de la más estricta verdad, que si el Divino Salvador viviese aún en la tierra en carne sensible y mortal, y debiera sufrir una segunda pasión y una segunda muerte, ni todas las crueldades de los verdugos, ni todos los tormentos con que en su odio y barbarie se ensañaran contra él los judíos, nada le sería más doloroso, nada más horrendo que el crimen de un cristiano que profana el cuerpo y sangre divinos con un sacrilegio.

« ¿Qué diríais de un cristiano que arrojase la santa hostia al lodo inmundo de la calle pública ó la diese de alimento á los puercos? Diríais que era un mónstruo del infierno. Y, sin embargo, ese criminal haría mucho menos de lo que hace el sacrílego; porque, para Dios, el corazón manchado con un pecado mortal es más abominable que el lodo y la basura.

¿Qué diríais de un hijo que entregase á su padre maniatado en poder de enemigos dispuestos á atormentarlo?... Eso es lo que hace el sacrílego : entrega á Jesucristo, su padre, su redentor, su mejor amigo, en manos de Satanás su enemigo irreconciliable. » — (*El Ángel de la Primera Comunión.*)

*
* *

Fin deplorable de Judas. — El crimen de Judas es el más odioso y abominable que pueda imaginarse : « Judas murmura; Jesús lo sufre. Es avaro y ladrón; Jesús lo sufre. Forma el propósito de traicionar á su Maestro; Jesús lo sufre. Mas desde que comulga indignamente, al punto, es entregado al poder del demonio. Desde que se hubo alimentado con el cuerpo del Señor,

Satanás entró en él, dice San Crisóstomo. » Desde entonces nada lo detiene en la pendiente del crimen. Entrega á su divino Maestro, lo traiciona con un beso, y cuando el remordimiento tortura su conciencia, no halla el supremo recurso del arrepentimiento y de la penitencia. La desesperación lo lleva al suicidio y á la muerte eterna.

*
* *

Un monstruo de ingratitud. — Cada vez que el célebre Padre Bridayne predicaba sobre la comunión indigna llenaba de terror á su auditorio. Después de haber tronado contra los sacrílegos, con esa voz poderosa que estremecía las bóvedas de las iglesias, se detenía, miraba el altar y con las manos juntas permanecía absorto delante del tabernáculo. Luego con acento sepulcral exclamaba : ¡Ciegos! ¡ingratos!... Dios despierta en este momento en mi espíritu el recuerdo de una historia de la cual tenéis vosotros tanta necesidad como yo para consolar vuestra piedad.

Había lejos de aquí, en una ciudad que no debo nombrar, un joven de esclarecido linaje, de intachable conducta, de lisonjera esperanza, que gozaba en todo el país de la mejor reputación. Era hijo único, de corazón excelente, de carácter bellísimo, y constituía la gloria y las delicias de sus padres. Sucedió que otros jóvenes de su edad se comprometieron de la manera más grave en un asunto que los hacía reos de pena de muerte. Se les formó un proceso y resultaron culpables. La desolación era universal en toda la ciudad donde debían ser ejecutados. Nuestro caritativo joven, movido á compasión, y no hallando otro medio de obtener gracia para los condenados á muerte, por efecto de la generosidad más extraordinaria, se sustituyó á los desgraciados y echó sobre sí toda la responsabilidad del crimen que habían cometido, apareciendo como el único cri-

minal á los ojos de la justicia. En consecuencia sobre él se descargó todo el rigor de la ley, y los jueces pronunciaron decreto de muerte. La consternación fué general, cuando se supo que la ejecución debía efectuarse al día siguiente en la plaza pública.

Por una disposición providencial, el verdugo que debía ejecutar la sentencia cae herido de muerte repentina en presencia de todo el pueblo. De todas partes se clamó diciendo que ese hecho era manifiesta declaración de la inocencia de la víctima. En esos momentos de indecisión y ansiedad indefinibles un joven levanta la voz diciendo : « Si nadie se presenta para efectuar la ejecución del reo, yo haré las funciones de verdugo. » Esta voz que se hacía oír en medio de la multitud consternada era precisamente la de uno de los condenados á muerte, cuya vida iba á salvar el generoso joven. Los jueces aceptaron la propuesta, y ese hombre ingrato ejecutó la sentencia dando muerte con su propia mano al que moría por salvarlo.

¿No es verdad que al oír este relato se levantan oleadas de indignación en vuestro pecho? Pues bien, sabed que ese joven magnánimo que se entrega á la muerte por salvar á verdaderos culpados es Jesucristo, en estado de víctima, en el sacramento de la Eucaristía. Y ese verdugo infame, sois vosotros, Judas desventurados, que renováis la pasión del Salvador con vuestras comuniones sacrílegas. Vosotros habéis dicho, si no con palabras, con los hechos : « Sacad á Jesús de ese santuario en que está oculto; entregádmelo en esa mesa santa; yo lo crucificaré otra vez en un nuevo calvario, y su verdugo seré yo. » — *(Le Livre des enfants qui se préparent à la Première Communion.)*

*
* *

La recepción indigna de la Santa Eucaristía. — Wi-

tikindo, Duque de Sajonia, pagano todavía, habiendo oído hablar de la belleza de las ceremonias de la religión católica, visitó de incógnito los estados de Carlomagno y entró en una iglesia de Aix-la-Chapelle, en tiempo pascual. Era precisamente el tiempo en que los fieles y la armada francesa cumplían con el precepto de la comunión. Asistió con grande atención y piadosa curiosidad sin cansarse de admirar las ceremonias del Santo Sacrificio.

Mas habiendo sido reconocido por un oficial del Emperador, Carlomagno lo llamó á su palacio y le preguntó cuál era el motivo de su viaje. El Duque se lo manifestó sin ambages y como el Emperador le interrogara sobre la impresión que le habían producido los oficios del culto católico, « Todo, en vuestras ceremonias, respondió Witikindo, me ha impresionado profundamente; pero he observado con especialidad una circunstancia de que no he podido darme cuenta. Cuando con vuestros oficiales os acercabais al altar, el sacerdote volviéndose á vosotros os daba un pequeño pan, y he visto que ese pan se convertía en un tierno niño resplandeciente de hermosura; lo he contemplado con indecible placer y hubiera querido encontrarme en el número de los vuestros para recibirle; tendía él los brazos y se dirigía con amor hacia todos aquellos que llegaban al pie del altar; pero he reparado que á algunos se entregaba con visible repugnancia y horror. »

— Sois bien feliz, General, respondióle el Emperador, en haber visto lo que á nosotros nos enseña la fe. El pan se convierte en el cuerpo y sangre de Jesucristo Nuestro Salvador, así que lo consagra el sacerdote; es, pues, el cuerpo mismo de Dios el que se nos distribuye á cada uno de nosotros. Él se da con alegría á los corazones limpios de pecado, y por el contrario se entrega

con indignación y pena á las almas culpadas. Dios os ha manifestado este misterio á fin de abrir vuestros ojos á la verdad y de obrar vuestra conversión. El general sajón abrazó con todo su pueblo la religión cristiana. — (CRANTZIUS, *Historia de los Sajones*, libro III. — *Corbín*, p. 452.)

*
* *

TRISTE FIN. — En una ciudad de Francia se preparaba con gran solemnidad la más simpática de las fiestas : se instruía á los niños para hacer la primera comunión. Llegó al fin ese día tan deseado. El cielo estaba sereno, el sol radiante; la iglesia adornada con todas sus galas parecía anunciar la entrada triunfal de Nuestro Señor Jesucristo en gran número de corazones inocentes. Llegan los niños y en sus semblantes se refleja la más pura alegría; sólo uno parece taciturno y triste. Comienza el Santo Sacrificio y dulcísimos cánticos inundan de gozo las almas. Los corazones de aquellas criaturas palpitan de esperanza y de amor. Ya se acercan á la sagrada mesa;... recogimiento profundo;... lágrimas de ternura humedecen no pocas candorosas mejillas. El Dios escondido hace experimentar su augusta presencia... ¿Cuál no sería la sorpresa y consternación de los asistentes al ver que uno de los niños apenas recibe la santa comunión cae al suelo sin sentido? Corren en su auxilio, lo levantan; no da signo de vida. Lo llevan á una casa, le prodigan los mayores cuidados, viene el médico y no consigue que vuelva en sí. Terminada la misa, su confesor se apresura á visitarle. Lo saluda, pero no obtiene respuesta. Lo llama. El mismo silencio. Al fin se advierte en él un movimiento convulsivo. Abre desmesuradamente los ojos; el confesor redobla sus caricias, lo abraza y le dirige las más tiernas palabras. El desgraciado niño despliega sus labios

pálidos y temblorosos, se dirige á su confesor y en presencia de todos le dice : *¡He cometido un sacrilegio!* Se vuelve á la pared y expira desesperado. — (*Huguet.*)

*
* *

Nuevos Calvarios. — El Padre Leonardo, célebre misionero de Italia, no podía hacer ninguna plática de primera comunión sin derramar abundantes lágrimas.

Padre mío, ¿qué es lo que os aflige? le preguntaban. ¡Ah! contestaba, tal día será de primera comunión. Se preparan para entonces muchos Calvarios en que crucificar á Nuestro Señor Jesucristo. Nada más común entre los niños que el monstruoso crimen del sacrilegio. ¡Ah! no tenéis idea de cuántos son los que ocultan pecados en sus confesiones, de los que no dan á conocer la malicia con que los cometieron, de los que no llevan á la confesión el dolor necesario, de los que no comprenden la importancia de la grande acción que ejecutan. Por poco que se ame á Dios ¿puede uno dejar de llorar? ¿puede acaso no estremecerse de horror en vista de semejante atentado? — (*Id.*)

*
* *

Desesperación de un sacrílego. — Un piadoso misionero refiere en los términos siguientes la horrible muerte de un desgraciado que había hecho su primera comunión sacrílegamente :

Encontrándome en América, uno de mis compañeros fué llamado para auxiliar á un moribundo de origen francés. Era éste un hombre de edad bastante avanzada y que había descuidado su religión. Aun cuando no era de carácter melancólico, siempre se le veía mustio y taciturno. Tenía muchos bienes, una rica plantación y numerosos esclavos. La familia sólo le ofrecía motivos de satisfacción y sin embargo se sentía desgraciado. Bastaba verle siquiera dos veces para comprender que

lo atormentaba una profunda pena... Luego que cayó enfermo, su virtuosa familia llamó al misionero. Este acudió al punto á la cabecera del doliente, y procuró animarle con palabras de dulce consuelo. La entrevista fué larga... Salió el sacerdote para volver con los últimos sacramentos. Todos se inclinan reverentes delante de la Santa Eucaristía, prenda sagrada de resurrección y de vida.

El enfermo se estremece y con terrible voz exclama : *¡Hé ahí á mi Juez!* El misionero se empeña en tranquilizarle; pero en vano. *Yo he pecado,* agrega el infeliz, *yo he entregado la sangre del Justo. La primera comunión de mi vida la recibí indignamente.* A estas palabras, mete la cabeza entre las frazadas y se siente poseído de horribles convulsiones. El sacerdote se inclina; quiere hablarle. Está muerto. ¡Muerto y desesperado! Aún su última confesión había sido sacrílega, como bien se advierte por su desesperación. — (*Huguet.*)

DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN

— *¿Qué es la Extremaunción?*

— *Un sacramento para la salud espiritual y aun corporal, que se confiere á los enfermos en peligro de muerte, mediante la unción del aceite consagrado y la oración del sacerdote.*

— *¿Qué efectos produce este sacramento?*

— 1° *Conforta el alma contra las tentaciones del demonio*, 2° *quita las reliquias de los pecados*, 3° *paga la deuda de penas temporales debidas á la divina Justicia y* 4° *da también la salud del cuerpo si es conveniente á la salvación del alma.*

— *¿Se puede repetir este sacramento?*

— *No se puede repetir en la misma enfermedad, á no ser que el enfermo hubiese quedado fuera de peligro como por un mes.*

— *¿Puede administrarse á los niños que no han llegado al uso de razón?*

— *No, ni tampoco á los perpetuamente locos (1).*

Es una preocupación insensata creer que la Extremaunción acelera la muerte. — El martes de Carnaval de 1850 fuí llamado para asistir á un niño enfermo y desahuciado. La inconsolable madre no abrigaba esperanza alguna. Administré al pobre niño los santos sa-

(1) Frassinetti.

cramentos; le confesé y le dí en forma de Viático, la primera Comunión, ó más bien la última. Le dí también la santa Unción. El pobrecito tenía juntas las manos sobre el pecho. Concluída la ceremonia le pregunté si estaba contento.

Reunió todas sus fuerzas y me contestó sonriendo: « Sí, padre mío, esto muy contento. » Me separé de él, sin esperanza de volver á verle...

Al día siguiente, por la mañana el médico quedó sorprendido encontrándole todavía vivo. Pero su sorpresa fué creciendo cuando le examinó. La calentura había desaparecido y con ella los síntomas de muerte. No acertaba á comprender lo que pasaba.

Tres días después el niño como resucitado jugaba ya con su hermana.

La Extremaunción ¿le había ocasionado la muerte? — *(Segur.)*

« Hace cerca de cincuenta años que consagro mi vida al servicio de los hospitales, decía un viejo médico; estoy acostumbrado á presenciar las últimas horas de los moribundos, y bien, yo declaro sobre mi honor y conciencia que jamás he visto empeorarse ni á un solo enfermo, por haberle hecho pensar en su alma y en Dios. Con frecuencia los he visto llorar de alegría después de recibidos los últimos auxilios de la religión. » — *(Lefort.)*

*
* *

La presencia de un sacerdote no puede ser funesta para un enfermo. — El 8 de Mayo de 1842, una horrible catástrofe conmovió á la Francia. Los ferrocarriles estaban en su estreno. Corría uno de París á Versalles, cierto día de gran fiesta en esta última ciudad, cuando quebrándose un eje de la locomotora los carros se estrellaron contra ella é hicieron estallar los calderos. Inmediatamente se declaró un incendio y como se en-

contrasen cerradas con llave todas las puertas de los vagones, los gritos de angustia y terror de los moribundos y de todos los pasajeros amenazados por las llamas eran indescriptibles.

La vía no presentaba sino un montón de restos de coches y de cadaveres enteramente cubiertos de agua hirviendo, de carboncillo de la máquina de vapor y de ascuas encendidas que lo consumían todo.

Innumerables fueron las víctimas. El espectáculo era tristísimo, desolador. Cinco ó seis sacerdotes llegaron apresuradamente del seminario de Issy para prestar los auxilios de su ministerio. ¡Ah! ¡Muchos habían muerto en el acto... muchos iban ya á exhalar el último aliento!... Concluído aquel piadoso y consternador trabajo volvían ya los sacerdotes al seminario, cuando encuentran á su paso á un aldeano que les advierte que cierto joven de la escuela politécnica ha sido conducido moribundo á una casa vecina. Uno de los eclesiásticos, antiguo alumno de esa escuela, se presenta á la casa y habla con la señora. Esta trepida indecisa... se excusa... no puede tomar bajo su responsabilidad las consecuencias que ha de producir al enfermo la presencia de un sacerdote. El eclesiástico insiste, y al fin consigue se consulte la voluntad del doliente.

— « Decidle que es uno de sus camaradas, antiguo estudiante de la escuela politécnica, que desea verlo. »

Momentos después lo introducen á la estancia del herido. « Apenas me presenté á la puerta, me contaba el mismo sacerdote, vi que aquel cuerpo desfigurado é informe, hacía un poderoso esfuerzo para tenderme los brazos. Era horrible su aspecto. Estaba literalmente *cocido* : sus carnes, enteramente blancas, estabau tan abotagadas, que no podía distinguirse ningún rasgo : sufría un martirio. Me acerqué á él, lo abracé con efu-

sión y profundamente conmovido. « Hijo mío, le dije, vengo á confesaros, á concederos el perdón en nombre de Dios y á dar la paz á vuestra alma. » — Me estrechó la mano con una expresión de indecible interés. Conservaba todo su conocimiento : pero no podía hablar. Retiráronse los circunstantes y convine con el enfermo en que me contestara apretándome la mano á cada una de mis preguntas. Le confesé de este modo y luego le administré el Santo Viático y la Extremaunción. El moribundo los recibió con edificante piedad. Los que presenciaban el acto no pudieron contener sus lágrimas. Dos horas más tarde aquella alma, en manos de Dios, entraba feliz en la eternidad. Si se hubiera obedecido á la preocupación de la dueña de casa, ¿cuál habría sido su suerte? Es incalculable el número de almas desventuradas que esa preocupación fatal ha perdido, y perdido eternamente. — (*Segur.*)

*
* *

Mirad por el alma. — Sucede á veces que los enfermos mismos se encargan de demostrar cuán faltas de razón son las prevenciones de que se ha hablado.

Durante el cólera, en Francia, un sacerdote se disponía á administrar el último sacramento á un enfermo, cuando se presenta el jefe del establecimiento y se opone á ello protestando que una impresión semejante mataría al doliente. Era necesario obedecer. El ministro del Señor, se retiraba ya, aunque sin participar de tales ideas. Felizmente el moribundo comprendió lo que ocurría á su alrededor, y, concentrado todas sus fuerzas, se incorporó en su lecho y exclamó :

« ¡Aguardad, señor! ¡la vida de mi alma me es más preciosa que la del cuerpo! No me privéis de la gracia de la Extremaunción. Si algo puede reanimarme es la

tranquilidad de espíritu que me da la presencia del ministro de mi Salvador y de mi Juez! » Con esta terminante declaración del enfermo, el sacerdote le administró el sacramento, y desde ese instante la calma sucedió á las convulsiones del padecimiento; la agonía fué dulce y tranquila; el hijo de la Iglesia reconciliado con Dios entró en paz en el reino del Señor. — (*Lefort.*)

DE LOS FUNERALES.

— ¿ Dónde deben ser enterrados los cadáveres de los fieles católicos?

— En los cementerios benditos, verdaderos santuarios donde se tiene derecho á las oraciones de la Iglesia.

— ¿Se debe entonces evitar enterrarlos en cementerios laicos?

— Sí, porque los cementarios laicos son lugares profanos.

— ¿Y qué harán los católicos dondé no hay cementerios benditos?

— Deben al menos procurar se les supulte con las bendiciones de la Iglesia.

— ¿Qué ceremonias usa la Iglesia para la sepultación de sus hijos?

— Luego que el sacerdote rec'ta algunas preces en casa del difunto, rocía el cadáver con agua bendita y lo conduce en procesión á la iglesia, donde se reza el oficio dispuesto por el Ritual, se celebra una misa y recomienda á Dios el alma del fallecido.

DEL SACRAMENTO DEL ORDEN

— *¿Qué es el Sacramento del Orden?*

— *Un sacramento, instituído por Nuestro Señor Jesucristo, por el cual se confiere un poder espiritual y gracia especial para ejercer dignamente las funciones eclesiásticas.*

El Sacramento del Orden tiene diversos grados, que se llaman tambien órdenes, y se dividen en menores y mayores.

Las menores son : *Ostiarado*, *Lectorado*, *Exorcizado y Acolitado.*

El *Ostiarado* fué instituído para abrir las puertas de la Iglesia á los dignos y cerrarlas á los indignos;

El *Lectorado* para leer salmos y lecciones, desde el púlpito, en la Iglesia y para enseñar la religión á los fieles;

El *Exorcizado* para arrojar á los demonios por medio de oraciones aprobadas por la Iglesia;

El *Acolitado* para ayudar al subdiácono en el sacrificio de la misa.

Actualmente en punto al ejercicio de estas órdenes ha variado la disciplina de la Iglesia.

Las mayores son : *Subdiaconado, Diaconado, Presbiterado y Episcopado.*

El *Subdiaconado* fué instituído para servir al diácono en la misa solemne, y cantar en ella la Epístola.

El *Diaconado* para asistir al presbítero en la misa mayor cantar en ella el Evangelio, predicar y bautizar solemnemente;

El *Presbiterado* ó sacerdocio para consagrar el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, perdonar los pecados y apacentar á los fieles con las obras y la doctrina;

El *Episcopado* para confirmar á los fieles, administrar el sacramento del orden y consagrar los santos óleos.

— ¿Qué disposiciones se requieren para recibir el sacramento del orden?

— 1° Ser llamado por Dios; 2° tener pura y recta intención de trabajar en especial por la gloria de Dios y el bien de las almas, y 3° poseer la ciencia suficiente.

Al cuidado del sacerdote se ha entregado el rebaño que Jesucristo compró á costa de su vida. ¡« Oh venerable dignidad de los sacerdotes! en sus manos se encarna el Hijo de Dios como en el seno de María! » (*San Agustín.*) ¡Atan y desatan las conciencias, abren y cierran el cielo!

« ¡Oh sacerdotes! Dios os ha puesto sobre los reyes y los emperadores, y hasta sobre los ángeles. » (*San Bernardo.*) « Excusadme, oh Bienaventurada Virgen, porque no hablo contra vos. Pero el sacerdocio es superior á vos. » (*San Bernardino de Siena.*)

*
* *

El sacerdote. — Si no tuviéramos sacerdotes no tendríamos á Nuestro Señor en nuestros tabernáculos.

¿Quién ha recibido nuestra alma á su entrada en la vida? El sacerdote. ¿Quién la alimenta y fortifica para su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la prepara para comparecer ante Dios? El sacerdote. Y si esta alma

muere por el pecado ¿quién la resucita? El sacerdote, siempre el sacerdote.

Después de Dios, el sacerdote es todo... Dejad una parroquia sin cura por espacio de veinte años, y al cabo de ellos, en lugar de adorar á Dios, allí se adorará á los animales.

Se dá grande importancia á los objetos que han estado sobre la tumba de Nuestro Señor en Jerusalén y sobre la escudilla de la Santísima Virgen y del Niño Jesús en Loreto; pero los dedos del sacerdote que han tocado la adorable carne de Jesucristo, que se han introducido en el cáliz y en el copón donde han estado el cuerpo y sangre sacratísimos, ¿no son más preciosos? — (*El Cura de Ars.*)

* * *

Consejos de Don Bosco. — Os recomiendo mucho respeto á las cosas santas; no os avergoncéis de parecer cristianos en todas partes; así cuando paséis frente á una iglesia, ó delante de una imagen religiosa descubríos reverentemente la cabeza y el Señor os bendecirá.

Respetad muy especialmente á los eclesiásticos y sacerdotes; recibid con veneración sus consejos, sacaos el sombrero, en señal de deferencia, cuando os encontréis con ellos, y tened particular cuidado de no demostrarles desprecio ni con acciones ni con palabras. Acordaos del terrible castigo de Dios á unos niños que se burlaron del profeta Eliseo; cuarenta de ellos fueron destrozados por unos osos feroces que salieron de un bosque vecino. Imitad al joven Luis Comollo que decía: « De los sacerdotes se debe hablar bien ó si no callar. »

El Venerable Juan Bautista Vianney, Cura de Ars, observaba: « ¿De qué os sirve una casa llena de oro si no podéis entrar en ella? El Sacerdote tiene la llave de los tesoros celestes, es el ecónomo del buen Dios, el

administrador de sus bienes y os abre la puerta. Dios está en el sacerdote como una luz detrás de un cristal, como el vino mezclado con el agua. »

« A la manera que en la hostia consagrada, bajo la apariencia de pan, sólo vemos á Jesucristo vivo, así en el sacerdote, hecha abstracción del hombre, debemos venerar á Nuestro Señor, » dice un piadoso escritor.

*
* *

Dignidad del sacerdote. — Los sacerdotes son embajadores de Dios, dice San Crisóstomo; Vicarios de Jesucristo, los llama San Agustín; su dignidad es tan superior á las demás de la tierra como el alma es superior al cuerpo, según San Clemente. Si me hallase delante de un sacerdote y de un ángel, dice San Francisco de Asís, dejaría al ángel, é iría al sacerdote, porque éste consagra el cuerpo de Jesucristo y nos administra el pan de vida.

M. de Bonald, uno de los sabios mas eminentes de nuestro siglo tenía costumbre de hablar con la cabeza descubierta delante de su propio hijo, porque era sacerdote. Uno de sus amigos le encontró un día en tan respetuosa actitud conversando con su hijo. Habiéndose retirado el joven sacerdote, « Entre nosotros no hay ceremonias, dijo entonces M. de Bonald. Podemos cubrirnos. Con mi hijo es cosa diferente. Desde que ha recibido la unción santa, *major me est,* es superior a mí... — (*Cat. du Frère Philippe.*)

*
* *

Los sacerdotes trabajan por la salvación de las almas. — El Venerable Cura de Ars se interesaba vivamente en que se cultivasen las vocaciones religiosas. ¡Felices los que al morir dejan un sacerdote á la Iglesia! ¡un sacerdote, obra de sus manos y fruto de su sacrificio! — Un amigo del santo párroco le hablaba

un día de la preferencia y predilección con que se sentía inclinado á trabajar por la salvación de las almas, y de la oposición y dificultades que para ello encontraba. — Vianney, para alentarle en sus propósitos, le hizo la confianza siguiente : « Deseaba yo conocer la voluntad de Dios sobre los trabajos á que me consagro, porque este particular me inquietaba un poco. Se me apareció entonces Santa Filomena; bajó del cielo bella, luminosa, rodeada de una nube blanca y me dijo : « *Tus obras son buenas, porque nada hay más precioso que la salvación de las almas.* » — (*Id.*)

*
* *

Abnegación sacerdotal. — Molokai es una de las islas más encantadoras del Pacífico. Pertenece al grupo de las Sandwich, las islas Elíseas del mundo moderno. Apenas si se pueden describir las maravillosas combinaciones de sus arenas de coral con el azul de sus mares, sus cascadas brillantes y sus flores y plantas de suprema hermosura tropical.

Pero aquel paraíso tiene de tal nada más que el aspecto. Detrás de sus selvas casi mágicas hay una llanura, lo único poblado de toda la isla de Molokai, y la llanura es... un horrible campamento de leprosos. La tremenda enfermedad de los tiempos antiguos asolaba á las islas Sandwich, y en 1873 se dispuso recoger á todos los leprosos y aislarlos en la isla de Molokai. Había unos mil doscientos, que en su mayoría se refugiaron en cuevas y en los bosques, para huír del enterramiento en vida que se les preparaba. Sus familias iban á llevarles auxilios, y por este medio pudieron ser cogidos y deportados. Las escenas de la separación fueron conmovedoras : los padres, los esposos, los hijos y los amigos de los leprosos llenaban los aires de lamentos, y se abrazaban á los deformes y repugnantes cuerpos

de aquellos seres queridos que se llevaban á la isla de reclusión y que no podrían volver á ver.

La deportación se hizo y la colonia de los leprosos quedó cerrada para siempre. Ni un hijo tuvo valor para enterrarse con su padre entre los leprosos, ni una esposa partió con su marido. Ni tampoco pudo encontrarse un médico.

¿Habría acaso un sacerdote que quisiera acompañarlos?

Sí, el padre Damen.

Era un jesuíta joven, de gran de ilustración y prestigio, y que parecía llamado á los más altos destinos de la Compañía. El padre Damen enterado del caso, se ofreció para ir voluntariamente á sepultar su existencia en la isla de Molokai y sacrificar la vida á fin de llevar consuelos y auxilios diarios á los leprosos. El mundo entero le colmó de aplausos; los protestantes de Sandwich y de Inglaterra le proclamaron santo y ensalzaban á porfía su virtud admirable.

El padre Damen partió; pronto hará doce años. Hasta ahora había logrado defenderse de la terrible enfermedad. Pero su última carta contiene estas frases :

« La lepra se ha apoderado de mí. Llegó la hora. Tengo corroídas una pierna y una oreja. Las cejas se me caen á pedazos. Dentro de poco tendré la cara completamente desfigurada. No cabiéndome duda del género de la enfermedad que sufro, me siento tranquilo, resignado y feliz entre los míos. » — (*El Imparcial de Madrid*, 1886.)

*
* *

Respeto debido al sacerdote. — Enorgullecido Alejandro el Grande por el buen éxito de sus armas, se dirigió á Jerusalén para arruinarla y apoderarse en seguida de la Palestina. Pero habiéndole salido al encuen-

tro el gran sacerdote Jaddo, revestido de los ornamentos pontificales, Alejandro, depuesta al instante su altivez, se apeó del caballo, se prosternó ante el sacerdote y luego lo siguió al templo donde hizo ofrecer sacrificios y le concedió cuanto deseaba. Parmenión, su favorito, muy sorprendido de este proceder, le preguntó la causa, y Alejandro, aunque pagano, le dió una respuesta que los cristianos no deberían olvidar jamás : « No he venerado á Jaddo, sino al gran Dios de quien es sacerdote. » *(Gridel.)*

* * *

Constantino. — En el Concilio de Nicea, el gran Constantino no quiso nunca sentarse antes que se hubiesen sentado los obispos y que uno de ellos le hubiese insinuado hacerlo. Tomaba entonces un asiento que se hallaba más bajo que el de todos los prelados.

Se le presentaron varios memoriales que contenían quejas contra algunos eclesiásticos. Los quemó sin leerlos y se enfadó con el que se los entregaba, diciendo : « A los sacerdotes corresponde juzgar aún á los emperadores, y no á los emperadores juzgar ó condenar á los sacerdotes. Si viese cometer alguna falta á cualquiera de ellos, procuraría cubrirla con mi manto para que nadie lo supiese. » — (*Id.*)

* * *

El Claustro por el Trono. — Muchos grandes monarcas, sin encontrar más que amarguras en el engañoso fausto de la corte y placeres mundanos, han renunciado cetros y coronas para hallar la paz en un claustro. Santocopio y Suembaldo reyes de Moravia, Coenredo de Inglaterra, Carlos V de España, Rachir rey longobardo, Juan Brena de Jerusalén, Enrique de Chipre, Juan de Armenia, Luis hijo de Carlos II rey de Francia, Ricarda, Cunegunda, y otros ciento, más ávi-

dos de las grandezas del Cielo que de los honores de la tierra, han despreciado las vanidades y se han sentido felices en el retiro monástico.

*
* *

Vocación. — « Hubo alma, dice Don Bosco, á la cual quiso Dios de un modo particular y extraordinario manifestarle el estado á que la llamaba. Vosotros no pretandáis tanto; mas consolaos con la seguridad de que el Señor os ha de guiar y dar su gracia, con tal que procuréis agradarle por medio de la oración y buenas obras. Una vez conocida la voluntad de Dios no trepidéis en seguirla. Si vuestros padres ú otras personas quisiesen desviaros del camino que el Señor os señala, acordaos de que es llegado el caso de poner en práctita el gran aviso de *obedecer á Dios antes que á los hombres.*

En el asunto de la vocación los padres no son amigos sino enemigos, según Santo Tomás, y prefieren que sus hijos se condenen con ellos á que se salven distantes. Verdad es que en todas partes puede servir á Dios el que no es llamado á la religión; pero no el que siendo llamado permanece en el mundo, añade San Alfonso. La elección de estado es la rueda maestra de la vida, dice el P. Granada. El que no sigue la vocación, por bien que corra correrá fuera de camino, esto es, de la vía indicada por Dios para obtener la salvación, enseña San Agustín.

El pensamiento de abrazar el estado de perfección por amor de Dios é interés de salvar el alma — como que es en extremo generoso y superior al sentimiento de la naturaleza — puede juzgarse sin duda alguna cual venido del Cielo. No debe temerse falten las fuerzas porque Dios que ha comenzado esa buena obra la perfeccionará, conforme á las palabras de San Pablo. Ni debe diferirse la ejecución, porque un día de demora

es un obstáculo á tan extraordinaria gracia del Señor. Quizás después no sólo no esté dispuesto á concederla sino que diga : « *No os conozco.* »

*
* *

Fidelidad á la vocación. — San Antonino, que llegó á ser arzobispo de Florencia, sintiéndose inclinado á la orden de Santo Domingo, á la edad de trece años, se presentó en el convento de Fiésoli y con humildad solicitó ser admitido. El Prior del monasterio, creyéndolo demasiado débil para soportar las austeridades de la orden, le preguntó que éstudios hacía. Antonino le contestó que estudiaba el derecho canónico. « Está bien, le dijo el Prior, cuando lo hayáis aprendido todo de memoria, os admitiré. » Tomoba este expediente para no contristar al joven postulante, temiendo impresionarle demasiado con rehusar terminantemente su solicitud. Antonino en vez de desalentarse con esta respuesta, sintió avivársele el deseo. Volvió á su casa, se consagró al estudio y avanzó de tal modo en el derecho canónico que al cabo de un año volvió al mismo convento de Fiésoli y dijo al Prior que ya había cumplido sus órdenes y que llevaba aprendido de memoria todo el derecho canónico. Asombrado el Prior, lo examinó. Y creció en extremo su sorpresa cuando se cercioró de que Antonino decía la verdad; pues al preguntarle sobre cualquier punto de derecho canónico le respondía como si tuviera abierto el libro delante de los ojos. Admirando tan extraordinaria memoria y tan decidida fidelidad á la gracia, el prior reconoció que Dios llamaba á este niño que más tarde debía ser tesoro de bendición. — (Rivad, *Vida de los Santos.*)

*
* *

Dios castiga las injurias contra sus ministros. — Refiere Teodoreto, obispo de Ciro, que San Jaime, obispo

de Nisibe, antes de ser consagrado obispo, habiendo ido á Persia para visitar á los cristianos de aquel país, mientras pasaba junto á una fuente, algunas lavanderas se mofaron de él. Levantó entonces San Jaime los ojos al cielo para encomendarse á Dios, y luego, por divina inspiración, maldijo la fuente, y al momento quedó seca. Después habiendo maldecido la arrogancia de aquellas mujeres, al punto les quedaron los cabellos enteramente canos, como si fuesen de ancianas decrépitas, y así permanecieron por toda la vida, en señal del respeto que se debe á los sacerdotes. —*(Instrucción al pueblo,* San Ligorio.)

* * *

Un hecho moderno. — El viernes 18 de febrero de 1881, tenía lugar en Mónaco un baile de máscaras. Muchos artistas, ridiculizando el hábito sacerdotal, hallábanse disfrazados de monjes, clérigos, religiosas, desmesuradamente henchidos de lana y estopa. Un cigarro imprudentemente encendido prendió fuego en uno de aquellos trajes en extremo inflamables y la llama cundió entre los demás con indecible rapidez. Sin socorro, con espantoso dolor y gritos aterradores, desatentados se arrojan unos sobre otros. Doce expiran exhalando pestífero olor, y trece, con atroces padecimientos, son conducidos al hospital.

En vista de lo ocurrido todos en la ciudad exclamaban ¡Castigo del Cielo! — *(Schouppe.)*

* * *

Lección de lógica. — Un sacerdote viajaba con dos oficiales imbuídos en las preocupaciones del siglo. El más joven de éstos refirió algunos desórdenes verdaderos ó supuestos, que en su concepto comprometían irremediablemente á todo el clero. El eclesiástico se desentendió de esto, y como si nada oyese continuó

leyendo un diario. Momentos después, cual si hablase consigo mismo, el sacerdote exclamó : « Algunos oficiales acaban de cometer odiosas violencias; así comprometen á la oficialidad y á la armada entera. » — ¡Ah! Señor, respondió vivamente el militar de mayor grado, vuestra consecuencia es exagerada; la censura que merece la conducta de algunos subalternos no puede extenderse á todo un cuerpo tan honorable como la armada.

— Sin embargo, señor, es la consecuencia que, hace un momento, habéis deducido vosotros, por los procedimientos de un sacerdote, respecto á todo el clero.

El capitán, hombre de buen sentido, después de un instante de parplejidad, replicó : « Tenéis razón, señor, nos ha faltado la lógica; servíos aceptar mis excusas. » El más joven reconoció á su vez el error y le habló en seguida amistosamente de otros asuntos. — (*Lefort.*)

* * *

Cómo se calumnia al clero. — Nerón, el tirano, el perseguidor implacable de los cristianos, hacía revestir á los santos mártires con pieles de lobo y de zorro, y los arrojaba así á los perros, á fin de que engañados por las apariencias estos animales los hiciesen pedazos.

Otro tanto hacen los impíos con los sacerdotes : los calumnian, los presentan como hombres voluptuosos, astutos, crueles, inexorables, los revisten de pieles de animales, á fin de que se les despedace con los dientes del escarnio, lo ridículo, la maledicencia y la calumnia. — (*Gridel.*)

DEL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

— ¿Qué es matrimonio?

— Es un sacramento instituído por Nuestro Señor Jesucristo, que confiere gracia para santificar la legítima unión del hombre y de la mujer, y para criar y educar santamente á los hijos.

— ¿Qué es impedimento del matrimonio?

— La prohibición de contraer matrimonio.

— ¿De cuántas clases es el impedimento?

— De dos : impedimento DIRIMENTE *é impedimento* IMPEDIENTE.

— ¿Qué es impedimento dirimente?

— La prohibición de contraer matrimonio, que lo anula si se contrae.

— ¿Qué es impedimento impediente?

— La prohibición de contraer matrimonio, que no lo anula si se contrae.

— ¿Cuáles son matrimonios MIXTOS?

— Aquellos que se contraen entre un católico y un cristiano no católico.

— ¿El matrimonio civil puede llamarse propiamente matrimonio?

— No puede llamarse.

— ¿Por qué?

— Porque sólo el matrimonio eclesiástico es sacramento y da derecho á los contrayentes para que sin pecar puedan

vivir como casados; mientras que el matrimonio civil no les da ese derecho, porque no es sacramento.

— *¿Por qué un oficial civil no es delegado* PARA EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO?

— *Porque la Iglesia, la sola que tenga poder* EN LOS SACRAMENTOS, *en el Concilio de Trento mandó que fuese el propio párroco, ú otro sacerdote autorizado por él ó por el Ordinario Eclesiástico, quien casase á los católicos, y también mandó que si así no se celebraba el matrimonio, fuese nulo y de ningún valor* (1).

— *¿Qué poder tiene entonces el gobierno civil en orden al matrimonio?*

— *Tiene un poder accesorio, que sólo se refiere á los bienes materiales y sociales que emanan del matrimonio.*

— *¿De modo que si el hombre ó la mujer casados sólo civilmente quieren ó él casarse con otra ó ella con otro ante la Iglesia, es nulo el primer matrimonio y válido sólo el segundo?*

— *Sin duda que sí, pues con el primero no estaban casados sino que vivían en relaciones ilícitas y criminales* (2).

— *¿En qué penas incurren los que* SÓLO SE CASAN CIVILMENTE?

— *Las principales son éstas: 1° Son considerados pecadores públicos; 2° Quedan privados de la recepción de cualquier sacramento; 3° No pueden servir de padrinos de bautismo; 4° No pueden ser enterrados en cementerio sagrado* (3).

— *¿Qué disposiciones se requieren para contraer matrimonio?*

— *1° Recta intención, y 2° estar en gracia de Dios.*

(1) Concilio de Trento. Ses. XIV. Cap. 1°.
(2) Concilio de Trento. Ses. XXIV. Cap. 1°.
(3) San Ligorio; Teologia Moral. — Saavedra; El Matrimonio Civil.

— ¿Qué culpa comete el que se casa sin estar en gracia de Dios?

— Comete un gran sacrilegio.

— ¿Es necesario para contraer matrimonio estar instruído en la doctrina cristiana?

— Sí, es necesario conocer siquiera los rudimentos de la religión, y si se ignorasen, el párroco no podría proceder al matrimonio (1).

Obligaciones recíprocas de los esposos. — Las personas que se casan deben amarse cristianamente como Cristo á su Iglesia; deben ayudarse mutuamente para alcanzar la salvación; deben asistirse tanto en las enfermedades como en buena salud, y deben guardarse fidelidad toda la vida.

Dios no ha sacado á la mujer de la cabeza del hombre, dice el célebre Padre Ventura, á fin de que ella no pensase en dominar al hombre; tampoco la ha sacado de los pies, para que el hombre no tuviese la tentación de despreciarla como sierva y esclava: la ha sacado de su costado, y en cierta manera de su corazón, á fin de que el hombre la mirase y respetase como á su compañera y su igual *(Homilías)*.

Sepan los hijos de familia, dice San Ligorio, que raro es el caso en que puedan eximirse de pecado mortal, si contraen matrimonio contra la voluntad de sus padres... De estos matrimonios contraídos á pesar de los padres nacen después mil desgracias, contiendas, odios y rompimientos, y rara vez son felices los esposos.

No deben los padres impedir á los hijos que se casen cuando no hay justa causa para ello. — (*Instrucción al pueblo.*)

(1) Benedicto XIV. — Frassinetti, tº. II, pag. 365.

MATRIMONIO DEL JOVEN TOBÍAS. — En la ciudad de Rages había una santa doncella llamada Sara, hija de Raquel, la cual se hallaba sumamente afligida, porque sucesivamente siete jóvenes, esposos suyos, en la primera noche de las bodas que con ella habían contraído, habían sido ahogados por el demonio Asmodeo. Y como esta doncella fuese destinada por esposa del hijo del patriarca Tobías, llamado también Tobías, sabedor éste de la muerte desgraciada de los otros esposos de Sara, temía contraer aquel matrimonio. Mas el arcángel San Rafael, que le acompañaba, para librarle de tal temor, le dijo : *Habéis de saber que aquellos sobre los cuales tiene poder el demonio, son los que contraen matrimonio no para agradar á Dios, sino sólo para satisfacer la sensualidad como los irracionales. No obréis, pues, así; desposaos con Sara, no para satisfacer la concupiscencia, sino para tener hijos que sirvan y bendigan á Dios, y de este modo no tengáis temor al demonio.* Así lo hizo el santo joven, y su matrimonio fué colmado de bendiciones... Nótense además los cuatro avisos que dieron á Sara sus padres, cuando se despidió de ellos; dijéronle : guardad todo respeto á vuestros suegros; amad á vuestro marido; poned todo vuestro cuidado en el buen arreglo de la familia, y portaos de modo que nada se halle en vos que merezca reprensión. — *(Id.)*

*
* *

RASGO DE PRUDENCIA. — Una niña se hallaba á punto de contraer matrimonio con un joven acaudalado y de elevada posición social, cuando supo que éste no sólo no frecuentaba los sacramentos, sino que en varias ocasiones había proferido chanzas y sarcasmos contra la religión. No trepidó en declarar á su familia que el matrimonio no tendría lugar. Apresuróse á devolver todas las alhajas que había recibido, y cuantas reflexiones

se le hicieron no bastaron á hacerla cambiar de resolución. Casóse después con un caballero de modestos recursos; pero piadoso y honorable con el cual vive feliz. — (*Guillois.*)

*
* *

Una mujer piadosa que santifica á su marido. — Santa Mónica, madre de San Agustín, era casada con Patricio, pagano que se entregaba á la impetuosidad de sus pasiones. La gran preocupación de Mónica fué ganarlo para Dios. Para conseguirlo trabajó incesantemente con dulzura, sumisión y paciencia. Tenía gran cuidado de no hacerle reconvenciones. Jamás se quejaba de él, y ocultaba sus defectos á todo el mundo. Con esta conducta verdaderamente cristiana, se ganó el corazón de su esposo, que la estimó, admiró y respetó... Dirigía á menudo por él al Señor ardientes plegarias, que al fin fueron escuchadas. Patricio consintió en instruírse y se convirtió. Recibió el bautismo, y desde entonces fué puro, casto, afable y digno de su esposa. — (*Gridel.*)

FIN.

ÍNDICE

LA MORAL CRISTIANA Y LOS SACRAMENTOS.

MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS.

Primer mandamiento. — Amar á Dios sobre todas las cosas. . 1
La Fe. 5
El Respeto humano 17
Incredulidad. — Sus causas 22
La esperanza. 26
Presunción 32
Desesperación 35
La Caridad. — Amor de Dios. 38
Amor al prójimo 43
Amor á nuestros enemigos. 69
Adoración. 76
Irreligiosidad 79
Superstición 87
Culto de los santos. 95
Reliquias de los santos 103
Sagradas imágenes 108
Segundo mandamiento de la ley de Dios. — No jurar el santo nombre de Dios en vano. — El juramento 127
La blasfemia. 131
El voto. 137
Tercer mandamiento de la ley de Dios. — Santificar las fiestas. — Abstención del trabajo 141
La Santa Misa 147
Cuarto mandamiento de la ley de Dios. — Honrar padre y madre. 167
Quinto mandamiento de la ley de Dios. — No matar 203
El homicidio. 205
El duelo 212
El escándalo. 220
El suicidio 223

Sexto y décimo mandamientos de la ley de Dios. — La castidad. 226
Causas de impureza. — La ociosidad 235
Malas compañías 237
Malas lecturas 239
Espectáculos, bailes y vestidos inmodestos. 244
Medios de evitar el pecado de impureza 249
Séptimo y décimo mandamientos de la ley de Dios. — No hurtar. 255
Octavo mandamiento de la ley de Dios. — No levantar falso testimonio ni mentir 272
Juicio temerario 277
Adulación 281
Murmuración 283
Hipocresía 287

MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA.

Primer mandamiento de la Iglesia. — La santa misa 289
Segundo mandamiento de la Iglesia. — La confesión 292
Tercer mandamiento de la Iglesia. — La comunión 294
Cuarto mandamiento de la Iglesia. — El ayuno 299
Quinto mandamiento de la Iglesia. — Diezmos y primicias. . 316

LOS SACRAMENTOS.

De lo que el Cristiano debe recibir. 318
Del Bautismo 322
De la Confirmación 332
La Confesión ó Penitencia 335
De las indulgencias 380
Del sacramento de la Eucaristía. 384
Presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía . 384
Honor que se debe á la Santa Eucaristía. 407
Excelencia de la Santa Eucaristía 422
Disposiciones que se requieren para comulgar. 423
Del sacramento del Orden 461
Del sacramento del Matrimonio 472

FIN DEL ÍNDICE.

Bezanson. — Impr. Outhnin-Chalandre hijos y Cía.

254
Or 8
9376
ORTUZAR, C.
AUTHOR
CAtecismo en Ejemplos
TITLE
DATE LOANED | BORROWER'S NAME | ROOM NUMBER
5/27/40 McEnaney SEP 25
Gourley OCT 24
Murray
JUN 2

9376